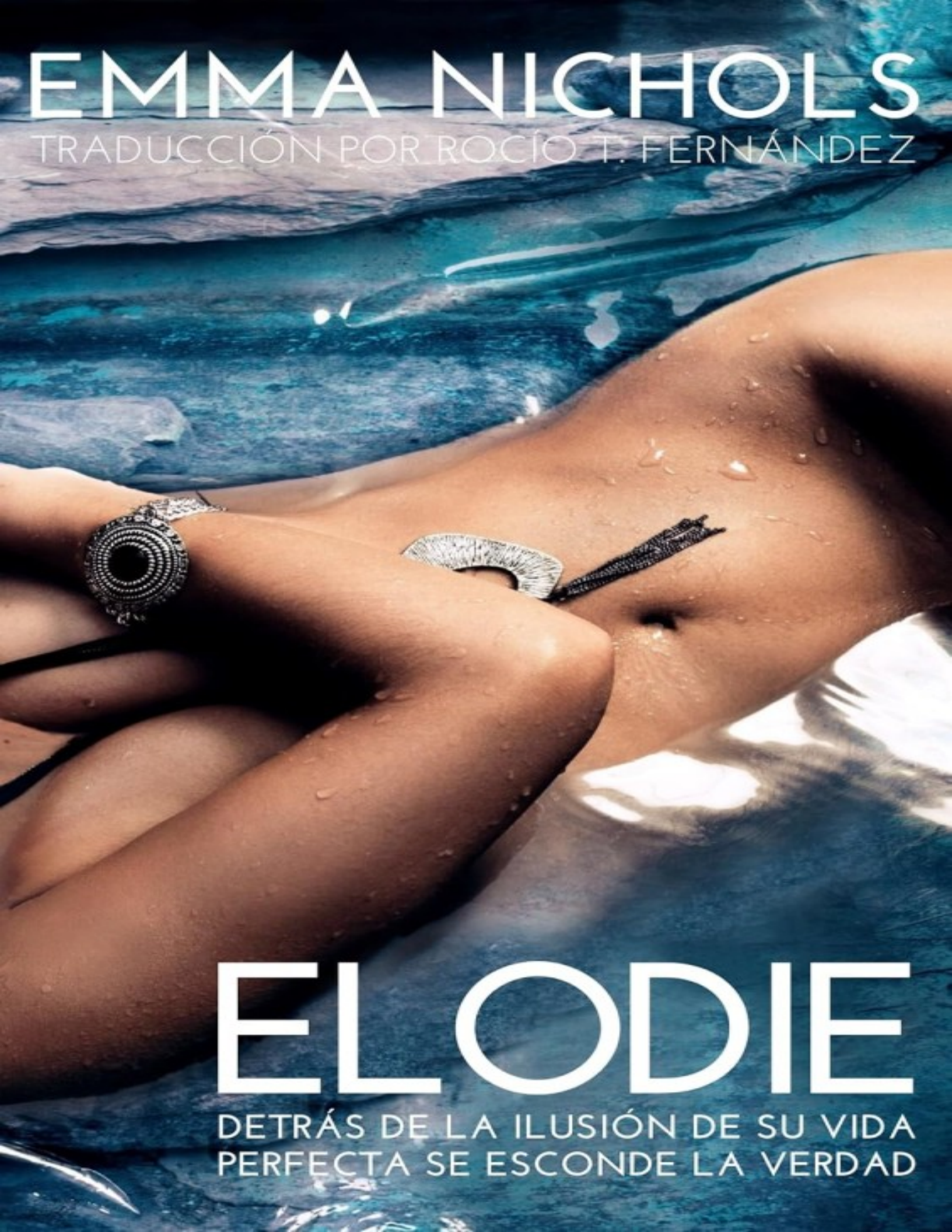

EMMA NICHOLS
TRADUCCIÓN POR ROCÍO T. FERNÁNDEZ
ELODIE
DETRÁS DE LA ILUSIÓN DE SU VIDA
PERFECTA SE ESCONDE LA VERDAD

# ELODIE

EMMA NICHOLS

TRADUCCIÓN POR
ROCÍO T. FERNÁNDEZ

Primera edición en 2021, en inglés, por:

J'Adore Les Books

**www.emmanicholsauthor.com**

Copyright © 2021 por Emma Nichols

Traducción por Rocío T. Fernández en 2025.

El derecho moral de Emma Nichols a ser identificada como la autora de este trabajo, ha sido afirmado por ella de conformidad con la Ley de derechos de autor, diseños y patentes de 1988.

Todos los derechos reservados.

Este libro tiene licencia únicamente para su disfrute personal. Este libro no puede revenderse o ser regalado a otras personas. Excepto lo permitido por la legislación vigente, ninguna parte de esta obra podrá ser fotocopiada, almacenada en sistemas informáticos, publicada, representada en público, adaptada, difundida, transmitida, grabada o reproducida de ninguna forma ni por ningún medio, sin el previo permiso de los propietarios de los derechos de autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o eventos reales es pura coincidencia.

Disponible también en libro en papel.

# OTROS LIBROS DE EMMA NICHOLS

Otros libros de Emma Nichols…

***Serie The Vincenti:***

Finding You
Remember Us
The Hangover

***Serie Duckton-by-Dale:***

Summer Fate
Blind Faith
Christmas Bizarre

Forbidden
This Is Me (Novella)
Ariana
Madeleine
Cosa Nostra
Cosa Nostra II
Elodie
Rock My Heart

Para estar en contacto con las últimas novedades de Emma Nichols y su obra, por favor, visita:

**www.emmanicholsauthor.com**

# ÍNDICE

**Otros libros de Emma Nichols**
**Agradecimientos**
**Dedicatoria**
**PRÓLOGO.**
**1.**
**2.**
**3.**
**4.**
**5.**
**6.**
**7.**
**8.**
**9.**
**10.**
**11.**
**12.**
**13.**
**14.**

15.
16.
17.
18.
19.
20.
21.
22.
23.
24.
25.
26.
27.
Sobre Emma Nichols
Enlaces a los libros de Emma Nichols

# AGRADECIMIENTOS

Sin la ayuda, el consejo, el apoyo y el amor de las siguientes personas, este libro no habría sido posible.

Bev. Gracias por tus sinceros comentarios y por el tiempo que has dedicado en leer y releer los capítulos a medida que avanzaba el libro.

Kim, Gill, Valden y Doreen. Gracias por vuestros comentarios instructivos. Me alegro de que hayáis disfrutado esta historia.

Mu. Gracias por tu aporte creativo y excepcionalmente talentoso y por otra portada increíble.

Gracias a mi editora en Global Wordsmiths, Nicci Robinson. Tu asesoramiento técnico, tu paciencia y tu estupenda edición han tenido un impacto significativo en mis habilidades de elaboración. Estaré eternamente agradecida. Gracias.

A mis maravillosas lectoras y ávidas seguidoras. Gracias por seguir leyendo las historias que escribo. He disfrutado escribiendo esta maravillosa y sensual historia de amor. Espero que la disfrutéis vosotras también.

Si te gustan mis historias y las disfrutas, por favor, hazme el honor de dejar una reseña en Amazon o Goodreads, porque ayuda a dar visibilidad para que otras lectoras también puedan descubrir mis historias. También puedes suscribirte a mi página web **www.emmanicholssuthor.com** para obtener actualizaciones sobre los lanzamientos de mis libros.

Con cariño, Emma x

# DEDICATORIA

A aquellas mujeres que luchan por sentirse amadas.

Que tengas el coraje de abrir tu corazón y la fe para confiar en que realmente eres digna de amor.

Es tu rito de nacimiento, no dejes que nadie te haga pensar lo contrario.

Emma x

# PRÓLOGO.

*Convento del Sagrado Corazón, París, Francia. Julio de 2000*

Es el primer verano del nuevo milenio y Elodie está enamorada. Sabe que es amor porque el corazón le late con fuerza en el pecho al ver el cabello rojizo de Mylene, sus expresivos ojos gris azulados y su risa, que se ha vuelto más ligera y más fuerte en los meses que han pasado juntas. Nota este despertar ahora, mientras caminan cogidas de la mano, aunque se conocen desde hace siete años. La hierba tiene un fuerte aroma a tierra, producto de la última lluvia, y el sol es tan caliente como una tostada recién hecha. Le dice a Mylene que este tiempo tan impredecible es consecuencia del calentamiento global y que los políticos se lo deberían tomar más en serio o llegará un día en que el mundo definitivamente desaparecerá. Sus pies resbalan y chirrían en sus sandalias abiertas y el sol le hace cosquillas en la raíz del cabello. Aprieta la mano cálida de Mylene y comienzan a correr por el campo hacia el lago. Es el lugar que hicieron suyo cuando se hicieron buenas amigas en Navidad. Las otras chicas no vendrán hasta tan lejos, prefieren quedarse en los extensos jardines que rodean el convento. Las otras chicas están demasiado limitadas por las reglas draconianas del convento y sus espíritus están plasmados en tonos pastel, que se mezclan para formar un personaje uniforme y que no las distingue a unas de otras, mientras esperan que su príncipe azul las rescate.

El gran lago es el lugar donde les gusta sentarse y hablar de sus sueños de futuro, y donde Mylene comparte sus descubrimientos sobre lo que sucede detrás de las puertas cerradas del convento. Es

emocionante que le guste escabullirse por la noche. Elodie la escucha mientras le cuenta historias de las travesuras que ha espiado y se siente confusa por dentro. Pero hoy hay algo diferente, eléctrico incluso, entre ellas. Es el último día antes de que Elodie se vaya a casa para las vacaciones de verano. Espera que su madre no venga a recogerla, pero está segura de que lo hará. Su madre tiene trabajo que Elodie necesita hacer. Necesita aprender cómo funciona el viñedo para cuando asuma el control.  Es alucinante pensar en el futuro, casi demasiado lejano para que parezca real, y el trabajo no va a ser divertido como lo es esto.

Se sientan en la orilla con una gran roca detrás de ellas, se quitan las sandalias y meten los pies en el agua menos profunda. El agua clara se vuelve rápidamente turbia con el movimiento de sus pies, pero no es menos atractivo.

"Anoche, la hermana Mary tocó los pechos de la hermana Clarence," dice Mylene asintiendo.

Elodie se gira y la mira. "¿En serio?"

"Las dos estaban vestidas pero hubo un contacto real."

Es decepcionante que estuvieran vestidas. Elodie cree que la hermana Mary tiene unos pechos bonitos, y, en su imaginación, los ha visto desnudos. Son como melocotones maduros con botones de chocolate donde deberían estar los tallos de la fruta. La imagen hace que una sensación extraña se haga más fuerte debajo de su estómago y mueve inquieta su trasero sobre la hierba. La sensación se convierte en un pulso y no está segura de si se siente mejor o peor. "¿Qué quieres decir con que hubo un contacto real?"

Mylene suelta una risita. "Ya sabes." Levanta las manos con las palmas hacia fuera y hace un movimiento extraño circular y apretando en el aire.

Elodie frunce el ceño. Así no es como se imaginaba que sería un contacto sensible. Las manos de Mylene encajarían perfectamente sobre los pechos de Elodie. Elodie automáticamente

aprieta su pecho, que late fuerte. Sus pezones están duros contra sus palmas. Se mueve inquieta de nuevo y se sienta sobre sus manos. "Eso no es un contacto real."

Mylene se vuelve hacia ella y la mira, luego sus ojos bajan hasta sus pechos y Elodie apenas puede respirar. "¿Quieres que te haga una demostración?"

El corazón de Elodie se acelera más rápido de lo que cree que es bueno para ella, como cuando corre campo a través colina arriba detrás de la casa. Hay más posibilidades de que le estalle el pecho a que ocurra el error de la entrada del nuevo milenio. Tiene las manos húmedas debajo de ella y siente como si sus piernas estuvieran calentando el agua más rápido de lo que una tetera hierve el agua. Su boca está tan seca como la cartulina que usaban para hacer las decoraciones de Pascua y Navidad. Mylene acerca su mano hacia ella. No se atreve a hablar, mucho menos a decir que no. Sin duda irá al infierno por lo que está a punto de suceder. Es un riesgo. La mano de Mylene se acerca cada vez más y sabe, sin ningún género de dudas, que quiere sentir su contacto más que ir al cielo. El calor está en todas partes: dentro de ella, fuera de ella y en todos los lugares intermedios. Y entonces se produce el contacto y tiembla por dentro. Jadea cuando un temblor recorre su piel. Pero esto, en realidad, no es tocar, porque su vestido es una barrera entre ambas.

El movimiento de Mylene no es como el que ha mostrado hace un momento. El movimiento de apretar es más lento y tierno y la forma en que la mira es seductora.  El estómago recibe pequeñas descargas con cada latido de su corazón y la sensación va bajando, más rápido que la cascada de agua que cae en el otro lado del lago. Es probable que los dedos de sus pies estén calentando el agua por el fuego que hay en ellos y sigue sin poder respirar.

"Así," dice y retira su mano rápidamente.

Elodie intenta tragar saliva. Los ojos de Mylene están más oscuros y sus mejillas están sonrojadas y Elodie sabe cómo se siente

eso. Su cuerpo está en llamas y solo hay una manera de enfriarse. Se levanta, se quita el vestido y el sostén y se adentra en el lago, dándole la espalda a Mylene. Camina hasta aguas más profundas, donde pueda sumergirse completamente antes de regresar a la orilla. "Venga, entra."

Mylene hace el movimiento de quitarse el vestido pero se detiene.

"No miraré." Elodie se da la vuelta y nada hacia el interior del lago. El agua es suave y no sabe a nada en particular. Quizás un poco a lluvia. Por lo menos, ha humedecido su boca y puede mover la lengua alrededor de sus labios, aunque el corazón todavía late con fuerza mientras nada. Hay una risita burbujeando en su interior que está descontrolada. Se sumerge bajo el agua para sentir el frescor que envuelve todo su cuerpo y siente algo que nunca antes ha sentido: liberación. Cuando sale del agua, ve a Mylene nadando hacia ella. Elodie se da la vuelta y se aleja nadando. Sabe que pronto se besarán, pero quiere que este sentimiento embriagador dure para siempre. Después de que sus labios se encuentren, nada será lo mismo entre ellas. Nada hasta la isla pequeña en medio del lago, preguntándose quién empezará. Va a pasar más pronto que tarde.

Deja de nadar cuando el agua vuelve a ser poco profunda y disfruta del cieno del fondo del lago, que se mete entre los dedos de sus pies. Evita los guijarros más grandes mientras empuja lentamente su cuerpo en el agua. Se siente valiente y magnífica, el estómago le revolotea como las alas de una mariposa. Emocionada y asustada, es una sensación que nunca antes ha experimentado. Tiene sensaciones cálidas cuando se imagina a la hermana Mary pero no tan intensas como estas. Esto es como una fuerza imparable que la arrastra a tocar y a besar a Mylene y eso no podría hacerlo con la hermana Mary, no sin meterse en un montón de problemas, aunque alguna vez ha considerado si valdría la pena correr el riesgo. Está de pie con sus pechos justo por encima de la superficie del agua. Sus pezones son pequeños y apretados como una banda

elástica y Mylene los mira con los ojos muy abiertos. Lentamente, Mylene se pone también de pie y se revela. Sus pechos son maravillosamente grandes, su piel es mucho más pálida que la piel oscura de Elodie y le encanta el contraste. Las mujeres son preciosas. La constricción la está matando y multiplicando la fuerza que la impulsa a tocar los pechos de Mylene. Avanza un paso. Mylene es un poco más alta, más ancha y el cuerpo bien formado, mientras que el de Elodie es como un palo. Ha explorado cada milímetro de su cuerpo en su imaginación. El latido entre sus piernas es cada vez más profundo y ardiente, y cuanto más la mira Mylene, con ojos que ahora son azules como el cielo, más la desea.

"Puedes tocarme," dice Mylene.

Hay un ligero temblor en su voz. Elodie se acerca un paso más. Le arde la palma de la mano. Está tan cerca que puede ver los vellos más finos, casi invisibles, en el escalofrío de su piel. Mylene se inclina hacia adelante. La delicada textura de su pezón duro en la punta de sus dedos y la suave piel de su pecho la dejan sin aliento. Elodie no recuerda haberse sentido nunca tan poderosa. Hace caricias suaves y sostiene suavemente el pecho de Mylene en su palma y, sin pensarlo, se inclina y le besa el pezón.

Mylene jadea. Elodie se aparta rápidamente y tropieza, salpicando agua. "Lo siento. Yo…" El estómago se le revuelve cuando la maldad de lo que está haciendo la golpea como un rayo enviado por los dioses. Le lleva un momento darse cuenta de que la oscuridad en los ojos de Mylene y el temblor de sus labios es deseo. El corazón le late con más fuerza.

"Se siente bien," dice Mylene.

Asimila las palabras poco a poco y Elodie sonríe. El sabor a sal y caramelo en su lengua son sus nuevos sabores favoritos. Ella extiende su mano y Mylene la toma. Salen juntas del agua y van hasta la isla. Hay un área pequeña de hierba y una sola palmera rodeada de arbustos que hacen imposible caminar a ningún sitio sin una guadaña. Elodie se arrodilla sobre la hierba cálida y atrae a

Mylene para que se arrodille frente a ella. El fino espacio entre ellas está cargado de calor y deseo. Elodie levanta la vista y la mira fijamente a los ojos. Si ella fuera el agujero negro del universo, saltaría sin dudarlo un segundo.

Extiende la mano y toma el pecho de Mylene. El pezón arrugado crece con el contacto y suaves gemidos escapan de los labios de Mylene…labios que está desesperada por besar. Envuelve su cintura con un brazo. Sus estómagos se están tocando, sus pechos también. Y la urgencia es demasiado fuerte para resistirlo. Mylene cierra los ojos y abre los labios. Y entonces, solo existe la suavidad de la boca de Mylene contra la suya. Hay ternura y calidez en la sedosa humedad cuando sus lenguas se tocan por primera vez. Elodie se sumerge en las sensaciones que sus labios le producen. La suavidad de la boca y el rostro de Mylene es sensual. La presión es leve al principio, luego se hace más fuerte, más profunda, para volver a un leve contacto. Un escalofrío le recorre el cuello y los hombros. Está temblando por dentro y por fuera. Logran un ritmo fácil que Elodie no quiere terminar nunca.  La sensación de los labios de Mylene en los suyos es más exquisita de lo que creía posible. No tiene palabras, ni tampoco las necesita. Sus cuerpos conversan sin hablar. Besa a Mylene, se maravilla con la calidez de su aliento y con la humedad que se dan la una a la otra. Nada entre ellas volverá a ser lo mismo…

# 1.

*Región del Loira, Francia, septiembre 2018*

Elodie fue recibida por el aroma delicado y distintivo de aceite de eucalipto al abrir la puerta y entrar al Lalla Spa. Era como si el aroma y las notas melódicas brotaran de los azulejos con estampados de color celeste y blanco que formaban las paredes desde el suelo hasta el techo. El olor flotaba en el ambiente con el movimiento de la gente que trabajaba aquí. La temperatura en la recepción parecía más fría de lo normal a pesar de que el termómetro en la pared detrás del mostrador de recepción de mármol blanco marcaba los habituales veintidós grados. La manecilla larga y delgada del reloj marcaba la hora en los números romanos de la esfera, a pesar de que el tiempo se detenía para Elodie cuando entraba en el spa. No había nada más satisfactorio que la atención sexual de otras mujeres, brindándole placer sin tener en cuenta la realidad vacía de su vida personal.

La recepción estaba impecablemente limpia y bien iluminada. La autenticidad marroquí se manifestaba en las superficies de mármol y las puertas de pino natural que daban la bienvenida a las invitadas. Los cuadros de las paredes, de mujeres disfrutando de la compañía de otras mujeres, eran obras de arte originales. Radiantes sonrisas surgían de los lienzos y revelaban las promesas que vendrían a aquellas que podían leer las señales. Y Lalla Spa nunca dejaba de ofrecer lo que una mujer estaba buscando. Y Elodie sabía exactamente para qué estaba allí y dónde lo encontraría.

La piel se le erizó con el aire más frío. Se dirigió al mostrador, examinando a las dos invitadas que tenía delante. Aparte de la familiaridad tranquilizadora del spa, admirar mujeres hermosas era

otra de las cosas que disfrutaba. La mujer con la piel más oscura se giró y su mirada recorrió el cuerpo de Elodie, deteniéndose un momento más largo en sus pechos antes de posarse en su rostro. La expresión de la mujer irradiaba pura alegría y su sonrisa indicaba una oferta para que Elodie se uniera a ella dentro. Elodie esbozó una sonrisa indecisa, aunque no la rechazó. Había una delgada línea que recorrer para mantener a una mujer deseando y ella disfrutaba creando expectación.

Su sexo se agitó. Quizás por eso otras mujeres acudían al spa, para sentirse poderosas, para sentirse vivas. Para sumergirse en la emoción y en los placeres exquisitos que se ofrecen con la esperanza de que esas sensaciones se queden mucho tiempo después del breve momento en que les ha devuelto la vida.

Elodie observó a las dos mujeres caminar desde el mostrador hasta la puerta que conducía al interior del spa. La sensación en su sexo se hizo más fuerte. No, no se resistiría si la oferta estaba ahí.

"Bonjour, madame Elodie."

Preeda miró a Elodie desde detrás del mostrador y sonrió, como siempre hacía. Vestida con un traje de seda tradicional, parecía una escultura de porcelana. El material de color crema que se amoldaba perfectamente a su pequeña figura, acentuaba su cintura estrecha y sus pechos pequeños y se deslizaba con gracia cuando se movía.

Elodie se apartó el flequillo de la cara. "Bonjour, Preeda. ¿Cómo estás hoy?"

"Bien, gracias. ¿Cómo va la vendimia?"

Aunque no estuviera bien, Preeda no lo diría. Sería poco profesional hablar de cosas personales con una invitada. Se otorgaba un nivel de formalidad a quienes tenían riqueza y título y la opulencia era una distinción importante entre las mujeres que frecuentaban el spa con el fin de hacer negocios dentro del club y las que no. La típica clienta venía a disfrutar del ambiente relajante,

las saunas y los baños de vapor, la natación, los baños de hielo y los masajes aromáticos. Probaban los tés de menta fresca, tomillo e hinojo y la mezcla original del spa que consistía en hierbas desintoxicantes en un zumo de frutas frío. Una cosa estaba garantizada… todas las que salían del spa, lo hacían con una sonrisa en su cara. "Es un año excepcional. La recolección comenzará en un par de semanas."

"Entonces, ¿no vendrá durante un tiempo?"

La piel de Preeda era impecablemente suave, aparentemente no se veía afectada por su vida o las condiciones fuera del spa. Incluso con su ajustado vestido tradicional, parecía fresca y más joven para su edad. Era un ejemplo perfecto de los efectos rejuvenecedores del spa, por si una visitante necesitaba alguna evidencia. Pero Elodie no necesitaba que la convencieran. Una visita al spa la enriquecía diez veces su salud física y mental. "Vendré cuando pueda, aunque serán unas semanas de locura."

Preeda cogió una llave del estante y la deslizó por la superficie de mármol. "Disfrute su tiempo aquí hoy."

"Merci."

Los pensamientos de Elodie se fueron hacia la próxima cosecha. Iba a ser un mes duro y todavía le faltaban algunas manos, especialmente porque algunos de los estudiantes que se habían inscrito no se molestarían en presentarse. Afortunadamente, tenían un grupo fuerte de recolectores estacionales y lugareños que consideraban su deber ayudar. Como propietaria de uno de los viñedos más prestigiosos de la región, Chateau Marchand, había optado por mantener los métodos tradicionales de cosecha, como antes lo había hecho su madre. Era importante que las uvas se manipularan con cuidado, en lugar de usar una máquina que las arrancara de la vid para que fuera más rápido. Las uvas recogidas con cuidado y cariño mantenían su forma y siempre parecían más felices. Eso le había dicho su abuela mientras recogían uvas juntas. Entonces no era más que una niña, de no más de seis o siete años,

pero ese grato recuerdo permaneció con ella. Si era verdad o no, no importaba. El hecho era que las uvas recolectadas a mano producían vino de mejor calidad y su reputación se basaba en producir los mejores vinos de la región.

Cruzó la puerta de la recepción. Hacía varios grados más de calor y el suave y acogedor tono naranja creaba un ambiente despreocupado en el interior del bar de chill-out. Era el lugar perfecto para disfrutar de una copa de champán frío o de un vino Sancerre. Un lugar sin pretensiones, los estratos sociales no existían entre las clientas. Madame Yvette Bourbon estaba reclinada en un mullido chaise-longue. Esposa de Louis-Jean Bourbon, de la Casa de los Borbón, dinastía francesa y la única rama que quedaba de ascendencia legítima al trono francés, Yvette era la propietaria del club. La toalla que le cubría el estómago hacía poco por cubrir la carne de la parte interna de los muslos y más allá. Podría haber sido la musa de un artista. Elodie la contempló, dando audiencia a las tres mujeres que la cortejaban cautivadas por ella y sonrió. Gestos animados, risas desinhibidas y mejillas radiantes eran un signo claro de satisfacción de la clienta. Las tres mujeres tomaban té. El hinojo y la menta impregnaban el aire cálido. Su atención permanecía fija en su reina cuando Elodie se dirigió a los vestuarios.

En ausencia de voces de mujeres, el sonido de las olas rompiendo contra la orilla resonó dentro de la habitación. Se sentó en un banco y cerró los ojos. Inhalando profundamente aire cálido, liberó la tensión de sus músculos. Cambió su ropa por una fina toalla blanca alrededor de su cintura y salió del vestuario a través de una puerta con un letrero de latón pulido que decía *Salón Azul. Club privado de socios.*

Los reconfortantes y ricos tonos azules que se reflejaban en el suelo de baldosas y las paredes, acentuados por una suave iluminación azul, calmaban sus ojos. Se colocó debajo de la ducha, subió la temperatura del agua y se frotó la piel con jabón de lavanda. A continuación echó la cabeza para atrás y dejó que el agua la limpiara. Desnuda, caminó por el lado del baño hammam,

plenamente consciente de que las otras mujeres la estaban observando, como siempre hacían. Ya fuera su estatura, ligeramente superior a la media, o su apariencia andrógina lo que les atraía, o su forma musculosa natural, o incluso su encanto e intelecto para quienes se atrevían a hablar con ella fuera de los baños, no importaba. Estas mujeres podían perderse en su imaginación y eso era parte del atractivo del club. Podrían desear más o pensar que habían tocado una parte de Elodie que ninguna otra mujer había logrado alcanzar antes. Pero eso sería desacertado. Nunca podrían *llegar* a Elodie. Había algo profundamente erótico en saber que secretamente querían más de lo que podían tener. Era como un afrodisíaco. El combustible que avivaba el fuego que ardería entre ellas. Querer algo alimentaba el deseo, mientras que el acto de *tenerlo* disipaba ese deseo. Siempre había reglas para los juegos que tenían lugar en el club y la primera regla era que no hubiera sentimientos de por medio.

Colgó la toalla en la pared y puso la llave de su taquilla en el estante justamente encima. El agua más fría del baño hizo que le recorriera un escalofrío por el cuerpo, aumentando la emoción que corría por sus venas. Se dirigió a un lado y apoyó la cabeza contra el borde de baldosas de la piscina. Su cuerpo se elevó al respirar profundamente, sus pezones duros rompieron la superficie del agua y cerró los ojos. La sensación de estar flotando se fusionó con los suaves gemidos de placer que venían de las mujeres que visto antes en la recepción. El suave sonido de ellas dándose placer mutuamente parecía mezclarse con la música de las olas rompiendo en la orilla. El latido entre sus piernas se intensificó. Abrió los ojos y miró. Ser observada era una de las reglas que se aceptaban para quienes frecuentaban el Salón Azul.

La mujer de piel más oscura se volvió hacia Elodie. Podía leer la invitación como si estuviera escrita con luces de neón en las paredes azules. Las señales siempre fueron claras. Una sonrisa que transmitía secretos, un entrecerrar de ojos, un ligero movimiento o inclinación de cabeza. La mujer se dio la vuelta y se llevó el pecho

de la otra a sus labios. Deslizó su mano por el cuerpo de la mujer y el placer de Elodie se encendió. La otra mujer gimió y las olas se agitaron en el baño cuando la mujer de piel más oscura hizo movimientos más lentos y rítmicos entre sus piernas. Un destello de fuego atravesó a Elodie y ahogó un gemido. La mujer volvió a mirar a Elodie con una amplia sonrisa.

Elodie avanzó lentamente, deslizando los dedos por el agua. Presionó sus pechos contra la espalda de la mujer de piel más oscura, deslizó las yemas de sus dedos por su costado y tiró de las nalgas firmes de la mujer contra su entrepierna. La mujer empujó contra Elodie, meciéndose contra ella mientras continuaba complaciendo a la otra mujer. La mujer dio un respingo cuando Elodie le besó la espalda y se giró para mirarla. Elodie se inclinó hacia adelante y besó sus labios carnosos. La mujer de piel oscura dejó de besarla y volvió a besar el pecho de la otra mujer para llevarla al orgasmo. Elodie frotó sus pezones contra la espalda de la mujer y gimió cuando las sensaciones se volvieron más intensas. Llevó su mano al frente de la mujer y masajeó la tierna carne de su seno, haciendo que su pezón se endureciera entre sus dedos. Elodie besó su largo cuello, movió su mano debajo del agua y acarició los rizos entre las piernas de la mujer de piel oscura. La otra mujer gritó y se estremeció por lo que le estaba haciendo su acompañante, quien abrió más las piernas para que Elodie entrara.

La satisfacción sexual no necesitaba conversación dentro de la Sala Azul.

# 2.

*Londres, Inglaterra. Septiembre 2018*

Kaye apretó con fuerza el botón en la pared y observó cómo su mundo desaparecía detrás de los cierres de metal negro, chirriando al desenrollarse y luego con más ruido al quedarse atrapadas en el riel que recorría la longitud de la puerta abierta. Doce años de vida matrimonial y así, en un abrir y cerrar de ojos, todo lo que poseía quedó encerrado en un contenedor de dos metros cuadrados con espacio de sobra. Algunos dirían que era patético y triste. Así es como la había llamado Sylvie cuando había abandonado la casa, para no volver jamás. La mirada de su ex había sido más fría que el ártico, su postura mortalmente rígida y su mandíbula apretada con tanta fuerza que Kaye pensó que se le romperían los dientes. Sylvie no había hablado y había mantenido los brazos firmemente cruzados en un gesto de claro desafío.

Un frío helador le recorrió la columna solo con pensar que Sylvie pudiera arremeter contra ella de nuevo. Había perdido los nervios con ella más veces de las que quería recordar, especialmente en los últimos años. Siempre se había disculpado, por supuesto, y Kaye la había perdonado. Sylvie tenía una pasión ardiente. Era parte de su carácter creativo y, al principio, su energía había sido excitante, motivada y dirigida a Kaye de una manera positiva, cortejándola. El incidente que la llevó finalmente a solicitar el divorcio fue cuando ella enseñó su verdadera cara, hecho que la condujo al hospital. Kaye podría haber presentado cargos, pero decidió no hacerlo.

Si Kaye era honesta consigo misma, había estado muy nerviosa con Sylvie durante mucho tiempo y era feliz viéndole la espalda a su ex, rápidamente y sin problemas. Aunque su mejor amiga, Courtney, había estado allí con ella mientras recogía sus cosas y salía de la casa por última vez, Kaye no había podido respirar con tranquilidad hasta que la puerta principal se cerró tras ellas y estuvo sentada en la camioneta blanca con Courtney a su lado. La experiencia la había dejado sin fuerzas, exhausta y con náuseas. Pero lo había hecho. El pasado ya era cosa del pasado y trabajaría duro para olvidarlo.

Kaye pensó en el saldo de su nueva cuenta especial de ahorros, pero no se atrevía a sonreír, aunque con seis ceros al final, no tenía ningún motivo real para no hacerlo. Un millón de libras habría afectado sin duda al bolsillo de su ex, aunque eso tampoco le produjo ninguna satisfacción. Solo se sentía aliviada de haber superado toda esta terrible experiencia y poder seguir adelante con su vida. Su abogado prácticamente le había rogado que fuera a por tres millones, pero no había querido herir innecesariamente a la mujer a la que había amado lo suficiente como para casarse con ella y, desde luego, no quería enfrentarse a Sylvie en un tribunal y destapar todos sus trapos sucios. Aunque al final tuvo que acudir a los tribunales, la batalla había sido un poco menos dolorosa por la cifra que finalmente solicitó, bastante menor. Debería sentirse más feliz, se había hecho justicia, pero no lo estaba. Quería algo más, pero no sabía qué. *Estaba* segura de que, con el tiempo, lo resolvería.

Se sentía agradecida un momento pero, al siguiente, el dolor se extendía por sus poros y sus pensamientos oscilaban entre el autodesprecio y la incoherencia. Quería correr, pero ¿hacia dónde? Su sensación de alivio ante su nueva libertad estaba teñida de remordimiento y culpa. Había considerado marcharse sin nada muchas veces en los últimos dos años y habría sido más feliz si lo hubiera hecho. Habría sido mucho más fácil que negociar y habría terminado el proceso antes. Tenía derechos, le había recordado su

abogado, y él los había ejercido dentro de los estrechos límites de su tolerancia.

Estudió a Winston, acarició su cabeza peluda naranja y blanca y el hilo de algodón anudado donde debería haber estado su ojo izquierdo, y sonrió con tristeza. Metió el relleno suelto en el hueco de su pata derecha. Era el reflejo de ella. Herido y deteriorado. Ella secó una lágrima imaginaria de su mejilla blandita mientras una lágrima fría corría por la suya.

Le habían regalado a Winston por su quinto cumpleaños y lo amaba como si fuera real. Había querido un cachorro de tigre y no le gustó que no fuera posible tener un tigre de verdad como mascota. Se lo había llevado a la universidad y luego a Londres. Había sido su amuleto de la suerte. Mientras estuvo casada, había vivido en su maleta en el loft. Si se hubiera dado cuenta de que eso era una señal de lo que vendría…a Sylvie no le gustaban los animales peludos, vivos o no. A Sylvie no le gustaban mucho las cosas que Kaye apreciaba y valoraba.

Se quedó mirando la unidad de almacenamiento con cierres negros, una en una fila de diez. Las vidas de otras personas guardadas a salvo junto a la de ella. ¿Volvieron algunos de sus dueños a reclamar sus cosas? No sabía cuándo podría regresar ella para recuperar sus cosas, si es que alguna vez lo hacía. Quizás encontraría otro lugar en el mundo donde quisiera vivir y haría que se lo enviaran. No haría falta mucho. Media docena de cajas llenas de algunos detalles, una mesita de noche, una cabecera de cama antigua, una lámpara alta y las dos pequeñas obras de arte que había comprado y que también habían residido en el loft durante su matrimonio. Se le había olvidado que las tenía. La idea de vivir en otro lugar que no fuera Londres parecía inconcebible y, sin embargo, totalmente posible. Un suave suspiro salió de sus labios mientras se alejaba de la unidad.

Courtney frunció el ceño y sonrió. Parecía preocupada. "¿Estás bien, nena?"

El término cariñoso que había adoptado para Kaye, una pequeña muestra de sus raíces del norte de Inglaterra, siempre la hacía sonreír. La hacía sentir como si tuviera una hermana mayor cuidando de ella, aunque tenían edades muy parecidas y ambas eran mujeres maduras. "Sí, estoy bien." Escuchó el tono fatigado de sus palabras y sabía que Courtney se daría cuenta de su lamentable intento por parecer fuerte. Puso a Winston bajo su brazo y soltó un profundo y largo suspiro. El pasado ya había terminado. El futuro aún estaba por comenzar. Y entre medias, el presente y el ahora, se sentía en un estado de confusión, teñido por una pizca de arrepentimiento.

"Necesitas un trago." Courtney enlazó su brazo con el de Kaye y la acercó. Caminaron hacia su camioneta de alquiler. "Bueno, a lo mejor tú no, pero yo desde luego necesito uno. Lo has hecho, nena. Has dado un portazo a Satanás."

Kaye negó con la cabeza. La verdad pesaba mucho en su corazón dolorido, a pesar de los esfuerzos de su mente por generar sentimientos de euforia. Pero los buenos sentimientos parecían desvanecerse demasiado rápido. No se podía negar la realidad. Estaba sola, cuando debería estar disfrutando de su vida de casada. Siempre había querido crear un hogar con su esposa, una vida juntas hasta el final. Era probablemente la razón más convincente por la que no había querido reconocer sus problemas antes y por la que había tratado de convencerse a sí misma de que podían hacer que la relación funcionase. Soltera y sola. "Sylvie no era tan mala."

"¿Qué?"

Kaye se encogió de miedo. Era una respuesta instintiva, todavía fresca, y que tenía intención de desaprender. Levantó la cabeza mientras seguía el ritmo de Courtney. "Ambas tuvimos problemas."

Courtney se paró abruptamente y se volvió para mirarla. Kaye apretó a Winston contra su pecho.

"Esa jodida puta te ha roto, Kaye. Recuérdalo. Recibió lo que merecía. De hecho, un millón ni se acerca para lo que te hizo pasar. Hay una razón por la que sus colegas la llaman la Psicópata Sylvie."

Un escalofrío le llegó hasta las rodillas. Courtney le había estado diciendo durante años que había algo extraño en Sylvie, algo peligrosamente extraño. Había escuchado las palabras, pero no las había interiorizado. De vez en cuando había cuestionado el comportamiento de Sylvie, pero habían caído en una nueva norma de actuar. Había esperado que las cosas volvieran a como habían sido al principio de su relación, antes de que se casaran. Pero el tiempo pasaba y había perdido toda esperanza. Ahora todo había acabado y quería dejar atrás el pasado. Los doce años.

*Sylvie no fue la única culpable del deterioro de nuestra relación*. "Eso es lo que dicen muchas víctimas de abuso," había dicho su médico.

*Ella nunca me hizo daño, no mucho. No hasta el final, e incluso esa última vez, no creo que fuera su intención. Nunca reaccionaba bien cuando la desafiaba y supongo que le pedía demasiado.* "Eso es lo difícil del abuso psico-emocional. Pasa desapercibido durante mucho tiempo. Se pierde en las discusiones que tienen. La persona abusada se siente culpable y avergonzada por sus acciones y cree que es su culpa, cuando, en realidad, ella es la víctima," le había dicho su terapeuta.

Sylvie era una maestra de la manipulación y, sí, Kaye se había sentido culpable de todo lo que había salido mal. Hasta que encontró las fuerzas suficientes para acudir a su médico, luego a un terapeuta y por último a un abogado. El futuro era un territorio desconocido, sin explorar y, aunque no tenía brújula ni mapa, estaba preparada para la exploración. Miró fijamente los ojos azul claro de Courtney, tomó sus mejillas entre sus manos y sonrió. "Necesito avanzar, cariño. Es hora de dejarlo ir y empezar de nuevo."

Courtney respiró profundamente, como si estuviera a punto de objetar algo, pero Kaye puso un dedo en sus labios. "Sé que te

preocupas mucho por mí y te quiero por eso. Pero lo que está hecho, hecho está, y no puedo cambiar el pasado. Así que, por favor, no hablemos más de Sylvie," *o del millón de libras que realmente no merezco*, "y vamos a tomarnos esa copa."

Courtney se aclaró la garganta. "Primero tenemos que devolver esto."

"Entonces la cena corre de mi cuenta. ¿A dónde podemos ir?"

Courtney se subió al asiento del conductor. "¿A Bill?"

Kaye le tomó la mano y se la apretó. "Gracias por estar aquí para mí." Le entró una necesidad repentina de celebrar, y ¿quién mejor que su mejor amiga desde la universidad? Sonrió. "Pues vayamos a Bill."

Sus pensamientos se dispersaron mientras Courtney conducía. Sentía una necesidad imperiosa de abandonar Londres y una fatiga emocional se había apoderado de ella en los últimos meses. La oferta de Courtney del apartamento compartido a largo plazo era amable y considerado, estaría feliz de quedarse allí unas cuantas noches más mientras ultimaba sus planes, pero no más que eso. Su madre quería que fuera a casa, pero eso tampoco le parecía bien. Quería mucho a su madre, a sus tres hermanos y a su hermana pequeña, pero todos querrían prestarle toda la atención y arroparla. No quería estar rodeada de gente que la viera como una víctima, todos ellos tratando de compensar el hecho de que deberían haberlo visto venir y haber estado ahí para ella. La apoyaban, la mayoría desde la distancia porque tenían sus propias vidas y, para ser justos, ella no les había pedido ayuda porque no quería causarles molestias. No quería precipitarse en tomar decisiones que afectaran su futuro, especialmente una que tuviera que ver con en qué invertir su dinero. Y, desde luego, no quería otra relación. Un descanso total de todo era la única manera.

El bar de Bill estaba abarrotado y las voces estridentes hacían eco de manera irritante por todo el lugar, como una bola golpeando

el interior de una máquina de pinball.

"Bueno, entonces, a ver si lo entiendo. ¿Tienes un millón de libras en el banco y vas a coger una barcaza de canal para recorrer Francia?"

Kaye levantó la vista de su teléfono, que mostraba el mapa de vías fluviales de París a Niza y sonrió. "En parte."

"Estás de broma, ¿no?"

Le agarró el brazo. "No. Será una aventura. Puedes venir, si quieres. Yo pago."

Courtney se soltó y miró alrededor del bar. Se le paró el corazón. No había pretendido que su oferta pareciera un acto de caridad.

"No puedo ausentarme del trabajo de manera indefinida, nena."

Se le contrajo el pecho. Podría llevarle un tiempo adaptarse a la libertad recién encontrada y, en ese sentido, estaba sola en este viaje. No se sentía sola, quizás solo un poco. Le preocupaba más que se distanciaran a nivel personal mientras ella estaba fuera. Courtney siempre había estado ahí para ella y había dependido de ella. No podía perder también a su mejor amiga o realmente no tendría a nadie a quién recurrir. "Lo siento."

Courtney sonrió. "Oye, no lo sientas. Puedes tener el mejor momento de tu vida y estoy muy celosa, pero te mereces este descanso, nena. Tal vez podamos encontrarnos en algún lugar…del camino, como dicen por esa parte del mundo." Arqueó las cejas. "Lo ideal sería un castillo de cinco estrellas con piscina climatizada y un viñedo. Así podremos beber vino todo el día bajo el sol, descansar en la piscina y atiborrarnos de comida francesa."

"¿Quieres decir como caracoles y ancas de rana?"

"Puaj. Más bien estaba pensando…¿cómo se llama esa carne que comen? Esa que queman."

"Filete Diane."

"Eso es."

"En realidad, no es de Francia. Allí comen filete a la pimienta. Me está entrando hambre con esto. Puedo saborear la salsa cremosa." Kaye se rió cuando llegó el camarero con sus hamburguesas y patatas fritas.

"Vale. Entonces, encuentra ese sitio y allí nos veremos. Tengo una semana libre antes de Navidad."

Kaye volvió a estudiar el mapa en su teléfono mientras cogía una patata y la mojaba en mayonesa. Había estado planeando este viaje durante semanas pero hoy se había vuelto más real. "Sabes que te encanta el vino blanco, ¿verdad?"

"No se me va a olvidar eso, nena."

"¿Qué te parece si recogemos uvas durante una semana?"

"Acabas de explotar mi burbuja." Courtney se rió entre dientes y Kaye le enseñó el teléfono para que pudiera leer la pantalla. Courtney entrecerró los ojos para mirar el mapita. "¿Eso es Sancerre? Ese sí que es un buen vino." Miró más de cerca y señaló la ubicación en el mapa mientras masticaba. "¿Eso es el verdadero Sancerre, donde cultivan las uvas?"

"Sí. Aunque solía ser una región predominantemente de vino tinto hasta la epidemia de filoxera a mediados del siglo diecinueve. Los vinos blancos se elaboraban al otro lado del Loira, el Pouilly Fumé. Después de la epidemia decidieron plantar uvas Sauvignon Blanc allí."

"Te saludo, señora estudiosa del vino," dijo Courtney, inclinando la cabeza a modo de reverencia.

Kaye se echó a reír. "He estado investigando. Producen vinos tintos y rosados. Marchand es uno de los pocos viñedos que todavía cosechan uvas a mano." Le dio un gran mordisco a su hamburguesa. La salsa goteó sobre el plato, lo limpió con el dedo y se lo chupó, sintiendo una pequeña punzada de culpa. Sylvie habría odiado que hiciera eso y le habría ordenado que usara una servilleta y comiera bocados más pequeños. Dio otro mordisco grande y repitió el proceso de chupar la salsa de su dedo. *Maldita seas, Sylvie*.

"Nena, no me importa lo que produzcan. Si está mojado y es vino, no soy quisquillosa." Courtney se dio unas palmadas en el pecho en una especie de ritual de compromiso tribal. "Solo necesitas encontrar el castillo con piscina climatizada. Entonces tendremos un trato hecho."

"¿Qué hay de malo en una barcaza de canal?"

Courtney hizo una mueca. "¿Por dónde empiezo?"

"Será relajante. Podrías jugar con las esclusas y dirigir el barco. Y podríamos parar y visitar restaurantes y bares. Y habrá mujeres francesas."

"Está en el agua, está húmedo y apestará. Y no suena a una estancia de cinco estrellas con una cama con dosel del tamaño de mi dormitorio y un colchón de plumas en el que puedo hundirme con una colcha suave y sedosa acariciando mi cuerpo. ¿Continúo? También habrá mujeres francesas en un cinco estrellas. Las elegantes."

"Eres una esnob."

"Solo digo las cosas como son. Una chica sabe lo que le gusta. Y a esta chica le gusta la comodidad. Tú, por otro lado, eres la romántica perdida. ¿O se dice la última romántica que queda?" Dijo Courtney y se encogió de hombros. "¿Cómo vas a llegar allí?"

"Tomaré el Eurostar hasta París y luego me dirigiré al sur. Recogeré la barcaza en el sur de París, iré hasta Sancerre para

recolectar uvas y luego seguiré el canal hasta Niza. No tengo prisa."

"Entonces, ¿cuándo estarás en Sancerre?"

"Para la temporada de recolección de uvas." Kaye se rió. "Sé que suena estúpido, pero me gustó realmente. Ya reservé un día de prueba y me ofrecí como voluntaria para la recolección."

Courtney se atragantó con la cerveza. "Nena, ¿en serio? Odio decirte esto, pero recolectar uvas es para jóvenes. Niños en un año sabático con cuerpos jóvenes y fuertes y cerebros aburridos, no para alguien cercana a los cuarenta. ¿En qué estabas pensando?"

"Los cuarenta son los nuevos treinta. De todas formas, no estoy tan cerca de los cuarenta, y me perdí un año sabático, así que lo estoy compensando ahora."

"Oh sí. ¿Qué más vas a compensar?" Courtney le guiñó un ojo mientras mojaba su último calamar en la salsa que quedaba y lo colocaba sobre el plato.

"Nada de lo que estás pensando con esa mente sucia tuya."

"No sabes lo que tengo en mi mente."

"El sexo *siempre* está en tu mente."

Courtney se rió entre dientes. "Algunas veces está al alcance de mi mano," dijo mientras lamía la salsa de su mano, "y déjame decirte, cuanto más picante, mejor."

"Como cualquier otro viernes noche. Hablando de eso, ¿te estoy distrayendo de tu habitual caza?" La risa de Kaye murió, dejando paso a sus preocupaciones. No iría con ella. No estaba preparada para una relación de una noche o para toda la vida. Desde luego, no una para toda la vida. Necesitaba superar el primer intento fallido antes de lanzarse al siguiente. Quizás era una romántica empedernida. Pero la próxima vez no caería tan fácilmente. No, la próxima vez tendría los ojos bien abiertos.

"Las chicas tienen que divertirse."

Kaye se mordió la lengua. Nunca le había gustado el hecho de que Courtney pasara de una aventura casual a otra. Y, a pesar de todo lo que Courtney bromeaba sobre pasárselo bien, era ella quien había notado el cambio en su amiga a lo largo de los años. La diversión tenía poco recorrido. Courtney se había vuelto adicta al trabajo y padecía largos episodios de depresión. El alcohol, como el sexo, siempre ponía una sonrisa en su rostro y encendía un fuego en su vientre, pero pronto se convertían en brasas agonizantes y ella regresaba a su oscuridad. A menudo, Kaye pensaba que a Courtney le vendría bien tener una relación duradera con alguien que cuidara de ella. Sin embargo, la última vez que se lo sugirió, Courtney se puso a la defensiva. "Bueno, mientras estoy fuera, tienes que cuidarte."

"Y tú, amiga mía, necesitas reservar ese castillo, porque la viejita Courtney se unirá a ti…cuando llegues a donde esté ese lugar de vinos. Pero no voy a recoger uvas."

"Reservaré tus vuelos y…"

"No, no lo harás. Puedo pagármelo yo."

"No quería decir…" Kaye bajó la mirada. Antes no se habría ofrecido a pagarle para que se fuera de vacaciones con ella, entonces ¿por qué lo hacía ahora? Tal vez anticipaba echarla de menos. Si supiera que su amiga tenía reservada la visita, el viaje le resultaría menos intimidante.

"Está bien, nena. Solo asegúrate de no rescatar a todos los niños abandonados que te encuentres y desviarte de tu viaje o te quedarás sin un céntimo antes de regresar."

Quizás Kaye preferiría eso. No tener nada que perder parecía una forma más fácil y relajada de vivir. Si le gustabas a la gente no era porque buscaran algo de ti. Courtney la miraba con los ojos desenfocados y su amplia sonrisa era indicadora de la cantidad de cerveza que había bebido ya.

"Tu problema es que tienes un corazón demasiado grande, nena. Hay un mundo triste y malo ahí fuera, ¿sabes? Necesitas mantenerte a salvo." Se inclinó sobre la mesa y la besó en la cabeza. "Te quiero." Se recostó sobre su asiento, con las mejillas sonrojadas y los ojos vidriosos. "¿Cuándo te vas?"

Kaye suspiró. Aunque dejar a Courtney en Londres no era nada por lo que sentirse culpable, sentía como si la estuviera traicionando. "Pronto, supongo." Un dolor le cruzó el corazón cuando vio la expresión en los ojos de Courtney. Y entonces ella sonrió y a Kaye se le formó un nudo en la garganta.

"¿Por qué pareces tan triste?"

"Es solo…diferente, supongo. Es todo tan nuevo y no he tenido tiempo de procesar lo que está sucediendo realmente. El divorcio, estar soltera, este viaje y viajar sola. Lo que voy a hacer con mi vida. No he asimilado nada de esto todavía."

"Bueno, tendrás mucho tiempo para reflexionar en esa barcaza. En realidad, me está empezando a gustar la idea." Se rió entre dientes. "¿Te apetece un licor?"

Kaye negó con la cabeza. "Ponte las botas. Mañana *es* fin de semana. Pero tomaré un café." Volvió su atención a su teléfono y clicó en el enlace de la página web de viajes en barcazas mientras Courtney llamaba al camarero.

En la página web de Eurostar, navegó hasta dar con la pantalla de reservas. Dudó. Aunque había reservado y pagado una cata en la bodega, siempre había pensado que tal vez no asistiría por una razón u otra. Ya estaba decidido. No había nada que la detuviera y sentía que era algo tan…definitivo, tan terminal, lo que era ridículo. Podría volver al Reino Unido en cualquier momento. No había nada que la retuviera en ningún lugar. El corazón le latía con fuerza mientras clicaba en la pantalla con sus datos personales y, sin pensarlo más, pulsó el botón de *reservar ahora*. Fracasó dos intentos de validar sus datos bancarios con la huella digital. En el tercer

intento, el icono de la pantalla vibró y luego un mensaje confirmó sus peores temores y sus mayores sueños en una sola línea. *Gracias por su reserva en Eurostar*. Dentro de tres días se dirigiría a París para iniciar una nueva aventura. El corazón latía fuerte contra su pecho y las manos le temblaban.

Todos a quienes amaba estaban en el Reino Unido pero no la necesitaban. Vivían felices sus vidas y ella necesitaba encontrar la mejor manera de vivir la suya. Siempre estarían ahí Facetime y Skype. Su estómago daba vueltas, luego las mariposas empezaron a mover sus alas y tuvo ganas de chillar como una niña. Puede que solo estuviera fuera unas pocas semanas, pero la otra vocecita que venía desde lo más profundo de su mente, la que le había incitado a explorar sus sueños de adolescente en primera instancia, la corrigió.

No planeaba regresar pronto.

# 3.

*Región del Loira, septiembre 2018*

"Entonces ¿crees que la baronesa Carolina aceptará la oferta?" Elodie salió del baño de vapor y se puso un albornoz blanco de algodón alrededor del cuerpo. "Honestamente, es el mejor trato que podemos ofrecerle."

Yvette negó con la cabeza mientras se secaba el rostro enrojecido con una toalla. Se sentó en el banco, apoyó la cabeza contra la pared y respiró hondo. "Se lo diré. Lo has hecho bien en una situación tan delicada. La baronesa necesita tomar el control de sus hábitos antes de que destruyan a su familia. Gracias, querida." Se giró y miró hacia la puerta del baño de vapor. "¿Soy yo o hacía más calor que en el infierno hoy ahí?"

Elodie se rió. "Hacía bastante calor."

"¿Quieres almorzar conmigo, querida?"

Las mejillas y la mandíbula de Yvette estaban más hundidas de lo que justificaba su edad y sus labios eran finos y formaban un arco hacia abajo cuando se relajaba. Sus ojos estaban inusualmente apagados y apenas había dicho una palabra en la última hora. Es como si una extraña hubiera aparecido en una fiesta y hubiera descubierto que no había fiesta. Esta era Yvette, la mujer que había sido una figura materna para Elodie en los últimos ocho años, la mujer que justo la semana pasada estaba entreteniendo a su rebaño con un aire regio y la vitalidad de la juventud.

"¿Qué pasa?" preguntó Elodie.

Yvette sonrió a medias, aunque su atención parecía distante. "Hoy me siento vieja y aburrida."

Era difícil calcular la edad de Yvette. Había estado ahí durante lo que parecía una eternidad, pero si Elodie tenía que suponer, la situaba en casi setenta años, cinco años más o menos. Sin embargo, hoy le añadiría cinco años. "Necesitas una copa del mejor vino de la casa para animarte."

Yvette apretó los labios y resopló por la nariz. "Tienes razón en una cosa. Tu vino es el mejor de la casa."

"¿Se trata de Jean?"

Yvette bajó los ojos. "La salud de mi marido lleva quince años deteriorándose mentalmente, pero sigue coceando como una mula y tan alegre y exigente como siempre."

Elodie sonrió. Yvette y su marido, como muchos miembros de las altas esferas de la sociedad francesa, habían compartido la misma propiedad y habían vivido vidas separadas durante casi el mismo tiempo que llevaban casados. Era una norma cultural establecida que mantenía bajas las tasas de divorcio y contentas a las instituciones religiosas. A Elodie no le importaban las normas establecidas ni la religión. El por qué alguien querría pasar toda su vida con alguien a quien no amaba era un misterio para ella, tanto como por qué alguien querría tener una relación, punto. Quizás compartían un tipo diferente de amor, uno que hacía que la vida fuera más fácil de soportar y no llevada por la pasión. Al padre de Elodie tampoco le importaban mucho las normas sociales, había abandonado a su madre en el momento en que ya no pudo más, estaba harto. Elodie tenía dos años así que realmente no lo recordaba, y su madre rápidamente quemó todas sus fotos. Era una sombra en su vida y no sentía una necesidad particular por iluminarla. Eso es lo que se había dicho a sí misma. Cuando era adolescente, había sentido algo de curiosidad por saber algo sobre él, pero su madre había descartado la idea. El nombre que figuraba en su partida de nacimiento era William Dupuis, pero su fecha de

nacimiento no coincidía con la de ningún hombre con ese nombre al que pudiera rastrear, vivo o muerto. Pronto dejó de preocuparse por él y después dejó de preguntarse, aunque el dolor por haber sido abandonada había sido enterrado y aún no había desaparecido del todo.

Ella tampoco había tenido nada que ver con Jean, por lo que, así como Yvette había sido una figura materna para ella, Jean había sido una segunda figura paterna ausente.

"Ignórame. Me siento un poco tonta hoy…y un poco melancólica."

Elodie asintió. "Venga, vamos a almorzar." Le tendió la mano. Yvette se puso lentamente de pie y se puso el albornoz y las zapatillas. Se dirigieron al bar chill-out e Yvette resoplaba a cada paso que daba. Al entrar al bar, adquirió la vitalidad que se esperaba de ella por su posición y su título, caminando erguida, con la barbilla levantada y con paso firme.

Yvette se sentó frente a Elodie. "Es agradable compartir el almuerzo contigo. Creo que tenemos que pedir champán. Ya me siento mucho mejor."

El lugar estaba lleno de una gran cantidad de aromas: brochetas de calamares con especias asiáticas, tomate y aceitunas; fiambres de jamón y salami; tortitas de arroz salvaje con trucha ahumada, fruta dulce cortada, menta y eucalipto. El tintineo de vidrio contra vidrio y el ruido metálico del vidrio contra la madera eran, de alguna manera, reconfortantes. El susurro de las voces de las mujeres se mezclaba con la música que sonaba de fondo y entonces, una carcajada rompió el hechizo.

Madame Castelle se acercó a su mesa. "Madame Bourbon, qué placer verla."

"Madame Castelle, siéntese con nosotras, por favor. No te importa, ¿verdad, Elodie?"

Elodie negó con la cabeza. Madame Castelle era una buena amiga de Yvette y la haría sonreír. Elodie tenía sus ojos puestos en otra persona, una cara que no le resultaba familiar, y estaba disfrutando la distracción. "Madame Castelle. Espero que esté bien."

"Comme ci, comme ça, Elodie. Ya sabes cómo son las cosas."

Elodie sonrió ante la respuesta típica en personas de cierta edad. Ni bueno ni malo, lo que se traducía como que no había ningún problema que necesitara su atención, lo que técnicamente quería decir que la vida era tan buena como podía ser. La combinación de champán y compañía familiar siempre levantaba el ánimo en Yvette y, al cabo de unos minutos, ya estaba enfrascada en alegres chismorreos.

Elodie volvió a centrar su atención en la mujer desconocida que la había estado mirando de vez en cuando desde que ella e Yvette habían entrado en el bar. Su cabello castaño claro, dividido por una línea perfecta en medio de su cabeza, colgaba en tirabuzones que le enmarcaban la cara y caían más debajo de sus hombros.

"¿No crees?" dijo Madame Castelle.

Elodie asintió, esperando que fuera la respuesta correcta. Sonrió cuando las dos mujeres continuaron conversando, sus voces difusas y mezclándose con los demás sonidos de la habitación. Miró alrededor del bar, atraída nuevamente por el nuevo rostro. La mujer la miró directamente y sonrió. Un calor le recorrió desde el pecho hasta sus extremidades. Casi se le escapó una risita, pero logró reprimirla.

La mujer desvió la mirada y Elodie habría jurado que se había sonrojado. El tono de piel blanco como la porcelana que había atraído la atención de Elodie volvió poco a poco y se preguntó si la mujer había visto alguna vez la luz del día. Todas las mujeres del lugar tenían un color de piel mucho más oscuro debido al sol del Mediterráneo y la vida al aire libre y el de otras mujeres eran de

tonos completamente diferentes. Todas eran una preciosa demostración de su historia, una obra de arte original digna de admirar.

Elodie sonrió para sus adentros sintiéndose observada a hurtadillas por la mujer. La miró mientras se ajustaba el albornoz, cubriéndose completamente su abultado pecho, y le sonreía a la anfitriona, que se acercaba a su mesa con un vaso de zumo de frutas en una bandeja de plata. Sus dientes no estaban perfectamente rectos ni artificialmente blanqueados, como era habitual en algunas clientas. Era atractiva de manera natural, modesta y casta, y las pecas que cubrían sus mejillas eran muy monas. Elodie notó que su acento extranjero era inglés, con una voz tranquila y delicada. Tal vez era un poco reservada al hablar en un idioma extranjero, aunque había conversado con la anfitriona con total confianza, o tal vez simplemente se sentía abrumada y tímida en compañía de tantas mujeres semidesnudas. El hecho de que hubiera mirado fugazmente a las mujeres, que hubiera desviado su atención como para evitar que se dieran cuenta y que hubiera vuelto a mirar con lo que parecía más que un interés casual, intrigó a Elodie y la hizo preguntarse por las intenciones de la extraña. Se mostró más atenta con la anfitriona de lo que era habitual entre las clientas asiduas, preguntándole por su vida y si disfrutaba de su trabajo y había intentado ayudar cogiendo la bebida de la bandeja ella misma. Estaba claro que no estaba acostumbrada a que la sirvieran. Era algo refrescante de ver. Elodie no podía apartar la mirada, aunque llevaba demasiado tiempo mirándola. Las sombras bajo los ojos de la mujer ensombrecían su piel y la hacían parecer cansada y demacrada. Elodie quería saber qué la había traído hasta aquí.

La mujer vio que la miraba y le dedicó una sonrisa amable antes de apartar la mirada. Elodie le devolvió la sonrisa mientras sus mejillas se sonrojaban. Intentó prestar atención a la conversación en la mesa, pero volvió a la extraña con el encantador acento inglés. Se le aceleró el pulso mientras la miraba.

Estaba acostumbrada a dar la bienvenida, e incluso entretener, a nuevas invitadas. Cualquier mujer que visitaba el spa podía ser una clienta potencial, una inversora o una mujer que necesitara ayuda financiera pero, por alguna razón, esta mujer no encajaba en ninguna de esas categorías y, aún así, Elodie sentía la necesidad de hablar con ella. Quizás fuera su apariencia cansada, o su manera educada y reservada, o el hecho de que sus ojos se habían encontrado varias veces y tenía una sonrisa adorable.

Elodie se levantó de su asiento y cruzó la habitación. No quería que la extraña pensara que era demasiado amistosa o que estaba coqueteando. No era así y no quería que esa fuera su primera impresión. Se paró ante la mesa de la mujer, tenía la boca seca y le fallaban las palabras. "Hola," dijo y notó que el tono de su voz era inusualmente tenso y que se estaba frotando la nuca.

La mujer levantó la mirada. "Hola."

Se hizo una pausa, más larga de lo que resultaba cómodo. Elodie metió las manos en los bolsillos grandes del albornoz, aunque siguió jugueteando con la tela del algodón mientras miraba los ojos azules de la mujer.

La desconocida sonrió levemente. "¿Puedo ayudarle?"

Elodie sonrió. "No. Disculpe. He visto que estaba sola. Trabajo aquí." *Algo así*. "¿Ha disfrutado del spa?"

Ladeó la cabeza y sonrió, luego respiró hondo. "Ha sido increíblemente relajante, gracias."

"Eso está bien. Me llamo Elodie."

"Yo soy Kaye."

"Bonito nombre." Elodie cerró los ojos por un segundo pero parecía que había sido más. La leve sonrisa de Kaye se hizo más grande.

"Gracias. Elodie es un nombre precioso también."

*Qué tontería*. "¿Puedo ofrecerte algo de comer? La lubina es excelente, también los entremeses de la casa. ¿Champán quizás?" Elodie estaba deseando sentarse frente a Kaye pero se contuvo. Su estómago dio un vuelco cuando Kaye miró su cuerpo envuelto en el albornoz hasta sus piernas y sus pies desnudos.

"¿Has dicho que trabajas aquí?"

Elodie se miró sus zapatillas de tela, que hacían juego exactamente con las que llevaba Kaye. "Debería explicarme." Señaló el asiento libre en la mesa y Kaye asintió. "No trabajo para el spa como tal, aunque hago negocios aquí. Soy administradora de inversiones. Pero en realidad soy bodeguera de profesión. Soy dueña de la bodega cerca de aquí."

"Qué bien."

Elodie no podía apartar la vista de las pecas que cubrían el pecho de Kaye, donde la bata se había bajado. Kaye la estaba mirando de manera gentil, lo que impedía que su cerebro se comunicara con su boca, ahora seca, haciéndola sentir la administradora más incompetente que jamás haya existido. "Estaba…estaba disfrutando de un tiempo libre hoy."

Kaye sonrió. "Yo también. Nunca había estado en un spa como este antes. En Inglaterra están en hoteles y son muy diferentes." Una luz brillaba en sus ojos mientras miraba a su alrededor.

"Este es un hammam exclusivo para mujeres, un baño turco, supongo que podrías llamarlo. ¿Has nadado?"

"No. Pero me han dado un masaje maravilloso." Kaye bostezó. "No me había dado cuenta de lo cansada que estoy."

"¿Estás de vacaciones?"

"Estoy viajando. ¿Qué viñedo es el tuyo?"

"Marchand. Probablemente no hayas oído hablar de él."

La sonrisa de Kaye se hizo más grande y se sonrojó. "Tengo una reserva para un evento de cata allí mañana."

Elodie se recostó en su asiento y arqueó las cejas. Saber que vería a Kaye de nuevo tuvo el efecto de una tela de seda fría deslizándose por su piel. Sonrió. "¿Tienes pensado unirte a nosotros en la cosecha de uvas?" No podía apartar su atención de la boca de Kaye mientras ésta se llevaba el vaso de zumo a los labios y sorbía con delicadeza. Le hormiguearon los labios al pensar en besarla.

"Sí, como voluntaria, si puedo soportarlo. Nunca antes he hecho algo parecido. Creo que va a ser un trabajo duro."

Se aseguraría de que Kaye tuviera éxito. "Es agotador, pero otro par de manos serán muy bienvenidos." Estudió la mano de Kaye sosteniendo el cristal: dedos pequeños, uñas bien cuidadas y piel suave. Una corriente eléctrica le recorrió los hombros y bajó por sus brazos. Miró a Yvette para darse un descanso de esa imagen. Estaba charlando animadamente con su nueva compañera de almuerzo y parecía estar en buena forma, pero Elodie no tenía ganas de ir y reunirse con ellas. Kaye mirándola hizo que se le cortara la respiración. "Si no tienes otros planes, ¿me acompañarías a almorzar?"

Kaye bajó la mirada por un breve momento y a Elodie se le encogió el estómago.

"Gracias, pero creo que el masaje me ha quitado el apetito."

"Eso me pasa a veces." Elodie puso una mano sobre la mesa y se puso de pie. "Bueno, debería dejarte para que te relajes tranquilamente."

Kaye levantó la vista, con las manos entrelazadas sobre sus piernas. "Estaría encantada de acompañarte a tomar una copa."

Elodie le sostuvo la mirada. *Tienes unos ojos azules impresionantes*. "Si no te molesto." Llamó a la anfitriona y volvió a sentarse.

"En absoluto."

"¿Qué deberíamos celebrar?"

Kaye se rió. "¿Celebrar?"

Elodie observó que Kaye se apretaba las manos con más fuerza. Parecía tan nerviosa como ella hacía un momento. Respiró profundamente y el calor se extendió por su pecho. "A los franceses siempre nos gusta tener un motivo para beber."

Kaye aflojó las manos y se recostó en el asiento.

Elodie sonrió. "Y de todos los viñedos de todas las regiones de Francia, acabas de entrar en el mío." Era cursi, pero la risa de Kaye era maravillosa, así que no importaba. Levantó los brazos en una burlona súplica de perdón.

Kaye ladeó la cabeza y la miró fijamente. "Cierto," dijo en voz baja.

A Elodie le gustaba cómo la miraba Kaye, aunque no sabía exactamente por qué. Se puso cómoda y se inclinó hacia adelante, percibiendo el familiar aroma de eucalipto y la fragancia menos obvia de naranjas. "¿Quieres que te cuente un poco sobre la recolección de uvas para que tengas ventaja en la clase de mañana?"

# 4.

Un fuerte olor a diesel se le cruzó en el camino mientras Kaye pasaba en bicicleta un barco amarrado, el Kanab. Su piel desprendía un aroma a eucalipto y no recordaba la última vez que se sintió tan bien. Había mantenido los brazos cubiertos para evitar quemarse con el sol, aunque sentía las mejillas tensas y calientes al tocarlas. Absorber los rayos del sol la hizo sentirse más viva que en todos los años que podía recordar.

Había descubierto hacía menos de una semana, después del incidente en París, que no le gustaban mucho las ciudades ni estar rodeada de mucha gente. Ser víctima de una estafa no la hacía única, pero sí resaltaba su ingenuidad. Podía escuchar el tono mordaz de Sylvie, diciéndole lo estúpida e irresponsable que había sido dándole dinero a un completo desconocido, sin importar en la situación en que se encontrara. Courtney le diría que era demasiado confiada y un blanco fácil para que la engañaran. Podía sentir la ira de Courtney hacia el delincuente y luego se mostraría protectora, lo que la convertía en controladora. Quizás tenían razón. Pero no concebía su vida sin confiar en la gente, incluso si esto llevaba a que cualquier persona se aprovechara de ella. No se había producido ningún daño físico, así que prefirió no denunciarlo a la policía, dejar el suceso atrás y continuar con su viaje. Había prometido tener un poco más de cautela y viajar por los canales resultó ser seguro. Incidentes como ese eran comunes en ciudades donde los extraños no tenían importancia.

No importaba dónde la llevara esta aventura, sabía que no volvería a vivir en Londres. En comparación con la ciudad rural de Sancerre, Londres y París parecían lugares opresivos. Aquí, cientos

de hectáreas de vides estaban delimitadas únicamente por estrechos caminos que conducían a una aldea pequeña, a una granja o a otros senderos estrechos. Podía respirar aire limpio, contemplar los millones de estrellas brillantes en la calidez de las noches oscuras y descubrir el placer de estar rodeada por la naturaleza. Las ciudades caóticas quedaban empañadas por los comercios y las congestiones de todo tipo. No echaba de menos Londres.

Los días que pasó hasta llegar a Sancerre estuvieron llenos de navegar por canales pintorescos, el hipnótico ruido de las cadenas al abrirse las compuertas de las esclusas y el chapoteo del agua cuando el barco entraba en ellas, y el ruido leve del motor mientras guiaba la embarcación, que avanzaba lentamente. Había tomado uno de los canales más antiguos de Francia. Atravesó el peculiarmente estrecho acueducto de Briare, rodeado e iluminado por bonitas linternas y con vistas al río Loira. Las exigencias físicas que conllevaba viajar sola le habían despejado la cabeza y, aunque todavía se sentía un poco abrumada si pensaba demasiado en la vida que había dejado atrás, se sentía más fuerte mental y emocionalmente.

Estar en la barcaza le recordó las vacaciones siendo niña con su familia, cuando aprendió por primera vez a abrir las esclusas, amarrar el barco y vivir en un espacio reducido. Pero aquí era diferente. Los canales franceses y los caminos de sirga eran más anchos y estaban mejor cuidados de lo que recordaba de los canales ingleses y, al estar sola en la barcaza, no parecían demasiado pequeños. Además, había pasado tantos años con otras personas a su lado, guiándola o decidiendo por ella, algunas cuidando de ella, que sentía una ausencia que no era agradable ni desagradable. Pero esa molesta sensación desaparecería en cuanto viera otro maravilloso paisaje. Le había gustado tener tiempo para ella y la libertad de elegir qué hacer a continuación. Había visto un erizo, un tejón, zorros y muchos tipos diferentes de pájaros cuyos nombres nunca sabría. Apreciaba haber podido visitar los sitios históricos a lo largo del viaje sin tener la voz de Sylvie quejándose en su oído,

provocando culpa. Pero echaba de menos tener a alguien con quien compartir estas experiencias, alguien con quien hablar. Con el tiempo, esa necesidad desaparecería, pero ahora había algo dentro de ella que susurraba la atención especial de otro ser humano.

El barco Kanab había estado atado en el mismo lugar en la orilla desde que había amarrado el Papillion junto a él dos días antes. La nave parecía vacía por dentro y, a juzgar por la pintura descascarillada de la cabina y las ventanas opacas por la suciedad, probablemente era de propiedad privada. Parecía fuera de lugar en comparación con los barcos turísticos en buen estado que había visto a lo largo del canal. Pasó su bicicleta por la pasarela estrecha hasta la cubierta delantera del Papillion y la apoyó contra la barandilla. Cogió la bolsa de papel con las compras de la cesta de la bicicleta y entró en el barco. El olor del popurrí de naranja y canela se escapó por la puerta abierta. Sonó su teléfono. Hizo malabarismos con las bolsas en la encimera de la cocina y sonrió al ver el icono en la pantalla antes de responder.

"Hola Courtney."

"Hola nena. ¿Cómo vas? Siento haberme perdido tus llamadas. Las cosas en el trabajo se complicaron mucho. Si tuviera pelotas, me reventarían después de esta semana. Los gilipollas me están matando. Bueno, ¿dónde estás?"

"Sancerre. Deberías venir. Es impresionante, relajante y maravillosamente caluroso. El pueblo está en lo alto de una colina con vistas a la llanura. Se pueden ver miles de hileras de vides en kilómetros a la redonda, literalmente."

"Esas son muchas uvas para recoger, nena."

Kaye se dirigió a la cubierta y se estiró antes de apoyarse en la barandilla mirando al agua. "No veo la hora." Dijo, riéndose entre dientes. "Bueno, hablé con la dueña del viñedo en el spa hace un rato."

Elodie la había asustado cuando cruzó el bar y se presentó. Sí, Kaye se había fijado en ella, y sí, tenía ganas de compañía femenina. Y sí, Elodie era el tipo de mujer que la atraería, si estuviera buscando. Pero no estaba buscando *eso*.

"Ah, ¿sí? Has estado hablando con una mujer desconocida en un spa. Entendido. ¿Estaba desnuda?"

Kaye se rió. "Para. Fue muy amable y acogedora. Y fue agradable charlar. Mañana iré a su viñedo para aprender sobre la recolección de uvas." *Tan amable y acogedora*. Era interesante, inteligente, divertida y muy atractiva. Kaye la había juzgado mal a primera vista. Había tratado de mantenerse tranquila y relajada y había rechazado su oferta para almorzar juntas antes de apreciar quién era Elodie, que no estaba intentando ligar y que solo estaba siendo afable y educada. Había sonreído por dentro, como el niño que acababa de descubrir la Navidad, durante todo el rato que habían estado charlando y salió de allí con una extraña sensación de euforia. Elodie era mucho más que amable y acogedora, pero no le podía decir eso a Courtney. "En la región del Loira se producen cada año más de ciento setenta mil litros de vino. Su viñedo tiene unas veinticuatro hectáreas y produce cinco toneladas de uva por hectárea para sus vinos especiales. Eso son mil setecientas cincuenta botellas. Y nueve toneladas de uvas para el vino más barato que solemos beber. Es inmenso." Estaba bromeando y había arrojado hechos que esperaba que captaran el interés de su amiga. "Estoy cotorreando, ¿no?" Escuchó a Courtney bostezar mientras regresaba al interior del barco y se preparaba un café.

"Significa que estás emocionada y eso es fabuloso. Me suena a resaca de hospital. ¿Lo has probado ya? Podría ser una mierda."

"Venden su vino en todo el mundo, así que será mierda de la buena."

"Te estaba tomando el pelo."

Kaye puso los ojos en blanco. “Bueno, dime que vas a venir. Podemos recoger uvas juntas. Forman parejas en el lado opuesto de las vides. Recolectaremos de noche, bajo la luz de la luna. Suena muy romántico.”

“Estás de broma, ¿no? ¿De noche?”

“Sí. Hace más fresco y eso ayuda a que la cosecha esté libre de estrés.”

Courtney se rió a carcajadas. “Libre de estrés. ¿Vas a dar consejos a las uvas mientras las recoges?”

Kaye suspiró. No podía esperar que Courtney entendiera lo que no había experimentado. No se trataba solo de uvas. Educarlas para crear un buen vino era un arte que requería gran cantidad de conocimiento y habilidad, algo que Elodie tenía y que no se podía enseñar. “Elodie dijo que las uvas son muy sensibles.”

“Elodie, ¿eh? Bonito nombre.”

Kaye puso los ojos en blanco, aunque se le revolvió el estómago al recordar su conversación con Elodie. Había disfrutado aprender cosas sobre la cosecha y los diferentes tipos de uvas. No se había dado cuenta de que la piel de las uvas verdes era mucho más dura que la de las rojas y que se producen diferentes tipos de uvas para comer. Había quedado cautivada por los conocimientos y la pasión de Elodie. “Si las uvas se magullan o se estresan, la calidad de los azúcares cambia y eso afecta la calidad del vino. Por eso siguen recogiendo a mano en vez de utilizar métodos mecanizados.”

“Naturalmente.”

Kaye se contuvo para no responder al tono ligeramente burlón de Courtney. Dejó de hablar. El silencio que se extendió entre ellas reflejaba la distancia física. “Por favor, ven, aunque solo sea para un fin de semana largo. De verdad que te echo de menos.”

"Yo también te extraño, nena. Pero tendré que aplazarlo por ahora. El trabajo es una locura. Bueno, cuéntame sobre París. ¿Fuiste de bares?"

Kaye se frotó el cuello. "Fue interesante y no, no fui de bares." Sonó tan evasiva como pretendía. Quería olvidarse de París lo antes posible. La razón principal por la que se sintió aliviada cuando la llamó y no contestó fue porque Courtney habría hecho preguntas. Kaye esperaba que la criticara por ser tan estúpida e ingenua.

"Interesante." El tono de voz de Courtney había pasado de alegre a una ligera preocupación. "¿Qué quieres decir con interesante?"

"Bueno, simplemente sin incidentes." Era una mentirosa empedernida. Se sonrojó y sintió que las estrechas paredes se cerraban a su alrededor. Tomó un sorbo de café y volvió a la cubierta. Courtney la conocía demasiado bien y pronto la presionaría para que le explicara lo ocurrido en su fatídica tarde en París.

"¿Qué pasó?"

Y ahí estaba. La maldita pregunta que no quería contestar. Peor aún, Courtney tenía ese tono de voz bajo que decía con total seguridad *Sé que ha pasado algo que no quieres contarme, así que cuéntamelo ya y deja de andarte por las ramas*.

"No fue nada, en serio. Solo un malentendido."

"Kaye." Lo pronunció de tal manera que lo extendió en tres sílabas.

Kaye se aclaró la garganta. "¿Sí?"

"¿Este malentendido tiene algo que ver con tu naturaleza maravillosamente confiada?"

Kaye se aclaró la garganta de nuevo. Miró desde el agua que se movía hasta la lancha que se dirigía en su dirección. Sostuvo el

teléfono entre el hombro y la oreja y saludó cuando pasó, sonriendo a la tripulación del otro barco, quienes le devolvieron la sonrisa y el saludo. Era una distracción perfecta. "Ajá."

"En serio, nena."

Cuando pasó el barco, tragó saliva varias veces mientras la imagen gris y apagada de su noche en París se abría paso en su mente. "Bueno, conocí a una mujer. Fue muy amable."

"¿Y qué? ¿Luego te desplumó?"

"No. No me robó nada." Kaye suspiró y se frotó la nuca, dándole la espalda al canal y apoyándose en la barandilla. "Dijo que estaba en peligro de perder su casa porque no podía pagar el alquiler. Le ofrecí dinero, eso es todo, para que se recuperara." Lo dijo rápido y podía imaginarse la cara de Courtney contorsionándose por la frustración. Courtney soltó un hondo resoplido. Kaye separó el teléfono de su oído. No necesitaba un dolor de cabeza, ya había tenido suficiente para toda la vida, y no quería que le arruinara los efectos relajantes del masaje.

"No voy a preguntar cuánto."

"No fue mucho. La vi haciendo lo mismo con otra mujer esa misma noche. Me estafó, lo sé, y no volverá a ocurrir. Ahora estoy en la barca y eso fue algo malo que sucedió la semana pasada. He seguido adelante, lo he superado, y esta semana son solo cosas buenas. Me lo estoy pasando genial." El peso del silencio se fue disipando poco a poco.

"Me alegro de que lo estés pasando tan bien. Solo me preocupo por ti, nena. Sobre todo después de todo lo que ha pasado. No ha sido fácil para ti y me jode que la gente te engañe así.

"Lo sé. Y te quiero por preocuparte por mí. La mujer parecía sincera y creí que estaba teniendo problemas y, aunque me estafó, los beneficios para ella superan con creces mi gasto. Fue culpa mía.

"Kaye, no todo lo que te sale mal en la vida es tu jodida culpa."

Kaye se sobresaltó por la voz elevada de Courtney, mezclada con ira. Volvió el silencio, y después de un momento largo, Kaye revisó su teléfono para ver si seguían conectadas.

"Lo siento. Mira, me alegro mucho de que lo estés pasando genial. Estoy muy estresada con el trabajo. Estoy rodeada de gilipollas que imponen unos plazos que ni siquiera ellos pueden cumplir. Me están volviendo loca y los puestos de trabajo están en juego porque simplemente han decidido que los márgenes de beneficio no son los suficientemente buenos. Es una estupidez. Ya hemos estado en esta posición antes, pero tengo que aceptarlo o terminaré en la lista de despidos de algún imbécil."

El corazón le latía con fuerza. El trabajo lo era todo para Courtney. Si lo perdía, también perdería su apartamento. Trabajaba mucho y no se lo merecía. "Ojalá pudieras venir y darte un respiro de todo eso."

"Ya, a mí también. Quizás en unas semanas. Bueno, ¿cuánto apesta la barcaza?"

Una risita se perdió en la tristeza que sentía por Courtney. Quería alejarla del dolor que estaba sufriendo en el trabajo. Ahora podía permitirse el lujo de ayudar a su amiga, pero Courtney era demasiado orgullosa para aceptar un céntimo de ella. Aparte de eso, Courtney había sido quien había cuidado de ella todos esos años y ahora habían cambiado los tornos. Valoraba su amistad, pero el agobio y las molestias la cansaban y le recordaban demasiado el pasado que quería dejar atrás. No quería depender de nadie y no quería que sus seres queridos pasaran momentos difíciles por sus decisiones. Kaye se sentía inquieta como resultado del cambio que se había producido en ella desde que había dejado el Reino Unido, aunque esperaba que Courtney no se diera cuenta de ello. "No apesta. En realidad es muy cómodo y tiene televisión, para que veas deportes si te aburres."

"¿Dónde está el cinco estrellas más cercano?"

Kaye dudó. "No sé. Podría preguntarle a Elodie mañana si eso significa que vendrás."

"Si pudiera ir, sería fantástico."

La recorrió una sensación cálida. Ansiaba compañía. "Me gustaría verte."

"Mira, el lugar suena increíble, pero no puedo prometer nada. ¿Hay mujeres sexy?"

Kaye sonrió y recordar la sonrisa de Elodie la reconfortó. "No he estado buscando, así que no sé. Hoy recibí un masaje muy relajante. Podemos ir juntas al spa cuando vengas."

"¿Hay mujeres desnudas?"

"Para." Sí, había mujeres desnudas, pero Kaye no les había prestado mucha atención…al menos, no mucha. Había disfrutado de la sensación de libertad que le había inspirado el lugar y había sido muy agradable charlar con Elodie. "Fue una experiencia terapéutica."

"Oye, cuídate. ¿Me oyes?"

"Me estoy cuidando."

Sancerre era un pueblo cultural rodeado de viñedos con bajos índices de criminalidad y un espíritu comunitario. Parecía que la gente se apoyaba unos a otros. Mañana iba a tomar lecciones de cómo recolectar uvas y luego empezaría a trabajar como recolectora. En una semana, seguiría su camino y tendría experiencias nuevas en lugares nuevos. Con cada día que pasaba, descubría cosas de ella que la hacían más fuerte y su pasado más débil. Con el tiempo, Sylvie y el dolor que había soportado durante años serían un recuerdo lejano y entonces podría pensar con claridad cómo quería que fuera su vida. Una relación, un hogar, una familia, un trabajo. Tal vez. Pero con un mundo por explorar, no tenía prisa por encontrarlos.

# 5.

Elodie levantó la mano y se la puso a modo de visera sobre los ojos y los entrecerró para mirar a lo lejos por el camino que conducía al castillo. Sonrió. Kaye se dirigía al viñedo en bicicleta. Llevaba un sombrero grande de paja y un vestido amarillo canario que se movía con la brisa que creaba al pedalear, revelando unas piernas esbeltas. Sus botas de montaña parecían demasiado grandes para los pedales. Elodie quedó cautivada por la determinación que Kaye parecía estar poniendo en la tarea de mover la bicicleta por la carretera.

Cuando Kaye se detuvo delante de ella, resoplando con fuerza, la sonrisa de Elodie se hizo más grande.

Kaye se sentó a horcajadas sobre la barra de la bicicleta, se quitó el sombrero, lo puso sobre la cesta de delante y dejó escapar un largo suspiro. "Hola."

Elodie admiró el vestido que acentuaba sus curvas femeninas y le llegaba hasta las rodillas. Estaba profundamente fascinada con la mujer inglesa que se atrevía a ir en bicicleta bajo el calor del sol de mediodía. Un atisbo de ternura le llenó el corazón ante la aparente inocencia de Kaye. "Hola de nuevo."

Kaye se la quedó mirando un momento y luego rompió el contacto visual. "¿Hay algún lugar donde pueda dejar mi bicicleta?·

Elodie agarró el manillar. "Deja que te ayude."

Kaye pasó la pierna por encima de la barra central de la bicicleta, subiéndosele el vestido antes de que la gravedad lo bajara de nuevo. Parecía una flor en plena floración, luminosa y nueva.

Parecía una maravillosa mezcla de susceptibilidad y robustez, muy distinta de las otras mujeres que Elodie conocía. Había una inocencia encantadora en sus mejillas bañadas por el sol. Su aspecto conmovió a Elodie como un buen vino tinto, suave al paladar y con una calidez persistente. "¿Cómo ha ido el viaje?"

"En línea recta, habría estado mucho más cerca. Creo que también me he perdido un poco." Kaye se pasó el antebrazo por la frente. "Ahora que me he parado hace más calor." Se llevó la palma de la mano a la mejilla. "¿Crees que he tomado demasiado sol? Creí que el sombrero funcionaría, pero no creo haya ayudado mucho."

Elodie sonrió. "Estás un poco colorada. ¿Quieres agua?"

Kaye sacó una botella de agua mineral de la cesta de la bicicleta. "Ya tengo yo, gracias." Desenroscó el tapón y dio un trago largo. "Mucho mejor ahora." Volvió a colocar la botella y rebuscó en su bolsa. "Ah, aquí está." Sacó un tubo de crema solar, se puso un poco en los dedos y se lo frotó en las mejillas.

Elodie extendió la mano y le aplicó un poco de crema que se había dejado en la nariz.

Kaye echó la cabeza hacia atrás rápidamente. Sus ojos se abrieron de par en par y parecía una cierva atrapada por los faros de un coche.

"Lo siento. Tenías crema en…" Elodie señaló su cara, deseando no haberla tocado, no haber creado esa reacción de defensa. No había querido asustarla ni ofenderla.

"Oh, gracias."

Kaye sonrió y Elodie dejó ir la presión de su pecho con un largo suspiro. "Tu bici estará segura aquí."

Kaye cogió la bicicleta y la apoyó contra el muro bajo que delimitaba los jardines cubiertos de setos, más allá del cual se

encontraba Chateau Marchand. "El castillo es espectacular. ¿Es de alrededor del siglo doce?"

"Sí. ¿Sabes de arquitectura?"

Kaye sonrió y señaló el edificio. "Historia sobre todo. Es el estilo gótico y la altura. Como el Notre Dame. La arquitectura es una de mis pasiones…al menos solía serlo."

"¿Solía serlo?"

Kaye continuó mirando el edificio. "Hubo un tiempo en que quise estudiar arquitectura. Supongo que la vida se interpuso en el camino."

"La vida tiene la costumbre de hacer eso."

Kaye miró al castillo. "Sí, sí que la tiene."

Elodie se puso las manos en las caderas y miró la piedra tallada con detalle, las agujas puntiagudas que coronaban las torres de estilo medieval y las vidrieras emplomadas. "Está aquí desde mucho antes que el viñedo. Se dice que Luis VII se alojó aquí con su esposa Leonor. Era una mujer rica y poderosa. También era muy inteligente en todos los sentidos."

Kaye se volvió hacia Elodie. "¿Has estudiado historia?"

"No. Simplemente conozco este lugar. Ha estado en la familia durante más de trescientos años."

Kaye suspiró. "Guau. Me pregunto cómo habría sido vivir aquí hace tantos siglos."

Elodie frunció el ceño mientras continuaba mirando el castillo, contemplando su historia desde ese punto de vista. "Bastante horrible." Por muy impresionante que fuera el lugar desde el punto de vista arquitectónico, nunca lo había sentido como un hogar y, sin duda, habría sustentado un estilo de vida diferente para una mujer del siglo doce. Los techos abovedados de los pasillos hacían eco de

sus pasos con demasiada fuerza y las habitaciones eran tan grandes que se perdía en ellas. Por eso había hecho del granero su hogar. Se maravilló de la admiración y el conocimiento que tenía Kaye y una sensación de bienestar se apoderó de ella.

Kaye se rió entre dientes. "Creo que tienes razón. Perder la cabeza por ser mujer y no poder tener hijos no es muy romántico."

Elodie se echó a reír. "Creo que ese fue Enrique VIII."

"Cierto." Kaye se sonrojó.

Elodie miró fijamente los ojos azules de Kaye, el mismo tono que el cielo en otoño. Tenía un azul más oscuro alrededor del iris y había motas de color avellana cerca de sus pupilas. Sus ojos habían sido de color azul oscuro en el spa y no había visto el color avellana. Eran ojos que transmitían emociones profundas y eran fáciles de leer. Los ojos oscuros eran engañosos, especialmente los marrones y verdes, porque la dilatación de las pupilas era más difícil de detectar. Algunas mujeres llevaban el corazón en la mano. Kaye revelaba su corazón a través de sus ojos. Elodie intentaba mantener su corazón alejado de ambos.

"¿Empezamos?" Señaló a su derecha el camino que conducía desde el castillo hasta tres edificios, cada uno de ellos muy diferente en estructura y diseño. Una gran construcción del tamaño de una fábrica, hecha de acero oxidado de color bronce con generosas ventanas de vidrio negro; una conversión de granero más pequeña que replicaba el diseño de piedra del castillo; y un búnker elevado cubierto de hierba con la palabra *Cueva* tallada en la puerta de madera.

"Esto es una obra de arte, donde lo antiguo se encuentra con lo moderno. Me encanta."

"La estructura de acero nos ayuda a mantener una temperatura constante dentro de la fábrica. La cueva es un lugar perfecto y auténtico para que nuestros visitantes hagan la cata de vinos y el granero es donde se encuentran las oficinas principales y

otras salas de degustación.” También era donde vivía Elodie pero no necesitaba explicárselo. No quería volver a pensar en por qué no vivía en el castillo y no quería que la consideraran desagradecida, teniendo en cuenta todo lo que ella tenía cuando había tanta gente en el mundo que tenía muy poco.

“Es impresionante,” dijo Kaye mientras miraba a su alrededor.

“La mayoría de los trabajadores está fuera preparando las vides para la recolección, instalando la iluminación, los contenedores y realizando las inspecciones finales. Dentro de la fábrica de allí es donde se hace el trabajo más duro, la fermentación, el refinado y el embotellado. Tal vez quieras echarle un vistazo en otro momento. Vamos, quiero enseñarte cómo evaluamos las uvas, para que sepas cuáles están listas para recoger y cuáles no. Cuando recolectamos, trabajamos con las mismas vides durante un par de semanas o más. Así que, a veces, es necesario dejar las uvas un poco más de tiempo para asegurarte de que están perfectas.”

Kaye frunció el ceño. “¿Lo voy a hacer mal?”

“No. No puedes estropear nada.”

Había cierto encanto en la aprensión de Kaye. Eso quería decir que, probablemente, se tomaría en serio la recolección así que se esforzaría por hacer un buen trabajo. A Elodie se le encogió el estómago, como si estuviera viendo a un animal joven navegar por el mundo peligroso. No le gustaba verla nerviosa. “Honestamente, no puedes equivocarte, así que, por favor, no te preocupes. Tenemos recolectores de temporada y gente del pueblo que te ayudarán si realmente no estás segura. También hay dos niveles de inspección de las uvas, una en la viña y otra en la fábrica, así que no hay nada que temer. Quiero que disfrutes de tu tiempo con nosotros. La recolección es un trabajo duro, pero también muy gratificante. Se trata de trabajo en equipo y todos se lo pasan genial mientras recogen las uvas. Por extraño que parezca, a todos nos apasionan las uvas y el vino. Tú eres voluntaria, así que puedes hacer lo mucho o lo poco que quieras, nadie te va a juzgar.”

La leve expresión de inquietud en el rostro de Kaye se suavizó hasta convertirse en una media sonrisa.

"Estaré cerca la mayor parte del tiempo. Si tienes alguna pregunta, prométeme que me buscarás."

Kaye asintió, todavía parecía un poco abrumada.

Instintivamente, Elodie extendió la mano y tocó el brazo de Kaye, soltándola rápidamente al recordar su respuesta apenas un rato antes. Juntó las manos. "Bueno, ¿estás lista? ¿Emocionada?"

Kaye se frotó el vestido con las palmas de las manos. "Sí."

Elodie condujo a Kaye más allá de los edificios. Abrió la puerta del acompañante de un Land Rover Defender gris y le indicó a Kaye que se subiera. "Es un viaje corto." Esperó hasta que Kaye estuvo sentada antes de cerrar la puerta y sentarse en el asiento del conductor. "¿Has estado antes en Francia?" le preguntó mientras cambiaba de marcha y se alejaba.

"Hace mucho tiempo, de niña. No recuerdo mucho, excepto campos y campos de alcachofas que olían a coles podridas."

Elodie estalló en una carcajada. "No es así como nos gusta que nos recuerden, a coles podridas. La mayoría de la gente piensa en buenos vinos, quesos, el olor fresco de las baguettes y los embutidos. Coles podridas…no tanto." La risa retumbaba en su pecho mientras conducía por un camino con el ancho suficiente para un solo vehículo. Viñas de un metro de altura se extendían por las llanuras a lo lejos a ambos lados de ellas y más allá de las cuales estaban las verdes colinas.

"¿Has estado en Inglaterra?"

"No. Había estudiantes ingleses en la École Polytechnique, la universidad a la que asistí en París, pero teníamos que estudiar en inglés. Me gustaría ir a Londres algún día. Me imagino que es majestuoso. Confieso que no he viajado mucho, solo París y otras

partes de Francia, en su mayoría relacionado con el negocio. Me gustaría oír las campanadas del Big Ben, ver el Parlamento y el cambio de guardia en el Palacio de Buckingham, y dar un paseo en barco por el Támesis."

"Yo me estoy quedando en una barcaza en el canal. El agua da mucha calma."

Elodie pensó en los baños del Salón Azul y en las veces que había nadado en el lago con Mylene mientras estuvo en el convento. No había pensado en Mylene en mucho tiempo. Había dejado de preguntarse qué había sido de ella cuando fue a la universidad. Ahora, su imagen era vívida, como si Mylene estuviera delante de ella y volvieran a ser niñas. Los ojos de Mylene eran gris azulados, diferentes a los de Kaye, pero con la misma sinceridad. "Pensé que te estarías alojando en uno de los hoteles del pueblo. Es donde se quedan la mayoría de los turistas."

Kaye se rió. "Viajo al sur, hacia Niza y luego a Cannes. Hay mucho más que ver viajando en barco."

Elodie volvió su atención a la carretera. "¿Ves todas esas viñas en la llanura? Son las uvas Sauvignon. Allá arriba, en las laderas que se ven a los lejos, esas son las uvas Pinot. Hacia allí nos dirigimos." Naranja, canela y un leve toque de lavanda entraron en su conciencia. Al oler el perfume afrutado de Kaye, recordó la repostería de su abuela y la Navidad cuando era niña. Era un recuerdo entrañable y fugaz de lo que parecía una vida diferente. Lo guardó en el fondo de su mente, en un compartimento diferente al reservado para los recuerdos de su madre.

Condujeron en silencio, con Kaye mirando por la ventanilla, hasta que Elodie detuvo el vehículo. Elodie se inclinó, abrió la guantera y sacó un par de tijeras pequeñas. Salió del vehículo y lo rodeó hasta el lado del acompañante mientras Kaye saltaba de él.

Las mejillas de Kaye eran de un color melocotón brillante, con rastros de rojo donde el sol definitivamente se había posado. Se

estiró la parte delantera del vestido y se agachó para atarse un cordón suelto. Se oyó el sonido de un desgarro al levantarse. "Maldita sea." Levantó la parte de atrás del vestido e inspeccionó la pequeña abertura a lo largo de la línea de la costura. "No me he traído un gran guardarropa conmigo, solo una mochila. Este era mi mejor vestido."

Elodie se pasó la lengua por la boca seca. ¿Por qué alguien se pondría su mejor vestido para recoger uvas? Era una tontería, pero adorable, luchó por no reírse. Kaye estaba jugueteando con el dobladillo, haciendo chasquidos con la lengua. Elodie podría estar mirándola todo el día y no aburrirse. Se abstuvo de acercarse y consolarla y se metió las manos en los bolsillos. "Tal vez podamos coserlo más tarde."

Kaye soltó el vestido. "Soy una inútil cosiendo."

Elodie sonrió. "Yo sé coser." Se rió al ver la expresión de Kaye, con los ojos abiertos como platos. "Pareces sorprendida. Fui educada en un convento. La costura era una materia obligatoria." Sintió que el aire le oprimía el pecho mientras Kaye la miraba de arriba a abajo.

"No esperaba…lo siento. Realmente no pensé…gracias."

Elodie sonrió. "Está bien. Vamos." Caminó hacia las vides y prestó atención a las uvas. "Bueno, ¿ves esto?" Levantó un racimo grande de uvas de color rojo oscuro tan alto como podía sin romperla del tronco y las tomó en su mano. Kaye asintió. Elodie sacó las tijeras y cortó el racimo de la enredadera. La sostuvo contra otra rama más adelante en la fila. "¿Y ves estas? Son un poco más rígidas al tacto, su piel tiene menos brillo y son un poco más pequeñas. No falta mucho, pero todavía no están listas."

"Ya veo."

"Tócalas. ¿Qué sientes?"

Kaye se acercó a Elodie y pellizcó una uva del racimo entre sus dedos índice y pulgar. "Son más duras."

Cuando Kaye se acercó más a las enredaderas, Elodie volvió a captar el aroma a cítricos y su vestido rozó la pierna de Elodie. El contacto fue casi imperceptible y terminó demasiado rápido cuando Kaye se movió, pero Elodie sintió su calidez y se preguntó si Kaye se había dado cuenta. Elodie giró el racimo de uvas cortado que tenía en la mano. Agarró una uva y la giró suavemente, liberándola del racimo. Sus dedos se tocaron levemente cuando se lo dio a Kaye y eso hizo que se le cortara la respiración. Intentó evitar que el calor que sentía en su interior llegara a sus mejillas, pero fracasó. "¿Lo sientes?"

Mirando a la uva, Kaye frunció el ceño.

"La diferencia entre las uvas."

Kaye miraba a Elodie mientras hacía rodar suavemente la fruta entre sus dedos y el pulgar. "Sí."

Elodie le sostuvo la mirada. "Tiene una piel fina."

Kaye continuó mirándola mientras frotaba la uva con el pulgar. Sonrió. "Sí."

"¿Te gustaría probarla? Inténtalo."

Kaye se metió la fruta en la boca y la masticó. "Guau, es muy dulce." Frunció los labios y entrecerró los ojos. "Tan dulce."

Elodie arrancó una uva del racimo y se la comió. "Es muy buena. Excelente." Le ofreció el racimo a Kaye, quien arrancó otra uva. "Coge el racimo."

Kaye tomó las uvas entre sus manos como si fuera un pajarito. Elodie se imaginó sus dedos tocándole la piel de la misma manera y le recorrió un cosquilleo por la columna.

“Si ves algo de moho o color blanco o cualquier cosa que no se parezca a esas uvas que tienes en tu mano, no las recojas. Ahora, elige un racimo maduro y córtalo de la vid.” Le dijo, entregándole las tijeras pequeñas.

Kaye puso las uvas en el suelo. Se mordió el labio mientras miraba las vides. Se quedó mirando un momento las tijeras en la mano de Elodie antes de cogerlas. Se inclinó más cerca de una enredadera, se detuvo, avanzó por la hilera y cortó un racimo pequeño.

Elodie sonrió. “Ahora compáralas con las otras que hemos cogido. ¿Son de tamaño, color y textura similares?”

Kaye estrujó una uva del racimo que acababa de cortar. “Creo que son un poco más duras. He cogido el racimo más pequeño porque no quería desperdiciar uno grande practicando.”

Elodie se encogió de hombros. “Que sea un racimo pequeño no quiere decir que las uvas estén lista para recolectarlas.” Señaló las hileras de vides que las rodeaban. “Tenemos uvas de sobra para poder practicar por ensayo y error. Coge otro racimo.”

Kaye tomó con delicadeza otro racimo de uvas y las hizo girar en su mano. Pasó suavemente la yema del dedo por la superficie y luego, con alguna duda, las cortó de la enredadera. “Estas, definitivamente, están maduras.”

Elodie se quedó quieta, conmovida por la preocupación y la ternura de Kaye. No tenía una explicación para el efecto que la modestia de Kaye provocaba en ella. La humildad no era ajena a ella, aunque era una cualidad bastante escasa en su trabajo en el club, aparte de Preeda en la recepción. Pero no conocía mucho a Preeda y tampoco le interesaba conocerla mejor. La forma en que Kaye cuidaba las vides le recordaba más la sensación que ella misma tenía cuando pasaba tiempo con los caballos en el santuario. También eran criaturas sensibles e inteligentes. Se controló y miró por la finca para concentrarse en el punto más lejano durante un

momento y se prometió volver a visitar el santuario pronto. Fue la distracción ideal para calmarse. "Excelente. Ahora puedo confiarte mi viñedo." Elodie cortó otros tres racimos seguidos y los enganchó entre sus dedos.

Sintió la intensidad de la mirada de Kaye y luego vio cómo sus ojos se entrecerraban antes de sonreír con una amplia y gloriosa sonrisa. La risa de Kaye era tan dulce como el zumo de la fruta que se acababa de comer. Elodie imaginó sus labios tan suaves, cálidos y deliciosos como las uvas. "Tienes una sonrisa muy bonita."

Kaye apartó la mirada al instante.

La inundó una abrumadora sensación de pavor. Estaba claro que ese comentario le había provocado incomodidad. "Lo siento, no pretendía avergonzarte. Tu sonrisa, te queda bien." Elodie se dio la vuelta y se dirigió al Land Rover.

"Gracias," susurró Kaye mientras la seguía. Se subió al coche y se puso el cinturón de seguridad.

Tenía la cara roja. Se colocó en el asiento del conductor para crear la mayor distancia posible entre ellas, a pesar de que se sentía más cerca. Kaye era inteligente e interesante, mona y divertida. Se le había hecho un nudo en el estómago cuando la vio y pensar que su visita era temporal, le caía como plomo en el pecho. Tenía que abandonar la idea de conocerla mejor. Sería inútil y peligroso y no traería nada bueno. Kaye era una turista de paso y eso la convertía en la peor persona a quien acercarse. Elodie se contuvo. Ella no se acercaba *tanto* a nadie. No estaba pensando en acercarse a ella. Pensar no tenía nada que ver con sentir y sentimientos como *esos* resultaba muy desconcertante.

Dejó las uvas en el asiento entre ellas, puso el vehículo en marcha y se dirigieron al granero. "Nos espera un pequeño almuerzo para que podamos probar los frutos de nuestro trabajo."

La voz en su cabeza se burlaba de ella. Era el tono mordaz de su madre. *No eres lo bastante buena para ella.*

# 6.

El residuo rojo de las uvas le manchó las yemas de los dedos y el sabor azucarado permaneció en su lengua mientras seguía a Elodie hasta el granero junto al edificio de la fábrica. Llenó sus pulmones con el aire más fresco y el aroma de la madera nueva. La estructura de vigas dentro del edificio de piedra le daba un atractivo más moderno, espacioso y estético del que ella imaginó que sería un castillo mucho más oscuro y opresivo.

Mientras caminaban por el área central, una gran vidriera a la izquierda daba vistas al viñedo y atraía la luz natural al interior. Conectaba el interior con el exterior, creando un espacio que se mezclaba con su entorno y dando la idea de ser uno solo. Se imaginó a un artista con su caballete junto a la ventana y recreando la vista. Sería un cuadro fabuloso.

Dentro del gran vestíbulo, se habían colocado una serie de asientos cómodos para aprovechar al máximo la magnífica vista. Había dispuestos sillas y sofás con mesas bajas para atender de manera informal a grupos pequeños. El olor a café se filtraba desde la cafetera que había sobre la mesa, donde también había un dispensador de agua, una selección de galletitas y una variedad de mini croissants en bandejas junto a una máquina de bebidas. A su derecha, habitaciones con mamparas de vidrio albergaban ordenadores, escritorios y personas con camisas de manga corta. Uno de ellos tenía un teléfono pegado a la oreja y gesticulaba con entusiasmo mientras iba de un lado a otro de la habitación.

Una entreplanta se elevaba sobre su cabeza y ocultaba las habitaciones del primer piso. Había visto las buhardillas en el techo antes de entrar en el edificio y, por lo que podía ver, debía haber un

tercer piso, quizás un almacén o algo relacionado con el negocio. Tenía la necesidad de explorar y descubrir más cosas sobre la historia del edificio.

El calor subió a sus mejillas al recordar momentos antes. Elodie debía encontrarla una persona extraña después de su comportamiento en los viñedos. Su ansiedad por el gasto que suponía desperdiciar las uvas parecía ridícula ahora, visto el tipo de operaciones que tenían lugar en la bodega. Se había sentido aún más idiota al elegir la rama equivocada, sobre todo porque sabía que no estaban listas y no había confiado en sí misma. Una ira dentro de ella estalló contra Sylvie por la inseguridad que había creado en ella. Hubo un tiempo en el que su actitud había sido más frívola y no se obsesionaba por tomar las decisiones equivocadas. Nunca se había preocupado por el dinero o malgastar cuando estaba en la universidad y su familia siempre fue muy generosa en ambos frentes. Sylvie lo había controlado todo: sus cuentas bancarias, cómo vestía, adónde iba y de quién era amiga. Los años en que le decían constantemente que se había equivocado en esto o en aquello, que había tomado una decisión estúpida o que había vuelto a equivocarse, resonaban en su sistema nervioso de tal manera que sus respuestas innatas estaban condicionadas por sus experiencias profundamente negativas. Con el tiempo, esa marca se desvanecería. Con el tiempo, se sentiría segura de ser ella misma en compañía de otras personas. La voz estridente de su ex resonó en su oído, una desagradable intrusión del pasado invadiendo este magnífico espacio. Otra oleada de ira volvió a estallar en su interior. Puso la imagen en blanco y negro, recordando cómo su terapeuta le enseñó a desensibilizar una emoción negativa fuerte, y la imagen se convirtió en una captura de pantalla silenciosa de fondo. Elodie la estaba mirando fijamente y sonreía, como si la estuviera esperando, pero no con impaciencia. Por alguna extraña razón, eso la hizo sentir mejor.

Respiró hondo y siguió a Elodie pasadas las escaleras hasta otro espacio dividido. Estaba diseñado como un salón comedor

formal, con una mesa grande con cubierta de mármol y sillas de madera hechas a mano con asientos acolchados de cuero negro. Miró la selección de entremeses en pequeños platos individuales de porcelana blanca, dispuestos en un arco perfecto a lo largo del extremo más corto de la mesa. También había una garrafa, que tenía condensación en su exterior y contenía un líquido opaco que definitivamente no era vino.

Elodie sirvió agua mineral de la botella en dos vasos de cristal tallados más grandes y le dio uno a Kaye.

"Gracias."

Kaye no podía dejar de mirar los ojos verde oscuro de Elodie, su forma acentuada por largas pestañas rizadas de manera natural. En el breve momento en que ambas sostuvieron sus vasos, a Kaye se le secó la boca. La piel bronceada, suave, sin una pizca de imperfección y sin maquillaje de Elodie la tenía cautivada y deseando tocarla. La suave curva de sus pómulos altos y la línea de su mandíbula tenían la delicadeza más propia de una mujer más pequeña. Kaye se sentía examinada por su mirada fija en ella y en el ligero ceño de Elodie se intuía que estaba deseando hacerle preguntas. Kaye no quería responder preguntas. "¿Cuándo se construyó el granero?"

"El edificio original fue construido hace sesenta y dos años. Lo hemos renovado y ampliado recientemente. ¿Te gusta?"

"Mucho. Es maravillosamente luminoso y espacioso."

Elodie sonrió y una oleada de calidez se extendió por el pecho de Kaye. No era solo que Elodie fuera una mujer preciosa e intrigante, también apreciaba la arquitectura y la historia y era… interesante no era la palabra correcta. ¿Fascinante? No. Encantadora. Sí, encantadora, pero no en el sentido de un príncipe de cuento de hadas. No sabía nada de Elodie y había habido momentos de incomodidad, la voz en su cabeza se lo recordaba incesantemente. Pero también una mirada cruzada en los viñedos,

una mirada en la que había reconocido algo de sí misma en el mundo privado de Elodie. La soledad que había negado sentir de repente se sintió muy real en ese momento.

El agua helada le empapó la boca seca. "¿Cuánta gente trabaja aquí?"

"Treinta y siete a tiempo completo. Pero tendremos unas cien personas para la recolección."

"¿Alguna vez te aburres de esto? ¿De hacer lo mismo año tras año?"

Elodie sonrió. "No. Cada cosecha nos presenta nuevos retos, sobre todo con el clima. Sí, el trabajo se lleva por rutina y procesos, pero nunca resulta aburrido. Las vides nos mantienen en alerta."

Kaye suspiró por el efecto que le causó la sonrisa de Elodie. Courtney diría que ella no era la mejor juzgando el carácter de las personas, que se preocupaba demasiado y era demasiado confiada para poder ver a las personas con claridad. Puede que Courtney tuviera razón, pero no había otra explicación para la tranquilidad y la calma que sentía cuando Elodie estaba cerca.

"Es tu bebé, ¿no?"

"Creo que a todos los que trabajamos aquí nos apasiona hacer el mejor vino."

Ver a Elodie coger las uvas con tanto cuidado y la mirada de placer cuando probó el sabor y la textura de la fruta, la había dejado impresionada. Había tratado de imaginar cómo sería poder identificar las sutiles diferencias en el sabor y la composición de la fruta como hacía Elodie. La pulpa jugosa tenía un sabor más dulce que un terrón de azúcar y la piel de color rojo intenso era agradablemente más suave de lo que había pensado, pero ese era el límite de su habilidad. La mirada de Elodie era directa y Kaye se sintió expuesta por la aparente evaluación.

Se acercó a la ventana y miró hacia las llanuras. "Esto es espectacular." Había pensado que la agencia para la que había trabajado era un buen negocio y, habiendo sido valorado en poco más de cinco millones para el acuerdo de divorcio, no había estado nada mal. Apostaría a que el viñedo por sí mismo valdría tres veces más y probablemente mucho más si incluía el castillo.

Kaye se sobresaltó cuando el brazo de Elodie rozó el suyo. Elodie se situó a su lado y bebía de su agua mientras contemplaba el terreno que le resultaba tan familiar. Debía conocer cada vid de cada hectárea. El calor y el olor a almizcle dulce le robaron la concentración.

"Algunas de nuestras vides con denominación de origen tienen casi cien años." Elodie señaló en dirección a los viñedos que se extendían por las colinas en la distancia. "Producen nuestros vinos más finos y caros. Tenemos un calendario continuo para sustituir los bloques de vides cada treinta o cuarenta años, dependiendo de su rendimiento."

Kaye se aclaró la garganta. "¿Ha pertenecido a tu familia desde hace mucho tiempo?"

"Cinco generaciones."

"No me puedo imaginar lo que es saber ese nivel de historia. Seguí mi árbol genealógico cuando estaba en la universidad y no pude encontrar a nadie más allá de mis abuelos. Eran solo nombres en una cadena que conducía hasta mí." Se volvió hacia Elodie y quedó cautivada por la intensidad de sus ojos. Kaye respiró hondo y volvió a mirar por la ventana para recuperarse. "Es extraño, ¿no? Tener un vínculo biológico, aunque sea distante, con alguien del pasado que en realidad es un extraño para ti. Y, sin embargo, tienes este maravilloso viñedo que os conecta a todos, incluso sin conocer a tus antepasados."

Elodie se alejó de la ventana y se acercó a la mesa, con Kaye detrás.

“Nunca lo he pensado. Soy hija única y estaba destinada a heredar el viñedo de mi madre. Mi padre nos abandonó cuando yo tenía dos años. Nunca contemplé la idea de que tenía la opción de hacer otra cosa.”

Kaye pensó que había visto algo de remordimiento en la expresión de Elodie, pero entonces sonrió y lo que fuera que había visto, había desaparecido. Tenía la sensación de que Elodie guardaba secretos. Pero ¿quién no? Tomó un sorbo de agua. “Puedo identificarme contigo en pensar que no tenías otra opción. Es demasiado fácil quedarse estancado en el status quo de nuestras vidas. Nos olvidamos de mirar dentro de nosotros mismos para comprobar si somos felices con nuestras vidas o simplemente estamos cómodos con ellas.” Kaye casi se ahoga con esas palabras tan sabias que brotaron de sus labios, esas palabras a las que no había prestado mucha atención hasta hacía bien poco. Estaba predicando un poco y la energía entre ellas se había puesto tensa después de que ambas se hubieran retirado en su contemplación silenciosa.

Elodie le sirvió un vaso pequeño del líquido turbio. “Toma, prueba esto.”

La dulzura del líquido la golpeó al momento y, cuando tragó, el suave néctar bañó su garganta. “Está delicioso.” Tomó otro sorbo y el aire entre ellas pareció más ligero.

“Estos son los frutos de tu trabajo. Bueno, no de tu trabajo exactamente, pero estas son nuestras uvas.”

“Tiene un sabor muy fresco.”

“Así es. Recién salido de las vides hoy.”

Kaye se terminó el zumo de uvas y colocó el vaso vacío sobre la mesa.

Elodie lo volvió a llenar. “Sírvete la comida que quieras.”

Kaye observó las etiquetas de los platos. Se inclinó hacia adelante para tomar un champiñón relleno de ajo y queso al mismo tiempo que Elodie y sus brazos se rozaron ligeramente. Kaye inspiró de nuevo el leve aroma a almizcle. La camisa de Elodie era suave y desprendía un calor tranquilizador.

"Disculpa." Elodie cogió un trozo de brocheta de pollo del plato y retrocedió un paso.

Kaye la observó llevarse el trozo a la boca y masticarlo con entusiasmo. Mordió el champiñón y el olor del ajo le produjo picores en el interior de la nariz. "Vaya." Se llevó la mano a la boca. "Está fuerte."

Elodie se rió entre dientes mientras le ofrecía una servilleta a Kaye. "Nos gusta el ajo, junto con nuestra alcachofas con olor a repollo podrido." Su risa sonaba baja. De pronto dejó de reír y entrecerró los ojos. "¿Es demasiado? Le pediré al chef que lo cambie por algo más de tu gusto." Elodie cogió el plato de champiñones.

Kaye puso su mano sobre el brazo de Elodie. "Está bien. En serio. Por favor, no montes un lío por mi culpa." La soltó y creó una pequeña distancia entre ellas.

Elodie apretó los labios. "No es ningún lío."

El ajo se suavizó en la boca de Kaye y lo reemplazó un rico sabor a nuez. "Está muy sabroso. Es una sensación extraña después del zumo de frutas y el ajo es más fuerte de lo que estoy acostumbrada, pero no cambies nada. Esto es perfecto." No recordaba la última vez que se había sentido mimada y frívola a la vez. Aunque había pagado por la experiencia, parecía más una ocasión especial que una compra. Le quitó el plato a Elodie y se comió otro champiñón. "Bueno, ¿crees que se me dará bien recolectar?"

Elodie bajó un poco la cabeza y miró a Kaye con los ojos entrecerrados. Una leve sonrisa apareció en su rostro. "Déjame

pensar.” Se llevó la mano a la barbilla, se dio golpecitos en los labios y continuó mirando a Kaye de arriba a abajo.

El brillo en los ojos de Elodie resonó en la suavidad del pecho de Kaye. Sentía como si la estuviera desvistiendo lentamente y la admirara profundamente. Fijó su mirada en los labios de Elodie y en el pensamiento insistente que rondaba en su mente. *Quiero besarte*.

Elodie se volvió hacia la mesa. “Sí, nuestra cosecha estará segura en tus manos.” Su tono sonó formal y su sonrisa de pronto pareció distante. Elodie cogió una loncha de jamón curado, inclinó la cabeza ligeramente hacia atrás y se la metió en la boca. Masticó mientras asentía y tragó.

“El turno de noche va desde las siete de la tarde hasta las siete de la mañana. Tenemos dos turnos que se superponen. De siete a dos y de doce a siete. Hay media hora de descanso. ¿En qué turno preferirías trabajar?”

Kaye no necesitó pensarlo mucho. “De siete a dos.”

“Esa es la mejor opción. Es más fácil adoptar el patrón de trabajo y sueño. Y podrás ver parte del día. Muy bien. Empezamos mañana.”

El estómago de Kaye dio un salto mortal. “Muchas gracias.”

Elodie negó con la cabeza. “No me lo agradecerás hacia las diez, cuando tengas la espalda rota. Ve cómo va. Y si es demasiado, házmelo saber.”

Kaye sonrió. Sabía reconocer cuando la preocupación era de verdad. Estar en la parte que lo recibía la hacía sentir cálida por dentro, como después de beber vino caliente. Un suave hormigueo bajó hasta sus manos, las miró y vio que estaban temblando un poco. Levantó la vista y sintió la intensidad de la mirada y el pensamiento de Elodie, como si estuviera dirigido a ella. Le resultaba más difícil respirar. Su voz interior había dejado de hablarle, había dejado de recordarle que era demasiado pronto para involucrarse

con nadie. Solo había un vacío en su mente, excepto por una fuerte sensación de saber que probablemente haría algo y que su voz interior le diría que se iba a arrepentir. Estaba en este viaje para redescubrirse. Toda ella. ¿Qué mejor lugar para empezar que escuchar las necesidades innatas de su cuerpo? Elodie seguía mirándola fijamente. "Será mejor que me vaya," dijo, su voz apenas un susurro.

Los ojos de Elodie se iluminaron cuando sonrió. "Espero que hayas disfrutado la cata."

"Muchísimo. Gracias."

Elodie le indicó la salida. Kaye no podía salir de allí lo bastante rápido, solo para poder respirar y recomponerse. Elodie no parecía tener prisa. Parecía moverse a cámara lenta, y cuanto más rápido quería moverse Kaye, más lento parecía ir ella. La voz en su cabeza volvió antes de que llegaran a su bicicleta. *Sal de aquí y date una ducha fría. No hagas nada a la ligera.*

Cogió su bicicleta, pasó la pierna por la barra central y puso el pie sobre el pedal. Estaba a punto de empujar hacia abajo y ponerse en movimiento cuando se dio cuenta de que no se había despedido. Se bajó de la bicicleta. El vestido se le había subido por encima de la rodilla y trató de bajarlo. "Yo…gracias por…todo."

Elodie dio un paso hacia ella y el corazón intentó salirse del pecho.

"En Francia es costumbre hacer esto." Elodie se acercó un paso más, puso sus manos en cada uno de los brazos de Kaye y se inclinó hacia adelante.

Cuando los labios de Elodie se encontraron con la mejilla de Kaye, un temblor le recorrió el cuerpo. Las llamas descendieron hasta su centro y sintió como si su mejilla estuviera ardiendo. Tal vez eran los años de apetito sexual reprimido o el deseo de recuperar la exquisita sensación de necesitar y ser necesitada, de tocar y ser tocada, pero sintió la suavidad de la mejilla de Elodie contra la suya

hasta mucho después de que Elodie se alejara. Elodie dijo algo, sonrió y se echó a reír. Kaye sintió la caricia de esa risa, aunque no había escuchado una palabra de lo que había dicho.

"Me estaba preguntando… ¿te gustaría hacer un recorrido por la fábrica en algún momento? Es bueno saber cómo se elabora el vino."

Kaye podía sentir todavía los labios de Elodie en su mejilla. Entender las palabras era todo un desafío. Asintió. Anduvo por el camino empujando la bicicleta durante un rato hasta que se dio cuenta de que debía ponerse el sombrero para evitar quemarse y subirse a la bicicleta para salir de allí.

Cuando llegó a la embarcación, se mostró segura de una cosa. Necesitaba esa ducha fría y acostarse pronto. Ese deseo que se había apoderado de ella desaparecería por la mañana o tendría que controlarlo mejor.

# 7.

Elodie redujo la velocidad del Land Rover, se inclinó hacia adelante y miró a través del parabrisas entrecerrando los ojos. Reconoció la bicicleta, apoyada boca abajo en el suelo sobre el manillar y el sillín, a un lado de la carretera estrecha. Kaye pasó de estar doblada sobre la rueda trasera a estar de pie con las manos en las caderas. Estaba más mona que nunca con sus botas de montaña y su vestido corto rojo.

Kaye se volvió hacia el vehículo mientras se acercaba.

Elodie salió desde asiento el conductor y observó la rueda. "¿Un pinchazo?"

Kaye se secó la frente. "He estado intentando quitar el neumático pero no puedo."

Elodie sonrió. "¿Con tus propias manos?"

"Sí. Tengo un kit para pinchazos." Kaye le enseñó un pequeño recipiente con parches de reparación.

"Tendrías que ser bastante fuerte para sacar eso sin una palanca."

"No tengo nada de eso." Los dedos de Kaye estaban negros por el aceite de la cadena y la suciedad.

"Tengo herramientas en el coche." Elodie cogió su kit del maletero y una botella de agua del asiento delantero para Kaye.

"Gracias." Kaye tomó un trago largo. "¿Siempre hace tanto calor en septiembre?"

El color vivo en las mejillas de Kaye le daba una apariencia juvenil pero, con su fisonomía, Elodie temía que hubiera el riesgo de sufrir quemaduras graves por el sol e incluso enfermara. "Creo que tenemos lo que se llama un verano indio. Hace más calor de lo normal. Tienes que tener cuidado de no quemarte."

"Sí." Kaye se tocó la punta de la nariz.

Elodie sacó dos palancas y prestó atención a la rueda. "Tienes que empujar la llave inglesa entre la llanta del neumático y el cuadro de la bicicleta, así. Este encaja muy bien." Elodie miró a Kaye mientras sacaba la cámara de aire y el dedo se le quedó entre el borde de la goma y el metal. "Merde."

Kaye jadeó. "¿Estás bien?"

"Se me ha quedado atrapado." La vergüenza de saber que había estado mirando boquiabierta a Kaye en vez de concentrarse en lo que estaba haciendo era peor que el dolor que sentía en el dedo. Examinó su dedo enrojecido y lo agitó. Kaye le cogió la mano.

El calor inundó las mejillas de Elodie mientras Kaye le masajeaba suavemente los dedos. "Estará bien." De mala gana, soltó su mano de la de Kaye. Aparte de las botas de montaña y ahora de la marca sucia en la punta de la nariz, Kaye parecía que iba vestida como si se hubiera dirigido a algún tipo de fiesta. Su vestido estaba muy bien planchado para alguien que vivía en una barcaza. Delicados botones blancos desfilaban desde el centro de sus pechos hasta donde terminaba el vestido, en la mitad de los muslos. Las pecas de la parte superior de su pecho se habían oscurecido por el sol. "Llevas un vestido muy bonito. ¿Ibas a algún sitio?"

Kaye le tendió la bomba de aire.

"Gracias."

"Me dirigía a una feria de artesanía. En…" Kaye frunció el ceño y miró al cielo.

"¿Pouilly-sur-Loire?"

"Sí, eso es."

"Es muy popular. Contamos con algunos artistas locales con mucho talento. También hay un excelente puesto de cerámica, si te gusta ese tipo de cosas. ¿Ibas en esa dirección?" Elodie señaló en la dirección por la que iba.

Kaye asintió. Se sonrojó y una delicada línea de humedad se formó sobre la piel quemada debajo de sus ojos. "Sí."

"¿Perdida otra vez?"

"Un poco, tal vez."

Elodie la miró con los ojos entrecerrados y sonrió. "Tenías que tomar la primera salida en la última rotonda. Pouilly-sur-Loire está en esa dirección." Señaló por encima de su hombro, directamente al otro lado de los campos.

Kaye soltó un resoplido. "Maldita sea."

Elodie se rió entre dientes. "¿Sabes? Estás muy graciosa cuando te enfadas contigo misma." Observó a Kaye sonreír tímidamente y notó las líneas de risas en sus ojos, entonces, sus hombros se relajaron. Cuando Kaye se rió, un calor le recorrió el cuerpo y sintió la necesidad de tomarla entre sus brazos y abrazarla con fuerza. Volvió a inclinarse sobre la bicicleta e infló la cámara de aire. Movió la goma entre sus manos buscando señales de un pinchazo y trató de ignorar el ligero temblor de sus dedos.

"Nunca se me han dado bien las direcciones."

Elodie levantó la vista del neumático, recorrió las piernas de Kaye hasta el bajo del vestido y luego por la línea de botones hasta sus pechos. Parpadeó para recuperar la concentración en lo que estaba haciendo. "No veo nada aquí."

Kaye frunció el ceño. Miró a un lado y a otro del camino y volvió a mirar a Elodie, suspirando.

"¿Quieres que te lleve a la feria de artesanía?"

Kaye negó con la cabeza.

Elodie se tragó su decepción y sonrió.

"No quiero molestarte."

Elodie se levantó. "En serio, no hay problema. No he estado allí desde hace tiempo. Será un buen descanso para mí. Y no podrás usar la bici hasta que esté reparada. Puedo arreglarla en casa."

Kaye se miró las manos sucias.

Elodie le mostró las suyas. "Las mías también están sucias. Y tienes manchada la nariz también." Entrecerró los ojos y se lo señaló. "Vamos primero a lavarnos un poco." Se encogió de hombros, esperando en silencio que Kaye estuviera de acuerdo.

"¿Si estás segura?"

"Por supuesto." Elodie cogió la bicicleta y la metió en el maletero antes de que Kaye cambiara de opinión. "Te encantará Pouilly-sur-Loire. Es muy pintoresco. ¿Te gustan los helados?"

Kaye subió al coche. "Me encantan, todavía no he probado ninguno aquí."

Elodie encendió el motor. "Bueno, eso va a cambiar esta tarde. Tienen un sitio excelente de helados."

***

Kaye se llevó un dedo a los labios mientras miraba el refrigerador donde estaban dispuestos los helados. "Todos tienen una pinta maravillosa. Es imposible elegir."

Elodie sonrió al ver cómo Kaye fruncía el ceño mientras señalaba de un sabor a otro murmurando. Nunca se había cruzado

con nadie tan inocente y modesto como parecía Kaye. Se preguntaba qué se le pasaría por la cabeza para que le resultara tan difícil elegir entre el chocolate triple y el chocolate doble. "Tómate una bola de cada uno," dijo.

"Pero eso son ocho euros por un helado. ¿Quién paga eso?"

Elodie normalmente no lo haría, pero con Kaye se estaba comportando como una turista y era divertido. "Yo. Voy a pedir dos bolas de caramelo salado. Te invito, así que no te preocupes por lo que vale, por favor." Las líneas de preocupación se hicieron más profundas en el rostro de Kaye y Elodie sintió que su alegría se apagaba un poco. Estaba decidida a invitar a Kaye y a darse un capricho ella misma. Seguramente de eso trataba estar de vacaciones, aunque fuera un día. "¿Te sorprendo?"

Kaye ladeó la cabeza y le sonrió. "Tomaré el de chocolate doble."

"¿Dos bolas?"

Kaye miró hacia abajo y se pasó las manos por el vestido y por el estómago. "Probablemente no debería."

Elodie abrió los ojos de par en par. "Tienes un cuerpo precioso." Un calor le invadió el cuerpo cuando Kaye se sonrojó y miró hacia otro lado.

"Es muy amable de tu parte, pero me vendría bien perder algunos kilos."

Elodie negó con la cabeza. "En mi opinión, no." Se volvió hacia el mostrador, triste porque alguien tan hermosa pudiera sentirse incómoda en su propia piel. Kaye tenía unas curvas preciosas y Elodie quería tocar cada parte de su cuerpo y mostrarle exactamente lo maravillosa que era. Tenía la impresión de que Kaye no tenía pareja y que no estaba acostumbrada a recibir elogios. Si estuviera con alguien, seguramente ya habría hablado de ella o él. Elodie quería preguntarle pero no quería ofenderla inmiscuyéndose

en su vida personal. Kaye no le había preguntado a ella sobre su vida y eso generalmente quería decir que una mujer no quería saber o no estaba interesada. De cualquier forma, esa conversación parecía estar fuera de lugar. "Esta tarde es un placer poco común para mí, así que me voy a tomar dos bolas." Podía escuchar la súplica en su tono. Realmente quería que Kaye disfrutara de la experiencia sin sentir que necesitaba reprimirse.

"Vale. Te haré compañía."

"Excelente."

La mujer detrás del mostrador se inclinó hacia Elodie y le preguntó qué iban a pedir en tono cortante. La cola detrás de ellas se había extendido calle arriba. "Tomaré dos bolas de chocolate doble y dos de caramelo salado." La mujer bufó como diciendo, ¿eso es todo? Elodie le sonrió. Al momento, la mujer le dio dos cucuruchos, cada uno con una bola grande de helado.

Elodie le entregó el cucurucho a Kaye. "¿Te gusta la cerámica?"

"Sí."

Cruzaron la calle de adoquines hasta un muro bajo frente a la heladería y se sentaron de espaldas al pequeño cementerio de la iglesia del siglo doce. La pierna de Kaye presionó la de Elodie cuando se sentaron. Elodie no se alejó del contacto y Kaye tampoco.

Elodie disfrutó de la sensación fresca del helado en su lengua, salado y dulce, en contraste con el calor que presionaba su pierna. Probablemente debería crear un espacio entre ellas porque no quería dar una impresión equivocada, pero no quería moverse. Volvió la cabeza hacia Kaye. El efecto de verla deslizando su lengua por la parte superior del cucurucho para atrapar el chocolate que goteaba por el barquillo provocó un suave hormigueo en su interior. El cacao y el azúcar se pegaron a su lengua, resucitando un recuerdo lejano y enterrado hacía mucho tiempo. La voz de la hermana Mary siempre fue suave y amable, pero Elodie había leído

la verdad en el vacío que había visto en sus ojos. "Estoy segura de que tu madre está en camino," había dicho la hermana Mary. Su madre no había venido a recogerla esa Navidad, ni la siguiente.

"¿Cómo está tu helado?" preguntó Elodie y se metió el suyo en la boca. Kaye tenía chocolate en el labio superior y quería quitárselo con un beso.

"Es cremoso y sabe a chocolate de verdad."

"Es el mejor, ¿verdad?" Elodie terminó su helado y se limpió las comisuras de la boca con los dedos.

"Tendrás que venir a Inglaterra para comparar," dijo Kaye y rápidamente volvió a comer.

Elodie sonrió. Le encantaría visitar Inglaterra si Kaye estuviera con ella. "Quizás deberías hacerte el propósito de probar el helado de todos los sitios a los que vayas. Italia, Estados Unidos, Singapur, Australia, Hong Kong."

Kaye asintió. "¿Sabes? A lo mejor lo hago. Y entonces, cuando vuelva, estaré tan grande como una casa." Dijo, y se terminó su cucurucho.

Elodie le dio un clínex. "Hay que vivir la vida."

Kaye esbozó una media sonrisa. Elodie intentó imaginarse cómo sería viajar por el mundo con ella y comer helado en cada ciudad y pueblo por el que pasaran. Todo lo que podía ver era una silueta de Kaye en la distancia, demasiado lejos para que la escuchara y fuera de su alcance. Eso es lo que había sucedido cuando había comprometido su corazón completamente a una relación en el pasado. La distancia emocional, que debería cerrarse entre dos personas en la seguridad de su amor, siempre se había hecho más grande y la posibilidad de ser más cercana había sido insuperable. Se sentiría retraída y sería incapaz de detener el proceso hasta que, finalmente, *la* abandonaran.

Días como hoy, dando un paseo tranquilo por la feria con una mujer preciosa a su lado, no sucedían en el mundo de Elodie. Ella no lo permitía. Daría una impresión equivocada a cualquiera de las otras mujeres que conocía, e implicaría que Elodie estaba más interesada en una relación con ellas de lo que realmente estaba. Era la anfitriona de Kaye y el tiempo que estaban pasando juntas llegaría a su fin de manera natural cuando Kaye se fuera y siguiera adelante con su vida.

Hoy era como estar de vacaciones, viviendo como alguien que no era. No había experimentado una sensación de dejadez como esta desde antes de hacerse cargo del viñedo. La novedad de la suave y cálida sensación instalada en su pecho la sorprendió. Incluso en el pasado, la felicidad que había sentido con las mujeres que había conocido en la universidad siempre había durado poco y la alegría de los momentos íntimos había sido destrozada fácilmente por el vacío profundo que siempre venía después. Las relaciones terminaron antes de que tuvieran tiempo siquiera a comenzar, y mucho menos florecer. Era la forma de vida que mejor conocía, como la sangre que corría por sus venas. La situación no requería reflexión ni análisis. Simplemente era lo que era.

Tenía todo lo que necesitaba a mano en Sancerre – dinero, sexo, estatus, la compañía de otras mujeres – y nunca le había faltado nada, o eso creía, ¿hasta ahora? Tal vez el error en su razonamiento de mantener las relaciones íntimas a distancia siempre había sido susceptible de cambiar si llegaba a su vida la persona adecuada. Era la trampa veintidós. La idea de que Kaye pudiera ser *esa persona* le resultaba inquietante. Amenazaba la fachada que se había fabricado, ser deseada e inalcanzable, que le demostraba que era feliz. Elodie nunca se había sentido tan alejada del concepto de *feliz* como ahora. Kaye había arrojado luz a la fisura de su realidad infundada y el deseo de distanciarse se filtró en su mente envenenada. Pero la amabilidad de Kaye y su sano respeto le impidieron hacerlo, la hicieron hacer una pausa y se sintió animada a pasar tiempo con ella. Descruzó los brazos. No había adoptado

intencionadamente esa postura de estar a la defensiva, sino estando perdida en sus pensamientos, y movió los hombros para relajarlos.

Cuando Kaye terminó su helado, Elodie se puso de pie. "Cerámica," dijo, y no llegó a ofrecerle la mano a Kaye.

# 8.

Elodie redujo la velocidad del Land Rover, se inclinó hacia adelante y miró a través del parabrisas entrecerrando los ojos. Reconoció la bicicleta, apoyada boca abajo en el suelo sobre el manillar y el sillín, a un lado de la carretera estrecha. Kaye pasó de estar doblada sobre la rueda trasera a estar de pie con las manos en las caderas. Estaba más mona que nunca con sus botas de montaña y su vestido corto rojo.

Kaye se volvió hacia el vehículo mientras se acercaba.

Elodie salió desde asiento el conductor y observó la rueda. "¿Un pinchazo?"

Kaye se secó la frente. "He estado intentando quitar el neumático pero no puedo."

Elodie sonrió. "¿Con tus propias manos?"

"Sí. Tengo un kit para pinchazos." Kaye le enseñó un pequeño recipiente con parches de reparación.

"Tendrías que ser bastante fuerte para sacar eso sin una palanca."

"No tengo nada de eso." Los dedos de Kaye estaban negros por el aceite de la cadena y la suciedad.

"Tengo herramientas en el coche." Elodie cogió su kit del maletero y una botella de agua del asiento delantero para Kaye.

"Gracias." Kaye tomó un trago largo. "¿Siempre hace tanto calor en septiembre?"

El color vivo en las mejillas de Kaye le daba una apariencia juvenil pero, con su fisonomía, Elodie temía que hubiera el riesgo de sufrir quemaduras graves por el sol e incluso enfermara. "Creo que tenemos lo que se llama un verano indio. Hace más calor de lo normal. Tienes que tener cuidado de no quemarte."

"Sí." Kaye se tocó la punta de la nariz.

Elodie sacó dos palancas y prestó atención a la rueda. "Tienes que empujar la llave inglesa entre la llanta del neumático y el cuadro de la bicicleta, así. Este encaja muy bien." Elodie miró a Kaye mientras sacaba la cámara de aire y el dedo se le quedó entre el borde de la goma y el metal. "Merde."

Kaye jadeó. "¿Estás bien?"

"Se me ha quedado atrapado." La vergüenza de saber que había estado mirando boquiabierta a Kaye en vez de concentrarse en lo que estaba haciendo era peor que el dolor que sentía en el dedo. Examinó su dedo enrojecido y lo agitó. Kaye le cogió la mano.

El calor inundó las mejillas de Elodie mientras Kaye le masajeaba suavemente los dedos. "Estará bien." De mala gana, soltó su mano de la de Kaye. Aparte de las botas de montaña y ahora de la marca sucia en la punta de la nariz, Kaye parecía que iba vestida como si se hubiera dirigido a algún tipo de fiesta. Su vestido estaba muy bien planchado para alguien que vivía en una barcaza. Delicados botones blancos desfilaban desde el centro de sus pechos hasta donde terminaba el vestido, en la mitad de los muslos. Las pecas de la parte superior de su pecho se habían oscurecido por el sol. "Llevas un vestido muy bonito. ¿Ibas a algún sitio?"

Kaye le tendió la bomba de aire.

"Gracias."

"Me dirigía a una feria de artesanía. En…" Kaye frunció el ceño y miró al cielo.

"¿Pouilly-sur-Loire?"

"Sí, eso es."

"Es muy popular. Contamos con algunos artistas locales con mucho talento. También hay un excelente puesto de cerámica, si te gusta ese tipo de cosas. ¿Ibas en esa dirección?" Elodie señaló en la dirección por la que iba.

Kaye asintió. Se sonrojó y una delicada línea de humedad se formó sobre la piel quemada debajo de sus ojos. "Sí."

"¿Perdida otra vez?"

"Un poco, tal vez."

Elodie la miró con los ojos entrecerrados y sonrió. "Tenías que tomar la primera salida en la última rotonda. Pouilly-sur-Loire está en esa dirección." Señaló por encima de su hombro, directamente al otro lado de los campos.

Kaye soltó un resoplido. "Maldita sea."

Elodie se rió entre dientes. "¿Sabes? Estás muy graciosa cuando te enfadas contigo misma." Observó a Kaye sonreír tímidamente y notó las líneas de risas en sus ojos, entonces, sus hombros se relajaron. Cuando Kaye se rió, un calor le recorrió el cuerpo y sintió la necesidad de tomarla entre sus brazos y abrazarla con fuerza. Volvió a inclinarse sobre la bicicleta e infló la cámara de aire. Movió la goma entre sus manos buscando señales de un pinchazo y trató de ignorar el ligero temblor de sus dedos.

"Nunca se me han dado bien las direcciones."

Elodie levantó la vista del neumático, recorrió las piernas de Kaye hasta el bajo del vestido y luego por la línea de botones hasta sus pechos. Parpadeó para recuperar la concentración en lo que estaba haciendo. "No veo nada aquí."

Kaye frunció el ceño. Miró a un lado y a otro del camino y volvió a mirar a Elodie, suspirando.

"¿Quieres que te lleve a la feria de artesanía?"

Kaye negó con la cabeza.

Elodie se tragó su decepción y sonrió.

"No quiero molestarte."

Elodie se levantó. "En serio, no hay problema. No he estado allí desde hace tiempo. Será un buen descanso para mí. Y no podrás usar la bici hasta que esté reparada. Puedo arreglarla en casa."

Kaye se miró las manos sucias.

Elodie le mostró las suyas. "Las mías también están sucias. Y tienes manchada la nariz también." Entrecerró los ojos y se lo señaló. "Vamos primero a lavarnos un poco." Se encogió de hombros, esperando en silencio que Kaye estuviera de acuerdo.

"¿Si estás segura?"

"Por supuesto." Elodie cogió la bicicleta y la metió en el maletero antes de que Kaye cambiara de opinión. "Te encantará Pouilly-sur-Loire. Es muy pintoresco. ¿Te gustan los helados?"

Kaye subió al coche. "Me encantan, todavía no he probado ninguno aquí."

Elodie encendió el motor. "Bueno, eso va a cambiar esta tarde. Tienen un sitio excelente de helados."

***

Kaye se llevó un dedo a los labios mientras miraba el refrigerador donde estaban dispuestos los helados. "Todos tienen una pinta maravillosa. Es imposible elegir."

Elodie sonrió al ver cómo Kaye fruncía el ceño mientras señalaba de un sabor a otro murmurando. Nunca se había cruzado

con nadie tan inocente y modesto como parecía Kaye. Se preguntaba qué se le pasaría por la cabeza para que le resultara tan difícil elegir entre el chocolate triple y el chocolate doble. "Tómate una bola de cada uno," dijo.

"Pero eso son ocho euros por un helado. ¿Quién paga eso?"

Elodie normalmente no lo haría, pero con Kaye se estaba comportando como una turista y era divertido. "Yo. Voy a pedir dos bolas de caramelo salado. Te invito, así que no te preocupes por lo que vale, por favor." Las líneas de preocupación se hicieron más profundas en el rostro de Kaye y Elodie sintió que su alegría se apagaba un poco. Estaba decidida a invitar a Kaye y a darse un capricho ella misma. Seguramente de eso trataba estar de vacaciones, aunque fuera un día. "¿Te sorprendo?"

Kaye ladeó la cabeza y le sonrió. "Tomaré el de chocolate doble."

"¿Dos bolas?"

Kaye miró hacia abajo y se pasó las manos por el vestido y por el estómago. "Probablemente no debería."

Elodie abrió los ojos de par en par. "Tienes un cuerpo precioso." Un calor le invadió el cuerpo cuando Kaye se sonrojó y miró hacia otro lado.

"Es muy amable de tu parte, pero me vendría bien perder algunos kilos."

Elodie negó con la cabeza. "En mi opinión, no." Se volvió hacia el mostrador, triste porque alguien tan hermosa pudiera sentirse incómoda en su propia piel. Kaye tenía unas curvas preciosas y Elodie quería tocar cada parte de su cuerpo y mostrarle exactamente lo maravillosa que era. Tenía la impresión de que Kaye no tenía pareja y que no estaba acostumbrada a recibir elogios. Si estuviera con alguien, seguramente ya habría hablado de ella o él. Elodie quería preguntarle pero no quería ofenderla inmiscuyéndose

en su vida personal. Kaye no le había preguntado a ella sobre su vida y eso generalmente quería decir que una mujer no quería saber o no estaba interesada. De cualquier forma, esa conversación parecía estar fuera de lugar. "Esta tarde es un placer poco común para mí, así que me voy a tomar dos bolas." Podía escuchar la súplica en su tono. Realmente quería que Kaye disfrutara de la experiencia sin sentir que necesitaba reprimirse.

"Vale. Te haré compañía."

"Excelente."

La mujer detrás del mostrador se inclinó hacia Elodie y le preguntó qué iban a pedir en tono cortante. La cola detrás de ellas se había extendido calle arriba. "Tomaré dos bolas de chocolate doble y dos de caramelo salado." La mujer bufó como diciendo, ¿eso es todo? Elodie le sonrió. Al momento, la mujer le dio dos cucuruchos, cada uno con una bola grande de helado.

Elodie le entregó el cucurucho a Kaye. "¿Te gusta la cerámica?"

"Sí."

Cruzaron la calle de adoquines hasta un muro bajo frente a la heladería y se sentaron de espaldas al pequeño cementerio de la iglesia del siglo doce. La pierna de Kaye presionó la de Elodie cuando se sentaron. Elodie no se alejó del contacto y Kaye tampoco.

Elodie disfrutó de la sensación fresca del helado en su lengua, salado y dulce, en contraste con el calor que presionaba su pierna. Probablemente debería crear un espacio entre ellas porque no quería dar una impresión equivocada, pero no quería moverse. Volvió la cabeza hacia Kaye. El efecto de verla deslizando su lengua por la parte superior del cucurucho para atrapar el chocolate que goteaba por el barquillo provocó un suave hormigueo en su interior. El cacao y el azúcar se pegaron a su lengua, resucitando un recuerdo lejano y enterrado hacía mucho tiempo. La voz de la hermana Mary siempre fue suave y amable, pero Elodie había leído

la verdad en el vacío que había visto en sus ojos. "Estoy segura de que tu madre está en camino," había dicho la hermana Mary. Su madre no había venido a recogerla esa Navidad, ni la siguiente.

"¿Cómo está tu helado?" preguntó Elodie y se metió el suyo en la boca. Kaye tenía chocolate en el labio superior y quería quitárselo con un beso.

"Es cremoso y sabe a chocolate de verdad."

"Es el mejor, ¿verdad?" Elodie terminó su helado y se limpió las comisuras de la boca con los dedos.

"Tendrás que venir a Inglaterra para comparar," dijo Kaye y rápidamente volvió a comer.

Elodie sonrió. Le encantaría visitar Inglaterra si Kaye estuviera con ella. "Quizás deberías hacerte el propósito de probar el helado de todos los sitios a los que vayas. Italia, Estados Unidos, Singapur, Australia, Hong Kong."

Kaye asintió. "¿Sabes? A lo mejor lo hago. Y entonces, cuando vuelva, estaré tan grande como una casa." Dijo, y se terminó su cucurucho.

Elodie le dio un clínex. "Hay que vivir la vida."

Kaye esbozó una media sonrisa. Elodie intentó imaginarse cómo sería viajar por el mundo con ella y comer helado en cada ciudad y pueblo por el que pasaran. Todo lo que podía ver era una silueta de Kaye en la distancia, demasiado lejos para que la escuchara y fuera de su alcance. Eso es lo que había sucedido cuando había comprometido su corazón completamente a una relación en el pasado. La distancia emocional, que debería cerrarse entre dos personas en la seguridad de su amor, siempre se había hecho más grande y la posibilidad de ser más cercana había sido insuperable. Se sentiría retraída y sería incapaz de detener el proceso hasta que, finalmente, *la* abandonaran.

Días como hoy, dando un paseo tranquilo por la feria con una mujer preciosa a su lado, no sucedían en el mundo de Elodie. Ella no lo permitía. Daría una impresión equivocada a cualquiera de las otras mujeres que conocía, e implicaría que Elodie estaba más interesada en una relación con ellas de lo que realmente estaba. Era la anfitriona de Kaye y el tiempo que estaban pasando juntas llegaría a su fin de manera natural cuando Kaye se fuera y siguiera adelante con su vida.

Hoy era como estar de vacaciones, viviendo como alguien que no era. No había experimentado una sensación de dejadez como esta desde antes de hacerse cargo del viñedo. La novedad de la suave y cálida sensación instalada en su pecho la sorprendió. Incluso en el pasado, la felicidad que había sentido con las mujeres que había conocido en la universidad siempre había durado poco y la alegría de los momentos íntimos había sido destrozada fácilmente por el vacío profundo que siempre venía después. Las relaciones terminaron antes de que tuvieran tiempo siquiera a comenzar, y mucho menos florecer. Era la forma de vida que mejor conocía, como la sangre que corría por sus venas. La situación no requería reflexión ni análisis. Simplemente era lo que era.

Tenía todo lo que necesitaba a mano en Sancerre – dinero, sexo, estatus, la compañía de otras mujeres – y nunca le había faltado nada, o eso creía, ¿hasta ahora? Tal vez el error en su razonamiento de mantener las relaciones íntimas a distancia siempre había sido susceptible de cambiar si llegaba a su vida la persona adecuada. Era la trampa veintidós. La idea de que Kaye pudiera ser *esa persona* le resultaba inquietante. Amenazaba la fachada que se había fabricado, ser deseada e inalcanzable, que le demostraba que era feliz. Elodie nunca se había sentido tan alejada del concepto de *feliz* como ahora. Kaye había arrojado luz a la fisura de su realidad infundada y el deseo de distanciarse se filtró en su mente envenenada. Pero la amabilidad de Kaye y su sano respeto le impidieron hacerlo, la hicieron hacer una pausa y se sintió animada a pasar tiempo con ella. Descruzó los brazos. No había adoptado

intencionadamente esa postura de estar a la defensiva, sino estando perdida en sus pensamientos, y movió los hombros para relajarlos.

Cuando Kaye terminó su helado, Elodie se puso de pie. "Cerámica," dijo, y no llegó a ofrecerle la mano a Kaye.

# 9.

El corazón de Elodie le dio un vuelco cuando vio a Kaye con el vestido amarillo canario al que había cosido el dobladillo tres días antes, las botas de montaña que eran demasiado grandes para los pedales y el sombrero de paja de ala ancha que llevaba sujeto con una mano mientras pedaleaba hacia el jardín. La visión inesperada de Kaye la dejó sin aliento y el corazón le latía fuerte, como si le estuviera gritando a Kaye que la mirara. Dio un paso atrás para permanecer fuera de la vista y se agachó para poder ver más allá de la espalda de Rolo. "Bien hecho, chico," susurró, vigilando la espalda de Rolo mientras le cepillaba los cuartos traseros.

Kaye se bajó de la bicicleta, se arregló el vestido y llevó la bicicleta hasta la barandilla de madera que separaba el patio principal de las otras áreas dentro del santuario. Miró hacia el paddock a su izquierda y Elodie se agachó detrás de Rolo. Se estaba comportando como una adolescente con algo que ocultar. Era una mujer adulta. Era ridículo y estaba fuera de lugar, pero su deseo de evitar a Kaye era más fuerte y, además, ahora se sentía avergonzada. No podía ocultarse así. La curiosidad pudo con ella y volvió a asomarse por encima del caballo, Kaye estaba mirando hacia el café.

El impulso de hablar con Kaye y ver su bonita sonrisa era irresistible, pero no quería inmiscuirse en su tiempo libre. Kaye podría sentirse asfixiada o, peor aún, pensar que Elodie la estaba acosando. Tampoco quería que la descubrieran espiándola. Se sentía culpable, aunque no había razón para ello, pero, aún así, luchaba por apartar los ojos de Kaye. Elodie la había observado mucho y se había familiarizado con sus idiosincrasias, como cómo siempre se

vestía para la ocasión, sin importar lo que estuviera haciendo. Si estuviera limpiando los establos, lo más probable es que lo hiciera con su mejor vestido. Siempre jugueteaba con el sombrero, que le caía alrededor de las orejas, como si llevarlo fuera una necesidad y una irritación al mismo tiempo. Dedicaba todo su tiempo y esfuerzo a todo lo que hacía, estudiándolo con un entusiasmo curioso y cualquier actividad que emprendiera parecía decidida a hacerlo bien. Era como una niña, exploraba y descubría un mundo que nunca antes había concebido y que florecía con cada nueva experiencia. Era tan hermosa como la primavera en un día soleado y tan fascinante como las estrellas en una noche oscura de invierno.

La brisa azotaba el ala del sombrero y Kaye lo presionaba contra su cabeza mientras su vestido se movía y se elevaba por sus piernas. Elodie creyó haberla visto hacer una mueca. Se puso rígida mientras resistía el impulso de acercarse, lo que iba en contra de su instinto natural de querer estar cerca de Kaye. Había echado de menos no verla desde el día que pasaron juntas en la feria.

Kaye no había dicho que planeaba visitar el santuario pero, claro, no habían tenido ese tipo de conversación. Además, Kaye no le debía ninguna explicación de sus idas y venidas. Un pensamiento que en algún momento le habría molestado y que no había sido importante en mucho tiempo le provocó una sensación molesta en el pecho. Elodie no era nada especial para nadie. Respiró hondo y lo soltó lentamente mientras observaba a Kaye cruzar el patio principal y entrar en la oficina.

Cuando Kaye regresó al patio, había otra mujer a su lado que no reconoció. No era miembro del personal principal pero estaba claro que conocía el santuario. Señaló algunos puntos de su entorno mientras hablaba con Kaye, como si le estuviera enseñando los alrededores. Tal vez era una de las trabajadoras de apoyo que ayudaba de vez en cuando, como hacía Elodie. Kaye sonreía y estaba animada. Tenía un aura que irradiaba pura felicidad y estaba compartiendo su experiencia con otra mujer. La forma en que las

dos mujeres interactuaban hizo que a Elodie se le retorciera el estómago.

El estómago se le retorció aún más cuando vio que la otra mujer tomaba a Kaye del brazo y la conducía hacia el establo. Cepilló a Rolo con más vigor para liberar la tensión, moviéndose hacia su otro cuarto trasero antes de dejarlo sin piel. El recuerdo del momento en que regresó al colegio y descubrió que Mylene se había ido y que no volvería, llegó intenso y nítido a su mente. Elodie había culpado a su madre por haberla llevado a casa en verano. *Si* no hubiera tenido que trabajar en el viñedo, *si* hubiera podido pasar el verano en el convento con Mylene, ella no habría podido dejarla sin despedirse. Podrían haber llorado juntas, haber intercambiado direcciones y haberse prometido mantenerse en contacto. Eso podría haber marcado la diferencia.

Sus pensamientos dirigidos a Claris la sorprendieron. Ella había sido la única mujer que le había importado realmente en la universidad. Claris nunca fue tan importante para Elodie como Mylene, nunca podría comparar a nadie con su primer, y único, amor, pero sí había sido la única persona en quien había confiado después de Mylene. El dolor que sintió cuando Claris le dijo que necesitaba estar con alguien que se involucrara completamente en una relación no había sido tan devastador como el que sufrió después de que Mylene la abandonara. En cambio, Elodie había estado enfadada consigo misma por ser tan idiota. Había dado todo lo que pudo y no había sido suficiente. Nunca sería suficiente.

Algunas lecciones se aprendían fácilmente. Sus intentos por tener una relación antes de que su madre muriera podrían haber sido inútiles, pero lo había intentado. El funeral de su madre había sellado el ataúd en su corazón. El recuerdo de esa época era extenuante ahora como lo había sido entonces. Allí parada, bajo la nieve, delante de la tumba recién cavada de su madre y no sintió nada. Y luego, poco después, afloró la ira, que permaneció con ella durante mucho tiempo.

La luz que Kaye había arrojado a su vida era casi tan dolorosa como el aislamiento que había soportado en sus esfuerzos por evitar el rechazo. Las náuseas hicieron que le diera vueltas la cabeza y se esforzó por respirar profundamente. Se puso de pie junto a la pata de Rolo, cerró los ojos y respiró lo más profundo que pudo. El olor a estiércol de caballo le aclaró la mente.

"Elodie."

Elodie se sobresaltó con la voz de Kaye y abrió los ojos. Se volvió para mirarla, con el corazón latiéndole con fuerza. "Oh, hola," dijo, como si no hubiera estado observando cada uno de sus movimientos.

Kaye tenía las mejillas sonrojadas y lucía una sonrisa que iba a juego con el brillo de su vestido. "Creí que era tú."

Elodie se encogió y forzó una sonrisa, muy consciente del calor que había subido a sus mejillas. Se irguió, recuperó el control de sí misma y observó a la mujer que estaba a su lado.

"Esta es Françoise. Es la dueña del barco que está amarrado junto al mío. Françoise, esta es Elodie. Es la propietaria de la bodega Marchand."

Elodie sintió que la estaba examinando con esos ojos castaños oscuros, difíciles de leer, y su expresión suave transmitía comprensión. "Hola." Forzó una sonrisa que se suavizó cuando Françoise se acercó a Rolo y le acarició la mejilla.

"Marchand," dijo en voz baja. "El mejor Pinot Noir de la región."

"Gracias."

La incomodidad de haberse visto sorprendida por Kaye se había aliviado. En el viñedo, el spa y como anfitriona, los roles que se sabía de memoria la ayudaban, podía dominar una actuación como un actor con su papel bien ensayado. Algo en la familiaridad

de Françoise con Kaye la molestaba, aunque no sabía muy bien qué era. No parecía del tipo depredadora. Elodie estaba familiarizada con esas características en otras personas que conocía. Esas mujeres eran extrañas y agresivas. Françoise tenía una actitud tranquila, una confianza gentil que intimidaba de una manera diferente.

Françoise se volvió hacia Kaye y sonrió. "Lo siento. Tengo que irme."

Kaye abrió los ojos de par en par y pareció ligeramente sorprendida. "Oh. Vale. Gracias por introducirme en esto."

"Gracias por tu ayuda de antes." Françoise miró de Kaye a Elodie. "Encantada de conocerte, Elodie."

Elodie acarició la nariz de Rolo y se sintió más tranquila que un rato antes. "Igualmente."

Françoise se volvió hacia Kaye y le tocó el brazo. "Que disfrutes de tu almuerzo."

Kaye asintió. "Hasta luego."

Elodie apretó los labios con fuerza mientras observaba a Françoise irse, entonces se dio cuenta de que Kaye la estaba mirando con el ceño fruncido. Separó los labios y sonrió. "Hola de nuevo."

La mirada de Kaye descendió por su cuerpo y volvió a subir, dejando un rastro de calor a su paso.

Kaye sonrió con suavidad. "No esperaba verte aquí."

Elodie miró a su alrededor. "Lo mismo te digo."

"Françoise lo sugirió. Estábamos trabajando en su barco antes. Lo está renovando y va a vivir en él. ¿No es de valientes?"

Elodie se aclaró la garganta y apenas registró las palabras. "Sí." No disfrutaba el sentimiento de celos ni la destrucción que causaba. Había conocido relaciones crucificadas por eso. La

confianza era crucial en el amor, si no ¿qué tenías realmente? ¿Amor? Era otra buena razón por la que había mantenido a sus amantes a distancia. Los celos eran una bomba de relojería emocional que fracturaba todo lo que tenía potencial para ser bueno. También era una gran señal de alerta que no quería reconocer. Se estaba acercando demasiado a Kaye y era incapaz de evitar involucrarse más. Kaye era como una droga agradablemente hipnótica. Más potentes que el vino, los pensamientos dirigidos a Kaye habían ocupado sus sueños durante la noche y sus reflexiones durante el día. Había mirado por la ventana de la entreplanta hacia la oscuridad, donde estaban los recolectores, y se había detenido para salir, solo por ir a ver a Kaye. "Parece agradable."

"Lo es."

Kaye parecía encantada con la mujer y a ella se le hizo un nudo en el estómago. "¿Qué sabes de ella?" No podía ocultar sus sospechas, aunque no se le escapaba el hecho de que ella misma era una extraña para Kaye, tanto como Françoise.

"No mucho." Kaye miró al caballo. "¿Crees que puedes crear tu futuro?"

Elodie negó con la cabeza. "No lo sé, ¿por qué?"

"Françoise ayuda a la gente. Lee las manos y las caras."

Elodie inspiró lenta y profundamente. Había oído hablar de gente que leía las manos y similares y no estaba convencida por la ciencia que había detrás de sus afirmaciones. "¿Es una médium?"

"Creo que no. Ella simplemente ve a la gente de manera diferente y la ayuda a creer que pueden conseguir sus sueños. Si crees que puedes, lo conseguirás."

Elodie se resistía a creer en esto mientras le venía a la memoria sus deseos incumplidos de la infancia. "Creo que podemos querer que las cosas sean todo lo diferentes que queramos, pero no tenemos control sobre cómo hacer realidad nuestros sueños. Las

cosas son como son. El destino está predestinado por la herencia e influenciada por el condicionamiento. Es así de simple." Pero no era así de simple y lo sabía por experiencia propia.

Kaye se volvió lentamente hacia Elodie y la miró fijamente. "¿No crees que puedes influir en tu futuro con lo que deseas e imaginas que es posible? ¿Que tener un sueño no puede llevarte a actuar para alcanzarlo?"

Elodie había leído sobre el concepto de conciencia universal como una verdad matemática exacta y sobre el hecho de que existe una única conciencia inteligente que impregna todo el universo. Esa mente universal es absoluta y omnipresente. Cuando estuvo en el convento, se atrevió a creer que tenía cierto poder para cambiar su vida. Pero, con el tiempo y después de hacerse cargo del negocio familiar, se dio cuenta de lo difícil que era en realidad. El riesgo, el miedo y la incertidumbre tenían un poder mucho más fuerte que la creencia. Sí, por supuesto, se podía influir en algunas cosas. Elodie podía elegir cuándo recolectar las uvas, pero, aún así, esas decisiones se basaban en argumentos sólidos como las condiciones climáticas y la madurez de las uvas. Incluso si lo que Kaye decía fuera cierto, algo arraigado profundamente en ella le impedía creer que su vida podría ser diferente ahora, especialmente en lo que respecta al amor. "Para la mayoría de las cosas en la vida, no. Hay muchos otros factores involucrados." Se hizo un largo silencio y Elodie notó una presión en el pecho. "No puedes obligar a nadie a que te desee o te ame, por mucho que lo desees," dijo, con voz emocionada.

Kaye bajó la mirada. "Supongo que eso es verdad." Y de nuevo volvió el silencio. Kaye resopló. "Pero puedes encontrar el amor si estás abierta a ello. O tal vez no lo encuentres nunca si no lo estás."

Elodie tragó saliva. Sentía su garganta oprimida y ardiendo. No podía negar la lógica, aunque resistirse a ello todavía le carcomía la mente, reafirmando en la voz de su madre que ella era diferente

de los demás. *El amor equivale al dolor y el dolor roba la vida*. ¿Qué sentido tenía buscar si aquellos a quienes amas te van a abandonar de todas formas? Se le instaló una sombra en su corazón, familiar y deprimente, que bloqueaba los rayos de sol que Kaye irradiaba. Acarició el cuello de Rolo. "Quizás tengas razón."

Kaye sonrió. "Bueno, yo creo que podemos crear nuestro futuro," dijo, y se encogió de hombros.

El optimismo de Kaye era un gusto y no quería estropear el tiempo que pasaban juntas. Había una pequeña oportunidad de conocer mejor a Kaye y era una distracción bienvenida. "Bueno, ¿te gustan los caballos?"

Kaye asintió. "Siempre los he admirado desde la distancia."

"¿Has montado alguna vez?"

"No. Mis padres no podían permitirse pagarme lecciones y luego me hice mayor. Tampoco tuvimos nunca mascotas. Pero, en su lugar, tengo a Winston."

"¿Quién es Winston?"

"Mi tigre mascota."

Elodie se rió entre dientes.

"Es un peluche que tengo desde que era niña. Duermo con él por la noche."

"Afortunado Winston."

Kaye se sonrojó y volvió su atención hacia el caballo.

Elodie sonrió. Por lo menos Kaye no la había abofeteado por el comentario. Pasó su mano por la nariz de Rolo. "Nunca es tarde para aprender."

Kaye acarició el cuello del caballo color castaño rojizo. "Quizás lo haga en algún momento."

"Bueno, este es Rolo. Es un chico ya mayor. Fue rescatado de una granja donde pasaba la mayor parte del día atado a un poste."

"¿Es tuyo?"

"No, no tengo caballo. Lo patrocino para que pueda tener una buena jubilación. Algunos de los caballos que hay aquí no se pueden montar porque no son seguros, pero pueden disfrutar el resto de su vida aquí."

Kaye la miraba con los ojos entrecerrados. Era totalmente adorable.

"Acabo de conocer a Needles y Jeronimo. Son muy dóciles."

"Son criaturas muy sensibles."

"Françoise dijo lo mismo."

Elodie pensó que podría perder este momento, que Kaye podría subirse a su bicicleta en cualquier momento si había terminado de mirar a su alrededor y desaparecería por la carretera. "¿Te gustaría almorzar conmigo?"

Kaye reveló sus dientes ligeramente torcidos con una sonrisa que hizo que sus ojos parecieran más oscuros. Miró en dirección al café. "Me encantaría."

Elodie levantó las manos. "Solo necesito lavarme."

Kaye le sostuvo la mirada. "¿Te gusta ensuciarte las manos?"

Elodie se echó a reír. "Eso parece."

Kaye se pasó las manos por el vestido y su sonrisa se hizo más grande.

Elodie se secó las palmas húmedas y señaló el café. "Hay unas vistas fantásticas de los campos detrás," dijo mientras entraban en el edificio prefabricado. Condujo a Kaye a través de la pequeña área cubierta hasta una mesa de madera en la amplia terraza. Se

veían caballos diseminados por el campo, con las cabezas inclinadas y masticando hierba. Un caballo con motas grises se acercó a la valla y resopló por las fosas nasales, emitiendo un ronroneo fuerte y vibrante.

"Esa es Misty. Está emocionada de verte."

Kaye se rió. "¿Cómo sabes eso?"

"Ese es el sonido que hacen cuando están emocionados." Sacó un puñado de golosinas de su bolsillo y se las dio a Kaye. "Te amará para toda la vida si se las das."

"Entonces es fácil de comprar," dijo Kaye, y arqueó las cejas.

"Puede que tengas razón."

Kaye le dio las golosinas a Misty y ésta volvió a soltar otro ronroneo. Elodie frotó suavemente la mejilla de Misty.

"¿Crees que empezarás a montar a caballo cuando vuelvas a Inglaterra?"

Kaye miró hacia el campo. "No sé. No he pensado tan a largo plazo. Hay mucho que considerar. En qué trabajaré, dónde viviré." Dejó escapar un suspiro un poco parecido al de Misty. "¿Montas?"

Elodie nunca había tenido que pensar en nada relacionado con el trabajo o el lugar donde vivir. Como hija única, le habían inculcado que no tenía otra opción. Imaginarse cómo sería tener ese tipo de libertad, no estar atada a las expectativas de los demás y a la vida que querías dejar atrás, sintió una punzada de arrepentimiento por lo que podría haber sido. No era que no hubiera intentado tener una conversación con su madre sobre su carrera al principio, sino más bien una discusión prolongada durante un corto período de tiempo, cuando habló de querer estudiar astrofísica y trabajar en el campo de las ciencias espaciales. La idea había sido aplastada en su etapa micro-embrionaria y su trayectoria académica en negocios y finanzas se había convertido en obligatoria.

Incluso su abuela se había puesto de parte de su madre por una cuestión de principios. La de Elodie fue una vida de obligación para con el linaje de viticultores Marchand. Había llegado a disfrutar de su trabajo y había trabajado duro para salvar el negocio familiar de la incompetencia de su madre, pero ahora eso le parecía una victoria superficial.

Kaye la estaba mirando. Elodie no había respondido a la pregunta. "No…ya no. Lo hacía, antes de ir al convento. Mi madre vendió mi poni porque yo no estaba en casa para cuidarlo." La suave presión de la mano de Kaye sobre su brazo calmó el recuerdo reavivado.

"Eso es horrible."

A Kaye se le habían humedecido los ojos. Elodie tragó saliva y volvió a la mesa. "Son criaturas tan humildes. Yo bajo hasta aquí cuando puedo, para saludar a Rolo y echar una mano. Su personal está formado principalmente de voluntarios."

"Creo que me gustaría patrocinar un caballo aquí."

Kaye acarició ligeramente el brazo de Elodie y la miró con algo de preocupación y una leve sonrisa, que hablaba de comprensión y que conmovió a Elodie con compasión y adoración. Sabía que la bondad que veía fluía a través de su propio corazón y, sin embargo, la expresión abierta de Kaye era pura, como si no se viera afectada por lo que implicara su pasado, mientras que el suyo todavía estaba contaminado por la crueldad que había dado forma a su vida y a sus decisiones. El corazón de Elodie dolía por un anhelo que sabía que permanecería insatisfecho, porque siempre había sido así…y tal vez siempre sería así.

# 10.

Kaye se había sorprendido al ver a Elodie en el santuario de caballos y más aún cuando Françoise la había abandonado, porque habían planeado almorzar juntas. Elodie tenía un aspecto increíble, como una vaquera con sus pantalones vaqueros y su camisa, aunque un poco reservada en presencia de Françoise.

Era interesante y diferente hablar con Françoise y Kaye tenía muchas preguntas que quería hacer después de su conversación en el barco, un montón de preguntas sobre cómo estaba creando su futuro y cómo hacerlo mejor. Era emocionante pensar que podría lograr sus sueños, pero también resultaba aterrador aceptar ese nivel de responsabilidad. El miedo superaba la emoción y le preocupaba que sus preocupaciones le impidieran alcanzar sus sueños. Parecía muy complicado. No podía recordar cuándo había tomado una decisión por sí misma mientras estuvo con Sylvie, quien le había dicho que era incapaz de racionalizar la información con precisión y que si alguna vez lo intentaba, siempre se equivocaría. Así que dejó de intentarlo porque no quería fallar y no quería molestar a nadie, sobre todo a Sylvie. ¿Reflexionar sobre el pasado, como hacía tan a menudo, guiaría su futuro? Tenía mucho que aprender.

Elodie la condujo al interior de la fábrica y el olor le quemó la nariz y la garganta. Se llevó una mano a la boca. "¿Qué es eso?"

Elodie señaló la parte superior de una de las tinas de acero inoxidable que estaba abierta y donde un hombre sobre una plataforma empujaba algo hacia abajo repetidamente. "Es dióxido de

carbono. Se quema durante la fermentación. Trabajando aquí uno se acostumbra."

Doce cubas de unos cuatro metros de altura formaban una fila a lo largo del suelo de la fábrica. Una manguera grande iba desde el fondo de cada cuba a través de la habitación hasta otra cuba. El olor a uva fermentando era intenso y nauseabundo. A Kaye se le revolvió el estómago. "Parece un trabajo duro."

Elodie asintió. "Sí. Las uvas se presionan cuatro veces al día durante el proceso de fermentación, que dura de una semana a diez días. Eso libera los taninos y el sabor. Luego, el zumo se desvía hacia esos tanques donde reposa para que el sedimento se asiente y luego el vino se bombea a las barricas. Cada vez que se vacía una tina, hay que esterilizarla para que esté lista para el siguiente lote. En cada contenedor caben unas trece toneladas de uvas."

"Vaya." Kaye estaba maravillada de las altas estructuras que la rodeaban, impecablemente limpias y de acero brillante y reluciente. "¿Cuánto tiempo está el vino en las barricas?"

"Entre once meses y dos años y medio, dependiendo del vino. Se hacen muchas pruebas durante ese tiempo para asegurarnos de que es bueno antes de clarificar, filtrar y embotellar el vino."

"¿Pruebas tú el vino?"

"Algunos vinos sí."

No podía apartar los ojos de la camisa de Elodie, especialmente del punto en que estaba abierta, justo encima de los pechos. Si era honesta, tenía más interés en la bodeguera que le estaba dando el recorrido que al proceso de elaboración del vino. Había aceptado que Elodie le mostrara los alrededores solo para poder pasar más tiempo con ella.

El olor dentro de la fábrica era realmente repugnante. Prefería estar fuera, recogiendo uvas al aire libre. Dos trabajadores

que limpiaban la tina arrastraron las uvas a través de un gran agujero en el fondo y sobre una cinta transportadora que las llevó a otro contenedor. El trabajo dentro de la fábrica era mucho más exigente físicamente que la recolección. "¿Las uvas que yo recoja terminarán en una de esas tinas?"

"Por la mañana, sí. La semana que viene estarán en uno de esos contenedores y unos días después en un barril."

Kaye había observado las filas y filas de barriles apilados anteriormente durante el recorrido. "No sabía que todo sucedía tan rápido."

"Si no actuamos rápido, perdemos el vino. El proceso debe hacerse con cuidado para que las uvas no…"

"Se estresen," dijo Kaye y sonrió.

"Exactamente."

Su estómago le recordó que no le gustaba mucho el olor. Elodie la miraba con el ceño fruncido, un ojo un poco más entrecerrado que el otro. "¿Te importaría si tomamos un poco de aire?"

"Lo siento, olvidé lo intenso que es."

Kaye respiró hondo el aire fresco cuando salieron de la fábrica.

"Vamos a por un poco agua." Elodie llevó a Kaye al granero.

Kaye se dejó caer en un sofá y soltó un largo suspiro. Sentía las piernas pesadas por haber estado de pie durante la mayor parte del día y la piel le hormigueaba por el sol. En un par de horas estaría por allí, en algún lugar, recogiendo uvas. Aunque estaba cansada, la emoción de lo que le esperaba esa noche la animó. Se giró cuando Elodie se acercó y le dio un vuelco el estómago.

"Aquí tienes." Elodie le tendió un vaso de agua y se sentó a su lado. Se reclinó en el asiento y miró por la ventana. "¿Te gustaría ir de viaje conmigo mañana o el día siguiente?"

"¿Estás con alguien?" Kaye soltó la pregunta sin pensar. El color la consumió, se alejó poco a poco de Elodie y tomó un poco de agua.

Elodie sonrió. "No."

Kaye brillaba de la cabeza a los pies, tanto que sentía que podría levitar. Era la sensación más extraña, como el fuego bailando en el cielo, lleno de calor y electricidad.

"¿Te gustaría realizar una visita cultural?"

La decepción apagó ese fuego. La alegría desapareció en Kaye y de pronto se sintió muy cansada. ¿Qué diablos era una visita cultural? Sonaba muy formal. Permaneció en silencio, bebió agua y miró por la ventana sin ver.

"¿Estás *tú* con alguien?" preguntó Elodie.

Kaye tragó saliva. No había tenido una conversación sobre el estado de su relación con nadie que no fuera su familia o Courtney. Después de haberle hecho la misma pregunta, no podía negarse a responderle. "Estoy divorciada." La frase, que normalmente asociaría a gente de la edad de sus padres, sonaba extrañamente distante en relación con lo que pensaba ella de sí misma. Miró fijamente a Elodie durante un largo momento mientras su cerebro registraba que esa no era la pregunta que le había hecho. "No. No estoy con nadie."

"Divorciada. ¿Esposo o esposa?" Elodie tomó un sorbo a su bebida. "Si no te importa que te lo pregunte." Se sentó más erguida en la silla y se inclinó hacia adelante.

"Esposa." Tomó un sorbo de agua y rebuscó en su mente buenos recuerdos, pero no encontró nada. "Doce años casadas. La

conocí recién salida de la universidad y me enamoré rápidamente. Estuvimos juntas poco más de dos años antes de casarnos."

Elodie presionó su pulgar contra el vaso que tenía en la mano.

"Catorce años juntas en total," susurró Kaye. No podía creer cómo había pasado el tiempo en un abrir y cerrar de ojos. "Los mejores años de mi vida. Boom. Y adiós, desaparecidos."

Elodie frunció el ceño. "Recién salida de la universidad, todavía eras una niña. Echando la vista atrás, era una ingenua cuando me hice cargo de este lugar. La responsabilidad me llegó demasiado rápido, tuve que aprender y adaptarme antes de estar preparada." Asintió, como si reafirmara sus pensamientos. "Quizás los mejores años sean los que están por venir."

Kaye negó con la cabeza. Había sido una ingenua con respecto a Sylvie. El amor está diseñado para dejarte ciego, le había dicho su madre más tarde, una vez que estuvo claro que su relación había terminado. *"Nunca se ve a la gente con claridad hasta mucho más adelante. Si lo hicieras antes, probablemente nunca te casarías con ellos,"* había dicho. Courtney no había dicho *te lo dije* en voz alta, pero su amiga había planteado sus preocupaciones durante los primeros años, pero dejó de molestarse cuando quedó claro que Kaye no estaba de acuerdo. "Tal vez," dijo.

"¿Estás en buenos términos con tu ex?"

"No." Kaye suspiró. "Conseguí un buen acuerdo, más dinero del que jamás había soñado y Sylvie no se lo tomó nada bien. Tuve que llevarla a los tribunales. Honestamente, creo que me odia." Miró a Elodie a los ojos y encontró en ellos más empatía de la que jamás había visto en Sylvie, incluso cuando las cosas iban bien. Notó un pequeño tic en la comisura de los labios finos de Elodie y se preguntó si había algo que quería decirle. "Nunca quise divorciarme."

Elodie levantó la barbilla y asintió. "Creo que fuiste fuerte y valiente al tomar esa decisión."

"Quedarse era lo fácil. Ser honesta conmigo misma y reconocer que todo había terminado y que necesitaba cuidar de mi propia bienestar fue lo más duro y difícil de aceptar."

Observó cómo persistía ese tic en Elodie mientras entrecerraba los ojos y movía la cabeza. Kaye se preguntó qué habría ocurrido en su vida para que se mostrara tan pensativa. Fuera lo que fuese, sus reflexiones parecían preocuparla y Kaye no quería hacerle preguntas que pudieran hacerla sentir más incómoda. Elodie respiró hondo y tragó saliva, con la mirada vacía y aparentemente distraída por sus propios pensamientos.

Kaye bajó la cabeza. "Me sentí egoísta al pensar en mí y en mis necesidades por encima de las de ella."

Elodie se mordió los labios. Miró a Kaye y sonrió con los labios apretados. "Tienes que cuidar de ti misma, Kaye, porque creo que casi todo el mundo lucha con algo de su pasado."

"A menos que nos cuidemos a nosotros mismos, no podremos estar ahí para los demás."

"Y al preocuparnos por los demás, también nos nutrimos a nosotros mismos."

El cuerpo de Elodie pareció ponerse tenso mientras su voz se apagaba. Movió los hombros y se echó un poco hacia atrás. Kaye tuvo la sensación de que Elodie no se creía del todo sus propias palabras.

Elodie dejó escapar un suspiro y miró a Kaye a los ojos. "Las relaciones son complicadas, ¿verdad?"

Kaye se encogió de hombros. Nunca las había considerado complicadas. Había creído que solo requerían generosidad, esfuerzo y el deseo de ambas partes para hacerlas funcionar, pero con Sylvie, esa generosidad se había vuelto en su contra y contradecía lo que su terapeuta le había dicho sobre la necesidad de cuidar de sí misma primero. "Yo solo quería que fuéramos felices. Nos habíamos

comprometido a una vida juntas y no teníamos una mala vida. Creo que cuando haces un voto, debes intentar hacerlo funcionar."

Elodie miraba fijamente el vaso, presionando su pulgar contra él hasta que el color desapareció de su piel.

La posibilidad de que Elodie no estuviera de acuerdo con ella sobre esto último era bastante decepcionante.

Elodie enderezó su postura y cuando sonrió fue como si hubiera olvidado los pensamientos que había tenido antes. "¿Tuviste otras amantes antes de ella?"

Kaye sonrió con un ligero alivio. "No. Yo era un patito feo y una nerd de la historia, así que nadie estaba interesada en mí y yo pasaba todo mi tiempo con la cabeza metida en un libro." No había sido su intención estropear la conversación hablando de su desastroso matrimonio y sus lamentables experiencias, pero parecía algo natural abrirse a Elodie y lo hacía sin esfuerzo. No había visto ningún juicio crítico en su expresión y la conversación entre ellas fluía con facilidad. Le gustaba que Elodie fuera considerada y estuviera interesada. Le gustaba mucho. Había pasado un día maravilloso y no quería estropearlo hablando de algo tan intenso y que ya pertenecía al pasado. "Bueno, ya basta de mí. ¿Y tú?"

"¿Yo?"

"¿Alguien especial en tu vida?"

Elodie desvió la mirada brevemente. "No."

Kaye sonrió. "Venga. He desnudado mi alma. Ahora te toca a ti. ¿Nunca ha habido nadie especial?"

Elodie pareció mirar a través de ella. Le preocupó haber presionado demasiado sobre un tema delicado. El silencio entre ellas se prolongó y le resultó incómodo. Elodie suspiró suavemente.

"Mi vida no ha sido como la tuya. Tuve enamoramientos en el colegio y varias relaciones cortas en la universidad. Pero aquí…" Miró

por la ventana. “Aquí no me relaciono.”

Kaye echó la cabeza hacia atrás y bajó la barbilla hasta que Elodie se giró para mirarla. “¿Por qué?”

Elodie apretó los labios y volvió a apartar la mirada. “Prefiero mantener las cosas simples, y las relaciones siempre me las han complicado.”

Kaye se sintió decepcionada. Quería saber qué pasaba por la cabeza de Elodie. Ella sabía muy bien lo complicadas que podían ser las relaciones, por eso necesitaban dedicación y compromiso, pero ¿cómo evitas enamorarte? “¿Pero has estado con mujeres?”

Elodie esbozó una leve sonrisa. “Sí. Con muchas mujeres.”

Su tono era tranquilo y reflexivo. Le dio un vuelco el estómago y un hormigueo se extendió hasta su centro. No sabía qué decir. No se hubiera imaginado que Elodie fuera una mujeriega. A Courtney le gustaban las aventuras de una sola noche y no deseaba comprometerse y una relación de larga duración, a pesar de que Kaye dudaba de que lo que estaba haciendo la hacía feliz, como así le expresaba cada vez que tenía oportunidad. Courtney disfrutaba yendo a los clubes los fines de semana y del placer que obtenía con esos encuentros sexuales. Eso nunca le había gustado a Kaye y, en ocasiones, se había desesperado con ella por ser tan egoísta y una rompecorazones. Eso era antes de que aprendiera que sus propias necesidades iban primero e importaban. Pero no le parecía que Elodie fuera como su amiga. No le había dado la impresión de que Elodie estuviera de fiesta todos los fines de semana ni que fuera del tipo que rompía corazones, conscientemente o no.

“¿Te has ofendido?” preguntó Elodie.

“No. Yo…mmm…Me has sorprendido.” La curiosidad la llevó a querer hacer más preguntas. “No me dabas la impresión de que fueras una mujeriega. ¿Cuántas mujeres?”

Elodie negó con la cabeza. "No soy así." Cerró los ojos y apretó los labios.

En la tensa pausa que siguió, Kaye sintió que la había herido. Se mordió el interior del labio y se maldijo por haberla insultado. "Eso ha sonado mal, lo siento."

"No sé cuántas mujeres. Nunca las he contado."

*¿Cuántas mujeres exactamente?* De repente, Kaye se sintió muy pequeña. Sus mundos eran más diferentes de lo que se había imaginado cuando hablaron de historia y de uvas. Se estiró el vestido, consciente de su figura y de cómo se comparaba con las muchas mujeres con las que Elodie se había acostado. Elodie la observaba con una mirada fija que la atraía. Cuanto más miraba a Elodie, más rápido se aceleraban los latidos de su corazón. El hormigueo en su estómago aumentó. "Mi amiga lleva la cuenta," dijo y se sintió extraña al mencionar a Courtney.

Elodie negó con la cabeza. "Para mí no es así. Pertenezco a un club. Si quiero disfrutar de la compañía de otras mujeres, me encuentro con ellas allí. No es una competición."

Sintió una sensación de alivio en el cuerpo al saber que Elodie no era como su amiga. Sorprendentemente, eso era importante y, aunque tal vez no fuera una competición para Elodie, la idea de que tuviera sexo con otras mujeres, muchas otras mujeres, le resultaba intimidante y emocionante a la vez. Se inclinó hacia adelante. Su interés había aumentado ante la idea de ser una de esas mujeres. "¿Dónde os conocéis?"

"En las casas de gente, en cenas y otros eventos. También tenemos habitaciones en el spa."

"¿Aquí?" La mirada de Kaye se dirigió a la entreplanta.

Elodie se rió entre dientes. Sonaba un poco a una melodía, lo que hizo sonreír a Kaye, agradecida de que la tensión entre ellas hubiera cambiado.

Elodie siguió su mirada. "No. Nunca traigo mujeres aquí."

Kaye miró los hombros de Elodie, más anchos y fuertes que los suyos, y se imaginó sus brazos tonificados debajo de la camisa. Estudió sus dedos delgados entrelazados alrededor del vaso y no pudo evitar preguntarse cómo complacía *exactamente* a las otras mujeres. ¿Quería descubrirlo? "Ah."

"No es muy romántico," dijo Elodie.

"Pero es muy sexy." Kaye se mordió el labio y el deseo inundó cada célula de su cuerpo.

Elodie parecía que quería reprimir una sonrisa, pero fracasó. Sus ojos irradiaban calidez e intriga a la vez y Kaye tuvo la impresión de que Elodie probablemente no diría que no si le pedía que tuvieran sexo. Kaye había echado un vistazo al Salón Azul del spa cuando una mujer salía. Junto con el arte y la decoración y la forma en que algunas mujeres interactuaban en el bar chill-out, se había preguntado qué más estaría sucediendo en el tranquilo y pintoresco pueblo de Sancerre. La sensación de Elodie tocándola y sus suaves labios contra los suyos le resultaba más impresionante que las increíbles vistas de las llanuras y bastante más tentador que cualquier copa de vino que pudiera haber.

"Es sexo."

El tono profundo de la voz de Elodie y la palabra sexo saliendo de su boca provocaron un temblor en Kaye. Acalorada de repente, se puso de pie y caminó hacia la ventana.

Al momento, Elodie estaba a su lado, su brazo tocando el de Kaye. "¿Todo bien?"

Kaye se aclaró la garganta y se volvió hacia ella. Su aliento cálido le acarició la mejilla y parpadeó. Elodie volvía a tener el tic en la comisura del labio, su respiración era entrecortada y sus ojos se habían oscurecido. El corazón de Kaye le latía con fuerza contra las costillas. Quería que la tocara y la abrazara. Quería que Elodie la

acariciara, que le hiciera el amor tranquilamente, como en una tarde de domingo. Y quería que la llevara al orgasmo rápidamente, presionada contra la ventana, aquí y ahora. Parpadeó varias veces para que las imágenes desaparecieran y, cuando no lo hicieron, se quedó mirando fijamente por la ventana, temblando por dentro. Podía sentir el efecto de Elodie tocándola como si estuviera sucediendo. Era aterrador pero maravilloso. "Este ha sido el día más bonito que he tenido en mucho tiempo," susurró.

Ella no quería una relación y, al parecer, Elodie tampoco. Sería un arreglo perfecto. No tenía nada que perder por simplemente tener sexo. Se acercó a ella poco a poco hasta que su brazo presionó firmemente el de Elodie y se quedó sin aliento cuando ella no se apartó. El corazón se le aceleró. Se volvió hacia Elodie. Una carga eléctrica chisporroteaba en el espacio estrecho entre ambas y le produjo un hormigueo en la nuca. Deseó que Elodie la besara y, cuando cerró los ojos, el olor a almizcle se hizo más fuerte. Sus labios temblaron.

El zumbido del teléfono sobresaltó a Kaye y abrió los ojos. Contuvo el gemido que llegó hasta la punta de la lengua. Elodie se aclaró la garganta y contestó el teléfono.

Kaye inspiró profundamente y se alejó de la ventana. Un escalofrío le recorrió la piel y maldijo la invención de la tecnología de los móviles. No había usado su móvil hacía días y tampoco lo había echado de menos. Había libertad al no tener que responder a una notificación o al sonido de un timbre.

"Lo siento, tengo que ir al club. Es Yvette, la dueña." Elodie señaló la pantalla del móvil, como si eso lo explicara todo.

El temblor en su interior aumentó al pensar que Elodie iba al club e iba a tener sexo. Desvió la mirada para cambiar sus pensamientos. "Necesito irme para cambiarme para mi turno."

"Te llevo hasta allí. ¿Quizás pueda recogerte a la vuelta y así te ahorro tener que volver en bicicleta hasta aquí?"

Kaye asintió. Elodie se inclinó hacia adelante hasta que sus labios tocaron la mejilla de Kaye. Cerró los ojos y ahogó un gemido cuando el fuego la atravesó.

"Gracias por hoy. Ha sido divertido," susurró Elodie.

Kaye apenas podía respirar. El beso en la mejilla había durado más que la primera vez, y en vez de esa formalidad, había habido intensidad, como si expresara el reconocimiento del deseo que ambas compartían por la otra. O tal vez Kaye se lo estaba imaginando todo. Se le entrecortó la respiración cuando abrió los ojos y vio la dulce sonrisa de Elodie. Sería muy feliz si Elodie la recogiera y no la dejara en el suelo durante días. Su cara estaba ardiendo y ese calor no tenía nada que ver con las quemaduras del sol y sí con la sensación pulsante entre sus piernas. Y no, no rechazaría a Elodie si tuviera la oportunidad. Quizás necesitaba crear *ese* futuro.

# 11.

El sabor salado de la piel bronceada de Kaye había permanecido en los labios de Elodie y se había grabado en su imaginación mientras atendía sus asuntos en el club la noche anterior. Si no hubiera atendido la llamada en el granero, con toda seguridad se habrían besado. Se había dicho a sí misma que habría sido un gran error y que Yvette la había salvado de un problema, pero sabía que se estaba engañando. Había querido besar a Kaye, probablemente desde la primera vez que la había visto en el spa, y la verdad que había detrás de ese deseo era lo más aterrador de todo, porque quería decir que besar a Kaye significaba algo. No podía negar su atracción por ella, pero la atracción normalmente era más fácil de manejar que esto. No involucrarse y seguir adelante. Con Kaye, cada conversación e interacción la hacían acercarse más. Quería saber más de ella, quería compartir y enseñarle cosas y aprender cosas nuevas con ella. Deseaba desesperadamente, más que con cualquier otra mujer antes, besarla. *Merde*. Estaba más involucrada en esto de lo que era seguro, si quería mantener su distancia tan bien practicada y su corazón intactos.

El hecho de que Kaye hubiera tenido un matrimonio difícil y doloroso hacía que le doliera el corazón como si ese sufrimiento fuera suyo. Todo el mundo debería conocer la sensación de ternura. Todo el mundo era digno de amor. La incongruencia de sus palabras con su propia experiencia le arañó el pecho. Hay que estar abierto a ser amado y no tener miedo a la pérdida, lo había leído en uno de los libros de la biblioteca del convento. Entonces no había entendido su significado. Pero la lógica era bastante simple. El reto era ponerlo en práctica. Elodie había elevado la barrera de su corazón tan alto

después de la muerte de su madre que nadie podía escalarla y, sin embargo, había algo en Kaye que hacía imposible mantener el desapego emocional. El muro que había protegido su frágil corazón, durante más tiempo del que había sido dueña del viñedo, se estaba desmoronando mientras su mente protectora la miraba y se reía de ella por pensar que podría ser digna de alguien tan maravillosa como Kaye.

Tener la adrenalina por todo lo alto después de una noche de sueño irregular nunca era la mejor manera de empezar un día largo. Si caminaba mucho más tiempo por el lugar, se le desgastarían las suelas de sus zapatos náuticos. No había podido apartar la vista del camino que conducía a la finca, esperando vislumbrar el sombrero de paja de Kaye y el vestido suelto que había elegido usar ese día para el viaje. Sacudió las manos y se frotó las palmas en los chinos. Volvió a cruzar el jardín y se llevó los brazos al pecho. ¿Se habría sobrepasado con el beso largo en la mejilla y las preguntas personales? Había estado muy cerca de besar a Kaye, delante de sus oficinas nada menos. ¿En qué estaba pensando? No lo estaba, y ese era el problema. Había visto la forma en que Kaye la había mirado y había sentido el peso de su brazo presionado contra el suyo. Había visto crecer la chispa de deseo en sus ojos mientras hablaba del club y de las otras mujeres. Y cuando la dejó en su barca, estaba algo apagada, lamentando el final de su tiempo juntas. Elodie también lo había sentido. No había querido irse. Pensar en Kaye la había distraído de sus negocios y esperaba que Yvette no se hubiera dado cuenta. Pero no importaba lo que ella sintiera, no podía ser ella quien diera el primer paso. Apretó los puños, luego los relajó y caminó lentamente hacia donde tendría una mejor vista de la carretera.

Una manta de calidez liberó la bola que sentía en el estómago cuando el sombrero de paja de Kaye apareció a la vista, su ala moviéndose con la elegancia y soltura de las de una cometa. Dejó escapar varias respiraciones cortas y salió a su encuentro. Su sonrisa creció lentamente. Kaye hacía que ir en bicicleta pareciera un

trabajo duro, aunque se movía más rápido con el mismo nivel de esfuerzo.

Para cuando Kaye llegó hasta ella, le dolían las mejillas. Se metió las manos en los bolsillos de sus pantalones. La sonrisa de Kaye era tan gloriosa como el brillo del amanecer que Elodie había esperado con ansia durante horas. Quería besar esa sonrisa desesperadamente. "Buenos días." *Que Dios me ayude, pero te deseo tanto.*

"Bonjour." Kaye se bajó de la bicicleta, cogió su bolso de la cesta y se lo colgó al hombro.

Elodie había escogido una blusa holgada de algodón con escote bajo para mayor comodidad. Tenían un día largo por delante y una gran distancia que recorrer y lo último que debía ponerse para un día como hoy era algo ajustado. Pero ese era exactamente el vestido que llevaba Kaye. "Un momento. Deja que coja esto." Cogió la bici y la apoyó contra la pared.

"El color jade te queda bien," dijo Kaye y sonrió, aunque su mirada estaba dirigida a la bicicleta.

"Gracias."

Elodie pensó que el vestido naranja mandarina que abrazaba a Kaye y que le llegaba justo hasta las rodillas también le quedaba bien. Los zapatos de cuero eran puramente funcionales, pensó. "Estás preciosa."

Kaye se sujetó el sombrero a la cabeza, aunque no había brisa, y se miró el vestido. "No estaba segura de qué debía ponerme. ¿Dónde vamos?"

"Un pueblecito llamado Apremont-sur-Allier. Está cerca de la región de Borgoña. ¿Has oído hablar de él?"

Kaye negó con la cabeza.

"Creo que te gustará. Históricamente fue un pueblo de canteras. Entre las dos guerras mundiales, el pueblo fue reconstruido con piedra local para sustituir los edificios originales porque se consideraban feos. La razón principal por la que la gente visita ahora el pueblo es por los jardines paisajísticos, aunque ya es un poco tarde para que podamos verlo en todo su esplendor. También hay una galería de arte increíble."

"Suena maravilloso."

Elodie señaló su Land Rover. "¿Nos vamos?"

Mientras conducía, Elodie miró a Kaye. Estaba sentada muy recta, con las manos entrelazadas sobre su regazo y los nudillos blancos, concentrada en el camino que tenía por delante. Parecía tensa y distante. Elodie esperaba que este cambio de comportamiento no tuviera nada que ver con el casi beso de ayer o con la conversación que mantuvieron.

"¿Tienes pensado viajar mucho tiempo?" preguntó Elodie, esperando que un cambio de tema la ayudara a relajarse.

"No lo sé." Respondió Kaye mirando por la ventanilla.

Elodie notó que se habían formado gotas de sudor en las cejas de Kaye y que le temblaban las manos. Se mordió los labios y dirigió su atención a la carretera, preocupada de que algo fuera mal. El silencio, que se volvió incómodo, reforzó su preocupación. Encendió la radio, manteniendo la música baja. "¿A qué te dedicas? En el Reino Unido, cuando no viajas."

Kaye continuó mirando por la ventanilla. Se apretó las manos y se removió en el asiento. El sombrero se le movió, se lo quitó y lo dejó a sus pies, junto al bolso. "En este momento estoy entre trabajos. Mi trabajo estaba vinculado a mi divorcio."

"Lo siento."

"Mi amiga Courtney dice que estoy persiguiendo mi juventud."

Elodie movió la cabeza. "¿Cómo?"

Kaye suspiró y lentamente se volvió hacia ella, juntando sus manos de nuevo. Parecía que estuviera a punto de ponerse a rezar.

"Planeaba tomarme un año sabático después de la universidad y viajar, pero terminé en Londres. Y…bueno…pasó el tiempo, supongo, y olvidé que una vez había tenido ese sueño."

"¿Qué hacías? En tu trabajo quiero decir."

"Trabajaba en la agencia de diseño interior de mi esposa como consultora de diseño."

"¿Te gustaba?" Elodie esperaba que no estuviera friéndola a preguntas otra vez pero parecía un poco más relajada. Estaba hablando, lo cual era bueno.

Kaye cogió el sombrero y se abanicó. "Sí, en general sí. Me encantaba el reto de crear una visión para el cliente. Es fantástico ver cómo se les ilumina la cara cuando creas lo que ellos no pueden." Se volvió a poner el sombrero sobre las piernas. Sus mejillas estaban sonrojadas y se mordía el labio inferior.

"¿Y cuál es tu sueño ahora?" preguntó Elodie, esperando que la conversación se hiciera más ligera.

Kaye sonrió. "Siempre me gustó la idea de construir mi propia casa en algún momento y estudiar arquitectura. Quizás lo haga después de este viaje."

"Creo que serías buena en eso. Tienes buen ojo para los detalles. ¿Volverás a Inglaterra?"

El locutor de la emisora de radio tenía una voz cantarina y llenaba el breve silencio que se produjo de manera relajante.

"No lo sé. Mis amigos y mi familia están allí, pero no me atrae especialmente vivir en el Reino Unido."

Elodie se rió entre dientes. "Siempre está lloviendo, ¿eh?"

"Mucho, sí. Me gustan la lluvia y el frío y me encanta la nieve," respondió Kaye sonriendo. "¿Y tú? ¿Cuál es tu ambición?"

El estómago le dio un vuelco cuando pareció que la atención de Kaye se desvió hacia su boca. "No tengo ninguna. Mi futuro siempre fue ser la viticultora aquí."

"¿Y *nunca* pensaste en hacer algo diferente a tu familia?"

"No." Nunca se había atrevido a soñar. Si lo hubiera hecho, habría deseado que su padre hubiera vuelto y que su madre la hubiera querido. Esos habían sido sus deseos más profundos, los que había dejado de esperar en los últimos años en el convento. Los había enterrado por completo cuando su madre no apareció en la ceremonia de su graduación. La riqueza material había estado siempre en su vida, pero su madre había hecho un buen trabajo al casi quitárselo todo antes de que ella se quitara la vida. "Tuve una vida privilegiada. Fui una de esas personas afortunadas."

Kaye frunció el ceño. "Eres autosuficiente, ¿verdad?"

"¿Qué quieres decir?"

"Pareces muy segura de ti misma, como que te conoces muy bien, lo que quieres y lo que no. Admiro eso. Yo aún estoy descubriendo quién soy."

Elodie sentía como si las cerraduras que sellaban las puertas de su mundo interior se hubieran cerrado aún más. Había mantenido distancias con la gente, eso era verdad. Sabía cómo llevar el negocio con la eficiencia de un reloj, cómo entretener y dar placer a las mujeres, cómo establecer contactos para el club y cómo vivir la vida en la que había crecido durante los últimos treinta años. Pero no sentía que supiera quién era *ella* realmente bajo esa fachada de

confianza que proyectaba al mundo y su niña interior herida yacía abandonada. Admiraba a Kaye por su franqueza y su habilidad para empezar de nuevo después de una experiencia infernal. Elodie nunca había sido tan fuerte y solo ahora empezaba a darse cuenta.

"¿Tienes familia?" preguntó Kaye en voz baja.

Elodie negó con la cabeza. "Yvette es lo más cercano que tengo a una madre. Ya te conté que hago negocios en el spa. Tengo acceso a financiadores para clientes. Es algo que disfruto."

Kaye levantó las cejas. "¿Cuando no estás teniendo sexo?"

Elodie sonrió. Un calor le subió desde el pecho hasta las mejillas. Normalmente nunca se sonrojaba cuando hablaba de tener sexo con mujeres. Para ella no era más que una necesidad física y luego una liberación. Pero con Kaye la conversación era diferente: honesta, despreocupada y reveladora. "Principalmente hago negocios allí."

"Así que ¿el viñedo no es suficiente para ti?"

Elodie se encogió de hombros. "Tengo un equipo excelente que hace un trabajo fantástico en el día a día. Me involucro más durante la temporada alta, en la recolección y la degustación. Pero también puedo jugar. Disfruto ayudando a la gente y se me dan bien los números."

Kaye sonrió. "¿El número de mujeres?"

Elodie se echó a reír. "Me refiero a los negocios, dinero, inversiones…ese tipo de cosas."

"Estaba bromeando. Te estás sonrojando. Es…mono."

Elodie la miró y sonrió. La tensión de antes había desaparecido y no estaba segura de cuándo o cómo había ocurrido. Le gustaba mucho la parte juguetona de Kaye pero no quería seguir hablando de ella o de su trabajo. Quería saber sobre la vida de Kaye

más allá de su matrimonio y cuáles eran sus otros intereses. "¿Y qué hay de tu familia? ¿Estáis unidos?"

Kaye miraba por la ventana delantera. Elodie apreciaba los suaves contornos de su mandíbula y sus mejillas sonrosadas y las tres pecas que parecían unos marginados cerca de su oreja.

Kaye sonrió. "Sí, siempre hemos estado muy unidos. Tengo tres hermanos mayores y una hermana menor. Mi madre y mi hermana son enfermeras. Mis hermanos trabajan por cuenta propia. Se dedican a la pequeña construcción, electricista, fontanero. Era el negocio de mi padre antes de jubilarse. Los quiero mucho a todos."

Elodie no sabía cómo era sentir ese tipo de cercanía. Lo único que había sentido ella era pérdida. Las monjas del convento eran lo más parecido que había tenido a una familia hasta que Yvette la tomó bajo su protección. Nunca había vuelto al convento. Quizás debería hacerlo algún día.

El estado contemplativo de Kaye era difícil de leer. Elodie sintió la necesidad de preguntarle qué estaba pensando, pero decidió no hacerlo por si tocaba un tema sensible. Quizá echaba de menos a su familia. Ella había olvidado cómo se sentía eso. Alivio y arrepentimiento quizás. "Bueno, ¿eres fan del cubismo o del impresionismo?"

Kaye lanzó un silbido. "Uff, buena pregunta esa. Me gustan los dos estilos. Pero apuesto a que no adivinas cuál es mi favorito."

"Un reto. Me gusta. Deja que piense."

Kaye se acomodó en el asiento y juntó las manos sobre su regazo. Parecía más emocionada que tensa.

"Has elegido viajar en una barcaza así que voy a decir el minimalismo."

"Es curioso que digas eso. Todas mis pertenencias están en un almacén de dos por dos metros. Pero no, no es el minimalismo."

Elodie sintió un dolor en el pecho. "¿De verdad no tienes dónde vivir?"

"Encontraré un lugar cuando esté preparada. Otro intento."

"Vale. Neoclasicismo por la influencia de la arquitectura romana."

Kaye se rió.

Elodie se encogió de hombros. "Ha sido una buena suposición. Vale ¿qué tal el puntillismo? Te veo con la suficiente paciencia como para unir miles de puntitos para crear una obra." Se echó a reír. "En realidad, no, lo retiro. Mi último intento va a ser el correcto. Barroco, también por su vinculación con la arquitectura."

Kaye negó con la cabeza. "Me temo que soy una clásica de pies a cabeza."

Elodie se rió a carcajadas. "¡No! Yo también. Tienen algunas piezas increíbles en la galería a la que vamos. Te encantará." Se le entrecortó la respiración cuando Kaye le acarició suavemente el dorso de la mano. Un escalofrío recorrió sus brazos y bajó por el cuello. Resistió la necesidad de cambiar de marcha durante el mayor tiempo posible. Entonces Kaye retiró la mano y la apoyó nuevamente sobre su regazo y Elodie pudo respirar mejor y cambió de marcha.

Cuando el pueblo quedó a la vista, Kaye se inclinó hacia adelante y miró por el parabrisas. "Es un castillo impresionante."

"Es del siglo XV, un renacimiento gótico. Ahora es la residencia de la novelista Elvire de Brissac."

Kaye la miró con los ojos entrecerrados. "Así que *realmente* conoces tu historia."

"La verdad es que no. Lo busqué hoy. En Francia tenemos más castillos que bodegas, ¿lo sabías?"

Kaye se encogió de hombros. “Disfruto del vino y me gustan los castillos, así que Francia es el lugar perfecto para mí.”

“Creo que tú también eres perfecta para Francia.” Abrió la ventanilla y se giró levemente para sentir la ligera brisa en la cara. Estaba presionando demasiado. Kaye se giró para mirar por el parabrisas y permaneció en silencio. Elodie vio cómo cerraba los ojos mientras respiraba profundamente. Cuando los abrió, se aclaró la garganta y se sentó más erguida. Elodie maldijo que hubiera vuelto la tensión de antes mientras las conducía hacia el pueblo. Aparcó y se dirigieron a él. Los edificios parecían más altos por las calles estrechas y con adoquines que los separaban. Sus agujas se elevaban hacia el cielo como lanzas proyectando sombras entre sí y sobre las calles de abajo.

“Pensé que te gustaría la arquitectura y la historia de aquí. El jardín del castillo está clasificado como un jardín importante de Francia y el pueblo es uno de los ciento sesenta pueblos más bonitos. ¿Ves esas casas medievales?” Dijo señalándolas. “En realidad son reconstrucciones del siglo XX.”

“Guau. Parecen auténticas.”

Elodie sonrió. Siguió el ritmo tranquilo de Kaye mientras caminaban por jardines paisajísticos que mostraban arcoíris de colores e innumerables texturas en un paisaje verde ondulado. Los árboles agrupados formaban un denso parque alrededor de un estanque natural pequeño. Cuando se sentaron sobre el césped, vio a Kaye observándola, con una mirada que le produjo escalofríos. Los ojos de Kaye no la dejaron de mirar durante un momento largo.

“Es un lugar tranquilo,” dijo Elodie, y sintió que la mirada de Kaye se hacía más intensa. Kaye no respondió. Elodie no podría soportar esa mirada durante más tiempo o podría terminar haciendo algo que la asustaría por completo. “Vamos a la galería.”

Salieron del parque y volvieron al pueblo.

"¿Por qué es tan inquietante el silencio en una galería? ¿O soy yo?" Preguntó Kaye mientras, hombro con hombro, miraban una de las exhibiciones más pequeñas pero que ocupaban mucho espacio. "¿Qué crees que es eso?"

Elodie movió la cabeza. "La verdad es que no tengo ni idea. No entiendo el arte abstracto. Aprecio el constructivismo porque se basa en las matemáticas y la geometría, pero algo que parece un lienzo en blanco con una mancha blanca, simplemente no lo entiendo."

"Yo tampoco. Lo que veo es un copo de nieve sobre la nieve. Y dime que ese es su número de serie, no la etiqueta del precio."

Elodie se rió. "Veinte mil euros. Es una etiqueta."

Kaye negó con la cabeza. "No cualquier precio, desde luego." Se alejó de la exposición y entró en la sala de al lado. "Esto es más de mi gusto."

En cada pared había cuadros de casas en entornos rurales. Elodie la siguió. Se pararon delante de un cuadro en acuarela de un granero de piedra con hileras de vides detrás y colinas a lo lejos que conducían a un cielo azul profundo.

Kaye frunció el ceño mientras señalaba. "Ese podría ser tu granero."

"Y lo es, o lo era antes de las renovaciones y antes de que se construyera la fábrica. Tenemos la primera copia en la sala de reuniones del granero."

"Guau." La sonrisa de Kaye iluminó el lienzo.

"¿Te gusta?"

Kaye permaneció en silencio durante un rato largo. "Sí. Sí me gusta. Aunque no creo que pagara tres mil setecientos por él."

"Es una pieza de edición limitada. Hay láminas más baratas en la tienda."

"¿Recibes comisiones por las ventas?" le guiñó un ojo en broma.

"No. Pensé que quizá te gustaría tener un recuerdo de tu visita. El vino se consume pero el arte permanece en nosotros."

"Eso es verdad."

Pasaron a la sala contigua y se detuvieron ante el cuadro expresionista de una mujer desnuda. Kaye lo miró fijamente y entrecerró los ojos. "Creo que prefiero los cuerpos de mujeres desnudas de estilo barroco o neoclásico. Este parece raro."

"Para mí pierde todo el erotismo." Dijo Elodie y se sonrojó. Le encantaría ver a Kaye como el sujeto del cuadro, desnuda, reclinada y con una expresión de liberación. "¿Tienes hambre?"

Kaye se aclaró la garganta y se alejó de la exposición. "Un poco."

Elodie no tenía nada de hambre. Quería pasear por el río con Kaye de la mano y pararse en el puente de la Pagoda en el castillo y visitar los museos en los establos para ver los carruajes tirados por caballos restaurados. Quería compartir este lugar increíble con Kaye y enseñárselo todo. Y luego se tumbarían sobre el césped, una al lado de la otra, hasta que el sol perdiera su calor. Su viaje de regreso sería largo y tranquilo, y la noche… no quería pensar en la noche, cuando Kaye estaría recogiendo uvas y ella estaría de pie en el entresuelo, mirando y sola.

"Vamos a comprarte una lámina y luego a comer."

Kaye sonrió y asintió. Elodie sintió hormigueos en el estómago. Podría haber jurado que Kaye hizo un movimiento para cogerle la mano pero la retiró. Sin embargo, Kaye había abierto su caja de Pandora y ella no era capaz de cerrarla. Sin darse cuenta, se

había metido en la boca del león y, cuando debería estar en alerta máxima y haciendo una retirada rápida, lo que quería era acurrucarse con el león. Se estaba enamorando más de Kaye con cada hora que pasaban juntas. Era una zona peligrosa, lo sabía bien, pero también había la perspectiva de experimentar la pasión más profunda posible. La atracción de enamorarse se había vuelto mayor que el miedo a perderlo. Como una necesidad insatisfecha, se haría más fuerte hasta que esa necesidad fuera saciada.

Se acercó más a ella mientras caminaban por la calle de adoquines, haciendo rozar su brazo con el de ella solo para sentir el calor en su piel. Kaye se acercó también y, si Elodie no se equivocaba, disfrutaba del contacto físico. Cuando Kaye dejó de caminar de repente y se paró en la esquina de la calle, Elodie se detuvo y se volvió hacia ella. Le dio un vuelco el corazón al ver el fuego en los ojos de Kaye. El temblor dentro de Elodie era feroz, casi insoportable. "¿Está todo…" dejó de hablar. Sintió el calor de su aliento en sus labios. Cerró los ojos. Su sexo palpitaba.

Un golpe contra la espinilla de Elodie la sacudió. Bajó la mirada y vio a un niño pequeño en una bicicleta de tres ruedas. Estaba claro que el pequeño no las había visto, pero parecía decidido a atravesar ese muro.

"Disculpa," dijo Elodie y sonrió mientras se echaba a un lado.

El niño pasó entre las dos, seguido muy de cerca por una mujer con las mejillas sonrojadas que se disculpó y siguió corriendo tras él.

El calor la volvió a inundar cuando Kaye se acercó y presionó su boca contra la de ella. Elodie sintió una suavidad cálida y sedosa en sus labios y un fuego encendido por sus venas. Era exquisito.

Kaye detuvo el beso, rodeó su cuello con los brazos y sonrió. "Lo siento. Hace tiempo que quería hacerlo."

Elodie la besó en la punta de la nariz. "Me alegro mucho de que lo hayas hecho," dijo, notando que la sonrisa de Kaye había

perdido la tensión de antes. Ahora, en cambio, había una quietud en su mirada que hablaba de tener tiempo. "Estaba un poco preocupada por ti en el coche."

Kaye le pasó la mano por el pelo. "Estaba muy nerviosa. Nunca antes había iniciado un beso."

Elodie deslizó una mano por su cintura y lentamente se la acercó. Los labios de Kaye eran suaves y temblaban con su roce. Se echó un poco hacia atrás y le acarició la mejilla sonrojada. "Nunca me han besado a menos que haya sido yo quien empiece." *Excepto Mylene.* Estaba segura de que Mylene la había besado primero, aunque hacía tanto tiempo que no apostaría por ello. "Estaba ansiosa." Con Kaye se sentía fuera de control.

La sonrisa de Kaye se hizo más grande mientras pasaba la yema de los dedos desde la parte superior hasta el punto más bajo entre sus pechos. "¿Sería demasiado atrevido por mi parte decir que quiero tener sexo contigo?"

Elodie ladeó la cabeza. Intentó fruncir el ceño pero su sonrisa no se lo permitió. "Creo que sería atrevido y bueno para mí."

"Sexo sin ataduras."

Elodie le acarició la mejilla. "Lo que quieras." Se le revolvió el estómago y un dolor profundo se le instaló en el corazón. Su cabeza no tenía nada que decir al respecto, retraído en el rincón más profundo de su mente como un boxeador ya derrotado. Era demasiado tarde. Todos los hilos que Elodie tenía ya estaban atados firmemente a Kaye.

# 12.

El camino de regreso desde el viñedo había sido largo y lento, una nueva sensación de inquietud se instaló en Kaye. Durante el viaje a Apremont-sur-Allier había estado preocupada, sabiendo que iba a besar a Elodie y temiendo estropearlo todo. Después de que le hubiera correspondido, había querido mucho más cuando un deseo que solo había leído la golpeó y se apoderó de ella.

*Todo* en el día había sido perfecto, especialmente el beso. De hecho, había estado más allá de su fantasía más salvaje. Nunca la habían besado con tanta ternura. No era solo la oleada de electricidad lo que había iluminado su sistema nervioso más rápido que las luces de un árbol de Navidad en Trafalgar Square. Su deseo de tener sexo con Elodie había alcanzado niveles estratosféricos y seguía aumentando. La idea de recoger uvas no podía estar más lejos de su mente.

Cuando llegaron al viñedo, el corazón de Kaye se hundió. En cuestión de minutos regresaría a la barca para cambiarse y prepararse para su turno. Volvería y tal vez ya no vería a Elodie durante todo el turno. *Otra vez*. La idea era incomprensible para su libido, que parecía decidida a recuperar años de apetito sexual reprimido.

Elodie le tomó la mano. Esa suave presión y el calor que le ardía en el interior empeoraron las cosas. Quería las manos de Elodie por todo su cuerpo. Sus ojos se habían oscurecido y le dirigió tal sonrisa que hizo que su lujuria se disparara, como antes había hecho la electricidad. Su cuerpo estaba sobrecargado. Un gemido silencioso se instaló en el fondo de su garganta. La sonrisa de Elodie

era tentadora e injusta, dado que Kaye tenía que irse a trabajar. Contuvo la respiración y se negó a moverse del asiento del coche.

"¿Te gustaría hacer una cata de vinos conmigo?"

Kaye soltó una breve carcajada, como una liberación, que sonó como si hubiera pensado que Elodie había perdido el rumbo, cuando en realidad era un rotundo sí. Elodie le estaba tomando el pelo. Muy injusto. "Tengo que ir a trabajar."

Elodie emitió un suave sonido. "¿Y si te pidiera que te tomaras la noche libre?"

Kaye trazó las líneas de la palma de Elodie con el pulgar. Con el pulso acelerado, le resultaba difícil pensar en otra cosa que no fuera pasar sus manos por el cuerpo desnudo de Elodie. Ahora mismo ella era su jefa, y si le pedía que se tomara la noche libre, ¿cómo podía decir que no? Joder, no quería decir que no. Los nervios se instalaron en su estómago. "Supongo que me sentiría obligada a aceptar."

La sonrisa de Elodie se hizo más grande y bajó un poco la barbilla. "No pareces muy interesada."

Kaye no deseaba otra cosa. "Estoy muy segura de querer tener sexo contigo, con o sin la cata de vino. Pero yo…" respiró hondo y apretó su mano. "No he tenido sexo hace bastante tiempo y estoy un poco aprensiva."

Elodie le besó los dedos. "No lo estés. No tenemos que hacer nada que tú no quieras. Me gustaría pasar la noche contigo. La cata de vino es el paso final en el proceso de elaboración del vino." Se encogió de hombros. "Después de eso, habrás vivido la experiencia Marchand completa y podrás continuar con tus viajes."

Kaye se rió, aunque "continuar con tus viajes" no le sonaba bien. Tenía que mantenerse optimista y no pensar en las consecuencias de tener sexo con Elodie, en lo que sucedería

después de que ella siguiera su camino. "La experiencia Marchand completa, ¿eh?"

Elodie se rió entre dientes. Salió del coche y se encontró con Kaye en su lado. "Ven."

El temblor en su estómago se hizo más fuerte mientras la seguía al interior de la cava del vino. Cuando escuchó el ruido de la puerta al cerrarse, apenas podía respirar. Algo en el clima natural dentro del espacio poco iluminado y las paredes de roca pintadas de blanco se sentía absolutamente perfecto. El corazón de Kaye latía con fuerza. "Nunca había estado en el interior de una cava antes." Su voz no resonó por la sala como esperaba.

La sonrisa de Elodie la llenó de un hormigueo constante y una excitación vertiginosa. Kaye desvió la mirada hacia otro lado, fingiendo admirar la habitación, lo que, en cierto modo, era cierto. Apoyó la mano sobre la piedra pintada, dura y fría, e inspiró. El sutil olor de las uvas fermentadas, a diferencia del olor potente en la fábrica, formaba una embriagadora mezcla de antigüedad y expectación. Su corazón se calmó por la sensación de anticipación. Puede que le doliera el cuerpo por las exigencias físicas de la recolección de uvas y los días largos de aventuras y exploración, pero nunca se había sentido más viva que en este momento.

Elodie se posicionó detrás de la gran mesa rectangular de roble oscuro que dominaba el centro de la habitación y que tenía dos vasos en forma de cuenco y varias botellas de vino abiertas. La mesa parecía pequeña en comparación con la pila de barriles que había detrás y que llenaba el arco trasero de la cueva. A derecha e izquierda de la mesa había seis cajas de madera apiladas de dos en dos. Una caja no tenía botellas, las otras estaban etiquetadas (el vino, el año) y juntas cubrían el espacio alrededor de la mesa. Era cómodo, y la sensación de Kaye era que estaba volviendo a casa, lo cual no le parecía ni siquiera extraño.

Elodie señaló el sillón que había frente a ella. "Ponte cómoda."

Luego, se dirigió a lo que parecía un frigorífico al lado de las cajas, abrió la puerta y sacó una botella verde. La colocó sobre la mesa y cortó el sello de cera de color rojo sangre que rodeaba su cuello. Levantó la botella, la sostuvo por la base y estudió la etiqueta, aunque debía conocer los detalles de cada etiqueta de cada botella que producía la bodega.

"Este es uno de nuestros vinos Sauvignon de gama media. Tiene cinco años y es del bloque de uvas que estás recogiendo."

Kaye no podía concentrarse en la botella, ni en la etiqueta, ni en el hecho de que había recogido a mano uvas de las mismas vides de las que procedía este vino. Estaba pegada a Elodie, que giraba la botella en la palma de su mano y la sostenía por el cuello, sin apretar, con las puntas de sus dedos. La condensación goteó por el vidrio y llegó a la palma de Elodie. Sirvió dos copas pequeñas de vino con precisión artesanal y le pasó una a Kaye por encima de la mesa. Ella cogió la otra copa y lentamente se la acercó a la nariz.

Kaye sintió su mirada, firme e inquisitiva. Notó cómo el pecho subía y bajaba mientras inhalaba profundamente, la suavidad de su rostro y la piel bronceada entre sus senos que conducía a la V del escote de su blusa. Kaye había deseado besar esa carne desnuda desde que la vio esa primera mañana en el spa y ahora era tan tentador que apenas podía apartar los ojos de él. Elodie cerró los ojos y Kaye quiso saber cómo era el interior de esa mente compleja y hermosa. El delicado aroma se extendió por la sala. Vacilante, Kaye cogió la copa que tenía delante e imitó los movimientos de Elodie.

"¿Qué hueles?"

La voz de Elodie, un poco más profunda y grave, le robó la concentración. Cerró los ojos para concentrarse en el vino, levantó la copa e inhaló el aroma, que se mezclaba con el de Elodie. Se obligó a prestar atención al vino. "¿Puede algo oler a ácido?" Abrió los ojos y se quedó sin aliento al ver la tierna sonrisa de Elodie. Labios que

deseaba desesperadamente sentir contra los suyos. Se ruborizó. "Limón o pomelo, creo."

"Muy bien. Ahora, pruébalo y dime qué piensas."

Kaye tomó un sorbo delicado y dejó que el vino reposara en su boca hasta que el sabor cobró vida a través de su nariz. "Es seco, no dulce y suave en mi lengua. El pomelo es muy ligero, no ácido como pensaba."

Elodie asintió. "¿Te gusta?"

Kaye le sostuvo la mirada. "Sí. Me gusta mucho."

Su voz era tranquila y su garganta cada vez se volvía más áspera que el corcho de la botella que Elodie acababa de abrir. No podía romper el contacto visual, aunque se decía que debería hacerlo. Quizás debería irse ahora, subirse a la barcaza y dirigirse al sur, antes de que fuera demasiado tarde. Elodie había dejado claro que no creía en construir un futuro y desde luego no mantenía relaciones serias. No podía permitirse otro error como el de Sylvie, pero, aún así, tampoco podía marcharse. La fuerza entre ellas era demasiado evidente y más allá de lo razonable. Iban a tener sexo aquí y pronto, no había nada que Kaye pudiera hacer para detenerlo. Al contrario, nunca había deseado tanto tener sexo con nadie como con Elodie. Ya se ocuparía de las consecuencias más tarde. Sin ataduras, había dicho, y Elodie estuvo de acuerdo, lo cual estaba bien, excepto que Kaye no sabía cómo hacer eso de sin ataduras. Ella solo sabía cómo estar en una relación y cómo no estar. Se sentó, paralizada por un deseo abrumador, absorta por una imaginación vívida, experimentando el sabor de los labios de Elodie, el calor de su boca, la sensación de sus pechos y su desnudez tocando el cuerpo de Kaye. Ya había creado ese futuro en su mente. Tenía que suceder.

Elodie cogió copas limpias de una caja que tenía a su lado y sirvió de otra de las botellas que había sobre la mesa. "¿Te gusta el vino tinto?"

Kaye asintió. Siguió la misma rutina de degustación del vino, identificó un olor fuerte al que no podía poner nombre y, sintiéndose un poco mareada ya, bebió lentamente. El rico sabor de las bayas permaneció en su lengua y, mientras tragaba, su garganta se volvió cálida y suave. "Es precioso."

"*Tú* eres preciosa."

Kaye levantó la mirada. La sonrisa de Elodie se hizo más intensa por la profundidad de su mirada, que Kaye imaginó le dirigía a ella. "Yo te veo muy sexy," dijo. El pulso en su clítoris reflejaba el latido de su corazón.

Elodie dejó la copa y rodeó la mesa. Tomó la mano de Kaye y la levantó. "¿Puedo besarte?"

Kaye asintió lentamente y esperó que los saltos mortales en su estómago y el temblor que sacudía sus manos no delataran sus nervios. "Te deseo," susurró.

Elodie le levantó la barbilla y le rozó los labios con el pulgar. Su sonrisa transmitía paciencia. Kaye se sintió segura. Cerró los ojos y sintió que la suavidad, la calidez y el sabor de las bayas rojas eran más ricos ahora. Los labios de Elodie la acariciaron con besos suaves. Se dejó llevar más profundamente por el beso y rodeó su cuello con sus brazos. Besó a Elodie con más fuerza y pasión.

Elodie se apartó un poco y se mordió el labio. "Deberíamos calmarnos."

Kaye rápidamente la atrajo hacia ella y la devoró con un beso profundo y prolongado, explorando sus labios, su boca y su lengua, chocando sus dientes. No sabía cómo frenar. Se presionó contra la palma de Elodie, se la colocó contra su pecho y gimió cuando el pulgar de Elodie le rozó el pezón. Un rayo la atravesó y explotó en su clítoris. Se apartó de ella y la miró mientras la animaba a que le bajara el tirante del vestido. Kaye arrojó la prenda al suelo.

Elodie se quitó la camisa y los chinos y los arrojó sobre las cajas de vino. Se desabrochó el sujetador, se quitó las bragas y las tiró también. Kaye se rió y arrojó su ropa interior en la misma dirección. Se quedaron mirando fijamente sus cuerpos desnudos. El tiempo se detuvo, excepto por el ritmo acelerado que le golpeaba en el pecho, animándola a seguir. Un reconocimiento corporal de que estaba *muy viva*.

Elodie se acercó un paso más. Extendió la mano y tomó suavemente el pecho de Kaye en su mano. Bajó la cabeza y se llevó el pezón a la boca, luego acarició el contorno de su pecho y bajó hasta su estómago. Kaye gimió de nuevo cuando otra oleada de energía surgió dentro de ella. El olor de Elodie era más fuerte y embriagador que el vino. Kaye le rodeó la cabeza con las manos, la atrajo hacia ella y la besó. "Te siento de maravilla."

Elodie la hizo recostarse sobre la mesa. Jadeó suavemente cuando su espalda tocó la madera. Y luego estaba el calor de su piel y el peso de su cuerpo cuando Elodie se posicionó sobre ella. Elodie acariciaba y besaba partes del cuerpo de Kaye que no habían sido tocadas en mucho tiempo y cualquier preocupación que pudiera haber tenido sobre que Elodie no la deseara, murió con el aumento de su propio deseo.

"Adoro tu cuerpo," dijo Elodie con la voz ligeramente ronca.

Kaye se removió y reprimió una risita mientras Elodie exploraba un punto sensible en el interior de su cadera. "Eso hace cosquillas."

Elodie le pasó la yema de los dedos por el mismo punto y se rió cuando Kaye volvió a removerse.

"En serio, no estás ayudando nada."

Elodie bromeó con una sonrisa y arqueó las cejas. "¿No es bueno?"

"Demasiado bueno." Comentó Kaye jadeando.

"Me gusta ver cómo respondes."

Gimió cuando Elodie besó sus labios y su mejilla, luego los ojos y la punta de su nariz. Kaye apenas podía respirar. Quería a Elodie dentro de ella, ahora.

"Quiero explorarte," susurró Elodie, besándola en el oído y bajando por su cuello.

El aliento de Elodie sobre su piel la llevó al borde de lo que parecía una locura. Y cuando movió la mano sobre su cadera, bajó por el interior del muslo y la deslizó entre sus piernas, emitió un grito suave y arqueó sus caderas de manera suplicante hacia ella. Kaye la observó mientras Elodie se mordía el labio y la miraba fijamente durante un momento largo. Elodie entró lentamente en ella y murmuró algo en francés. Kaye sintió el dolor en el corazón y el pulso entre sus piernas se convirtió en una corriente de excitación que creía feliz.

Kaye ahogó un murmullo mientras la tensión crecía en su interior. Elodie se movía lentamente dentro de ella y era como si estuviera hablando con una parte de Kaye que nunca había sido escuchada. No podía apartar sus ojos de Elodie mientras ésta la observaba de cerca. Las embestidas se volvieron más profundas y más fuertes y la llenaron más completamente. Se corcoveó debajo de Elodie, ésta le levantó las caderas y la penetró más profundamente hasta que comenzó el temblor. "Me estoy corriendo." Gritó Kaye en éxtasis y se desplomó, deslizándose libremente. Empezó a temblar y luego se rió, mientras su cuerpo sufría espasmos incontrolables. "Madre mía. Ha sido una locura."

Besos suaves la tranquilizaron hasta que ya no sintió el pulso latiendo en su pecho. Elodie se montó sobre ella y puso sus manos a ambos lados de su cabeza. Kaye pasó las yemas de sus dedos por el pecho de Elodie, primero un pecho y el pezón y luego el otro. Era deliciosa.

Kaye levantó la cabeza y se llevó su pezón a la boca. Lo chupó y lo mordió, provocando que Elodie, como respuesta, retrocediera, soltando un suave murmullo. Tomó los senos de Elodie, uno en cada mano, y hundió su cabeza entre ellos. Se deleitó con la suave y cálida piel entre sus mejillas y besó y lamió de un pecho a otro. "No tengo suficiente de ti," susurró. "Tienes un sabor salado y dulce. Quiero comerte." Y mordió el pezón de Elodie.

Elodie se sobresaltó y se sentó, reposando sobre el estómago de Kaye. "Pórtate bien," dijo y balanceó sus caderas contra Kaye.

"¿Estás de broma?" Kaye la atrajo hacia ella y la besó con ferocidad. "Creo que no sé cómo comportarme contigo." Le pasó su mano por el cuerpo y se detuvo en su cintura. Le dio un ligero apretón en la cadera y acarició la parte exterior de su firme muslo. "Ha pasado demasiado tiempo y ahora sé cómo se siente el buen sexo."

Elodie se llevó el pezón de Kaye a la boca. Kaye deslizó su mano entre las piernas de Elodie y saboreó la humedad cálida y sedosa que se deslizaba entre sus dedos y la palma de su mano. "Estás tan mojada." El clítoris de Elodie estaba firme y duro bajo la suavidad que protegía su belleza. Respondía a los suaves movimientos circulares y sus expresiones de placer y el suave balanceo de sus caderas le susurraban a Kaye que quería más. Cuando Kaye la penetró, se le cortó la respiración. Resistió la oleada de deseo que la llevaba al orgasmo demasiado rápido. Quería disfrutar de la suavidad y la dulzura, disfrutar del momento, en caso de que fuera la única vez que pasaran juntas. Elodie le volvió a hablar en francés y se removió, como si buscara los dedos de Kaye. Sacó los dedos del interior de Elodie y volvió a acariciar su clítoris.

"Eres una provocación maravillosa."

"¿Tienes prisa?"

"No. Tengo toda la noche." Elodie buscó sus labios y la besó de forma apasionada y prolongada.

Kaye no quería que el beso terminara porque la sensación en su boca y sus dedos eran una corriente continua de felicidad. Y entonces Elodie volvió a estar dentro de ella y Kaye entró en Elodie de nuevo. Y la sensación era la más exquisita que jamás había experimentado. Elodie la miraba con los labios temblorosos y la frente arrugada por la tensión. Con cada empuje lento y profundo que recibía, ella le daba lo mismo a Elodie. Se reflejaban la una en la otra. Lento que se hacía más rápido, profundo que se hacía más superficial. La energía que acumuló en su interior fue demasiado rápido, a pesar de que intentó resistirse.

Elodie cerró los ojos. El ceño en la frente se le hizo más profundo y echó la cabeza ligeramente hacia atrás. "Me estoy corriendo, Kaye. Córrete conmigo."

La voz susurrada de Elodie liberó lo que pareció una ráfaga de fuego en un terremoto delicioso que recorrió cada parte de Kaye. Elodie tuvo un espasmo entre sus dedos, se acercó a Kaye y la besó con ternura.

A Kaye el corazón le latía con fuerza y jadeaba para recuperar el aliento. "Ha sido una locura."

Elodie sonrió. "Eres muy receptiva."

"Nunca he sido *tan* receptiva…en algo así." Le secó la ligera capa de sudor que había aparecido sobre sus labios.

Elodie le besó los dedos antes de levantarse. Tomó la mano de Kaye, la levantó también y la sostuvo entre sus brazos durante un momento antes de vestirla lentamente.

El momento pasó demasiado rápido y Kaye se quedó con ganas de más.

"La noche es joven aún," dijo Elodie mientras regresaba a su lado de la mesa después de vestirse. Sirvió una copa de vino a ambas. "Prueba este. Es nuestro Grand Cru."

Kaye miró fijamente la copa. No era lo que ella quería. "Creo que acabo de probar *tu* Grand Cru." La risa sincera y profunda de Elodie la llenó de alegría y se rió como una niña. "Y es excelente."

Kaye pensó en el club y se preguntó cómo sería tener sexo con Elodie en el Salón Azul. Retrasaría su salida de Sancerre una semana más para tener la oportunidad de aferrarse a este sentimiento de euforia un poco más. Esto que tenían llegaría a un final natural porque sus vidas eran muy diferentes. Sin embardo, ahora se había revelado una parte de ella que ni siquiera sabía que existía y quería explorarla más a fondo. *Sin ataduras. Puedo hacerlo.* Ahora sí que podía hacerlo porque el modus operandi de Elodie era sin ataduras y ella le enseñaría cómo hacerlo. "Cuéntame más sobre el club," dijo, y cogió la copa de vino. Tomó un sorbo largo. Cada parte de su cuerpo irradiaba la esencia de Elodie.

# 13.

La temperatura en el termómetro del Lalla Spa marcaba veintidós grados, como siempre, y la manecilla larga del reloj pasaba los números romanos con parsimonia en la esfera del reloj, como siempre hacía. La superficie de mármol del área de recepción estaba tan limpia como siempre. Pero algo dentro del spa había cambiado hasta parecer casi irreconocible. Las radiantes sonrisas de las mujeres en las obras de arte de las paredes estaban distorsionadas por el cambio que se había producido en su percepción y Elodie vio, por primera vez, la profundidad de su soledad reflejada en sus ojos. Sus sonrisas eran engañosas y sus cuerpos se hablaban entre sí a una distancia que no podía superarse mediante el contacto físico. Hoy sentía ese vacío de manera pronunciada en un dolor desconocido en su corazón.

Preeda le entregó la llave de una taquilla. "Buenas tardes, Madeimoselle Elodie."

Elodie sonrió mientras cogía la llave, luego se dirigió al vestuario cruzando el bar de chill-out, sin mirar a las caras familiares que allí se encontraban. Rápidamente se desnudó y se envolvió en una toalla. Pronto superaría los sentimientos incongruentes que la habían mantenido dando vueltas en la cama durante la mayor parte de las dos últimas noches. Tener sexo con Kaye había despertado algo en ella que no esperaba que sucediera. La verdad era que sabía que se estaba enamorando de ella. La fuerza de la emoción que la dominaba se había vuelto más potente y se había rendido a ella. Pero el sexo entre ellas la había sorprendido. No fue…*sexo*. Debería haberse alejado, maldita sea. Pero no podía ignorar a Kaye, aunque una parte de ella sabía que debería hacerlo. Y ahora Kaye había

pedido venir al club y eso la había dejado con una sensación desconcertante como nunca antes había experimentado.

Quería ser alguien importante para Kaye, la desconocida de Londres de sonrisa amable y unos ojos curiosos que reflejaban una concentración muy profunda y una inocencia que hacía que Elodie fuera plenamente consciente del valor del tiempo que compartían. Sentía su corazón más ligero y el deseo de estar con Kaye, más potente. Ninguna otra amante había ocupado, hasta llegar a la obsesión, sus pensamientos, excepto quizás Mylene. Pero hacía tanto tiempo de Mylene que incluso ese recuerdo probablemente fuera una ilusión, aumentada por las ideas de la niña que era entonces. La intensidad de la emoción era demasiado difícil de soportar y tenía que encontrar una manera de retroceder, repensar y recomponerse.

Mylene había sido la primera persona con la que había experimentado una conexión tan profunda, la primera y única mujer a la que había amado. Ella había sido la cordura en su mundo de aislamiento, un escape de cuando su madre la abandonó en el convento. Kaye, igual que Mylene, había entrado en su corazón y había dejado un trozo de sí misma ahí. Un gran trozo.

Kaye era una turista en busca de aventuras, como los cientos de visitantes que se habían alojado en la región antes que ella, y se iría sin pensarlo dos veces, dejando a Elodie tan pronto como estuviera lista para seguir adelante con su viaje. Ese fin llegaría demasiado pronto. Elodie se había dado cuenta de ello en mitad de la noche, con la única compañía de las luces de las vides y sabiendo que ella estaba allí fuera recolectando uvas bajo las estrellas. No quería que Kaye se fuera. Pero Kaye se *iría*, Kaye crearía su futuro. Elodie necesitaba enterrar esos nuevos deseos y volver a lo que Kaye había llamado el "status quo de su vida".

Por eso estaba en el spa hoy, para intentar deshacerse del efecto que Kaye tenía en ella. Un efecto que no podía permitirse porque, si lo hacía, cambiaría fundamentalmente su mundo. ¿Cómo

podía considerar comprometerse con alguien como Kaye si ni siquiera confiaba en sí misma para cumplirlo?

Tenía que volver a lo que mejor conocía, las relaciones que no requerían ningún compromiso por su parte. Sin presión. Sin expectativas. Sin ninguna manera de salir lastimada. Su malestar derivaba de un sentimiento que no había experimentado en mucho tiempo y que había surgido por primera vez cuando vio a Kaye con Françoise: los celos. La posesión tenía un control feroz que se basaba en el miedo. De nuevo perdería a alguien que se había vuelto importante para ella. Tenía que tratar de satisfacer el deseo de Kaye de experimentar el Salón Azul sin preocuparse por quién más podría unirse a ellas y solo esperar que Kaye eligiera estar a solas con ella.

Se sumergió en la calidez del agua y nadó hasta el punto más alejado, lejos de las otras tres mujeres que estaban en la piscina, y se apoyó en el borde. Con las frías baldosas contra su pecho y la inquietud arruinando su intención de relajarse, apoyó la cabeza sobre los brazos cruzados y continuó dando la espalda a las mujeres.

Los familiares gemidos de placer, que antes habrían sido atractivos, ahora le resultaban extrañamente desconcertantes. Tenía la sensación de que estaba engañando a una amante. *Kaye no es mi amante*. Ni siquiera era una amiga. Era una extraña, una trabajadora temporal, una turista. Kaye la abandonaría, como ya antes la habían dejado todos a los que había querido alguna vez. Los ojos empezaron a arderle.

Se giró y a través del agua se dirigió hacia donde estaban las tres mujeres. La mujer con el cabello largo oscuro y ondulado se apartó de las otras dos y le hizo señas para que se acercara a ella. Elodie se detuvo en seco. Los pezones de la mujer eran oscuros, grandes y atractivos. Elodie sintió la textura de ellos en la punta de sus dedos y el sabor en su lengua como un recuerdo más reciente.

La mujer levantó la barbilla y se pasó la lengua por el labio superior mientras animaba a Elodie a que se acercara más.

Elodie miró hacia las otras dos mujeres. Una estaba echada ahora sobre el suelo de baldosas, con los pies apoyados sobre los hombros de la otra, cuya cabeza estaba enterrada entre sus piernas, haciendo movimientos rítmicos de balanceo. La mujer sobre las baldosas gritaba de placer.

Se giró y vio a la mujer que se le estaba acercando. El pulso que le latía entre las piernas era una respuesta natural a la anticipación de obtener una gratificación física y a la liberación que vendría después. Un cálido aliento le acarició la mejilla y la mujer tomó sus pechos entre sus manos. Elodie cerró los ojos. Una sensación aguda en su pezón dio paso a una avalancha de calor que le llenó el sexo.

Volvió a sentir el aliento de la mujer, más sexy, en su oído mientras ésta susurraba "Fóllame."

No había lugar para conversar en el Salón Azul. Sólo una palabra venía a su mente. *Kaye*. De pronto abrió los ojos y miró fijamente el rostro de la avaricia. Esta no era la calidad de una pasión compartida por dos amantes. Era una transacción física, ausente de conexión o química. Era una solución física a un problema emocional que nunca podría resolverse únicamente mediante la gratificación sexual.

Se apartó, le dio la espalda a la mujer y salió rápidamente del Salón Azul.

Se puso el albornoz y las zapatillas y se dirigió al bar chill-out, pidió un café y se reclinó en una chaise-longue. Cerró los ojos y notó un peso plomizo detrás de ella.

"Eso ha sido rápido."

"¿Ça va, Yvette?"

"¿Te importa si me uno a ti? Tengo tu café."

Sí, le importaba, pero no podía ofenderla. "Por supuesto, toma asiento." Abrió los ojos y se incorporó.

Yvette le dio el café y se sentó a su lado en la chaise-longue. "Pareces cansada," dijo Yvette y dio un sorbo a su café.

"Un poco quizás. Las noches son largas," dijo, dando un suspiro.

"Ah, sí, por supuesto. Todo va bien, ¿no?"

"Sí. Es una cosecha excelente." Elodie pensó en Kaye y sonrió. Había encontrado un método para la recolección que le venía bien. Nunca sería tan rápida o precisa como los recolectores de temporada, pero desde luego podía defenderse de los recién llegados, e incluso cuando parecía que iba a detenerse, seguía haciéndolo con tenacidad. Elodie había quedado impresionada. El espíritu de lucha de Kaye le añadía otra hermosa dimensión a su ya perfecto ser. En privado, Elodie había apostado el primer día a que Kaye no duraría más allá del tercer día, que era cuando la mayoría de los nuevos sentían toda la tensión del trabajo. Pero Kaye no se había rendido. Tenía un ritmo único pero lo mantenía de manera consistente y trabajaba con diligencia. Para ser justos, Kaye podría ser la peor trabajadora del mundo y eso no importaría lo más mínimo.

Pero Yvette no estaba hablando de Kaye. Yvette no sabía ni que existía, a pesar de que había estado allí presente cuando Elodie la vio por primera vez. ¿Había vivido Elodie con los ojos abiertos todos estos años sin ver realmente? ¿Su apreciación por la belleza de una mujer se había visto empañada por su desesperada necesidad de sentirse amada? Sin embargo, había evitado la intimidad emocional y, al hacerlo, había alejado cualquier posibilidad de amor. Era lógico y retorcido, intrínseco en el ser humano, que ella deseara algo y actuara en directa oposición para lograrlo. Su miedo al rechazo se había vuelto más potente que su deseo de amor. Se había convertido en un alma emocionalmente agotada, atrapada

detrás de un velo de conciencia elevada que, en lugar de servirla, le había succionado lentamente la alegría de la intimidad.

Sí, las últimas noches habían sido muy largas.

"La baronesa Carolina va a organizar una cena dentro de un par de semanas y ha extendido una invitación para ti," dijo Yvette.

Elodie se alegró de la interrupción de sus pensamientos. "¿Ha aceptado el trato?"

"Sí. Esta cena es una pequeña muestra de su agradecimiento por haberla sacado de una situación muy difícil. El sábado dentro de dos semanas."

Kaye ya se habría ido para entonces. "Bueno, eso está muy bien. Todo el mundo feliz."

Yvette sonrió. "Todos menos tú, por lo que parece."

Elodie se esforzó por tener una respuesta positiva, aunque fuera falsa. "Estoy lidiando con varias cosas," dijo, dándose unos golpecitos en la cabeza. "Y es temporada alta, así que no hay horas suficientes, ni durante el día ni durante la noche. Una vez que haya terminado la cosecha, estaré más contenta." Elodie tuvo la sensación de que no había parecido sincera cuando Yvette arqueó una ceja. "¿Cómo está Jean?"

"Ha creado una lista de deseos que incluye visitar las diez maravillas del mundo."

"¿Sabes que la mayoría son mausoleos?"

"Bueno, piensa que se va a morir el año que viene, así que quiere verlo todo antes de que ocurra. Quizás está buscando ideas." Se rió entre dientes. "Compró un par de bastones de senderismo y ha empezado a pasear por la finca esta semana para fortalecerse físicamente para esta…esta aventura, como él la llama. El hombre nunca ha tenido un aspecto más saludable."

"Eso está bien."

"Quiere que vaya con él."

Elodie frunció el ceño a la par que Yvette, confirmando que eso nunca sucedería. Elodie se relajó en el asiento. "Es alentador que haya encontrado un nuevo propósito en la vida."

"Necesita otra mujer. Alguien…que no sea como yo."

Elodie suspiró. Extendió la mano y apretó la de Yvette en un gesto de cariño y apoyo.

"Es verdad. Me gusta mi vida aquí. El spa. Entretener a las mujeres. ¿Por qué querría recorrer el mundo persiguiendo su gran final? Apenas hemos hablado en cuarenta años. Se ha quejado treinta y ocho de ellos. No tengo ningún interés en intentar encontrar algo que tengamos en común ahora."

"Y te extrañas de que yo me mantenga alejada de relaciones serias." Las excusas con las que Elodie había vivido eran evidentes en la superficialidad de sus palabras. Pensó en Kaye y el dolor en su pecho se hizo más profundo.

"Las mujeres son diferentes."

"Tal vez. Quizás no cuando se trata de relaciones monógamas." ¿Qué sabía ella de relaciones monógamas duraderas? La mayoría de las mujeres que frecuentaban el club estaban casadas.

"La monogamia está sobrevalorada. Eres joven y libre de disfrutar de cualquier mujer que elijas y desees. Mírate, con esa piel increíblemente suave…"

"Eso es porque hay por lo menos treinta y cinco años de diferencia entre nosotras."

"Y tu pelo. Y tienes todos tus dientes y un cuerpo fuerte y deseable."

"Bueno, espero tener todos mis dientes, como tú."

"Yo tengo implantes, cariño, y botox en lugares para compensar las debilidades genéticas que claramente tú no tienes en tus genes. No tienes deficiencias."

Oh, sí, Elodie tenía imperfecciones, solo que las escondía bien. "Ahora recuerdo. Te llevé a la clínica de botox."

"¿Fuiste tú?"

"Sí, era yo. La edad te está afectando."

Yvette frunció el ceño. Tomó un sorbo de café y pareció perderse en sus pensamientos. El silencio fue un respiro bienvenido a una conversación no deseada. Elodie estudió a Yvette detenidamente y vio en ella la misma actitud que había observado en las mujeres de las fotografías de la entrada. La falta de sueño estaba teniendo un efecto importante en su capacidad para funcionar correctamente.

"Quiero que te hagas cargo de la dirección del club," dijo Yvette de pronto.

Elodie negó con la cabeza. "¿Por qué?"

"Eres lo más parecido que tengo a una hija y me gustaría retirarme."

"¿Y ver las diez maravillas?"

Yvette negó con la cabeza. "Quiero recoger los placeres sin dolores de cabeza. Tengo la intención de aprovechar al máximo cuando Jean no esté y no, no es mi último adiós. Estoy aburrida de lidiar con las baronesas de este mundo y el club necesita un cerebro financiero inteligente y agudo detrás. Confío en ti. Hay un bonus añadido, y es que eres muy querida. Cada invitación que recibimos tiene tu nombre."

Elodie bajó la cabeza. Hace una semana habría estado encantada con la propuesta. Habría caminado más erguida, habría hablado con los clientes durante más tiempo y habría hecho un mayor esfuerzo para asegurarse de decir lo que cada uno quería escuchar, para que se sintieran como los clientes más valiosos. En cambio, era como si le hubieran quitado un tapón y su esencia se arremolinara hacia un enorme y profundo agujero. "Déjame pensarlo," dijo, sabiendo que no quería aceptar. ¿Pero a quién más podría recurrir Yvette? No podía pensar en el futuro del club hasta que el presente, Kaye, estuviera firmemente en el pasado. Una vez que Kaye se hubiera ido, se podría restablecer la normalidad. Y entonces, quizás, le gustaría dar un paso al frente y hacerse cargo de la gestión del club.

La imagen de las tres mujeres en el Salón Azul le dejó un sabor amargo. Se pasó los dedos por el pelo. La gratificación sexual sin intimidad le había funcionado bien hasta ahora. Había dormido sola y se había despertado sola. Había trabajado para llenar las horas que no pasaba en el club. Si le ocurriera algo, a nadie, excepto Yvette, le importaría. Los corazones desapegados se olvidaban en un abrir y cerrar de ojos. ¿Y qué pasaría cuando tuviera veinte años más? ¿Qué pasaría cuando perdiera su atractivo físico? Le recorrió en escalofrío que la hizo temblar por dentro y por fuera. "Lo pensaré," volvió a decir, en un tono que sonaba inusualmente frágil.

"Y otra cosa. Necesitamos un inversor para lady Babberage. Ochocientas mil libras. Su marido murió y dejó como regalo no deseado una cuenta bancaria bastante reducida. Quiere vender parte de su propiedad en Escocia para financiar su jubilación. ¿Puedes preguntar por ahí?"

"¿En Escocia?"

"Lo sé. Hace mucho frío y hay mucha humedad allí. No estoy segura de quién lo consideraría un lugar atractivo para vivir. Pero parece ser que es excepcionalmente bonito. Todavía cazan por allí y hay una destilería de whisky en desuso a la que se le podría dar vida

de nuevo. La parte que está en venta incluye una cabaña pequeña. La propiedad no vale ochocientas mil librar por sí sola. Pero el trato es que ella conservará la propiedad de la casa principal hasta que muera y luego el inversor tendrá la opción de comprar todo a un precio significativamente reducido. Es una opción interesante. Ella podría acudir a una de esas empresas de capital, pero preferiría no hacerlo. Está comprometida emocionalmente y quiere a alguien que se preocupe de su patrimonio tanto como ella. Por supuesto, dejará de importarle si no obtiene el apoyo financiero suficientemente pronto."

Elodie asintió. "Veré qué puedo hacer."

Yvette puso una mano sobre su brazo. "Sería de gran ayuda si pudiéramos ayudarla lo antes posible. Es una vieja amiga de la baronesa…círculos pequeños con grandes expectativas y voces muy altas."

Elodie suspiró. Pensó en Kaye pero rápidamente descartó la idea. Entonces le volvió la imagen de Kaye y ya no desapareció. Kaye había mencionado su acuerdo de divorcio, pero no tenía ni idea de cuánto era y, mucho menos, si estaba en condiciones de invertir. Pero estaba buscando un lugar donde establecerse. Tal vez esto ayudaría a Kaye al mismo tiempo que mantendría a Yvette en buenos términos con la baronesa. Al menos debería hacerle la oferta a Kaye y que ella eligiera. Sonrió y sintió la calidez en su pecho con un profundo afecto. "Tengo a alguien en mente pero no puedo prometer nada."

# 14.

Kaye rodó en la cama de su barcaza, se agarró a un lado para evitar caerse y volvió a rodar sobre su espalda con una sonrisa en su rostro. Cada movimiento resaltaba el hecho de que le dolía todo, desde la cabeza hasta los pies. Pero era un dolor agradable, delicioso, si es que eso existía. Un trofeo como reconocimiento a la tonelada de uvas que había recogido. No era nada para los estándares de los recolectores de temporada, pero significaba todo para ella.

No había visto mucho a Elodie en los últimos tres días, no desde su estancia en la cava, y cuando había hablado con ella, aparte de haberla invitado al spa hoy, había parecido preocupada y distante. Ella lo había atribuido a la presión del trabajo, que parecía aumentar a medida que pasaban los días. Había habido una amenaza de lluvia y eso no era nada bueno. Los plazos de trabajo apestan en el mejor de los casos y en la industria de Elodie no había opción para aflojar. Cada día marcaba una diferencia en la cosecha general.

Al recordar la velada en la cava, sintió una calidez recorrerle el cuerpo y, al pensar que iría al club hoy, se le formó un hormigueo en el estómago y se le revolvió, como la emoción que se siente al subirse a una montaña rusa. Era una sensación vertiginosa y tenía todo el potencial de convertirse en náuseas si pensaba demasiado en lo que estaba a punto de hacer. Allí habría otras mujeres. ¿Qué harían? La emoción, junto con una gran aprensión y con la sensación de imprudencia, la hizo sentirse muy débil.

Se levantó de la cama y preparó café. Le dio un mordisco a un croissant que había sobrado del día anterior y su estómago se lo devolvió a la garganta. Lo tragó con unos sorbos de café. Todavía sentía la boca seca. Tomó varios sorbos de café más y caminó por la estrecha cocina.

No había sido consciente de cuánto había reprimido sus impulsos sexuales mientras estuvo casada. Poco a poco, y a lo largo de los años, había ido perdiendo interés a medida que su relación con Sylvie se deterioraba. Debería haber visto la falta de deseo como una señal pero, en cambio, se enfrascó en su trabajo y se etiquetó falsamente como asexual. Se fijaba en las mujeres atractivas, le gustaba el arte, pero nunca había tenido la intención de hacer nada al respecto. Estaba casada y no era una infiel. Pero ahora estaba divorciada y Elodie le había abierto los ojos en la satisfacción de disfrutar del sexo libremente y en lo maravilloso que podía ser. Pero nunca habría ido sola al Salón Azul. Se habría sentido demasiado cohibida. Pero con Elodie, y con la relación sin ataduras que habían acordado, era una aventura emocionante.

Tenía que llamar a Courtney y contarle todo sobre el club y lo bueno que era el sexo con Elodie. Tal vez no. ¿Qué diría Courtney? Kaye estaba explorando y expresando su nueva evolución, pero Courtney se preocuparía por ella. Para ser justos, este nuevo comportamiento no era propio de la antigua Kaye que conocía su amiga. Pero esa era la razón por la que había salido de viaje en primer lugar. Por una vez en su vida, simplemente se estaba poniendo a ella misma en primer lugar y aprendiendo a expresar sus necesidades sin miedo a las críticas. Elodie no la juzgaba y lo que sentía cuando Elodie estaba cerca era el sentimiento más maravilloso del mundo.

Se dirigió a la ducha. Tenía un masaje esperándola, un regalo que se había hecho por todo el duro trabajo y después tenía una cita con Elodie y el club. Le dolían las mejillas de tanto sonreír. Tembló de emoción mientras el agua de la ducha corría por su piel.

El sol estaba deslumbrante y el aire era fresco cuando llegó al pueblo en bicicleta. Entró al spa y observó los cuadros de las paredes con más atención. Los azulejos brillaban con un blanco reluciente y las texturas eran más vívidas de lo que recordaba de su primera visita. Miró a la mujer que estaba delante de ella, el pelo rojo ondulado que le llegaba justo debajo de los hombros y un vestido que le llegaba muy por encima de las rodillas. La mujer se volvió hacia Kaye y le dedicó una sonrisa que pareció superficial, sus ojos no parecieron registrar a Kaye, más allá de su presencia física en la habitación.

Kaye fue de la recepción a la sala de masajes designada, se desvistió, se envolvió en una toalla y se recostó boca abajo sobre la camilla de masajes. El aroma a eucalipto le llenó la nariz mientras apoyaba la cabeza en el agujero tallado en la camilla y contempló el suelo de baldosas muy pulido debajo de ella. Notó los movimientos más silenciosos a su alrededor, el chorrito de aceite que se frotaba en las manos, pasos delicados moviéndose por la habitación. Suspiró suavemente y cerró los ojos. El aire fresco acarició su piel mientras la toalla que se levantaba dejaba al descubierto su cuerpo. Unas manos cálidas, suaves y firmes, la reemplazaron, pasando por los músculos cansados a lo largo de la línea de la espalda. Se sintió divino y el tiempo pasó demasiado rápido.

Abrió los ojos al sentir la toalla fría contra su espalda. El cuerpo le dolía más uniformemente que antes del masaje. Se quedó quieta hasta que los pasos delicados se esfumaron. No podía evitar el calor detrás de sus ojos, como tampoco podía explicar la abrumadora sensación de tristeza que hizo que las lágrimas salieran de sus ojos y cayeran al suelo. Algunas veces, las emociones reprimidas pueden salir a la luz después de un masaje, le había explicado la recepcionista. El suelo debajo de ella se volvió borroso. Se incorporó y se sentó en la camilla, esperando recuperar la energía. Se llevó la toalla a la cara y dejó que la sensación la invadiera.

De nuevo tuvo el deseo de hablar con Courtney, pero ¿qué le diría? Que se sentía triste y tensa, porque… porque ¿qué? Que había desperdiciado catorce años de su vida dedicada por completo a una narcisista que no sabía cómo preocuparse por ella. Que había permitido que esa misma mujer, que había prometido amarla, abusara de ella emocional y mentalmente. Que había sido demasiado débil para marcharse antes. La pesadez en su cuerpo no desaparecía. No quería tener otra conversación con Courtney sobre su pasado. Era hora de seguir adelante.

Tomó un largo y profundo suspiro y miró a su alrededor sin ver realmente. Tenía la sensación de que el polvo se acumulaba en sus pensamientos. Si se quedaba quieta, no los molestaría, no destaparía la fealdad que había debajo. Y otra emoción surgió dentro de ella, feroz y ardiente. La presión en su cabeza aumentó. Lentamente, se bajó de la camilla. Aunque sus piernas eran pesadas y estaban duras, se envolvió en la toalla, salió de la habitación y encontró una chaise-longue en la zona de chill-out. Se quedaría ahí un rato antes de dirigirse a la sala de vapor para esperar a Elodie.

Se reclinó contra las baldosas húmedas y respiró profundamente el aire caliente y húmedo, con olor a menta. Se le despejó la nariz, le picaron un poco los ojos y sintió la piel fría y caliente al mismo tiempo. Cerró los ojos e inhaló lentamente por la nariz. Sintió cómo el pecho se expandía más libremente que antes del masaje. Ese efecto de limpieza liberó la tensión que sentía en su cabeza y sus pensamientos se dirigieron a Elodie.

La puerta se abrió. Abrió los ojos y levantó la cabeza de la pared.

"Bonjour."

Era la mujer que había visto antes en la recepción. "Buenos días."

"¿Te importa si me uno a ti?" preguntó la mujer mirando hacia el banco que había frente a Kaye.

Tenía acento americano y su postura irradiaba seguridad en sí misma. "En absoluto." Kaye enderezó la espalda, muy consciente de su propio físico, que en comparación parecía pobre. La mujer se sentó frente a ella. Kaye intentó relajarse, sonrió con tensión y trató de no fijar su mirada en el cuerpo desnudo de la mujer, por si enviaba el mensaje equivocado. Cerró los ojos e inspiró profundamente.

La mujer respiró hondo. "Esto se siente tan bien, ¿verdad?"

"Sí, es maravilloso."

"No eres de aquí," dijo la mujer.

Kaye abrió los ojos y no pudo evitar observarla más detenidamente. Su piel bronceada era de un tono similar al de Elodie. Sus hombros estrechos, sus mejillas y su barbilla eran de huesos finos y tenía los músculos tonificados, como si hiciera ejercicio con regularidad. Una cintura estrecha separaba las curvas naturales de sus pechos y sus caderas. "Inglaterra. Estoy viajando. ¿Eres norteamericana?"

"Nací en Francia pero estoy de turismo por la región por negocios. Vivo en Londres, me he mudado recientemente desde Estados Unidos."

Kaye se sintió intimidada. No solo era muy hermosa, sino que también había viajado. Transmitía tranquilidad y presencia, como si fuera una mujer de éxito y prestigio. Kaye se había sentido igual de intimidada por Sylvie cuando la conoció y, de la misma forma, la admiraba. La sensación era embriagadora. Kaye nunca mostraba ese tipo de presencia, siempre estando en un segundo plano, porque nunca había tenido la confianza necesaria. "¿A qué te dedicas?"

"Me encargo de comprar vinos para la cadena hotelera Belvere. Quizás hayas oído hablar de ella."

Estaba claro que era buena en su trabajo. No habría sido nada fácil conseguir un trabajo tan prestigioso en la cadena hotelera

más exclusiva del país. "Sí." La cadena hotelera era conocida por sus grandes propiedades rurales y eran muy cotizadas. "Lugares para bodas y eventos especiales."

"Nos gusta ofrecer una experiencia gastronómica y comodidad de la más alta calidad, ideal para cada ocasión especial." Sonrió. "Esa es la línea corporativa."

Kaye se rió entre dientes. "Parece un trabajo divertido."

"Si el vino es bueno, es muy divertido. Aunque también he probado algunos vinos espantosos."

"Chateau Marchand tiene un vino excelente."

"Sí, eso he oído." La mujer cerró los ojos.

"He estado recogiendo uvas allí. Es un trabajo duro," explicó Kaye, preguntándose por qué había dado esa información. "¿De qué parte de Francia eres?"

"Originaria de Leon. Fui al colegio en París y me mudé a California siendo una niña."

"Nunca he estado en California."

"Es un lugar agradable. Trabajé para una bodega en el Valle de Napa. Me mudé a Londres el año pasado justo para este trabajo."

Kaye se preguntó qué opinión tenía Elodie de los vinos americanos. "¿Y el vino es lo que te ha traído de vuelta a Francia?"

"Los vinos franceses siguen siendo los mejores. Pero, bueno, no le digas a ningún americano que he dicho eso," dijo, riéndose entre diente. "Bueno, podría estar hablando de eso todo el día y te estoy molestando en tu descanso."

Kaye se aclaró la garganta mientras la mujer la miraba fijamente. "Está bien. Hace demasiado calor para mí ahora. Necesito refrescarme."

"Que disfrutes del resto del día."

Kaye se puso de pie y se envolvió en la toalla. "Gracias. Ha sido un placer hablar contigo." Cerró la puerta tras ella y se estremeció cuando el aire más fresco rozó su piel.

"Hola."

Kaye reconoció la voz de Elodie y el corazón le dio un vuelco. "Hola."

"Siento llegar tarde. Yvette me ha entretenido."

Kaye miró a Elodie de arriba a abajo. Llevaba el albornoz holgado y revelando la línea central de su pecho. "Estás muy sexy," dijo. El latido entre sus piernas se volvió más persistente.

"¿Has terminado aquí?"

"Sí."

"¿Vamos al Salón Azul?"

El corazón de Kaye se aceleró. Sintió un momento de duda cuando se le encogió el estómago. Se había imaginado tocando y besando a Elodie en el baño posterior al masaje. Otras mujeres estarían haciendo lo mismo con sus amantes. Tenía las manos húmedas y parecía que el corazón se le iba a salir del pecho. "Sí, vamos."

Kaye se quedó junto a la entrada del Salón, contemplando los distintos tonos de azul. Las luces azules hacían que el ambiente fuera suave y atractivo. La habitación tenía la sensación de tener secretos esperando a ser revelados. Una capa de calor surgía de la superficie de la gran piscina rectangular. Las paredes arqueadas con mosaicos azules daban paso a espacios cerrados más pequeños con asientos de mármol y reposapiés poco profundos que estaban envueltos en vapor. Cuatro mujeres desnudas se entretenían en uno de los huecos y se dio la vuelta, aunque no dejó de verse afectada por esa visión.

Elodie le tendió una mano. Su sonrisa era tranquilizadora. "Ven."

Kaye se movía lentamente, cada paso que avanzaba le daba algo nuevo a los ojos con qué deleitarse. Las estatuas de mármol blanco aquí eran más explícitas que las imágenes que colgaban en las paredes de la recepción. La pieza central en un extremo de la piscina de dos mujeres dándose placer oral captó su atención. Admirarlo evocaba una sensación de pertenencia a un lugar. Siguió a Elodie, puso la toalla en un colgador y su llave en el estante sobre éste y a continuación, se metió en el agua.

Kaye observó a Elodie sumergirse bajo el agua y nadar hasta el otro extremo. Kaye bajó el cuerpo hasta estar sin gravedad, echó la cabeza hacia atrás y flotó. Ver el azul sobre ella era como flotar más allá de las nubes y tomar conciencia del universo y nada más. Un azul puro e infinito. Eterno. Cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás todo lo que pudo hasta que el eco de las voces se apagó y se fundió con el agua.

Una mano le levantó suavemente la nuca. Se produjo un hormigueo en su estómago por la emoción de no saber quién era, aunque rezó para que fuera Elodie. Parpadeó para abrir los ojos, soltó una bocanada de aire y sonrió aliviada. La mirada de Elodie era suave y sus labios rogaban ser besados. Una ligereza se apoderó de ella cuando sintió que Elodie deslizaba su brazo debajo de su cintura y la conducía por la superficie del agua. Cerró los ojos y tuvo la sensación de estar gravitando en el espacio. De pronto, el movimiento se detuvo. Elodie la guió para que se pusiera de pie, la atrajo hacia su pecho y la besó. Su contacto era tierno y, por un breve momento, Kaye sintió una cierta duda en Elodie mientras se aproximaba a ella. Abrió los ojos y creyó haber visto un temblor en sus labios, que rápidamente desapareció con una sonrisa.

"¿Has tenido un día relajante?" le preguntó Elodie mientras le besaba el hombro.

Kaye recordó los hechos. La abrumadora tristeza que se había apoderado de ella después del masaje y lo inadecuada que se había sentido en presencia de la extraña en la sala de vapor. "Muy." Sonrió para ocultar la verdad, notó la penetrante mirada curiosa de Elodie y le acarició la mejilla. Honestamente, se sentía agotada por la mezcla de emociones que le había provocado el día.

La sonrisa de Elodie reflejaba la tensión de Kaye. "Hay mujeres preciosas aquí. Puedes jugar a tu gusto si lo deseas."

Kaye tragó saliva. Ella no quería *jugar* con nadie más. La habitación en sí era magnífica. Había arte e historia, revolución y emancipación, una cultura oculta durante demasiado tiempo, todo en juego con los tonos y formas que caracterizaban el Salón Azul. Conectó con su resonancia terrenal a través del latido de su corazón, y supo, como sin duda las demás visitantes harían, que ella también sería liberada de su pasado gracias a sus experiencias aquí.

Elodie se llevó el pezón a la boca y su mente se llenó de sensaciones que la recargaban. Sensaciones que solo Elodie podía darle. Sostuvo la cabeza de Elodie contra su pecho, hundió los dedos en su cuero cabelludo y hundió la cara en su pelo. "Solo te deseo a ti," susurró.

# 15.

Elodie cogió el cuchillo que había sobre el mantel, le limpió una mancha imaginaria con una servilleta y lo volvió a colocar en el lado derecho del salva mantel. "Solo te deseo a ti," le había dicho Kaye. Levantó la copa de cristal hacia la luz con mano temblorosa. Le limpió el borde por enésima vez y lo volvió a dejar sobre la mesa. *Solo te deseo a ti.* Había querido decir esas mismas palabras porque era la verdad. Cogió el decantador de vino tinto, inhaló su aroma, asintió y lo volvió a dejar en el centro de la mesa. Todo estaba perfecto.

Salió de la habitación, se apoyó en la barandilla de la entreplanta y miró por la gran ventana. Los focos que iluminaban el paisaje, donde todavía estaban trabajando en las vides, proyectaban una neblina de luz que opacaba la claridad que acompañaba a la oscuridad más pura. Otro par de semanas más y las estrellas volverían a ser claramente visibles.

Cuando era niña, solía mirarlas desde su habitación en el castillo a través de las ventanas de cristal emplomado. Eso sucedía cuando su madre se molestaba en ir a buscarla al colegio para las vacaciones. Había soñado con viajar al espacio y saltar de estrella en estrella. No era tanto un sueño sino un deseo y tampoco era algo que pudiera proponerse lograr. Era una fantasía para escapar del sentimiento de soledad que le producía estar en casa con su madre.

No había vivido en el castillo desde la muerte de su madre, cuando regresó para encargarse del viñedo. Puede que fuera un edificio arquitectónicamente magnífico, pero a ella le resultaba austero y frío, el reflejo de una infancia en la que careció del amor y

del consuelo de un padre o una madre. Que a Kaye le resultara algo interesante de estudiar y que quizás estuviera dispuesta a rediseñar el interior para que pudiera evocar nuevos recuerdos, hacía que el edificio fuera un poco más atractivo para aventurarse en él. Invitaría a Kaye a que explorara su interior.

Los faros de un vehículo entrando en el patio llamaron su atención. ¿Había venido Kaye en taxi? Era demasiado temprano. Y Kaye había insistido en que vendría en bicicleta, aunque ella no tenía intención de dejarla volver en ella. De hecho, no tenía intención de dejarla volver a su barca en toda la noche. Nunca se había acostado con otra mujer en su propia cama, o en su propia casa. Por mucho que intentara convencerse a sí misma de dar un paso atrás, no podía. El tiempo resolvería el problema por ella. Por ahora, quería tener sexo con Kaye hasta que se durmieran juntas y despertar junto a ella y observarla mientras se movía en su sueño. ¿Y si Kaye no quería pasar la noche con ella? Se le revolvió el estómago. El vehículo se detuvo delante del granero y se apagaron las luces.

Bajó las escaleras hasta la planta baja lo más rápido que pudo, pasó junto a las oficinas vacías y abrió la puerta principal. El corazón se le quedó helado. Parpadeó para poder registrar la amplia y brillante sonrisa y el cabello rojo que había admirado hacía muchos años. "No." Movió la cabeza, se apoyó en la puerta, se inclinó hacia adelante y entrecerró los ojos. "¿Mylene?"

"Hola Elodie." Su voz era profunda y suave para su edad.

El corazón le latía con fuerza. Se pasó los dedos por el pelo y respiró hondo. "Bueno, bueno." Sus pensamientos daban vueltas, se mezclaban y se fusionaban en un lío incoherente. "Yo…estoy…guau. Perdona, pasa. Me has sorprendido. Estaba esperando a otra persona." Retrocedió un paso para dejarla entrar.

"Si no es buen momento ahora, puedo volver." Mylene se detuvo justo en la puerta.

"No. Entra, por favor. Una amiga viene de camino. Vamos a cenar más tarde. ¿Te apetece unirte a nosotras?" Elodie repensó la oferta que acababa de hacer y se arrepintió de haberla hecho.

"No quiero imponerme. En realidad estoy aquí por negocios. Fui al castillo pero no hubo respuesta. Entonces vi la luz encendida y…"

"No te estás imponiendo. Han sido…" Elodie hizo los cálculos rápidamente en su cabeza. "Dieciocho años."

"Demasiado tiempo," dijo Mylene en un tono suave y sonrió. "Y el mundo todavía no ha llegado a su fin."

Elodie soltó una breve carcajada. "¿Recuerdas nuestros debates sobre el milenio?" Condujo a Mylene escaleras arriba hasta la entreplanta y el comedor.

"¿Cómo podría olvidarlo? Tenías razón."

Elodie miró fijamente los familiares sonrientes ojos gris azulados. Unas líneas finas se abrían en abanico desde los rabillos. La madurez le sentaba bien. Su cabello era del mismo rojo deslumbrante que Elodie recordaba de su infancia, solo que había mucho más. Sus ojos recorrieron el cuerpo de Mylene, todavía moldeado por hermosas curvas. "No has cambiado nada."

"Tú tampoco. Sigues siendo el mismo palo que recuerdo."

Elodie se echó a reír. "¿Te apetece algo de beber?"

"He oído que produces los mejores vinos del Loira."

"Eso dicen las autoridades y yo no voy a llevarles la contraria."

Mylene se rió. "Sigues siendo buena con los números entonces."

Elodie la observó mientras ésta paseaba su mirada por la habitación. Su mente se inundó de imágenes del convento, de su

tiempo juntas en el río. “Tienes buen aspecto.”

“Tienes un lugar precioso. Siempre te iba a ir bien.”

No había malicia en su tono, solo una apreciación calmada y quizás una pizca de afecto en su recuerdo.

“Deberías haberme avisado de que ibas a venir. Podrías haberte quedado aquí.” Dudó al observar la media sonrisa de Mylene. “O podríamos haber hecho algo juntas.”

“No me escribiste. No quería arriesgarme a que no quisieras verme.”

Elodie frunció el ceño. “No sabía dónde escribir. Desapareciste. Nadie nos contó lo que había pasado, solo que tus abuelos te había llevado a casa.”

“Me llevaron a Estados Unidos. Te escribí al convento.”

Elodie negó con la cabeza. “Nunca recibí una carta tuya. O de nadie, para ser honesta.”

“Mis abuelos debieron haber prohibido a las monjas que te pasaran los mensajes.”

Se le revolvió el estómago. Mylene le había escrito. Resultaba incomprensible y, sin embargo, sabía que era verdad, creía en la sinceridad de su voz. Los oídos le pitaron y el pulso se le aceleró. Nació un deseo de venganza en su mente, pero ¿qué podía hacer ahora? ¿Por qué las personas que decían amarlas y que se preocupaban por ellas habían impedido la comunicación entre ambas? ¿Se habían enterado sus abuelos de su relación? El odio la estaba asfixiando. A su madre por habérsela llevado a casa ese verano; a las monjas por aferrarse a unos principios religiosos que solo servían para crucificar a aquellos que se amaban sin seguir sus normas; y a los abuelos de Mylene por haberle roto el corazón cuando se la llevaron. ¿Cómo pudieron haber sido tan crueles? No podía soportar pensar en lo diferente que habría sido su vida, las

cosas que podrían haber hecho juntas, si Mylene no se hubiera ido. Porque, si pensaba en la profundidad de su pérdida, el deseo de venganza se volvería abrumador. No podía cambiar el pasado y no iba a permitir que esto se interpusiera en su futuro. Se giró hacia la oscuridad en el exterior a través de la ventana y cerró los ojos, conteniendo las lágrimas, luchando por encontrar algo positivo de aquellos momentos a los que aferrarse. "La hermana Mary no habría ocultado nada a menos que hubiera recibido instrucciones estrictas. Solía traernos galletas extra a escondidas, ¿te acuerdas? Y dejaba la puerta principal sin cerrar hasta tarde para que pudiéramos quedarnos fuera más tiempo."

"Cuando no respondiste, pensé que no querías saber nada de mí. Me alegra que no recibieras las cartas. Habría sido mucho más difícil saber que las habías leído y no habías respondido." Respiró hondo y soltó el aire. "En realidad, estaba muy preocupada por venir a Francia, sabiendo que eras la dueña del viñedo y que probablemente nuestros caminos se cruzarían. No podía llamar antes para avisarte de mi visita en caso de que te negaras a verme. Quería verte, aunque fuera duro. Es una locura, ¿no? Después de todos estos años." Mylene extendió la mano y le acarició el brazo. "Es tan bueno verte."

Elodie se quedó helada por el contacto. Esto era muy confuso. Movió la cabeza en un intento por ordenar sus pensamientos, tranquilizarse y calmarse. Hubo un tiempo en el que el contacto de Mylene habría sido más que bienvenido, alentador incluso, pero había muchas cosas sin hablar entre ellas y no podía pensar con claridad. Anhelaba la cercanía que alguna vez compartieron y, sin embargo, todo entre ellas era diferente ahora. Era *ella* quien no estaba preparada para esto, no lo había planeado, aunque su corazón no se había olvidado de ella. Ahora vibraba con un ritmo pesado y anhelante, una fusión de amor y pérdida. Se acercó a ella y la abrazó con más fuerza, como si se estuviera agarrando a algo que le habían arrebatado antes de que pudieran desarrollarlo por completo. La sentía familiar y reconfortante en sus

brazos, pero la soltó y dio un paso atrás. El perfume floral que flotaba en el aire desencadenó un recuerdo del jabón que habían usado en el convento y de una ducha que habían compartido. Se aclaró la garganta. "¿Tinto o blanco?"

"Tinto, por favor."

Elodie oyó el ruido de los tacones de Kaye en el suelo de madera debajo de ellas, haciéndose más fuerte a medida que subía las escaleras. Se volvió hacia la puerta justo cuando Kaye entró en la habitación, resoplando y con las mejillas enrojecidas. Kaye la miró con el ceño fruncido que rápidamente se convirtió en una gran sonrisa cuando reconoció a la mujer frente a Elodie.

"Kaye, ella es Mylene. Mylene, esta es Kaye."

Kaye dio un paso hacia Mylene con la mano extendida. "Hola. Ya nos hemos conocido antes."

Elodie observó las similitudes entre las dos mujeres. Ambas tenían los ojos azules, que cambiaban de tono dependiendo de la luz, aunque la tez de Mylene era ligeramente más oscura que la de Kaye. La curiosidad y el sentido de la aventura que había conocido con Mylene mientras exploraban el convento juntas, también lo había visto con Kaye. Ambas tenían un comportamiento amable y discreto. Ambas eran mujeres hermosas que habían reclamado un lugar en su corazón.

Mylene tomó la mano de Kaye. "En el spa, por supuesto. Es un placer volverte a ver." Mylene desvió la mirada hacia Elodie. "Eh, os estoy interrumpiendo. Debería irme."

Kaye negó con la cabeza. "En absoluto." Se volvió hacia Elodie. "¿Os conocéis de antes?"

Elodie se acercó a la mesa. "Sí. Hace mucho tiempo. ¿Te apetece tinto o blanco?"

Kaye miró las copas que había sobre la mesa. "Tomaré lo mismo que vosotras, gracias."

"Fuimos juntas al colegio cuando éramos niñas, el Convento del Sagrado Corazón en París," explicó Elodie.

"¿Y no os habéis visto desde entonces?"

"No," contestó Mylene. "Aunque lo intenté. Pero parece que mis intentos fueron frustrados por el deseo de mis abuelos de guardarme de los pecados del diablo." Se rió y miró a Elodie con los ojos entrecerrados.

Elodie se rió también. "Yo no era el diablo precisamente. Y tampoco era quien se preocupaba por no ir al cielo." No ir al cielo había sido la máxima amenaza que las monjas les habían impuesto cuando se quedaron sin otras opciones de castigo. Elodie sabía que la hermana Mary no creía en la amenaza porque siempre la había pronunciado con una sonrisa.

"Hace años que abandoné la idea de ir al cielo. Demasiados pecados por mi parte," comentó Mylene.

Elodie se rió. Kaye las miró alternativamente con una media sonrisa.

"Bueno, os dejo disfrutar de vuestra velada." Mylene dirigió una inclinación de la cabeza a Kaye y luego centró su atención en Elodie. "Esperaba que pudiéramos hablar de negocios en algún momento. Mi cliente está interesado en comprar tu vino."

Elodie asintió. "Quedemos para comer y luego podemos ponernos al día con los viejos tiempos."

"Aquí tienes mi tarjeta." Mylene la puso sobre la mesa y se acercó a Kaye. La tomó por los hombros y la besó en la mejilla. "Disfruta de tu velada."

"Tú también."

Mylene se acercó a Elodie. Dudó un momento, atrapada todavía por la conmoción que ralentizaba su pensamiento, pero la atrajo hacia ella. La besó en ambas mejillas y, cuando se separaron, bajó la cabeza y se aclaró la garganta, plenamente consciente de que Kaye la estaba observando.

"Te acompaño a la salida," dijo Elodie, y la guió escaleras abajo.

Podía sentir el calor que irradiaba Mylene en la corta distancia que había entre ellas y se sintió atraída por el sabor del cacao y las galletas de mantequilla y un profundo sentimiento de pertenencia. "No puedo expresar lo maravilloso que es verte después de todo este tiempo."

Mylene levantó la mano y le pasó un dedo por la mejilla. "Nunca te olvidé," dijo, y cruzó la puerta.

Un escalofrío le recorrió la piel mientras cerraba la puerta. No había esperado volver a ver a Mylene ni en un millón de años. Movió la cabeza. La sensación de pesadez en su estómago había surgido de la nada. Su camino de vuelta a las escaleras era lento. El pasado era el pasado y no podía recrearse dieciocho años después. Había demasiados años de diferencia que las separaban. Conocía la teoría, pero todavía le dolía el corazón. Mylene había intentado contactar con ella, había intentado estar en contacto con ella. No la había abandonado. Aún así, sus pensamientos parecían que se fusionaban y se volvían incoherentes. Todo este tiempo se había sentido abandonada por su primer amor cuando, tal vez, Mylene había seguido amándola todo este tiempo. Si lo hubiera sabido, habría luchado por estar con ella. Y habría ganado. Nunca se le había ocurrido que Mylene había sido tan abandonada por Elodie como ella por Mylene. ¿Por qué iba a pensarlo? Notó un sabor amargo en su garganta. No podía seguir con esos pensamientos agónicos y arruinar su velada con Kaye. *No puedo cambiar el pasado.*

Se detuvo un momento al pie de las escaleras y miró hacia la entreplanta. Kaye la estaba esperando. *Kaye te abandonará,* dijo la

voz en su cabeza y ese sentimiento se volvió sólido. Mylene había vuelto. Incluso después de todos estos años, nunca te había abandonado. Descartó la voz y subió las escaleras de dos en dos.

"Lo siento. No he visto a Mylene desde que éramos adolescentes. Fue una sorpresa inesperada." Besó a Kaye. La calidez y la ternura de sus labios disiparon la niebla que se había formado en su mente, aunque la voz en su mente persistía en burlarse de ella. Dedicarle su atención a Kaye ayudaría.

Kaye le acarició la mejilla. "Ella significó algo importante para ti, ¿verdad?"

Elodie cogió su copa. La mano le temblaba. Tenía que hablar con Kaye, era lo justo ser honesta con ella. Llena de temor, la vieja herida se volvió a abrir y estaba en carne viva. Lentamente llevó a Kaye al sofá. "Deja que te cuente sobre el convento."

# 16.

Kaye se sentó en el sofá con la mente confusa. Había intuido inmediatamente la conexión entre Elodie y Mylene. Tenían un vínculo que claramente había sobrevivido a la prueba del tiempo transcurrido. Había visto la profundidad de los sentimientos de Mylene por Elodie en su mirada, que se prolongó más que la propia conversación entre ellas, en la dulzura de su sonrisa y en la lenta cadencia de su voz cuando se dirigía a Elodie. No debería importar. Elodie era libre de vivir su vida, al igual que Kaye. Sin ataduras, ¿verdad? Tenía que hacer que no importara.

La copa temblaba entre sus dedos fríos y el estómago le revoloteaba. Dejó la copa pero no pudo relajarse. El dolor en su garganta era similar a la sensación que había tenido momentos antes de que Sylvie le diera el golpe definitivo y que había desencadenado todo lo que había ocurrido después. Se echó hacia adelante y presionó las rodillas con fuerza. No podía permitirse sentirse así.

"Mylene fue hace mucho tiempo. Fue mi primer amor, pero tienes que entender el contexto. Era especial para mí por muchas razones."

¿Por qué se le aceleró el corazón cuando Elodie admitió su amor? Todo el mundo tenía un amor de colegio o un primer amor que transformó su visión del mundo para siempre y, a veces, para mejor. Era un rito de iniciación, una parte natural de la adolescencia. El de Kaye había sido Libby Hurst, con sus rizos rubios y unas grandes paletas por las que podía silbar. Kaye tenía siete años y Libby ocho. Pasaban el tiempo juntas en el patio del colegio,

trepaban árboles y rescataban gusanos de los chicos, que los cortaban solo para ver qué pasaba.

"Navidad de 1999."

Elodie quedó sumida en una tranquila contemplación. Le temblaban un poco las manos y dejó escapar un largo suspiro. Kaye sintió el impulso de abrazarla, pero se contuvo.

"Había estado mirando por la ventana durante horas esperando a que mi madre me recogiera, viendo cómo la nieve se hacía más espesa. Era precioso. Me gusta la nieve." Le sonrió con nostalgia y volvió a sus recuerdos. "Sabía que no iba a venir…Nunca lo hizo." Se le llenaron los ojos de lágrimas y bajó la mirada. "Las monjas solían hacernos usar esas faldas y esas chaquetas de lana rígidas que picaban muchísimo, y nuestras habitaciones eran demasiado oscuras para estudiar, hacía calor y era sofocante. Los radiadores hacían ruido y las tablas del suelo crujían. Era como un hogar que no era el mío. Quería huir de todo eso y sentir el aire frío quemarme las mejillas para calmar el dolor."

Kaye no pudo resistir más el impulso. Tomó la mano de Elodie y la envolvió en la suya.

"Era un lugar medianamente agradable. Nos educaban con reglas estrictas." Se secó los ojos y sonrió. "¿Sabías que no es propio de una dama que la vean retozando en la nieve?" Se rió entre dientes.

Ese humor amable hizo que Kaye sonriera brevemente.

"La hermana Mary era amable. Solía traerme chocolate caliente y galletas de mantequilla y yo las mojaba en el chocolate. Todavía puedo sentir su sabor cuando pienso en el convento. Siempre me miraba con ojos tristes. Y en todas las fiestas insistía en que mi madre vendría. Aprendí a que no me importara. Me había decepcionado demasiadas veces como para tener esperanza, aunque, aún así, me rompía el corazón. Hasta que Mylene y yo…"

Kaye movió la cabeza, con el corazón dolorido por la compasión. ¿Quién le haría algo así a alguien a quien amaba? ¿A una niña?

"Mi madre había querido un hijo para que se hiciera cargo del negocio, pero me tuvo a mí. Quería un marido que la apoyara y nos abandonó a ambas. Por supuesto, todo era culpa mía. Y mientras estaba ocupada tratando de satisfacer sus propias necesidades, no pensó en las mías, ni por un segundo. Los abuelos de Mylene eran sus tutores legales porque sus padres habían muerto en un accidente de tráfico. Tampoco parecía que ellos quisieran tenerla cerca, porque pasaba casi todas las vacaciones en el convento. Nos hicimos amigas con los años y, entonces, un verano, nos descubrimos." Elodie miró a Kaye y sonrió, luego su expresión se volvió reflexiva de nuevo. "Cuando volví de las vacaciones de ese verano, ella se había ido sin despedirse. No tenía forma de ponerme en contacto con ella. Me sentí completamente sola y rota."

Kaye le acarició la mano con el pulgar. Sonaba horrible. Kaye tenía hermanos y una hermana, una familia muy unida. Ellos reían juntos, jugaban juntos y discutían entre ellos. Ella había conocido lo que Elodie nunca había tenido, un vínculo de amor que trascendía todo. Su hermano mayor luchó por protegerla a ella y a sus otros hermanos y ella había defendido a su hermana menor cuando necesitó su apoyo.  Elodie no tenía a nadie a su lado. Había encontrado una amiga y esa amiga le había sido arrebatada sin una sola explicación. Debió haberse sentido muy perdida y asustada. El dolor en su corazón se hizo más profundo y acarició la mano de Elodie con más fuerza, sin querer soltarla.

"Mi madre bebía demasiado, antes incluso de que yo fuera a la universidad para obtener mi título. Cuando no se presentó a mi graduación, no fue una gran sorpresa. Más tarde, mientras yo estaba haciendo las maletas para volver a casa, apareció la policía y me dijo que se había quitado la vida. Había dejado el viñedo en un auténtico desastre, con deudas de casi dos millones."

Kaye se llevó la mano que le quedaba libre al pecho, no pudo decir nada. Elodie le apretó la mano con más fuerza. Soltó un resoplido y a Kaye le sonó como el ruido que haría un niño de ser valiente mientras aparta algo que le duele profundamente.

"Me encantaba ir a la biblioteca. Era mi lugar favorito para esconderme. Me encantaba el olor de la madera encerada y el cuero. Solía leer mucho. Desde historia antigua hasta astrofísica, matemáticas, arte y literatura. No soy tan creativa como tú, solo he almacenado muchos hechos e información. Tenían una sección de ficción femenina y Mylene había escondido un libro en uno de los estantes, *El color púrpura.* Si las monjas sabían que estaba allí, nunca dijeron nada ni lo quitaron. Leer sobre el mundo de Celie me hizo sentir mucho mejor con respecto al mío durante un tiempo. Me dio el coraje para ser yo misma. ¿Sabes? Mylene estaba muy preocupada porque el mundo terminara esas navidades con el virus del milenio." Se rió.

Kaye se inclinó y le dio un beso en la mejilla. "Lo siento mucho."

Elodie la miró fijamente. "No soy tan fuerte como tú. Ni siquiera soy tan fuerte como pensaba. Es fácil ocultar la debilidad en la comodidad y en la familiaridad."

"Creo que eres increíble."

"Los negocios son fáciles. Son concretos o, al menos, se pueden calcular los riesgos. No desafían mi corazón. Las relaciones siempre han sido…difíciles para mí."

"¿En qué sentido?" le preguntó con el corazón acelerado. El dolor que vio en los ojos de Elodie lo sintió en su propio pecho, haciendo que le resultara difícil incluso respirar. El sonido de su propia respiración se hizo más fuerte, también el de Elodie. Bajó la mirada y observó sus nudillos, blancos por la fuerza con la que agarraba la mano de Elodie. Se dio cuenta de que, al mismo tiempo,

estaba dificultando el flujo de sangre en la mano de Elodie, y suavizó su contacto.

Se le había formado una ligera capa de sudor en las mejillas y la frente, su piel estaba pálida y su mano estaba húmeda y fría. Retiró la mano de la de Kaye, parpadeó y se secó el sudor de la parte superior del labio. Miró a Kaye, aunque ésta no sentía que la estuviera viendo.

"No puedo afrontar el rechazo, así que me mantengo alejada de las relaciones. Es más fácil para todos de esa manera."

Kaye soltó un largo suspiro, temblando por dentro. No sabía cómo responder a lo que Elodie acababa de decirle, aunque no era una novedad. El problema era la fuerza de sus sentimientos por Elodie, cuyo significado la había golpeado como una tonelada de ladrillos. Quería estar con ella. Pero Elodie acababa de confirmar que no podía tener una relación. "Ya lo suponía," dijo en voz baja y con un gran dolor en el corazón. Tomó de nuevo la mano de Elodie entre las suyas y se la llevó a los labios. "El rechazo nunca es fácil de aceptar."

"Lo sé. No es que no quiera intentarlo. No confío en mí misma, no confío en que no aleje a la persona que amo. ¿Sabes a qué me refiero?"

Kaye negó con la cabeza. Elodie parecía apagada. "Mi matrimonio no resultó ser bueno, ¿sabes?"

"Al menos tuviste el coraje de intentarlo."

"Y lo intentaré de nuevo."

"Un día encontrarás a alguien que te merezca, alguien que te ame como tú mereces ser amada."

Kaye le soltó la mano y se aclaró la voz. "Bueno, todavía hay tiempo para ti también. Mylene ha vuelto. Quizá puedas retomar la relación con ella." Las palabras se le atascaron en la garganta. No

pretendía decirlas para ponerla a prueba o para medir lo que Elodie sentía por ella comparándose con Mylene, pero, aún así, la observó atentamente para ver cómo le sonaba la propuesta.

Elodie se la quedó mirando por lo que pareció un rato largo. Sus ojos estaban más claros, llenos de emoción y abrumados por sus párpados pesados. Las líneas que se abrían en abanico desde sus ojos se hicieron más profundas y sus pestañas negras y largas estaban brillantes y húmedas. Kaye quería sostenerla entre sus brazos y no dejarla ir nunca. Quería que Elodie fuera la persona que la mereciera…y la amara.

"Eres preciosa," susurró Elodie.

Kaye le pasó los dedos por el flequillo, levantándolo de su rostro. "No me siento así ahora mismo." Una sombra se había apoderado de su corazón por el tono de la conversación que estaban manteniendo. Trató de sonreír, pero sabía que su expresión apenas había cambiado, no solo por la pena que sentía por Elodie, sino por la profundidad con la que su comentario sobre haber encontrado a alguien le había afectado. Puso su mano temblorosa sobre la mejilla de Elodie.

Elodie le mantuvo allí la mano y cerró los ojos. "Por favor, no digas eso."

La voz susurrante de Elodie le produjo otra punzada en el corazón. Elodie se acercó la palma de su mano a los labios y la besó. La garganta de Kaye se tensó mientras tragaba saliva. Tenía que hacer la pregunta que llevaba grabada en su mente desde que Mylene había aparecido. "¿La sigues amando?"

Elodie levantó la mirada al cielo por un breve momento antes de fijar sus ojos en Kaye. Negó con la cabeza lentamente. "Honestamente, no sé lo que siento ni lo que es real ahora mismo. Ella ocurrió hace mucho tiempo y yo soy una persona diferente. Ella también lo será."

Kaye se obligó a no dejar que las lágrimas se derramaran. No estaba segura de cuándo había tomado la decisión de decir lo que estaba a punto de decir, pero tenía que protegerse de sentirse realmente herida y solo había una manera de hacerlo. Irguió la espalda y respiró profundamente. "Me iré mañana." Pronunció las palabras que no quería decir y su corazón se rebeló contra ellas.

Elodie bajó la cabeza. Sus hombros cayeron con una suspiro largo, como si sus pulmones se hubieran quedado sin aire. "¿Te tienes que ir tan pronto?"

Su tono de voz bajo le desgarró el corazón. No, no había nada que la alejara de allí, de ella. Pero tenía que irse, porque no se iba a quedar allí, sentada, en medio de los asuntos pendientes de Elodie. Aunque Elodie no lo viera, había algo sin resolver entre ella y Mylene. Y tenía la impresión de que no era solo por parte de Mylene. "Ella todavía siente algo por ti."

Conocer a Elodie había sido más de lo que Kaye había soñado y le había encantado cada segundo que habían pasado juntas. Más que eso, se había sentido más unida a ella de lo que esperaba. Sentía su ausencia cuando estaba sola en la barcaza, y se había emocionado ante la posibilidad de volver a verla. El sexo entre ellas era alucinante, y los momentos que compartieron en el Salón Azul habían sido intensos y casi abrumadores. No se había tratado solo de tener un gran sexo en un lugar donde podían verlas, aunque eso era una novedad para Kaye. Había habido algo en el ambiente y en la historia que contenían las obras de arte en el Salón y en la sensación de liberación de las mujeres que se extendía a lo largo de los siglos. Toda la experiencia había sido profunda al poder compartirla con una mujer fuerte y hermosa como Elodie. Había superado sus sueños más salvajes y era algo que nunca olvidaría. Había sentido una afinidad y una conexión con esas mujeres de generaciones pasadas que no habían podido ser fieles a sus necesidades o habían sido vilipendiadas por hacerlo. Se había sentido agradecida por la libertad que ella tenía.

Siempre había sido vulnerable al poder del amor y Elodie le había conquistado el corazón. Pero no se quedaría en Sancerre para ver cómo Elodie volvía a enamorarse de Mylene. Eso haría más que romperle el corazón, le destrozaría el alma.

Sin embargo, el deseo de hacer el amor con ella una última vez era más abrumador que el sentido común, que le dictaba que debía alejarse. La voz en su cabeza se convirtió en un susurro, silenciada por el anhelo de su corazón. Hiciera lo que hiciera, se arrepentiría de una manera u otra.

Elodie se inclinó hacia ella y, con la yema del dedo, le trazó la nariz y debajo de los ojos mientras movía la cabeza. "Tienes las pecas más adorables. Son tan tenues que parecen pequeñas motas de polen. Las noté el primer día que te vi."

Kaye tembló por dentro y la última brizna de resolución que había imaginado se difuminó. Elodie no había mencionado los sentimientos de Mylene por ella, pero la forma en que la miraba ahora dejaba claro sus intenciones. Unos pocos días más no romperían su corazón más de lo que lo haría si abandonaba Sancerre el domingo. Mientras se alejara pronto, aún podría recuperarse. No tenía ningún lugar al que necesitara ir y solo uno donde quería estar.

"Por favor, no te vayas todavía. Quiero enseñarte algo."

El beso de Elodie era tierno y de súplica, los labios le temblaban mientras sonreía. Pasó su pulgar tembloroso por la barbilla y los labios de Kaye. Kaye se acercó más a ella hasta sentir su aliento cálido sobre su piel. Cuando oyó el suave gemido de Elodie al tocarse ligeramente sus bocas, se apartó y sonrió. "¿Qué quieres enseñarme?"

Elodie se pasó el dedo por los labios que Kaye acababa de besar. "Me gustaría tu consejo creativo para un proyecto en el que estoy trabajando."

Kaye se echó a reír, aunque le ardían los ojos. "¿Solo me quieres por mi aporte creativo?"

Kaye observó una leve preocupación en su expresión.

Elodie le rozó los labios con sus dedos. "Bueno, también te quiero para esto." Pasó un dedo por el escote de su vestido y siguió una línea por sus pechos. "Y para esto también."

Kaye jadeó. Se le aceleró el pulso. La intensidad era innegable e imparable. Quería sentir la calidez de su piel contra la suya, sus dedos dentro de ella. Besó a Elodie con fuerza y se tumbó sobre ella. Gimió cuando Elodie le levantó el vestido y movió su mano hacia el interior de su muslo. La palma de su mano estaba fría y se mantenía firme contra su sexo. El aumento de la presión que masajeaba su pecho y su pezón añadió leña al fuego que la recorría. "¿Tienes idea de lo que me haces?" Kaye volvió a gemir cuando Elodie la penetró. "Oh, Dios."

"Sí," susurró Elodie. "Conozco esa sensación."

La presión se acumuló dentro de Kaye y lentamente se moldeó hasta llenarla, la tocó tan profundamente que no quería que terminara jamás. Suspendida en la crudeza y en la complejidad de lo que compartían, su corazón se abrió por completo y dejó que Elodie entrara en él completamente. Gritó cuando llegó al orgasmo y, mientras miraba fijamente los hermosos ojos brillantes de Elodie, una lágrima se deslizó por su mejilla. Buscando una indicación de que Elodie sentía lo mismo, no encontró nada. *Sin ataduras*. Elodie era mejor en eso de lo que Kaye podría ser jamás.

Elodie le rodeó la cabeza con su mano y la acercó a ella. "Amo cuando te corres así. Me encanta"

Kaye se mordió el labio y cerró los ojos. *Amo*. La palabra salió de sus labios con tanta facilidad. Si la dijera y la sintiera como Kaye quería oírla. Ese pensamiento se fue de su mente cuando los labios suaves de Elodie se encontraron con los suyos y una calidez la envolvió. Mordisqueó el labio de Elodie y la besó profundamente.

Deslizó la mano por debajo de su camisa y disfrutó de la textura de su pezón mientras se transformaba con su tacto. Elodie la besó con más fuerza. Mientras deslizaba su mano por el interior de su cintura y bajaba hasta la humedad entre sus piernas, Elodie gimió en su boca. Iba a hacer que se corriera de tal manera que no lo olvidara nunca y se quedaría y le echaría un vistazo al jodido proyecto, porque no podía decidirse a irse ahora mismo. No había tenido suficiente de ella como para dejarla ir. "Cuando tenemos deseo, actuamos para hacer el sueño realidad." Las palabras de Françoise resonaron en su mente. Kaye sentía deseo por Elodie y estaba haciendo todo lo posible para actuar en consecuencia. También sentía el deseo de Elodie por ella. Pero, ¿eran deseo y amor lo mismo? "No puedes obligar a nadie a amarte." La respuesta de Elodie le atormentaba la mente y el corazón. No, no podía obligar a Elodie a que la amara. Pero tampoco podía dejar de amar a Elodie. Hasta que Kaye decidiera que estaba lista para irse y seguir adelante, hasta que no pudiera soportar lo que pudiera surgir entre Elodie y Mylene, disfrutaría su relación *sin ataduras* por la experiencia de liberación que suponía. Siempre podría albergar esperanzas.

# 17.

Un rayo de luz se coló por las contraventanas y cayó sobre el rostro de Kaye. Sus pestañas parpadearon y sus labios hicieron pequeños movimientos. Sus mejillas tenían un suave brillo dorado y las sombras que una vez habían oscurecido sus ojos habían desaparecido. Estaba despeinada y olía a calidez y sexo. Elodie quería besar cada milímetro de su maravilloso cuerpo, quería levantar suavemente los mechones de cabello suelto que caían sobre su rostro. Quería sentir sus labios suaves contra los suyos, sus cuerpos apretados y su sexo deslizándose contra el muslo suave y firme de Kaye.

Apoyó la cabeza en su mano y reflexionó, agotada emocionalmente por la conversación de la noche anterior. Había conseguido que Kaye retrasara su salida y echara un vistazo al castillo, pero ¿a qué precio?

Ver a Mylene le había devuelto viejos sentimientos de recuerdos entrañables y sí, había asuntos pendientes entre ellas. Habían tenido algo especial e inocente y se lo habían arrebatado a ambas. El tiempo había curado el dolor hasta cierto punto. El hecho de que Mylene hubiera intentado ponerse en contacto con ella y que los mecanismos que se habían puesto en marcha para impedir que tuvieran contacto hubieran tenido éxito, era reconfortante y frustrante a la vez. Quizá si su relación hubiera seguido su curso, probablemente habría llegado a un final natural, como la mayoría de los enamoramientos adolescentes. Ese no era el tema. No era un asunto racional sino emocional. Su respuesta instintiva era querer causar dolor a los responsables de separarlas. Hizo algo que no

había hecho desde la infancia. Respiró profundamente y dejó escapar un grito silencioso.

La vulnerabilidad que había sentido al confesarle a Kaye que no tenía relaciones duraderas estaba grabada firmemente en su piel. El velo de su mundo interior se había bajado y los elementos que la erosionaban podían alcanzarla con facilidad. Otras mujeres ya se habrían alejado de ella, si les hubiera permitido acercarse. Sus deseos siempre habrían sido más grandes y más urgentes que su tolerancia por su talón de Aquiles. Eso es lo que se había dicho a sí misma para mantener la distancia.

Kaye la había abrazado y le había hecho el amor, complicándolo todo y reforzando el vínculo entre ellas. Elodie temía la magnitud del dolor que, inevitablemente, sentiría en ausencia de Kaye. Se negaría la tristeza, la empujaría hábilmente a un rincón de su mente, y más tarde, volvería a encontrar y a seguir su ritmo natural. Respiró profundamente y se giró para mirar a Kaye.

El pecho de Kaye subía y bajaba a un ritmo lento y tranquilo. Su boca curvada un poco hacia abajo y unas líneas estrechas marcadas en su frente. Se preguntó qué sueño estaría produciendo esa apariencia ligeramente preocupada. Pero no impidió que Kaye estuviera maravillosamente apetecible. Quizás era el sueño lo que hacía que estuviera más hermosa de lo normal. O tal vez era el hecho de que Elodie se sentía indefensa a su alrededor pero segura en sus brazos. Kaye murmuró algo y Elodie sintió la necesidad de despertarla. Tener tiempo, aunque limitado, era algo que no había sido posible con Mylene. Incluso sus aventuras en la universidad habían llegado a su fin de inmediato, teniendo en cuenta que las otras mujeres se lanzaban a los brazos de otra mujer y no volvían a dirigirle la palabra jamás. Convencería a Kaye para que se quedara a ayudarla con el proyecto del castillo y aprovecharía cada segundo.

Kaye se movió, le pasó la pierna sobre el estómago y murmuró algo incoherente.

Elodie la atrajo hacia el hueco de su brazo y la besó en la cabeza. Olía casi imperceptiblemente a naranjas y…a Kaye. "¿Estás despierta?"

"Más o menos," susurró Kaye y le rodeó la cintura con un brazo. "Creo que me mataste anoche."

"Todavía respiras."

"Eso es verdad. Parece que la mañana ha llegado muy rápido."

"Hueles de maravilla."

"Huelo a sexo."

"Es embriagador."

Kaye gimió. Elodie la besó de nuevo en la cabeza, la luz se hizo más intensa en la habitación y se acurrucó contra su cuerpo suave y tostado. Kaye movió la mano para cubrir el pecho de Elodie.

Elodie se estremeció. Tiró de ella para acercarla más. "¿Alguna vez has querido tener hijos?"

Hubo un breve silencio y Elodie se preguntó por qué había hecho esa pregunta. Tal vez era otro aspecto de su vida que había negado. ¿Quería *ella* tener hijos?

"Sí. Pero me di cuenta de que no podía tenerlos con Sylvie. Ella no era muy cariñosa y los niños deberían sentirse amados por sus padres."

Elodie la apretó con más fuerza. Ella lo sabía mejor que la mayoría de la gente.

"¿Nunca pensaste *tú* en tener hijos?" le preguntó Kaye.

"No. No tenía fe ni confiaba en mí misma para no terminar siendo como mi madre o mi padre."

Kaye levantó la cabeza y la miró con los ojos entrecerrados. "No te pareces en nada a tu madre."

Elodie resopló alegremente mientras le apartaba el cabello de la cara y lo pasaba por detrás de su oreja. Volvió a caerse de inmediato. "Tú no la conociste."

"No necesito haberla conocido para saberlo. Tú eres amable y cariñosa y…y no, tú no abandonarías a tus hijos. Así que tampoco eres como tu padre. No te pareces a ninguno de ellos," dijo moviendo la cabeza.

La intensidad en su mirada hizo que el corazón de Elodie se derritiera. La besó con ternura. "Quizás tengas razón."

"Por supuesto que tengo razón."

Elodie le sostuvo la mirada. "¿Qué echas de menos de estar casada?"

Kaye bajó la mirada. "Ahora mismo nada."

"¿Qué harías de manera diferente si tuvieras la oportunidad?"

Kaye suspiró. "Aparte de no casarme en primer lugar, debería haber cuestionado su comportamiento. Prefiero una vida tranquila, pero he aprendido que a veces tienes que luchar por ti. Luchar por tu cordura, luchar por tu vida."

"Sí," susurró Elodie. Ella había aprendido a sobrevivir por diferentes razones, pero el instinto era el mismo.

"Tal vez en el futuro eche algo de menos, pero no sé qué podría ser. Desde luego no echo de menos las cosas malas, los malos momentos."

Elodie pensó en su experiencia de dejar el convento para ir a la universidad. Había estado físicamente enferma. Había sentido como si su vida estuviera llegando a su fin. Todo lo relacionado con estar en el convento le había hecho sentirse segura, a salvo, y se lo

habían arrebatado. La idea de ir a la universidad también la había entusiasmado, pero significaba conocer gente nueva y nuevas relaciones, y no había estado preparada para ninguna de las dos cosas. Había echado muchísimo de menos a las monjas durante seis meses o más. "¿Y qué hay de la comodidad y la seguridad?"

"Me sentía cómoda y segura en una relación disfuncional porque no podía ver que había algo mejor para mí en el exterior. Es demasiado fácil dejarse llevar por una ilusión de felicidad."

"Hmm." Elodie pensó en el club. Había sido feliz de ser parte de él hasta hacía poco. Había habido otras amantes con las que podría haber sido más cercana en la universidad, pero nunca había bajado la guardia lo suficiente para dejarlas entrar. Siempre había sabido que se iría de allí y volvería a Sancerre.

Elodie creía en el amor porque lo había experimentado, aunque brevemente. Sentir amor por otra persona, sentirse amada y aferrarse al amor eran aspectos diferentes del amor. Lo que había sentido las primeras veces que se había sentido abandonada por su madre, la última vez que la madre la abandonó para siempre y cuando Mylene no regresó a la escuela, la había hecho sentir impotente. Ahora lo sentía. Su pecho se hizo duro. Resistió y ganó.

Kaye se deshizo de su brazo, se apoyó sobre el codo y le acarició la mejilla. "¿Eres feliz?"

Elodie sintió un vuelco en el estómago. "En cierto modo." No estaba mintiendo. Sostuvo la mirada suave de Kaye. "No sabemos lo que nos estamos perdiendo hasta que algo o *alguien* llega y nos lo muestra. Creo que fuiste valiente al divorciarte y no tener a nadie más en tu vida."

Kaye frunció aún más el ceño. "Tú no tienes a nadie en tu vida."

"Eso es diferente. Yo nunca he vivido con nadie, pero he tenido la compañía de otras mujeres siempre que he querido. Hay comodidad y seguridad en eso. Se ha convertido en mi status quo.

Supongo que es un poco como estar casada." No estaba segura de hacia dónde estaba derivando la conversación porque el confort que el club le proporcionaba, y el convento antes de él, no parecía suficiente para sostenerla ahora.

Kaye soltó una leve risa. "Así que ¿te ves a ti misma como casada con el club?"

Se le hizo un nudo en el estómago y bajó la mirada. De alguna manera lo estaba. Todavía no se había permitido soñar con las posibilidades que tenía que no implicaran trabajar en el viñedo o el club.

"Eh," dijo Kaye suavemente, y le acarició la mejilla.

"Lo siento, yo…"

"Está bien." Kaye respiró profundamente y apoyó su mano sobre el pecho de Elodie. "Te han decepcionado las personas a las que más querías. Me resulta difícil identificarme con eso. Yo tuve suerte, tuve una familia que me apoyaba. Creo que evitaría las relaciones si estuviera en tu lugar. Pero ¿cómo evitas enamorarte?"

*No lo haces. Simplemente no te engañas a ti misma pensando que durará siempre*. Elodie envolvió la mano de Kaye con la suya. "¿No tienes miedo de que te hagan daño de nuevo?"

Kaye miró hacia otro lado, más allá de la cama, quizá más allá de la habitación y hacia la etérea sabiduría colectiva a la que se había referido Elodie. "Por supuesto. Tengo un miedo terrible a enamorarme otra vez, por si pierdo a esa persona. Me preocupa confiar en alguien y que me engañen. Y no quiero estar en una relación con alguien que intente controlarme cada uno de mis movimientos y a decirme que soy patética."

Elodie acercó a Kaye y la abrazó con fuerza. Nunca le haría eso, no deliberadamente, a nadie y, desde luego, no a Kaye. Seguirían siendo buenas amigas y eso sería mejor que hacerse daño mutuamente.

"Pero si nunca más me arriesgo, si cierro mi corazón, nunca experimentaré el sentimiento más profundo de amor posible. Creo que eso sería más aterrador, muy vacío. Necesito expresar amor y sentir el tipo de amor que viene con el compromiso. Si no lo hago, seguramente será solo una existencia vacía."

Era el momento de aligerar la conversación, si no, el día se vería empañado por las deficiencias de Elodie y no quería que se lo recordaran. "¿Podemos hablar de otra cosa?"

Kaye se deshizo del abrazo y salió de la cama. La besó con firmeza en los labios y sonrió. "Necesito el baño, y sí."

Elodie observó las caderas de Kaye, balanceándose suavemente mientras se movía por la habitación. "Tienes un trasero fantástico."

Kaye se echó a reír. "Bueno, entonces, ¿no vives en el castillo?" preguntó desde el baño en suite.

"No desde que murió mi madre."

Se escuchó el sonido del agua corriendo y luego apareció Kaye en la puerta vestida con un albornoz y dándose palmaditas en la cara con una toalla. "¿Y ha estado cerrado todo ese tiempo?"

Elodie se colocó las manos sobre la nuca. "Más o menos. Una empleada de la limpieza viene todos los días y hay un mantenimiento constante, pero…" Iba a decir que odiaba el lugar, pero no quería ofender a la historiadora que había en Kaye y esperaba que ella le ofreciera su aporte creativo para tentarla a volver algún día. "¿Te gustaría echar un vistazo?"

Kaye sonrió. "Me encantaría."

Elodie saltó de la cama, corrió hacia ella y la besó en la nariz. "Entonces será un placer, alteza." Hizo una reverencia y se rió. "No puedo esperar a ver tus ideas de diseño…y otras cosas." Arqueó las cejas y sonrió.

Kaye extendió la mano y pasó los dedos por el cabello de Elodie. "Haré lo mejor que pueda." La miró durante un largo momento, puso el pulgar sobre sus labios y miró hacia otro lado. "Siempre y cuando prometas no portarte bien."

"Eso está hecho," dijo Elodie riéndose entre dientes, aunque tuvo la impresión de que Kaye había querido decir algo más cuando se dirigía a la ducha.

Sintió el agua fría contra su piel. Un escalofrío le recorrió el cuerpo hasta que se puso a temblar. Abrió el agua caliente, pero eso no impidió que sus manos temblaran.

***

El castillo tenía dos alas, con once habitaciones con baño privado, tres cuartos de baño adicionales para invitados, dos cocinas que servían a los dos comedores separados, cinco salas de recepción, una biblioteca, un despacho y un gran vestíbulo.

"¿Qué piensas?", preguntó Elodie mientras estaban de pie en el comedor más pequeño de los dos.

La mesa grande tenía capacidad para veintidós invitados, con un espacio de medio metro entre cada puesto. De pequeña, Elodie se sentaba frente a su abuela, cada una con su propio salero y pimentero, y la distancia era tanta que, aunque alargaran los brazos, no llegaban a tocarse. Tampoco es que se atreviera a intentarlo siquiera. La etiqueta dictaba un comportamiento modelo, incluso en ausencia de invitados. Los retratos que colgaban por la habitación, rostros adustos de parientes antiguos cuyos ojos siempre la habían asustado cuando era niña, todavía le ponían los pelos de punta, como si la estuvieran juzgando con estándares que nunca lograría alcanzar. Había un fuerte olor a madera recién aceitada y un olor a humedad que amenazaba su agradable aroma. Se le encogió el estómago.

Kaye miró alrededor de la habitación con los ojos muy abiertos y una sonrisa radiante. Era como la luz del sol que arrojaba

brillo y claridad a la vida sombría que Elodie había llevado allí.

"Es magnífico."

Elodie escudriñó las paredes hasta las grandes molduras decoradas que parecían dominar los techos. "Desde luego tiene historia."

"Más que eso. Es notable. La artesanía en la cómoda y la mesa, los detalles de la alfombra persa. Vale, los retratos son un poco intimidantes y las paredes son más oscuras de lo que deberían. Necesita un cambio de imagen, pero esas cosas se pueden cambiar fácilmente. Es un espacio magnífico para trabajar."

"Mi abuelo hizo importar la alfombra desde la India. Debe tener más de cien años. Nunca lo conocí. Debo confesar que odio los retratos."

"La alfombra es más grande que todo el apartamento de Courtney."

Elodie se rió más de lo que era normal. Se mordió el labio. ¿Qué era Courtney para Kaye?

"En serio," dijo Kaye.

Elodie se contuvo. "No quise decir…"

Kaye sonrió. "Te estoy tomando el pelo. Está bien. Tienes una risa maravillosa."

Elodie estudió a Kaye. "¿Quién es Courtney?" preguntó, tratando de mantener la pregunta casual, aunque la respuesta de Kaye podría tener implicaciones importantes.

"Somos buenas amigas. Nos conocimos en la universidad y trabajamos juntas en Londres. Es la mejor amiga que tengo."

La última frase la pronunció en voz baja y con tono cansado, como si estuviera reflexionando sobre la naturaleza de su relación con Courtney.

Bajó la barbilla y la miró con los ojos entrecerrados. "Nunca hemos sido amantes, si eso es lo que te estás preguntando. No es mi tipo."

Elodie tenía un nudo en la garganta y tragó saliva. "Deberías ver el tamaño de los dormitorios."

Kaye se rió entre dientes. "Eres tan encantadora, Elodie Marchand."

"Yo…"

Kaye le dirigió una mirada que decía que le estaba tomando el pelo. Elodie sintió la calidez en su interior. Había olvidado lo que era estar libre de preocupaciones. Kaye no solo iluminaba una habitación, iluminaba su mundo. "¿Te gustaría aconsejarme qué hacer con ellos?" Atrajo a Kaye hacia ella y, cuando sus labios se tocaron, Kaye le rodeó el cuello con sus brazos y la besó con fuerza y seguridad. Cuando dejaron de besarse, Elodie tenía el corazón acelerado y su respiración entrecortada.

Kaye sonrió. "Los dormitorios dices."

Kaye no había respondido a la pregunta. Elodie subió las escaleras a pasos rápidos. "Creo que hay algo que te gustará."

"Ahora mismo me está gustando tu trasero. No estoy segura de que haya mucho más que pueda superarlo."

Elodie se giró y sonrió. "Esto sí, te lo prometo." Tomó la mano de Kaye cuando llegaron a lo alto de las escaleras y la condujo por un pasillo largo con papel pintado con muchos dibujos y una estructura de techo arqueada. La alfombra estaba raída en los lugares donde se había pisado mucho. Un camino bien señalado las llevó a la habitación al final del castillo, Elodie lo encaró ahora con una sonrisa. Había sido la habitación de su abuela. La puerta chirrió cuando la abrió. En comparación con la oscuridad del pasillo, la amplia habitación con grandes ventanas en los tres lados era luminosa, aunque el aire estaba viciado y tenía el mismo olor a

humedad que el resto de la casa. La cama con dosel, en la que podrían dormir perfectamente cuatro adultos, y el gran tocador y la silla, dominaban el espacio. Elodie se dirigió a los armarios empotrados y abrió las puertas.

Kaye se acercó a la ventana central y miró al exterior. "Es impresionante."

Elodie rebuscó entre la ropa de los percheros. "Se puede ver prácticamente toda la finca desde estas tres ventanas," dijo, concentrada en lo que estaba buscando. Abrió la caja que había estado buscando y sacó la prenda. *Perfecto*. Se acercó a la ventana donde estaba Kaye y le mostró el vestido. "¿Qué te parece?"

La mirada de Kaye se movió del vestido a Elodie y de nuevo al vestido, con la boca abierta y los ojos de par en par. Tomó el material con suavidad en su mano como si fuera frágil y lo dejó deslizarse entre sus dedos.

"Es el vestido más hermoso que he visto en mi vida." Los tonos azules más claros brillaban como plateados a la luz del sol. "Es un sari de seda, ¿no?"

"Era de mi abuela. Mi abuelo lo mandó hacer a mano especialmente para ella. Te quedará perfecto."

Kaye se llevó la mano a la boca, negando con la cabeza. "No. No puedo aceptarlo."

"Quiero que lo tengas. Mi abuela estaría encantada de que fuera usado. Solo se ha usado una vez. Ella tenía la esperanza de que yo lo usara en mi boda, hasta que aceptó que eso nunca iba a suceder." Elodie apoyó el vestido sobre su brazo. El peso del vestido no era rival para el que sentía en su corazón. "Sería un honor para mí si lo aceptaras. Aquí solo se pudrirá, como el resto de las cosas." Le tendió el vestido. "¿Por favor? ¿Te gustaría venir a una cena conmigo el próximo sábado? Podrías ponértelo."

Kaye movió la cabeza y pasó sus dedos por el intrincado diseño cosido en la seda.

Elodie secó una lágrima de la mejilla de Kaye. "No hay nada de qué estar triste. Mi abuela estaría encantada. Estarás deslumbrante y me gustaría que me acompañaras."

Kaye asintió. Elodie dobló el vestido y lo guardó en la caja. Dudó en hablar. No sabía si era el momento adecuado o no, pero si no mencionaba la oportunidad de inversión en Escocia, Yvette podría plantearlo en la cena y no quería arruinar una velada con Kaye enredada en discusiones sobre una propuesta de negocios. Podría no estar interesada o ni siquiera tener el dinero. No le importaba si Kaye quería invertir o no, aunque llegar a un acuerdo siempre era bueno para los negocios. Solo quería una respuesta para la próxima vez que hablara con Yvette. "¿Alguna vez has considerado invertir? Acaba de surgir una propuesta, una propiedad en Escocia, ¿te lo puedes creer?"

Kaye parpadeó y frunció el ceño. "No sé. Nunca he pensado en invertir."

"¿Qué te parece si te doy los detalles y me dices lo que piensas? Podemos hablar de ello más tarde, cuando hayas tenido tiempo de digerirlo. ¿Si quieres?"

Kaye se encogió de hombros. "De acuerdo."

Tiró de Kaye hacia ella y la besó. "Ven y dime qué tengo que hacer con mi antiguo dormitorio." Levantó las cejas y le sonrió, le tomó la mano y la condujo por el pasillo.

# 18.

La postura de la mujer le resultaba familiar, pero totalmente fuera de lugar. Kaye entrecerró los ojos mientras pedaleaba por el camino de sirgas hacia el Papillion.

Courtney estaba de pie con las manos en los bolsillos de los vaqueros. Se balanceaba mientras hablaba con Françoise en el Kanab. Se acercó más y reconoció el significado del lenguaje corporal de su amiga. Estaba intentando ligar con la vecina de Kaye. Courtney se dio la vuelta y sonrió.

Kaye se detuvo. "Vaya, ¿qué estás haciendo aquí?"

"Hola nena. ¿Sorpresa agradable?" Sonrió a Kaye y le guiñó el ojo a Françoise.

"Es una sorpresa…Sí, una sorpresa agradable. ¿A qué viene?" Se llenó de un mar de dudas mientras estudiaba a Courtney. Debería estar más contenta de verla, pero la extraña sensación de que era una compañía impuesta disminuyó su entusiasmo. Había estado disfrutando de la libertad de estar rodeada de personas que no la conocían. Curiosamente, la inesperada presencia de Courtney le pareció una amenaza, como si representara el pasado del que Kaye se había alejado. No era justo. Courtney era su amiga. Respiró profundamente y sonrió.

"Bonjour, Kaye," dijo Françoise. Mojó el pincel en la pintura roja y dio pinceladas amplias y largas por el lado de la barca.

"Bonjour, Françoise. Ya veo que has conocido a Courtney."

"Sí," respondió sonriendo.

Courtney siguió sonriendo mientras miraba a Françoise, entrecerrando los ojos por el sol. "Ha sido un placer conocerte."

"Igualmente," contestó Françoise. Miró a Kaye mientras continuaba pintando. "Que tengáis un buen día."

"¿Quizás nos veamos por aquí?" preguntó Courtney.

Françoise levantó un hombro. "Tal vez."

Kaye abrazó a Courtney con fuerza. La sensación de incomodidad se desvaneció algo. La cogió del brazo y la alejó de la barca, intentando controlar su bici con la otra mano. "No me puedo creer que estés aquí."

Courtney miró por encima del hombro. "Te tiene que gustar la forma en que ese acento se desliza de su lengua. Me pregunto qué más cosas podría hacer con ella."

"En serio. No es tu tipo."

"Yo no tengo un tipo."

"Todo el mundo tiene un tipo. Bueno, ¿cómo es que estás aquí? Creía que no podías venir."

"Estaba preocupada. No me has devuelto las llamadas."

Kaye se sonrojó. "He estado ocupada. No sabía que me habías llamado." Kaye no había usado su teléfono en todo este tiempo y se había olvidado de cargarlo. "¿Cómo me has encontrado aquí?"

"Con el mejor ingenio, nena. Llamé al lugar donde alquilaste la barcaza. Les hablé en una mezcla de francés e inglés, supliqué mucho y creo que sintieron pena por mí. Me dijeron la última esclusa por la que habías pasado. No me preguntes cómo lo sabían. Probablemente tienen un monitor en la barca para que no la robes. Y aquí estoy." Levantó las manos. "Bueno… estás…guau…genial. El

aire francés te sienta bien.” Se dio la vuelta y miró a Françoise. “Creo que yo también podría acostumbrarme a estar aquí.”

“Compórtate,” dijo Kaye y dio un gran suspiro. “¿Y si no hubiera estado aquí?”

“Bueno, habría conocido a Françoise de todos modos. No está mal,” dijo, dándole una palmada en el brazo. “No, te habría rastreado. Mis dotes de rastreo son bastante buenas, ¿no lo sabías?” dijo, y se dio un toque con el dedo en la nariz. “Bueno ¿vas a invitarme a entrar o qué? Llevo horas esperando.”

“Te las apañaste para mantenerte ocupada,” dijo Kaye sonriendo, aunque el hecho de que Courtney ya hubiera intentado ligar con Françoise le resultaba incómodo. Consideraba a su vecina una amiga y no querría que fuera la próxima víctima de Courtney. Paró en seco sus pensamientos. No era su problema y no era ella quien tenía que resolverlo. Dejó su bici a un lado del camino, pasó junto a la mochila de Courtney en la cubierta delantera y abrió la puerta de la cabina. Ese olor familiar que le resultó tan hogareño la primera vez que pisó la barca ya no era tal. La sentía como algo nuevo y transitorio, lo que era en realidad. El granero de Elodie tenía carácter. Incluso el castillo, con su olor a humedad, tenía cierto encanto. Por supuesto, ambos tenían la esencia de Elodie por todas partes y eso marcaba la diferencia.

“Acaba de comprar el barco y lo está renovando. Estuvo a segundos de invitarme a pasar para tomar una copa de vino.”

Kaye puso los ojos en blanco.

“No me estropees la ilusión. Pero es guapa.” Courtney miró hacia el Kanab. El trasero de Françoise sobresalía de la parte trasera del barco. “Y un culo bonito.”

Kaye la arrastró hacia el interior de la barca. “¿Vino o cerveza?”

“¿Tienes Sancerre?”

Tenía las tres botellas que Elodie le había dado después de la cata de vinos. Se habían estado enfriando en el frigorífico desde entonces porque había pasado la mayor parte del tiempo en compañía de Elodie, recogiendo uvas o durmiendo. Las instalaciones dentro del Papillion seguían casi tan impecablemente limpias como cuando había atracado aquí. Kaye le daba la espalda a Courtney mientras localizaba dos copas y descorchaba el vino. Courtney vería sus sentimientos por Elodie solo con mirarla y luego la perseguiría para averiguar más y ella no quería tener esa conversación. Se sentía mal y no había acabado de aceptar la realidad. Se aclaró la garganta. "Tengo este vino del viñedo en el que trabajé."

"Sobreviviste a la recogida de uvas. No es que me hubiera enterado, porque no me has llamado."

Kaye sirvió el vino y le pasó una copa. "No he usado el teléfono. La batería debe estar agotada."

"¿Qué?" Courtney frunció el ceño mientras negaba con la cabeza. "¿Quién hace eso?" Bebió un sorbo. "Oh, no está mal. Se puede beber." Dio otro sorbo y miró a su alrededor. "Esto tampoco está nada mal."

"No es agua apestosa," dijo Kaye y bebió un sorbo.

"Huele a Navidad, pero falta algo."

"Sí, falta la Navidad. Es solo octubre. Eso que hueles es el popurrí."

"Lo he supuesto. Es algo picante. Bueno, ven aquí. Te he echado de menos." Courtney dejó su copa, dio un paso para alcanzar a Kaye en la estrecha cocina y la abrazó con fuerza.

Kaye le devolvió el abrazo. "Yo también te he echado de menos," dijo. Se sentía un poco impostora. La había extrañado al principio, pero no había pensado mucho en ella desde que empezó a pasar más tiempo con Elodie. Courtney la soltó. "Bueno, ¿cómo es

que te dieron tiempo libre en el trabajo? Pensé que tenías plazos que cumplir."

Courtney agitó la mano en el aire. "Les dije que se metieran el trabajo por donde no da el sol."

Kaye puso los ojos como platos. "Caray." Recordó que Courtney le había dicho que su trabajo estaba en peligro si no alcanzaba los objetivos que le habían fijado.

"Sí. Pensé que podría seguir tu ejemplo."

"¿Y viajar?" Kaye arqueó las cejas. Hasta donde ella sabía, Courtney no tenía dinero para estar mucho tiempo sin trabajo.

"Bueno, solo por unos días. Tengo una segunda entrevista la semana que viene."

"Guau." Kaye soltó una bocanada de aire que había quedado atrapado en sus pulmones. Su sensación de alivio era mayor de lo que justificaba el tema de conversación. Aunque Courtney no había insinuado que viajaría con Kaye, por alguna razón, la idea de tener su compañía durante un largo periodo de tiempo no le sentaba bien ahora. Cuando se fue, le había preocupado que sus viajes provocaran una distancia más que física entre ellas. No había querido perderla como amiga, pero había cambiado, se había hecho más fuerte e independiente. Todavía se preocupaba por su amiga, pero no se sentía tan cercana a ella. Lo que antes se había sentido como reconfortantemente familiar entre ellas, ahora se sentía tenso y forzado. Era como si sus experiencias la llevaran a verla de una manera que antes no había visto. De hecho, se preguntaba si seguían teniendo algo en común. No era culpa de Courtney, ella era quien era. Pero quizás ese era el tema, Courtney no había cambiado y Kaye sí. "Es una buena noticia."

"Debería serlo. La primera entrevista no podría haber ido mejor." Courtney enarcó las cejas y sonrió.

Kaye conocía *esa* mirada. "¿Tuviste sexo con una mujer para tener una entrevista de trabajo?"

"¡Joder, no! ¿Por quién me tomas? Tuvimos sexo, luego estuvimos charlando mientras nos tomábamos unas copas y entonces me ofreció un trabajo. La entrevista de la semana que viene es una formalidad, pero no sabes lo excitada y extasiada que estaba al comunicar que me iba del trabajo. Creo que me estaban oprimiendo."

"¿La mujer o el trabajo?"

"Oh, mira quién tiene sentido del humor ahora. Me gusta. Has vuelto a ser la misma de antes. Oprimida por el dominio arrogante de un hombre blanco de mediana edad."

Kaye sonrió. No había vuelto a ser la misma de antes, había descubierto una nueva Kaye que era mucho mejor de lo que había sido nunca. "Ha sido refrescante alejarme de todo. Me ha dado una nueva perspectiva."

"¿Quién es ella?"

"Déjalo."

"No, en serio. Puedo verlo en tus ojos. Nunca te había visto así en ningún momento de tu matrimonio con Psico…"

"No has venido hasta aquí para desenterrar el pasado que ya he superado, ¿verdad?"

"Perdona. Venga, ¿quién es? Debe ser alguien especial para tener este efecto en ti."

"¿Qué efecto?"

"Ja. Así que hay alguien."

Kaye se ruborizó. "Se llama Elodie y somos buenas amigas."

"Nena, *nosotras* somos buenas amigas y yo no te hago sentir lo que sea que te haya puesto ese color en las mejillas y ese brillo en los ojos. Ningún barco va a chocar contra las rocas con tu cara como faro para dirigirlos."

"He cogido sol."

"Has cogido más que el sol, eso seguro. ¿Es esa mujer que conociste en el spa?"

El término *"esa mujer"* molestó a Kaye. Normalmente dejaría pasar ese tipo de comentario porque no era particularmente ofensivo, pero algo en el tono despectivo de Courtney la removió. Elodie era una de las personas más hermosas y bondadosas que había conocido nunca. Era humilde y considerada. Había hecho que Kaye se sintiera…amada. El corazón se le aceleró. Apreciada, se corrigió. Especial, como si Kaye importara. Elodie no se merecía que se refirieran a ella con un término tan frío y desconsiderado. "No es *esa mujer*."

Courtney levantó las manos y dio un paso atrás. "No quise ofender, nena."

"Lo siento. No me he expresado bien." Se estaba poniendo demasiado sensible con respecto a Elodie, cuando no tenía motivos para ello. La sensación de que le habían invadido su tiempo incrementaba su irritación con la situación. Necesitaba dejar de culpar a Courtney por algo que se escapaba de su control, cuando, en realidad, simplemente estaba frustrada porque se estaba enamorando de Elodie y Elodie no podía, o no quería, comprometerse con ella. Respiró profundamente. "Es solo que es una persona muy agradable. Ven aquí." Se acercó a Courtney y la abrazó. La embarcación era demasiado pequeña para las dos. "Bueno, ¿has reservado un hotel de cinco estrellas?" preguntó, percatándose de que la mochila de su amiga seguía en la cubierta y no quería que se acomodara en la barca. Cuando Kaye había invitado a Courtney después de llegar a Sancerre, esperaba que compartieran la pequeña litera doble. Ahora sin embargo, algo en la

estrechez de la cama y la idea de compartirla con alguien que no fuera Elodie, le resultaba extrañamente incómoda. Las amigas deberían poder compartir la cama, pero no esta cama y no con Courtney. Odiaría extender la mano mientras dormía y tocar a Courtney. Courtney podría pensar que Kaye se había liberado y había cambiado de opinión sobre el estado de su relación, y eso sería extremadamente incómodo y extraño. Y aunque estaba segura de que se reirían de ello, sabía que no podría dormir.

"Pensé que podría quedarme contigo." Courtney miró por encima del hombro hacia el comedor. "Aunque aquí estamos un poco apretadas."

Kaye llenó la copa de Courtney. "Solo son unas pocas noches. ¿Por qué no disfrutarlas con estilo en uno de los hoteles? Podemos cenar juntas y estarías más cerca de la vida nocturna."

"¿Entonces hay clubs por aquí?"

Kaye pensó en el Salón Azul y movió la cabeza. El Salón Azul sería perfecto para Courtney, con tantas mujeres con las que disfrutar del sexo casual pero, si lo hacía, empañaría el aprecio de Kaye por el espacio y su experiencia allí. Quería mantener ese recuerdo y, desde luego, no quería estar en esa habitación con Courtney teniendo sexo con otras mujeres. Sería como estar viendo a su hermana y eso no estaba bien. ¿Estaba siendo egoísta? Tal vez Elodie podría hacer algo para que Courtney fuera allí sola. Pero Courtney se refería a clubs nocturnos y Kaye no había visto nada parecido en Sancerre. "Solo hay hoteles, pensiones y restaurantes. Tienen bandas en vivo por las noches a veces…creo."

Courtney levantó un lado del labio y volvió a mirar a su alrededor. "Esto es diminuto."

"Dame tu teléfono y le preguntaré a Elodie si puede conseguirte una habitación en algún lugar. De hecho, me quedaré a pasar la noche contigo, si quieres." Un hotel estaría bien y la cama sería mucho más grande. Volvió a llenar la copa de Courtney.

Courtney desbloqueó su teléfono y se lo dio. Kaye dio un profundo suspiro. ¿Por qué se sentía tan incómoda? Llamó a Elodie y pidió un taxi y le devolvió el teléfono a su dueña. "Voy a preparar una bolsa."

"Vale. Estaré en la cubierta." Courtney escribió un mensaje en su móvil.

Le resultaba extraño no sentir el aire cálido en su rostro mientras el taxi las llevaba al pueblo. Se había acostumbrado al aire fresco cuando iba en bicicleta y, además, se había puesto más en forma. Lo prefería al aire acondicionado, que era demasiado frío, y al olor rancio a tabaco y perfume que rezumaba del asiento de tela. Le recordaba a un taxi negro de Londres después de una noche de fiesta. Todavía no podía explicar su malestar, irracional, pero era evidente por la presión que sentía en el estómago y la cabeza. No era culpa de Courtney. Françoise había dicho "Cuando sentimos una emoción que no nos gusta, primero debemos buscar la respuesta en nuestro interior en vez de culpar a algo que está sucediendo en el exterior" Suspiró levemente, sonrió a su amiga y se apoyó en su brazo. "Es fantástico verte, cariño. Discúlpame, es que me sorprendió verte aquí."

Courtney pasó su brazo por el de Kaye. "No pasa nada, nena. Debería haberte dicho que iba a venir."

"Lo intentaste," dijo Kaye, recordándole que Mylene había intentado contactar con Elodie en el convento.

El hotel boutique era una joya escondida. Su fachada de tres pisos se elevaba hacia el cielo desde una calle de un solo carril que no tenía aceras. Los pocos coches que pasaban lo hacían lentamente y en una sola dirección. Era un hotel discreto. A excepción del cartel pequeño sobre su puerta y los símbolos que lo identificaban como un aclamado alojamiento de cinco estrellas, su entrada principal se asemejaba a las propiedades residenciales más bajas a ambos lados. En el interior, el salón tenía un techo bajo con vigas y una gran chimenea de piedra blanquecina, donde destacaba una estufa de

aga en su interior. El hotel tenía un aire sencillo. Estaba limpio y con solo seis habitaciones para huéspedes, era un santuario de tranquilidad.

"Esto es peculiar," dijo Courtney mientras echaba un vistazo al salón.

"Elodie dice que tiene una de las mejores reputaciones del pueblo."

Kaye sonrió al recibir la llave de manos de la anfitriona, una mujer que le recordaba a un pajarito con ojos pequeños y oscuros, una nariz estrecha y puntiaguda y una figura delgada que la hacía parecer frágil.

"Su habitación está en el tercer piso. La cena es a las ocho. Les deseamos una estancia placentera. Hay vino en el frigorífico y los licores están en el mueble del salón. Sírvanse ustedes mismas y, por favor, díganme lo que toman."

"Gracias," contestó Kaye y le sonrió de nuevo para compensar el hecho de que Courtney seguía husmeando en el salón y ni siquiera la había saludado.

"¿Te dejan servirte tú misma, así como así?" susurró Courtney mientras subían las escaleras.

"Sí. Se llama confianza. ¿No es maravilloso?"

"Eso nunca funcionaría en un hotel de Londres."

Kaye pensó en el incidente en París mientras abría la puerta de la habitación. "Tampoco funcionaría en París. Las cosas son diferentes en los pueblos. Es más relajado y más en comunidad, supongo." La cama era por lo menos el doble de tamaño que la cama doble de la barca, aunque la habitación era diminuta en comparación con los dormitorios del castillo de Elodie. Podía apañárselas para compartir una noche y luego dejaría a Courtney y volvería a dormir la barca o tal vez a la casa de Elodie. La idea de

dormir con ella le provocó un agradable escalofrío. Dejó su bolsa de viaje sobre la mesilla de noche.

"Muy elegante." Courtney dejó caer su mochila al suelo y se acercó a la ventana. "Bonitas vistas."

Kaye se acercó a las ventanas también. No tenían comparación con las vistas desde el granero de Elodie, pero era bastante agradable, con vistas a la calle de abajo y a la plaza de adoquines que quedaba a tiro de piedra. Las agujas de la iglesia destacaban sobre un cielo azul oscuro y las llanuras se extendían más allá de los tejados de la ciudad hasta el horizonte.

"¿Te apetece tomar algo?" preguntó Courtney.

Kaye no tenía demasiadas ganas, pero su amiga estaba allí solo por unos días y tenían que celebrarlo. "Claro." Bajaron las escaleras y entraron al salón.

"Hola de nuevo."

Kaye sostuvo la mirada relajada de Mylene y se sonrojó. "Oh, hola."

Courtney miró a ambas.

El aire se volvió denso por un momento y Kaye reaccionó. "Courtney, ella es Mylene, una amiga de Elodie. Mylene, ella es mi amiga de Londres."

Mylene le tendió la mano. "Encantada de conocerte."

Courtney sonrió. "Igualmente."

"¿Puedo invitaros a una copa?" preguntó Mylene, dirigiéndose al armario de las bebidas.

Courtney asintió. "Claro. Gracias. Yo tomaré vodka con coca-cola, si tienen."

Kaye se sentó en el sofá. "¿Te hospedas aquí?" La respuesta a esa pregunta era obvia, pero, en ese momento, lo obvio parecía demasiado complejo para procesarlo.

Mylene abrió la lata de refresco y se oyó el ruido de las burbujas. Mezcló la bebida de Courtney y se la dio. "¿Y para ti, Kaye? ¿Vino tinto?"

"Gracias."

La sonrisa de Mylene era cálida y agradable y, aunque debía haber cambiado con los años, Kaye podía entender por qué Elodie se había sentido atraída por ella. No era solamente su apariencia física. Había una dulzura en sus ojos que transmitían amabilidad y compasión. Era el tipo de mujer con la que Kaye podía pasar tiempo fácilmente y a la que le gustaría conocer mejor. Quería preguntarle sobre Elodie y su tiempo juntas en el convento. Quería saber sus intenciones con respecto a Elodie, pero no era lo bastante valiente como para atreverse a preguntar algo tan personal. Tomó la copa de vino y se recostó en el sofá.

"¿Eres de Londres?" le preguntó Mylene a Courtney.

"Sí. ¿Eres norteamericana?"

Mylene negó con la cabeza. "Viví en California durante un tiempo pero nací en Francia. Ahora vivo en Londres."

"¿Dónde?"

"Tengo una casa en Kingston. ¿Y tú?"

"En el centro. Vivo de alquiler en un piso del tamaño de un sello postal. Solía trabajar a trescientos metros de mi casa pero ahora estoy buscando."

"¿A qué te dedicas?"

"Marcas, campañas de marketing y mensajería. Soy lo que llaman analista creativa. ¿Y tú?"

“Soy compradora, hago negocios. De vino.” Levantó su copa.

“Vaya, eso sí es un trabajo al que podría dedicarme, ¿eh, Kaye?” dijo Courtney, y se echó a reír.

Kaye sonrió y dio un sorbito a su vino.

“Quizás podrías enseñarme algo de tu trabajo mientras estás aquí,” dijo Mylene a Courtney. “Podría presentarte a algunas personas. No puedo prometer nada, pero nunca se sabe. Es un mercado difícil para las contrataciones en este momento, pero las cosas siguen avanzando a través de redes y contactos. Si puedo ayudar, estaré encantada.”

Courtney se sonrojó. “Gracias. ¿Tus padres siguen en los Estados Unidos?”

Kaye vio un destello en los ojos de Mylene. No duró más de un par de segundos pero, en ese momento, eran ojos tristes.

“No. Vivía con mis abuelos. Mis padres murieron cuando yo era una niña. Fui la cuidadora principal de mi abuela hasta que murió. Su muerte me dio el impulso necesario para aceptar un nuevo trabajo.”

Kaye podía ver cómo Mylene y Elodie habían sido buenas amigas, con qué facilidad se habían unido. Estaba claro que Mylene se había preocupado profundamente por su abuela, igual que Elodie por la suya. “Eso debió ser difícil.”

Mylene dio un sorbo a su bebida y sonrió. “Lo fue.”

“Así que ahora ¿no estás con nadie?”, preguntó Courtney.

Kaye se estremeció. Miró enojada a su amiga, quien se encogió de hombros y movió las cejas.

Mylene le dirigió una sonrisa amable. “No, estoy soltera. Estaba saliendo con alguien antes de irme de Estados Unidos.

Simplemente no he encontrado nunca a nadie especial con quien asentarme."

"Te entiendo perfectamente," dijo Courtney.

Kaye casi se atragantó con el vino. Courtney, que no era precisamente el tipo de mujer que se comprometiera en una relación. Kaye pensó que Mylene se refería al hecho de que nunca había encontrado a alguien tan especial como Elodie. Mylene también era el tipo de persona que se comprometía. ¿Creía Mylene que Kaye estaba con Elodie? Cualquiera podía ver la atracción que había entre las dos.

"Entonces, ¿no tienes a nadie especial?", le preguntó Mylene a Courtney.

Courtney se sonrojó. Kaye sonrió en su interior. Era divertido ver a su amiga nerviosa por una mujer guapa que no iba a caer en las frases hechas de Courtney.

"De hecho, estoy con alguien ahora,", dijo Courtney.

Kaye frunció el ceño. "¿En serio?"

Courtney la miró con enfado. "No he tenido la oportunidad de hablarte de ello."

Kaye sonrió y la observó detenidamente. ¿Era la mujer con la que había tenido sexo y que luego le había dado trabajo? Esperaba que no. Un escalofrío le recorrió la columna al recordar su propia entrevista de trabajo con Sylvie y que había conducido a su primer encuentro sexual poco después. El resto era historia. Esperaba que Courtney no hubiera hecho algo de lo que pudiera arrepentirse más tarde.

Mylene miró a Kaye. "¿Y tú, Kaye? ¿Sois Elodie y tú amantes?"

La franqueza de Mylene la tomó por sorpresa y se sonrojó. Courtney le sonrió abiertamente. "Somos…" Sí, eran amantes sin

futuro. “Sí. Aunque no hace mucho que nos conocemos. Estoy de viaje y pronto seguiré adelante.” No sabía por qué había sentido la necesidad de decirle a Mylene que se iría, pero observó con interés la respuesta de Mylene. Su expresión apenas cambió y no sabía si sentirse aliviada o incluso más confundida.

“Parece que no ha cambiado mucho,” dijo Mylene.

Kaye vio afecto en los ojos de Mylene mientras reflexionaba y sabía que compartían una conexión parecida. Una de ellas en el pasado, la otra en el presente. No podía pensar en el futuro sin que el peso del vacío la deprimiera, porque Elodie no figuraría en su futuro. *Encontrarás a alguien que te merezca.* Las palabras de Elodie todavía le dolían. ¿Por qué Elodie no podía ver que ella era merecedora de Kaye? Y si lo hacía, ¿desearía a Kaye tanto como Kaye la deseaba a ella o todavía sentía en secreto más por Mylene de lo que había admitido? Mylene era encantadora, no podía negarlo. ¿Cómo *podía hacer ver* a Elodie que no la abandonaría? Si Elodie creía eso, entonces tal vez podrían estar juntas.

# 19.

*Está flotando y no sabe si el calor viene de su interior o de fuera. Realmente no importa, porque para Elodie es todo lo mismo. Donde termina una fuente de calor, ya ha empezado otra. Está dentro de la conciencia colectiva, el conocimiento almacenado de todo lo que ha sucedido a su alrededor. Sabe que su vida podría ser diferente, pero no sabe exactamente cómo cambiar las cosas, porque la sombra que se aloja en su interior y que se burla de ella le dice que no merece amor. El amor como concepto es intangible y la naturaleza duradera del sentimiento está fuera de nuestro alcance. Otros pueden tener a alguien que se quede con ellos, que se preocuparán por ellos y los cuidarán, que los amarán y protegerán. Dios le dio una muestra de amor solo para quitárselo de nuevo.*

*Dios es grande, eso le han dicho, pero igual que la voz que le habla de un amor que no puede tener, ella tampoco ve la grandeza de Dios. Él es cruel porque la hizo como es, y es implacable, porque le hace ver la belleza en otras mujeres y le enseña que no puede tener con ellas lo que debería tener con un hombre, y por eso le quitaron a Mylene. Sabe que Dios no la va a dejar entrar en el cielo porque no sigue Sus reglas. Pero no le preocupa arder en el infierno. Le gusta más el calor, a menos que lleve la falda y la chaqueta del colegio, en cuyo caso, preferiría revolcarse en la nieve para deshacerse del picor irritante.*

*Extiende los brazos y hace suaves olas que la deslizan lentamente por la superficie del lago. Sus caderas se elevan mientras inclina la cabeza hacia atrás y aparece el rostro de la hermana Mary, blanco como un algodón en el cielo despejado, lo cual es extraño, porque su rostro no pertenece allí. Es casi tan redondo como sus*

*pechos, tiene una marca rosada en cada mejilla y sus ojos azules brillan como zafiros cuando sonríe. El azul es el color favorito de Elodie, azul como el mar y el cielo. El azul es el color del amor. Tiene tantos tonos diferentes y ella imagina la conciencia colectiva residiendo en el azul. El azul es una constante a la que todo pertenece, incluida ella. La hermana Mary le está sonriendo y la expresión de su mirada transmite secretos. Es entonces cuando se da cuenta de que la hermana Mary está desnuda, con los pechos grandes y burlones. Ha sido enviada por Dios para burlarse de ella, o por el diablo para animarla. No puede decidirse del todo.*

*La madre de Elodie está sentada en una butaca en un rincón del lago. Es el sillón antiguo del salón pequeño de recepción del castillo, la que tiene un respaldo alto de madera tallada y brazos duros. El asiento rebotaba mucho al principio, pero la última vez que Elodie se sentó en él, se hundió en el medio por el agujero redondo en el asiento de madera. Su madre parece no darse cuenta de que es incómodo. Parece más mayor de lo que Elodie la recuerda, con el pelo colgando en mechones sin vida, mojado y descuidado. Sus mejillas están hinchadas, pero no como las de la hermana Mary. Están algo abotargadas y hay una palidez gris en su piel que debería estar bronceada por vivir bajo el sol. Tiene un aspecto enfermizo. El azul no destaca en sus ojos. Son de color marrón oscuro como la tierra y ella imagina secretos enterrados debajo de ellos. Las sombras caen por sus mejillas y hay un borde rojo, como lápiz de labios que se ha usado como delineador de ojos. Su boca está torcida como en una media sonrisa, sin embargo, su nariz está levantada como con asco. Sus labios son finos y de color rojo brillante, más cercano al morado. Lleva puesto su camisón, de un color melocotón descolorido que la hace parecer escuálida. Toma un largo trago de vino tinto de la copa que oscila en su mano. La copa cae al suelo y ella se encorva. Un policía aparece detrás de su madre. Se está riendo. Los ojos de su madre están cerrados, su piel se vuelve más pálida y la forma de su cráneo aparece lentamente debajo del barniz que era su piel. Su madre no debería estar ahí, no con la hermana Mary desnuda.*

*Elodie deja caer sus caderas y se lanza hacia donde la luz no puede alcanzarla, hacia el azul más oscuro. Hace frío y las sombras se mueven debajo de ella. Ellas también se están riendo. No es la risa alegre que hacen los niños porque tienen una riqueza que se adquiere con la madurez. Tienen un tono burlón que le resulta familiar y está vinculado al dolor punzante en su pecho. Continúa buceando más allá de las voces. Se dirige a la cueva a la que solo se puede llegar desde el fondo del lago. Esta es la cueva que ella sola ha descubierto. Es un lugar mágico. Su lugar feliz.*

*Cuando sale a la superficie del agua dentro de la cueva, regresa el calor. El agua aquí es cristalina. Grita "Te amo" solo para escuchar el eco e imaginarse que las palabras están dirigidas a ella. Las lágrimas le queman los ojos. Se posiciona flotando en el agua y mira hacia arriba. Sonríe a Acuario, que aparece en la abertura del ápice. Su cuerpo inclinado hacia atrás con el brazo extendido hacia un lado es el más brillante que jamás haya visto, probablemente porque es octubre. Los colores rojos en la roca toman forma y sonríe cuando se forma el rostro de Mylene. Luego Mylene se acerca.*

*Levanta el brazo y toma el pecho de Mylene con la mano. El pezón arrugado crece con su tacto y salen gemidos suaves y alentadores de los labios de Mylene. Labios que Elodie está desesperada por besar. A medida que se acerca, rodea la cintura de Mylene con su brazo. Sus estómagos se tocan, sus pechos también, están flotando juntas. Los ojos de Mylene se cierran y sus labios se abren. Luego solo está la suavidad de la boca de Mylene contra sus labios. Hay ternura y calidez en la humedad sedosa mientras sus lenguas chocan y exploran. Elodie está inmersa en las sensaciones de sus labios. La suavidad de la boca y el rostro de Mylene son sensuales, hay una leve presión que se vuelve más intensa y profunda y que luego vuelve al más mínimo contacto entre ellas. Un escalofrío le recorre el cuello y los hombros. Están temblando por dentro y por fuera y el agua tibia se ondula en olas rojas, alejándose de su cuerpo tembloroso. La imagen se transforma y por un momento no siente nada.*

*Una capa de pecas aparece en las mejillas ahora pálidas y su cabello se vuelve castaño claro. La suavidad de su sonrisa y la luz de sus ojos son las de Kaye. El corazón de Elodie se acelera como si de pronto fuera a estallar en mil estrellas. Kaye le está sonriendo. Dulce, dulce Kaye. Los labios de Kaye se mueven pero no puede oír sus palabras. Se está riendo, no de Elodie, sino con ella y le está tendiendo la mano. Una sensación ligera le hormiguea en el pecho, sacándola del agua. Está de camino al cielo, con Kaye, y sabe que es amada.*

"Elodie."

Elodie parpadeó y se frotó los ojos. El corazón ahora calmado y su concentración de vuelta. Yvette está inclinada sobre ella con una copa de champán en su mano. "Has interrumpido el sueño más extraño justo cuando llegaba la mejor parte."

"Tenías una sonrisa bobalicona en tu cara que no había visto antes. ¿Quién es ella?" Dijo Yvette y tomó un sorbo de su copa.

Elodie se sentó en la tumbona. La esencia del sueño resonaba en su sistema nervioso, más desconcertante que placentero. La aparición de Mylene en su sueño había sido reconfortante, como un camino hacia un destino conocido. Y, aunque los sentimientos sensuales que Elodie tenía cuando era una adolescente no se habían desvanecido por completo, y quizás nunca lo harían, estaba bastante segura de que no se sentía tan atraída por ella como por Kaye. No tenía ninguna inclinación a reencarnar su relación, pero atesoraría los buenos recuerdos que guardaba de su tiempo juntas sin arrepentimientos. La pieza Mylene de su puzle había sido colocada en el lugar que le correspondía. Pero la imagen de Kaye también había despertado algo en ella, algo tentador a la vez que aterrador. ¿Su nombre? Amor. "¿Quién es quién?"

"Kaye. Murmuraste el nombre dos veces. Vine a despertarte hace unos diez minutos pero esa expresión en tu rostro me detuvo."

Elodie miró la copa que Yvette tenía en la mano. "Te lo habrías terminado de beber si hubieras estado esperando ese tiempo que dices."

Yvette se sentó en el sillón junto a Elodie y tomó un sorbo de su bebida. "Esta es la segunda copa. Tuve que rellenarlo. Bueno, ¿quién es Kaye?"

*Ella es maravillosa.* "Nadie. Es solo una mujer de Inglaterra que ha estado recolectando para nosotros." Se le revolvió el estómago al referirse a Kaye con tanta indiferencia. Se mordió el labio y evitó la mirada de Yvette. "He sido como una guía cultural mientras está aquí. Es diseñadora de interiores y tiene interés en la arquitectura. Tal vez deberías encargarle que modernice este lugar."

"Bueno, esperaba que te hicieras cargo del club, así que quizás tú puedas encargárselo."

"Realmente no estoy muy segura sobre ese tema."

La mano de Yvette tembló cuando la apoyó en el brazo de Elodie. "Jean se está muriendo."

Elodie parpadeó. El tono de Yvette coincidía con la mirada verdaderamente apagada de sus ojos. Elodie negó con la cabeza. "Oh, no. Lo siento mucho."

Yvette colocó la copa sobre la mesa. "Como mucho y en el mejor de los casos, tiene unos meses. Tumor cerebral de grado cuatro, ¿puedes creerlo? Se niega a recibir tratamiento."

Elodie dejó escapar un soplido. A Yvette se le llenaron los ojos de lágrimas y a Elodie se le encogió el corazón ante la situación. La mano de Yvette temblaba sobre su brazo. "Lo siento mucho."

"Resulta que lo sabe desde hace meses. Ha conseguido unos bastones para ayudarle a mantener el equilibrio. Es extraño que puedas vivir toda la vida con alguien y no veas lo que sucede delante de tus ojos." Apartó la mano del brazo de Elodie y se secó

una lágrima que le caía por la mejilla. "Necesito estar con él en sus últimas semanas. Va a necesitar atención y cuidados a tiempo completo y, como es tan testarudo, se niega a que haya enfermeras en la casa."

Elodie asintió. "Yo me ocuparé del club."

Yvette suspiró y se reclinó en el sillón. "Gracias. Sabes que la fiesta de la baronesa es el próximo sábado."

"Sí."

"¿Por qué no llevas a Kaye? Le dará a las mujeres alguien diferente de quien hablar y será una experiencia cultural interesante para tu amiga."

"Ya le pedí que viniera conmigo." No quería hablar con Yvette sobre Kaye. Como una buena madre, empezaría a hacer una serie de preguntas que Elodie no quería responder.

"Bien. ¿Has avanzado algo con el inversor de Lady Babberage?"

Elodie agradeció el cambio de tema. Le había explicado la oferta a Kaye. No era reacia a la idea, pero primero quería pedir consejo. "Estoy en ello."

"Quizás no vaya a la fiesta. Depende de Jean. ¿Es Kaye una persona sociable?"

Elodie negó con la cabeza. No sociable en el sentido de club al que se refería Yvette.

"Creo que soy bastante sociable. Hola, soy Kaye."

Elodie vio llegar a Kaye junto a una mujer desconocida que supuso era Courtney.

"Y yo soy Yvette." Miró a Kaye de arriba a abajo y asintió mirando a Elodie. "Bueno, ser sociable es divertido. Estábamos hablando de la fiesta de la baronesa." Sonrió brevemente a Courtney

y volvió a centrar su atención en Kaye. A Elodie se le revolvió el estómago como si un trozo de cemento le hubiera caído a plomo. ¿Cuánto tiempo había estado Kaye cerca y cuánto había oído? Se sonrojó al recordar la conversación que había mantenido con Yvette. Se giró y sonrió a Kaye y a Courtney, evitando las miradas de ambas. Courtney se mantenía más cerca de lo necesario a Kaye y parecía que ocupaba su espacio personal con su brazo tocando el de Kaye. Tenía una expresión depredadora mientras fijaba la atención en una mujer y luego en la otra, escaneando la habitación como si estuviera a la caza de su próxima presa. Todo el mundo tenía una vida pasada que motivaba sus actos y Elodie no estaba en la mejor posición para juzgar a la amiga de Kaye, aunque algo en los modales de ella irritaba a Elodie, pero no podía decir exactamente qué era.

Kaye sonrió a Yvette. "Estoy deseando que llegue. Tengo un vestido precioso para la ocasión."

"Excelente," dijo Yvette.

Courtney se aclaró la garganta.

"Disculpad, debería presentaros a mi amiga correctamente. Courtney, ella es Elodie…y ella es Yvette, a quien acabo de conocer también."

"Bonjour," dijo Yvette. Miró brevemente a Courtney y le dirigió una breve sonrisa. Elodie tuvo la sensación de que no le había agradado mucho la amiga de Kaye.

Elodie estiró la espalda y miró directamente a Courtney. "Un placer conocerte. Espero que estés disfrutando del hotel."

Había pensado en dirigirse al pueblo y comprobar que se habían instalado, pero había descartado la idea al considerarla intrusiva e injustificada. Kaye había dicho que su amiga solo se iba a quedar un par de noches y no había querido interponerse en su tiempo juntas. Había echado de menos a Kaye y ahora solo quería irse del spa con ella y volver al granero. Elodie rezó para que Kaye no hubiera escuchado la forma en que le había hablado a Yvette de

ella. Había sido una respuesta frívola, para nada la verdad de lo que Kaye significaba para ella. "Te quedará impresionante," añadió.

"El hotel es un buen negocio. Gracias por reservárnoslo. Y tu amiga, Mylene, es genial. Hemos quedado para hablar sobre un trabajo cuando ella vuelva al Reino Unido."

Yvette miró de una a otra con el ceño cada vez más fruncido. Centró toda su atención en Elodie. "Siento como que me he perdido toda una vida de cotilleos en menos de una semana. ¿Quién es Mylene?"

"Mylene es una vieja amiga del colegio."

"¿Tiene buena posición? ¿Una inversora potencial?"

"No sé. Está aquí por negocios. Puedo preguntarle cuando la vea." ¿Era la única que se sentía incómoda? Organizar una reunión con Mylene estaba todavía en su lista de tareas pendientes. "¿Puedo invitaros a una copa?" preguntó, y se puso rápidamente de pie para evitar más preguntas.

"Gracias," dijo Courtney y le guiñó un ojo a Kaye.

Elodie evitó la mirada de Kaye cuando pasó junto a ella. Los mensajes del sueño habían sido profundamente inquietantes. Por muy bien que se hubiera sentido cuando Kaye había entrado en su sueño, se sentía el doble de mal al verla allí ahora. Esto no era por su desprecio casual hacia Kaye, aunque eso seguía molestándola, y deseó haber tenido el coraje de decirle a Yvette lo que sentía verdaderamente por Kaye. Quería tener el sueño con Kaye, pero algo muy arraigado en ella en lo más profundo le impidió acercarse y hacerlo realidad.

Se pasó los dedos por el pelo y los sonidos de la habitación se volvieron distantes y apenas podía distinguirlos. La imagen de su madre se le volvió a aparecer. Nunca había entendido por qué su madre se había sentido tan infeliz. La medicación que le habían prescrito no había ayudado más allá de facilitar y acelerar su fin. A

veces, la tristeza que sentía al pensar en la triste vida de su madre se veía rápidamente eclipsada por la ira y la decepción que sentía por haber sido abandonada una y otra vez. Elodie no había pasado realmente el luto por la pérdida de su madre. Quizás estaba enfadada consigo misma por no haber podido ayudarla. Había intentado perdonarla, pero no había podido olvidar el dolor y la crueldad que había sufrido. Los padres tenían la obligación de cuidar de sus hijos y los suyos habían fracasado estrepitosamente en eso. Luego se sentía culpable, porque era más rica que muchas personas que habían tenido vidas más difíciles y que no tenían a dónde ir o a nadie a quien recurrir. Aún así, se sentía engañada por lo que había ocurrido en su propia vida, como si se la hubiera perdido. Solo deseaba haber conocido otro lado de su madre. Tenía que haber habido uno. Nadie era malo en todo. Deseaba haber podido hacer preguntas y obtener respuestas. Deseaba que hubieran estado más unidas y que su madre la hubiera perdonado. *Pero ¿perdonarme de qué? ¿Qué hice que fuera tan malo?* Por ser tan desagradable o alguien a quien no poder amar y cuyo único escape fue abandonarla por completo. El recuerdo de su primer día en el convento invadió su mente: la risa de su madre, un empujón en la espalda acompañado de un "sé buena, pórtate bien." Se frotó los ojos y borró la imagen. Pidió una botella de champán y entremeses. Sabía cómo ser una excelente anfitriona. La vida status quo, como había dicho Kaye. Nadie sale herido de esa manera.

# 20.

"¿Recuérdame por qué acepté recoger uvas en la oscuridad?"

Kaye le dio un codazo a su amiga mientras caminaban hacia los focos. "Porque es tu última noche aquí y no puedes venir hasta aquí y perderte la diversión. Además, tienes que poner en práctica lo que aprendiste del catador."

"Honestamente, lo único que me estoy perdiendo en este momento es dormir."

"Son las diez y media. No volverías de un club hasta las tres de la madrugada un viernes por la noche."

"No me lo recuerdes. ¿Qué clase de sitio no tiene clubs nocturnos?"

Kaye volvió a darle un codazo y se rió entre dientes. "No puedes salir por ahí ahora que tienes novia."

Courtney se mantuvo en silencio hasta que llegaron a las viñas, donde las luces brillaban más y las voces eran más cercanas. "¿A dónde irás después de aquí?"

Kaye suspiró. Se sentía rota y en conflicto. No quería irse, pero no tenía mucho sentido quedarse por mucho más tiempo. Cada vez que veía a Elodie se le hacía un nudo en el estómago y sentía que ella se alejaba poco a poco desde que sus caminos se cruzaron en el spa. "Tal vez por Italia y bajar hasta Cerdeña." Los nombres de los lugares podrían haber estado relacionados con un concurso que no deseaba ganar por falta de interés. Su entusiasmo por viajar

había sido sustituido por apatía y su sentido de la aventura se había embotado.

"Suena genial. ¿Por qué esa cara entonces?"

"Yo…"

"Elodie."

Kaye asintió.

Courtney dejó de caminar y puso los brazos en jarras. "Oye, entiendo que ella es deslumbrante y sexy. Demonios, incluso yo me interesaría por ella, y no es exactamente mi tipo."

"Dijiste que no tenías un tipo."

Courtney miró hacia las luces. "Todo el mundo tiene un tipo."

"Eso es lo que dije yo."

Courtney soltó un soplido y frunció el ceño. "Mira, es genial que hayas tenido unos días fantásticos aquí y tienes un aspecto increíble, así que está claro que te ha hecho mucho bien. Quizás podamos ir de clubs cuando regreses. Sabes que la mejor manera de superar a alguien es empezar con otra persona." Se encogió de hombros.

La idea de ir de club en club aumentó la presión y el dolor en el pecho de Kaye. Lo último que quería hacer era intentar encontrar pareja en un club nocturno. "Yo no soy así."

"Nena, mira los hechos. Te regaló un vestido precioso que debe costar un dineral e inmediatamente te preguntó si podías deshacerte de un montón de dinero en algún asunto del que no tienes ni idea."

"No fue así." Nunca tuvo la sensación de que Elodie estuviera tratando de comprarla o estafarla.

"Bueno, suena a algo así." Levantó el brazo, señalando todo su alrededor. "Por lo que sabes, todo esto podría estar a punto de irse al garete. Nunca sabes qué pasa detrás de puertas cerradas. ¿Por qué crees que estoy sin trabajo?"

Se sentía pequeña, como antes de abandonar Londres, presionada por alguien que creía saberlo todo mejor que ella. "Porque les dijiste que se lo metieran por donde el sol no brilla, creo que dijiste."

"Lo hice, pero solo porque el negocio se estaba hundiendo."

"No dijiste eso."

"Has estado un poco egocéntrica últimamente y no hemos hablado mucho de mí."

Eso le dolió. Elodie había usado la misma frase al hablar de su madre. Había dicho que su madre había dejado el negocio con una deuda importante, pero ni siquiera había insinuado que podría necesitar dinero de Kaye. Al contrario, había sido muy generosa. Y aunque había mencionado que había pedido un préstamo para salvar su negocio, eso había sido hacía años. También trabajaba como corredora de inversiones para el club, lo que seguramente debía generarle ingresos, y con las renovaciones que planeaba llevar a cabo en el castillo, Kaye nunca tuvo la impresión de que el negocio tuviera problemas, más bien lo contrario.

Esta era Courtney tratando de proteger a Kaye y, sin embargo, lo que sentía es que estaba de vuelta en el mundo del que tanto trabajo le había costado liberarse. Elodie no había intentado ni una sola vez persuadir a Kaye para que pensara de una manera particular, de la forma en que Courtney parecía creer que le correspondía hacerlo. Esa era otra de las cualidades que hacían a Elodie diferente de cualquier otra persona que conociera.

Kaye deseó no haberle dicho nada a Courtney sobre la oportunidad de inversión. Lo había dicho en un ataque de frustración después de verla con Yvette, diciendo que Elodie se podía quedar

con su inversión, aunque no lo decía en serio. Se había sentido rechazada por Elodie en el spa, herida por la frialdad que había sentido de su parte y la falta de intimidad que sentía cuando Elodie la miraba. Se había acostumbrado a la calidez de su mirada y a la amabilidad de su sonrisa. Elodie se había mostrado distante y distraída de vez en cuando durante su visita, pero no lo había sentido tan intensamente como en el spa, a pesar de que había sido la anfitriona perfecta para todas ellas. Kaye no pudo evitar pensar que Elodie nunca podría darle lo que necesitaba. El amor no era suficiente. Quería los votos y la relación estable que conllevaba tal compromiso.

"Me parece que ella va tras tu dinero. Tal vez es simplemente más inteligente para conseguirlo que algunos de los delincuentes callejeros que hay. No te va a estafar unas cuantas libras. Los ricachones manejan mucho dinero."

Kaye cerró los ojos. Dinero. Ladrona. Estafada. Las palabras hicieron que todo su cuerpo estuviera en tensión y quiso gritarle que cerrara el pico. No quería pensar en Elodie de esa manera. *Sabía* que Elodie no era así. El ataque quedó en su mente y provocó ira y frustración, pero cualquier respuesta verbal que le vino a la cabeza murió antes de que llegara a sus labios. "Ella no es una ricachona."

"Y luego está esa amiga que aparece, una explosión del pasado, quien dijiste que estaba claro que todavía le gustaba… mucho. ¿A quién no?" Courtney negó con la cabeza. "Entiendo cómo te interesaste por ella. Es sexy y encantadora."

"Basta." Kaye movió los hombros para liberar la tensión. ¿Con quién estaba enfadada? Courtney, ¿por sus incesantes acusaciones sobre el carácter de Elodie cuando no sabía nada de ella y por su aparente falta de conciencia de la angustia que le estaba causando? ¿O su enfado estaba relacionado con el hecho de que no era capaz de descartar por completo algunos de los puntos que Courtney había planteado, especialmente sobre la aparición de Mylene? Puede que estuviera confundida por la profundidad de sus sentimientos por

Elodie, al estar tan cercano su divorcio y en un entorno tan maravilloso y refrescante, y sus pensamientos estaban en conflicto, pero no iba a aceptar que Elodie fuera una estafadora y una delincuente. "No la conoces como yo."

Courtney se encogió de hombros, aparentemente todavía ajena a la confusión que había provocado en Kaye. "Te conozco, nena."

Kaye negó con la cabeza y se irguió un poco. "No, no me conoces. No soy quien era antes," lo dijo con calma, intentando controlar su ira.

Courtney le dio un codazo y sonrió. "Míralo por el lado positivo. No has echado tu vida a perder."

Kaye no sonrió. El abismo entra ella y Courtney no podía ser más grande. Había intentado disfrutar su tiempo aquí con Courtney, pero realmente le recordaba demasiado a su ex. Era rápida en juzgar, basándose en teorías infundadas y sumaba dos y dos y le daba sesenta y cinco. Kaye se alegró de que Courtney se fuera por la mañana.

Entendía cómo se vería la situación desde fuera. Pero no podía *dejar de* confiar en Elodie o quizás era su corazón el que no quería encontrar fallos en ella. Elodie había sido sincera en sus palabras. Su asesor financiero le había dicho que la inversión era una buena propuesta, siempre y cuando no necesitara que madurara antes de que falleciera la propietaria actual. La "pequeña propiedad" de la finca era una casa independiente de cuatro dormitorios, con sus propios jardines y establos, justo el tipo de lugar con el que Kaye había soñado poseer algún día. Era una oferta real en la que tenía intención de pensar seriamente. Ahora mismo, algo así le daría la oportunidad de alejarse de todo y de todos, incluyendo a Courtney, y podría considerar qué era lo que quería del resto de su vida.

Crearía su propio destino, aunque Elodie pensaba que eso no era del todo posible. La idea de viajar más había perdido todo su encanto y atractivo. Era como si ya hubiera encontrado lo que necesitaba y la búsqueda hubiera llegado a su fin. Puede que la intención de Courtney fuera buena, pero sus críticas a Elodie habían creado una brecha entre ellas que Kaye no tenía ningún deseo de cerrar. Por primera vez en mucho tiempo, echaba de menos el confort que le proporcionaba estar cerca de su familia. Quizás visitaría primero a su madre. "¿Podemos hablar de otra cosa?" preguntó.

Courtney se metió las manos en los bolsillos y empezó a caminar. "Bueno, ¿vas a ver a una verdadera baronesa mañana?"

"Eso parece." No parecía exactamente un cambio de tema.

"O sea, una de verdad. Como la realeza."

Kaye suspiró. Vio al capataz y lo saludó con una sonrisa cansada y se dirigieron a la sección de vides que iban a recolectar. "Sí, es una baronesa de verdad."

"No jodas. Es lo más loco que hay. ¿Qué le dices a una baronesa?"

"Hola, supongo."

"Creo que "hola" es una forma de empezar cualquier conversación."

Kaye se dio la vuelta y miró por las hileras de las enredaderas. El corazón le dio un vuelco y el pulso se le aceleró cuando vio a Elodie. Un amargor le subió por la garganta.

Elodie sonrió. "Hola."

Esa palabra tan corta le llegó con tanta suavidad y con tanto poder, que la derritió. "Hola."

Elodie se dirigió hacia ellas. Las rodillas se le aflojaron y se mareó. Unas estrellas aparecieron ante sus ojos. Se dobló y parpadeó, un torrente de sangre llenó sus oídos.

Elodie corrió hacia ella y se arrodilló frente a Kaye. "¿Qué pasa?"

Kaye movió la cabeza, consolada por el contacto de Elodie en su brazo. "Me he mareado un poco. Estaré bien."

"¿Estás bien, nena? Deberíamos irnos."

Courtney le puso una mano sobre el hombro, pero Kaye se puso de pie lentamente, rechazando su contacto.

"Estoy bien, de verdad." No lo estaba. La cabeza le daba vueltas, le dolía el corazón y sus piernas luchaban por mantenerse en pie y hacer frente al peso, cada vez mayor, que surgía del estrés de ver a Elodie y tener que soportar de nuevo el próximo asalto de Courtney. "¿Qué estás haciendo aquí?"

Elodie parecía preocupada. "Quería comprobar que no habías olvidado qué hacer."

Kaye sonrió débilmente, un reflejo de su desesperación por Courtney más que de su ternura por Elodie. Ella no había venido a los viñedos para ver cómo estaba la semana que había estado recogiendo uvas. La excusa era entrañable. Vio un leve humor en su cada vez más amplia sonrisa y algo de incomodidad al pasarle los dedos por el cabello.

"¿Estás segura de que estás bien?"

Kaye sonrió más segura ahora. "Sí, estaré bien. Solo dame un minuto." Respiró hondo varias veces. No podía negar la tranquilidad que la presencia de Elodie le proporcionaba a ella y a su corazón.

"¿Estás recolectando?" preguntó Elodie a Courtney.

"Sí."

"Bien. Tenemos mucho que hacer esta noche. Se avecina lluvia." Elodie levantó un par de tijeras. "Si vosotras vais por un lado, yo iré por el otro," dijo, señalando la hilera de enredaderas.

"¿Quieres una carrera?" preguntó Courtney.

La risa de Elodie tenía el efecto de música barroca, levantando el ánimo de Kaye al instante. Se sintió más ligera, el estómago se le calmó y se tranquilizó.

"Si eso significa que tendremos el resto de esta cosecha esta noche, entonces sí. Os hecho una carrera." La mirada de Elodie se detuvo en Kaye por un largo momento. "¿Si estás bien?"

Kaye asintió. Sí, desgraciadamente su corazón todavía estaba para Elodie y sí, estaba lista para el desafío. Se agachó y cortó cuatro racimos seguidos antes de que Elodie regresara al otro lado de las enredaderas. Colocó las uvas con cuidado en el cubo y continuó cortando. Encontró su ritmo, y mientras se concentrara en las uvas en lugar de en el aroma de Elodie, que flotaba en su camino desde el otro lado de las vides, todo estaría bien. Al menos Courtney había dejado de hablarle. Se equivocaba con respecto a Elodie, Kaye nunca había estado más segura de nada.

"Esto me está destrozando," dijo Courtney después de un rato. Se puso de pie y se frotó la espalda.

"No estés agachada mucho tiempo. Asegúrate de estirarte con regularidad," dijo Kaye y escuchó a Elodie reírse al oír cómo repetía su propio consejo. El pecho se le llenó de burbujas. Estaría dispuesta a recolectar durante toda la noche si eso significaba que iba a poder estar más tiempo y más cerca de Elodie. Daría un suspiro de alivio cuando Courtney se fuera.

# 21.

Parpadeó y abrió los ojos al oír el sonido de un golpe en la puerta del granero y entrecerró los ojos para mirar el teléfono. Las cuatro y diez. Llevaba dormida menos de una hora. Las vides estaban envueltas en la oscuridad y la lluvia golpeaba con fuerza contra la ventana. Las luces del interior de la fábrica formaban un halo alrededor del edificio. Era poco probable que hubiera un problema que necesitara su intervención a esta hora de la noche. Se puso la bata y bajó las escaleras. No pudo ver ningún vehículo en el camino de entrada. Los golpes volvieron a sonar. Pasó la llave y abrió la puerta.

"Kaye."

El cabello mojado le caía sobre la cara y rodeaba su cuerpo con los brazos, temblando. Su bicicleta yacía contra un lado del granero. "No podía dormir."

El shock inicial y la preocupación de que por lo que había ocurrido en el viñedo Kaye pudiera estar mal, dieron paso a una sonrisa. La lluvia le caía por el rostro, goteaba de su nariz y se pegaba a sus pestañas. "¿Has venido hasta aquí en bici para decirme eso?"

Los dientes le castañeaban y sus ojos se movían de un lado a otro como si evitara mirar directamente a Elodie. "Sí."

Elodie resistió la tentación de abrazarla y se apartó de la puerta. Kaye cruzó el umbral con paso vacilante y la rozó. Elodie se estremeció por la intensidad del breve contacto, el deseo quedaba eclipsado por la preocupación. "¿Pasa algo?"

Kaye la miró fijamente. "Sí. O sea, no…o sea, no lo sé."

El corazón le iba a mil y el estómago se le revolvió. Elodie cerró la puerta, se volvió hacia ella y la abrazó suavemente por los hombros. Los escalofríos parecían haber empeorado y tenía los ojos rojos, como si hubiera estado llorando. "¿Qué ha pasado?"

"¿Puedes abrazarme, por favor?" susurró Kaye.

Elodie la atrajo hacia ella y la abrazó con fuerza. Intentaba entender por qué Kaye estaba tan angustiada. Había sentido cierta frialdad entre ella y su amiga. Aunque no le había gustado especialmente, Courtney parecía una mujer agradable y Kaye no era del tipo de persona que se hacía amiga de gente desagradable. Kaye parecía estar bien cuando la había dejado en la barca hacía apenas una hora y media. Quizás estaba un poco apagada, pero Elodie lo había achacado al cansancio. Sentía la presión de su cabeza sobre su pecho. La apretó ligeramente y besó la parte superior de su cabeza. "¿Ha ocurrido algo malo?" susurró y sintió la cabeza de Kaye balancearse contra ella.

"Yo no…"

Elodie cerró los ojos. "Puedes contármelo."

Kaye la rodeó con sus brazos. Debió haber sentido el miedo que corría por las venas de Elodie, porque ahora era ella quien la abrazaba, y era como si no quisiera dejarla ir. "Por favor, dime qué pasa."

"Lo siento," murmuró Kate mientras hundía su rostro en su pecho.

Elodie aflojó su contacto, creando un espacio entre ellas. Sus ojos se habían oscurecido y su respiración era rápida. El nudo en el estómago de Elodie se hizo más fuerte y ardía como si estuviera en el infierno. Kaye se iba.

Kaye le pasó los dedos por el cabello y soltó un suave suspiro. "Eres tan hermosa."

Elodie no podía leer la mirada en sus ojos. Kaye se la quedó mirando fijamente durante un largo momento, sin una sonrisa ni las líneas finas que insinuaban felicidad. Su respiración era corta y superficial.

"¿Puedo quedarme contigo esta noche?"

Se le escapó una ráfaga de aire del pecho. Había malinterpretado las señales. "Por supuesto." Se apartó un poco del abrazo y lentamente levantó la mejilla de Kaye. Con un ligero temblor en su mano, le apartó los mechones que se le habían quedado pegados en la cara y la miró profundamente a los ojos. Trazó con suavidad la línea de pecas sobre su mejilla. "Estás helada," dijo. Kaye parecía inmóvil y triste, como un retrato, pero no podía captar el motivo del dolor en su corazón. Kaye negó con la cabeza, aunque estaba temblando y tenía el vestido totalmente empapado. La tranquilidad que apareció en su expresión le quitó el aliento. Tomó su mano y la llevó escaleras arriba. El silencio, cargado de anticipación, ganaba fuerza con cada paso que daban hacia lo alto del entrepiso.

"¿Puedo traerte una bebida o alguna otra cosa?"

Kaye se mordió el labio. "Solo quiero pasar la noche contigo." Elodie tragó saliva para aliviar la presión en su garganta. El temblor que recorría su pecho hasta sus manos la llevó de vuelta al tiempo que estuvo en el convento, cuando tocó a Mylene por primera vez. ¿Por qué parecía tan extraña esta situación, tan extrañamente intensa y, sin embargo, tan profundamente cautivadora? "Necesito un trago." Ella nunca *necesitaba* un trago, pero sirvió dos copas de vino tinto del decantador. Dejó una sobre la mesa y tomó un sorbo de la otra, mirando fijamente a Kaye por encima de la copa.

Kaye se acercó a la mesa, cogió la copa y tomó un sorbo. "¿No me deseas?"

"Por supuesto que sí," dijo y Kaye sonrió levemente. La copa presionada contra los labios temblorosos de Kaye aumentó el latido en el sexo de Elodie.

Kaye la miró con la cabeza ladeada como hacía a menudo. Era demasiado.

Kaye cerró lentamente el espacio que había entre ellas y llevó su copa a los labios de Elodie. "¿Necesitas el coraje de la bebida para hacerme el amor?"

Elodie dio un trago largo a su copa, cogió la de Kaye y las colocó sobre la mesa. Atrajo a Kaye firmemente contra ella y cuando sus labios se encontraron, soltó el vino en la boca de ella. Continuó explorando con su lengua, compartiendo el vino. Retrocedió un poco, tragó y se lamió los labios. "¿Te gusta esto?"

Kaye puso un dedo sobre la boca de Elodie, separando sus labios. Elodie lo lamió, se lo llevó a la boca y continuó besando hasta la palma.

"Sabes tan bien," susurró Elodie. Tomó la mano de Kaye y se la llevó al pecho. La sensación eléctrica en su pezón le llegó a su sexo al instante. Le subió el vestido y se lo quitó por los hombros, tomó sus pechos dentro del sujetador de algodón y los besó. "Tan perfectos." Le quitó el sujetador y besó suavemente su piel al mismo tiempo que deslizaba su bata por los hombros. Deslizó las bragas de seda de Kaye hasta el suelo. Su aroma era almizclado y dulce, como el néctar. La levantó en sus brazos y Kaye le envolvió la cintura con las piernas. La calidez de su cuerpo y los suaves pelos le rozaban el estómago, Elodie enterró la cabeza entre sus pechos mientras se dirigían a la cama.

Kaye dejó escapar un suave gemido cuando Elodie la puso sobre la cama. Sus dedos temblaban mientras se los pasaba por el cabello, la atrajo hacia ella y la besó. Elodie se echó hacia atrás, se inclinó hacia ella y la miró fijamente. Pasó las yemas de sus dedos por los finos rizos entre las piernas de Kaye. "Hueles tan bien." Se

arrodilló en la cama y le separó las rodillas. Se deleitó con su belleza y con el brillo resbaladizo que cubría su sexo. La parte interior de su muslo era seda para su lengua, su olor embriagador a medida que se acercaba. Metió las manos bajo su espalda para levantar sus caderas, acarició la cálida humedad e inhaló profundamente. Presionó su lengua contra Kaye, la besó y la lamió. Kaye empujó sus caderas contra ella y gimió. Hundió la lengua más profundamente y luego trazó una línea por su clítoris.

Kaye se arqueó y se puso tensa. "No pares."

Elodie liberó sus manos, abrió más sus piernas y presionó su lengua más profundamente. Los latidos en su sexo se intensificaron. Bajó la mano hasta su clítoris e hizo pequeños círculos, aumentando la presión para acercarse al orgasmo. Se llevó el clítoris a la boca al mismo tiempo que la penetraba. Con embestidas lentas y profundas, encontró la parte más profunda y suave de ella y se mantuvo ahí con un suave masaje de sus dedos.

"¡Sí!" gritó Kaye mientras temblaba.

Elodie permaneció dentro de ella y se colocó encima. Depositó besos tiernos en sus ojos cerrados, sus pestañas mojadas por las lágrimas, y continuó haciendo pequeños movimientos dentro de ella.

"Oh, Dios."

Kaye apenas había dejado de temblar cuando volvió a ponerse tensa. Se quedó quieta dentro de ella y observó su segundo orgasmo. Besó sus labios temblorosos, bajó por el cuello y llegó hasta sus pechos. Sacó los dedos y se tumbó encima de ella, con las piernas separadas alrededor de las de Kaye, frotando suavemente su clítoris contra el muslo de Kaye.

Kaye abrió los ojos y la miró fijamente, no podía sonreír por la tristeza que sentía.

"Te amo," susurró Kaye.

Elodie le apartó el cabello de la cara y sonrió. Esas palabras le llegaron al corazón, pero en lo más profundo, el miedo a la pérdida y la aceptación de que Kaye se marchaba, colgaban como una guillotina sobre su cabeza. No necesitaba ver el brillo de la hoja plateada para saber el daño que le causaría. No podría soportar que la abandonaran de nuevo. Temblaba por dentro, sabiendo que le debía la verdad a Kaye. *Te amo.* Lo sintió en el dolor de su corazón, pero esas palabras seguían en su pensamiento.

Las lágrimas se deslizaron por las mejillas de Kaye y Elodie sintió que se le rompía el corazón. Pequeñas astillas, afiladas y ásperas, la marcaban, pero no podía ofrecerle lo que ella consideraba que serían falsas esperanzas.

Kaye cerró los ojos, acercó a Elodie a su pecho y la abrazó con fuerza mientras empezaba a llorar. Elodie la rodeó con sus brazos, con fuerza, luchando contra sus propias lágrimas. Dejó su mente en blanco ante la verdad, la hoja afilada que le apuñalaba repetidamente en el pecho. Kaye se marchaba.

"¿Cuándo te vas?" preguntó contra el pecho de Kaye, la voz rota.

"El domingo. Después de la fiesta de la baronesa."

Una oscuridad la arrastró a toda velocidad. Girando, más allá del fondo del lago, más allá del santuario que había descubierto y hacia el vacío. Ese vacío trajo consigo que dejara de pensar. Quería aferrarse a Kaye pero la abrazó suavemente. Quería suplicarle que se quedara, pero el silencio reclamó su voz. Quería no sentir y, sin embargo, lo sentía todo. Tristeza, pérdida, ira, miedo. Todas esas emociones se alzaban ante ella como una fila de soldados, cada uno de ellos dispuesto a reclamar su alma y enviarla al infierno, para, finalmente, robarle el amor. La alegría y la felicidad no se veían por ningún lado. Se habían retirado a las colinas, derrotados incluso antes de que comenzara la batalla. El amor era una mierda, precisamente porque causaba este dolor. Kaye seguiría adelante, como siempre estuvo destinada a hacer, y eso era exactamente lo

que Elodie merecía. Sabía que este momento llegaría, pero nunca había previsto cómo se sentiría ella. Era como si todos los recuerdos de abandono enterrados y que alguna vez había experimentado se hubieran fusionado y creado este único momento de dolor.

Le ardía el fondo de los ojos y los cerró. Se le hizo un nudo en la garganta y tragó saliva. Le dolía el corazón. Tenía que hacer algo, *decir* algo. Se apartó de Kaye y miró sus ojos húmedos, que hablaban del amor más profundo. "Quédate, por favor."

Kaye parpadeó y le acarició el rostro. "No puedo."

"¿Por qué?"

"Quiero más de lo que eres capaz de dar."

Las palabras fueron como una bofetada. No podía negar la verdad. "Lo intentaré." Su tono sonaba poco convincente.

Kaye se inclinó hacia ella y sus labios conectaron como en un susurro de beso. Gimió mientras retrocedía, con los ojos cerrados.

"Es demasiado riesgo para mí," dijo Kaye. Abrió los ojos y su sonrisa denotaba arrepentimiento.

Una lágrima se deslizó por la mejilla de Elodie y Kaye la secó con el pulgar.

"Esto es muy difícil para mí," dijo Kaye. "Quiero estar con alguien que quiera estar conmigo. Necesito ese compromiso, la familia, la promesa de un futuro hasta que la muerte nos separe."

Nada de lo que Elodie pudiera hacer o decir la haría cambiar de opinión. Ya lo había intentado durante el tiempo que habían estado juntas. Pero cuanto más se acercaba a Kaye, más se alejaba. Una parte de ella quería saltar y tomar el mayor riesgo de su vida pero la otra parte, la más fuerte y oscura, se sentía como un cepo alrededor de todo su cuerpo, restringiendo todos sus movimientos y limitando sus opciones.

Tenía que dejarla ir y no hacer que la situación fuera más difícil de lo que ya era. Irían juntas a la fiesta y le desearía lo mejor. Tal vez podrían seguir siendo amigas a distancia. Consideró ridícula la idea incluso antes de darle voz. Una vez que Kaye se hubiera ido, Elodie volvería a su vida, dirigiría el club y daría tiempo a que las consecuencias se calmaran. Se imaginó unas tijeras en su mano, las hojas a cada lado de las cuerdas que las unían. Cerró los ojos, apretó los mangos y las hojas cortaron la cuerda.

# 22.

Kaye se alisó el vestido de seda turquesa sobre su estómago. Era elegante y le quedaba perfecto, aunque no podía mirarse porque no tenía un espejo largo en la barca.

Le devolvería el vestido a Elodie inmediatamente después del evento. Sus ojos todavía parecían un poco hinchados, a pesar de que se había aplicado una rodaja de pepino sobre ellos durante media hora y había usado la mascarilla facial natural que le había dado el spa. No sabía realmente si tenía un aspecto espantoso o se lo parecía a ella.

Mientras regresaba a casa en bicicleta, se dio cuenta de que había usado a Elodie para satisfacer sus propias necesidades. Se detestaba por ello, pero su deseo había sido tan intenso que no había sido capaz de contenerse. Había tenido la intención de que esa fuera su última vez juntas. La realidad, sin embargo, había sido diferente una vez que había decidido quedarse hasta después de la cena de la baronesa. Los días de lluvia habían pasado lentamente y había visto muy poco a Elodie, que había estado ocupada terminando la cosecha, aparte de mostrarle algunas ideas para el castillo. Las noches que habían pasado juntas se habían hecho cortas, teñidas por lo inevitable de un final que ella no quería que llegara. Había rechazado otra visita al Salón Azul y Elodie había parecido aliviada. Kaye no sabía cuánto tiempo tardaría en desvanecerse el deseo, pero ocurriría más fácilmente si había distancia y ningún contacto entre ellas.

Se había sentido aliviada cuando Courtney regresó a Londres. No le tendría en cuenta los comentarios que había hecho sobre

Elodie, pero el cambio que se había producido entre ella y su vieja amiga no tenía visos de cambiar. Nunca estarían tan unidas como antes y tendrían que redefinir su amistad si querían salvarla. Tanto si tenía razón como si no acerca de Elodie, y Kaye estaba segura de que se equivocaba en cuanto a las motivaciones de Elodie, sus opiniones asertivas sobre cómo Kaye llevaba su vida y con quién, tenían que terminar. Quería una amiga en Courtney, no una consejera o una protectora.

Kaye necesitaba algo diferente en su vida ahora, y la noche anterior se había cuestionado el impacto de esa diferencia en Courtney y en su familia. De cualquier manera, era hora de seguir adelante, en más de un sentido. Había tomado la decisión de dejar Sancerre, no por las teorías de Courtney sino porque quería estar con una mujer que quisiera estar con ella y, según admitió la propia Elodie, eso era algo que se sentía incapaz de hacer. Quizá Elodie se sentiría más segura y más capaz de comprometerse con una relación con Mylene. Después de todo, ella no la había abandonado. La realidad era una mierda.

Se arregló las horquillas del pelo, luego se dirigió a la cocina y se sirvió una copa de vino. Mariposas revoloteaban en su estómago mientras pensaba en la cena y el tipo de mujeres que estarían allí. Mujeres ricas, más allá de su comprensión, que ocupaban puestos de poder y prestigio. Elodie había dicho que sería un asunto informal, aunque no tenía idea de lo que eso significaba dentro de esos círculos sociales. Desde luego, el vestido sari que llevaba no era nada informal. Se volvió al oír un golpe en la puerta y ésta abrirse.

Se le cortó el aliento mientras Elodie descendía lentamente las estrechas escaleras. Observó el fajín de jade que Elodie llevaba alrededor de su cintura, el traje pantalón gris oscuro con forro de jade y la brillante camisa blanca, que llevaba con el cuello abierto. La piel bronceada que había besado tantas veces era muy tentadora. Respiró larga y profundamente y obligó a que el pulso entre sus piernas se calmara. “Estás impresionante.”

Elodie la miraba de arriba a abajo mientras se acercaba. "Y tú estás resplandeciente. Tu cabello está increíble arreglado de esa forma. Tienes un cuello precioso." Elodie se mordió el labio y apartó la mirada.

Kaye no intentó detener el temblor de sus manos y que le bailaba en el estómago. Elodie la miraba fijamente, como si la estuviera desnudando lentamente, y se sintió deliciosamente seducida. Elodie sería siempre irresistible, lo que era enormemente frustrante. Kaye no era la única mujer que había caído bajo su hechizo y, durante un tiempo, había sido justo el tónico que necesitaba. Respiraba entrecortadamente. Se giró rápidamente y cogió una copa del armario. "¿Vino?"

"Solo un poco. ¿Cómo te sientes…sobre esta noche?"

Kaye sirvió lentamente con las dos manos para asegurarse de que el vino llegara a la copa. "Estoy deseando conocer a algunas de tus amigas."

Elodie resopló ligeramente. "Conocidas. Y te amarán."

Kaye sonrió. "Eso espero."

Elodie miró alrededor de la cocina y el comedor. "Esto es pintoresco. Nunca antes había estado en una embarcación así." Tomó un sorbo de su vino.

"Es pequeño." Kaye no estaba segura de por qué había dicho lo obvio.

"Se supone que debe ser así." Dijo Elodie sonriendo.

Kaye se sintió tonta. Era el tipo de comentario estúpido que Courtney habría hecho. No creía que la barca fuera especialmente pequeña, aparte de la cama. Sin embargo, estaría encantada de compartir el espacio con Elodie, sin importar el tamaño del colchón.

Elodie se llevó la mano a la cadera. Kaye se sonrojó al pensar en desabrochar lentamente los botones de su camisa y pasar las

yemas de sus dedos por la cálida piel de Elodie y hacia dónde las llevaría eso.

"¿Nos vamos?" preguntó Elodie mientras dejaba su copa.

Kaye dejó el resto de su vino. Siguió a Elodie escaleras arriba hasta la terraza. El perfume y la proximidad de Elodie eran atractivos y Kaye se preguntó cómo iba a pasar la noche sin querer tener sexo con ella…una última vez. ¿Cuántas veces había dicho eso? Pero siempre había habido otro momento y otro más después de ese. Esa situación cambiaría para siempre mañana cuando desamarrara la barca y regresara a casa.

Elodie extendió su brazo y Kaye se agarró a él, rodeando su firme bíceps. Caminaron por el camino oscuro hasta el área de aparcamiento justo al lado de la carretera y se subieron al coche.

"Es un viaje de solo media hora," dijo Elodie.

Sentarse supuso todo un desafío, y no solo por lo ajustado del vestido. El latido entre las piernas de Kaye era eléctrico. Media hora sería el purgatorio. Necesitaba una distracción. Se sentó erguida y se ajustó el cinturón de seguridad con cuidado. "Cuéntame algo de ti que no sepa."

Elodie se dirigió hacia la carretera y empezaron el viaje. "No hay nada que no sepas ya."

Kaye se rió. "No me has contado toda la historia de tu vida. Debe haber más."

"Más o menos. No tengo ningún secreto oscuro, si te refieres a eso."

Kaye se volvió a sonrojar. Eso no era lo que quería decir, pero la idea de que Elodie tuviera secretos era emocionante, como la emoción de un niño por descubrir algo nuevo y potencialmente peligroso.

"¿Y tú?" preguntó Elodie.

"Tuve que hacer ballet de pequeña y lo odiaba."

Elodie se rió entre dientes. "Perdona, no me estoy riendo de ti. Yo también habría odiado ballet. Si acaso, me gustaba más el lacrosse. Realmente no era una jugadora de equipo. Prefería las actividades en solitario, como la lectura."

"Yo prefería estudiar. ¿Es raro?"

"No lo creo. Solía disfrutar de la astronomía. Tengo algo con las estrellas."

"¿Crees en el cielo?"

"No. ¿Y tú?"

Algo en la certeza y seguridad con que Elodie lo dijo la hizo reflexionar sobre sus propios puntos de vista. "Yo también fui a una escuela de la iglesia de pequeña. La mayoría de las escuelas de nuestros pueblos estás asociadas a las iglesias. Nunca me identifiqué del todo con sus enseñanzas, aunque no sé por qué. Creo que encontré lo que necesitaba estudiando historia. Los orígenes de nuestra existencia me parecen demasiado lejanos como para comprenderlos. Es un poco como pensar en el futuro. Es demasiado vasto e incomprensible. Y, sin embargo, la idea de Dios ha permanecido conmigo. Aunque realmente no sé qué es ese Dios."

"Creo en la energía y en el conocimiento universal que todos podemos aprovechar si estamos abiertos a ello."

"¿Estás abierta a ello?"

Elodie tardó un rato en responder. "Creo que sí cuando era más joven, pero nunca me he permitido explorar esa parte de mí por completo. Quizás tengo demasiado miedo de lo que pueda desenterrar ahora."

Era triste. Elodie no se había permitido crear una vida diferente. Desde fuera parecía como si lo tuviera todo y, sin embargo, por dentro, bajo su piel, su mente había sido envenenada

por creencias erróneas. A pesar de todo lo que poseía, su vida no había sido satisfactoria y había carecido del amor que había anhelado pero al que no había podido aferrarse. Kaye creía que Elodie tenía el poder de cambiar todo eso. Tal vez algún día, ella también creería que podía hacerlo.

"No eres una mala persona, ¿sabes?"

Elodie sonrió. "En el fondo, creo que lo sé."

Kaye deslizó su mano sobre el muslo de Elodie y lo apretó. "Es muy triste que las cosas horribles que nos suceden puedan tener un impacto tan devastador."

"Nos protegemos de ser heridos para sobrevivir."

"Creo que sí."

Recorrieron el resto del viaje en silencio.

Elodie condujo por un camino privado y atravesó una puerta controlada electrónicamente. Debió pasar un kilómetro antes de que los árboles que bordeaban el camino llegaran a su fin. Delante de ellas se encontraba un castillo de estilo renacentista de al menos el doble de tamaño que la casa de la infancia de Elodie. Dos torreones encalados se elevaban majestuosamente a ambos lados de la puerta principal y otros dos torreones formaban las esquinas exteriores del extenso edificio de piedra. Una fila de ocho ventanas de estilo guillotina se disponían en un patrón simétrico en la primera planta y paralela a las ventanas de la planta baja. Siete ventanas de techo inclinadas formaban un nivel de la tercera planta, y cada una de las torretas tenía una ventana más pequeña en el cuarto nivel. Era majestuoso. El frente del castillo estaba bañado por una suave luz blanca que lo hacía parecer un castillo de cuento de hadas, algo que Disney podría usar para una de sus producciones.

Los neumáticos crujieron en el camino de grava delante del castillo. Alguien con un vestido rojo salió de un Tesla blanco delante de la mansión y se dirigió a la entrada. El vehículo se alejó. Elodie

aparcó el Land Rover en el lado izquierdo del edificio principal, al lado de un establo grande.

Se inclinó hacia Kaye, le dio un beso en la nariz y sonrió. "¿Lista?"

"Estoy nerviosa."

"No lo estés. Estás impresionante y todas se pondrán muy celosas." Levantó la mano hacia el rostro de Kaye y, sin llegar a tocarla, la bajó. "Pero mantendría el tema de la religión fuera de las conversaciones. Habrá algunos católicos acérrimos en la sala."

Kaye se echó a reír. "Conozco esa regla. La religión y la política están prohibidas."

Elodie salió del coche y se arregló la chaqueta mientras se dirigía hacia el otro lado y le abría la puerta a Kaye. Extendió la mano y Kaye la tomó. "El diseño de interiores siempre es un buen tema. Y les encanta hablar de moda y de vino."

"Gracias. Lo tendré en cuenta."

Kaye le sonrió al hombre que las recibió en la puerta. Con el pelo blanco bien cortado, bien afeitado, unos ojos que habían visto mucha vida y una sonrisa alegre, parecía el abuelo divertido de alguien.

"Madame Marchand, buenas noches."

"Buenas noches, Thomas."

"Madame Sykes, bienvenida." Dijo a Kaye inclinando la cabeza.

"Gracias." Kaye intentaba respirar dentro del vestido que parecía que se había hecho más pequeño por la tensión en sus costillas. Tenía que relajarse, pero era algo que le estaba resultando imposible con el corazón acelerado, las manos temblorosas y los

sentidos a flor de piel. Muy consciente de estar siendo observada, aunque nadie en particular la estaba mirando, cruzó el umbral.

"La baronesa está en la sala de recepción Luis XIV." Las informó Thomas haciendo un gesto hacia su derecha.

Kaye examinó el vestíbulo. La lámpara de araña veneciana parecía una corona con flores de pasta de vidrio multicolor, tres niveles, multitud de adornos y una pureza transparente en el cristal. Kaye se quedó sin aliento durante un largo momento. Era lo más hermoso que había visto jamás. Sostenida por una estructura decorada de cuerda de metal y colgado del alto techo abovedado, hacía girar estrellas de colores y una luz blanca brillante en el amplio espacio. Sintió la mano de Elodie en la parte inferior de su espalda y la miró. La sonrisa de Elodie era cálida y suave y Kaye se sintió acariciada por esa calidez.

"Espectacular, ¿verdad?"

"Nunca había visto nada igual."

"Vamos."

Mientras Elodie la conducía hacia la sala de recepción, el sonido amortiguado de las voces se hizo más nítido. Una carcajada desde el interior de la sala la hizo sonreír, aunque su interior era como una lavadora centrifugando. Estaba totalmente fuera de su zona de confort. Había trabajado antes con clientes ricos, pero su riqueza era bastante menor que el nivel que había aquí. Había una belleza discreta en el diseño minimalista. Cada obra de arte, incluso el papel de las paredes, había sido seleccionada cuidadosamente para crear la atmósfera deseada en cada espacio. Quizás esta era la diferencia entre la riqueza antigua y la nueva. La riqueza antigua era una cultura, una forma de vida arraigada en el tejido de una larga historia ancestral. La riqueza nueva no siempre venía acompañada del sentido fundamentado de derecho que percibía aquí.

Extendió la mano y tomó el brazo de Elodie e inmediatamente sintió una sensación de alivio. *Por favor, quédate a*

*mi lado.*

# 23.

Elodie sonrió cuando entraron en la sala de recepción Luis XIV. Con el corazón apesadumbrado, preferiría estar en cualquier otro lugar con Kaye que aquí. Preferiblemente, en algún lugar a solas, un lugar donde pudiera aferrarse a la ilusión de su conexión durante una noche más. Se había esforzado mucho por mantener la distancia física con ella en la barca. Estaba increíble con el vestido de seda, el cabello recogido y los bucles cayéndole sobre las orejas. La esencia de Kaye le hormigueaba insoportablemente en la piel, que irradiaba calor.

Kaye atraería la atención de todas las mujeres presentes esta noche y Elodie disfrutaría mirándola. La calidez de Kaye contra su costado y su aroma único alertaban sus sentidos. Iba a ser una noche muy larga. Soltó el brazo de Kaye y tomó dos copas de champán de la bandeja que le ofrecieron, dándole una a Kaye y sosteniendo la suya en un brindis.

"Santé," dijo Kaye y levantó su copa.

Paralizada y con el corazón acelerado, tomó un sorbo de su bebida. "Estás preciosa," susurró. Se volvió hacia Yvette, quien les agitaba la mano mientras se acercaba con una mujer desconocida a su lado.

"Elodie. Kaye. Dejadme que os presente a lady Babberage." Yvette extendió los brazos en un gesto de bienvenida. "Lady Babberage, ella es Elodie, quien espero que tenga buenas noticias para usted con respecto a un inversor. Y ella es Kaye, una buena amiga de Elodie."

Lady Babberage las saludó con una amplia sonrisa. Su altura y su postura rígida le daban una presencia franca y sus mejillas sonrojadas sugerían una piel muy curtida o que le gustaba la bebida. Sus ojos eran pequeños y redondos, su sonrisa rezumaba alegría.

"Llamadme Helena. No me gustan las formalidades."

Lo último que Elodie quería era que Kaye pensara que le habían preparado una encerrona en su última noche en Sancerre. Un calor le subió desde el estómago hasta el pecho y la tensión le impidió saludar a Helena con su interés habitual. "Es un placer conocerte," dijo. El apretón de manos entusiasta y fuerte daba la sensación de una persona decidida y realmente agradable.

"Es un honor conoceros a vosotras también."

Kaye le tendió la mano. "Hola."

La sonrisa de Helena se hizo más ancha cuando dirigió su atención a Kaye. "¿Y de qué parte de Inglaterra eres?"

"Londres, pero nací en Wiltshire."

"Uy, del sur. ¿No has estado en Escocia?"

"Una vez, por negocios. En Edimburgo."

"Sí. Edimburgo es bonita. Yo vivo cerca de Melrose. Tenemos la Abadía de Melrose, fundada en 1136 por la Orden Cisterciense, debajo de la cual se encuentra el corazón de Robert the Bruce. ¿Lo sabías?" Se puso más erguida y asintió mientras hablaba.

Elodie sonrió para sí. Helena no sabía que la historia de Melrose sería de gran interés para Kaye. Se llevarían muy bien. Kaye asintió.

"Y Abbotsford House es donde vivía sir Walter Scott. Es una maravilla arquitectónica, si te gustan ese tipo de cosas. Estamos rodeados de un bonito campo. Si te gusta el rugby, claro, Melrose es la casa de los Rugby Sevens. ¿Te gusta el rugby, Kaye?"

Kaye sonrió. “No especialmente. ¿Y a ti?”

“¿Qué? No. Es demasiado tosco.” Helena hizo una mueca como si el deporte le resultara muy desagradable.

Elodie observó cómo se sonrojaba Kaye y sintió la calidez en su interior.

“Deberías hacerme una visita,” dijo Helena, aparentemente captando su entusiasmo.

“Estoy segura de que es precioso,” dijo Kaye.

“Sí, sí que lo es.”

Kaye sonrió. “Quizás puedas contarme más cosas más tarde.”

“Estaría encantada.” Dijo y dio un sorbo a su bebida.

Yvette abrió los ojos de par en par y señaló a Kaye con un leve movimiento de cabeza. Fue una mirada que preguntaba si Kaye estaba interesada en invertir.

Elodie se encogió de hombros. No había tenido más conversación con ella desde que le había pasado la información, pero Kaye parecía muy interesada mientras Helena hablaba. Preferiría no hablar de negocios en su última noche juntas, cosa que sentía más preciado a medida que pasaban los minutos.

“Kaye es diseñadora de interiores y siente pasión por la arquitectura,” dijo Yvette. “Deberíais hablar más.”

“Ah, ¿sí?” Helena abrió los ojos de par en par. “En ese caso, tengo que robarte por un rato y aprovechar tu sabiduría creativa.”

Kaye asintió. Helena enlazó su brazo con el de Kaye y la condujo hacia el interior de la sala.

Yvette esbozó una sonrisa. “Creo que se llevan muy bien. Tengo un buen presentimiento.”

Elodie dejó de mirar a Kaye mientras ésta desaparecía más allá de un pequeño grupo de mujeres. "¿Cómo está Jean?"

"Ha aceptado tener una enfermera, que ya es un progreso, pero va encaminado hacia una sola dirección."

Elodie bajó la cabeza. "Siento mucho escuchar eso."

Yvette hizo una mueca. "C'est la vie, n'est-ce pa."

"Oui, c'est de la merde."

"La vida no es del todo mala, Elodie, pero supongo que las cosas buenas siempre llegan a su fin."

Yvette estaba mirando en la dirección por la que Kaye había desaparecido, la intención e intensidad de sus palabras evidentes. Elodie esbozó una leve sonrisa, siguiendo su mirada y luego volviendo su atención a ella. "Eso es verdad."

"Buenas noches, señoras."

Elodie se volvió hacia Mylene mientras ésta se acercaba con una copa en alto en la mano. "Hola, no esperaba verte aquí."

Mylene sonrió. "Yvette me invitó. Estuvimos hablando en el spa, sobre ti en realidad." Le guiñó un ojo a Yvette.

Elodie suspiró.

Yvette levantó la mano en gesto sumiso. "Fue una coincidencia. La mencionaste el otro día y nuestros caminos se cruzaron. Estábamos hablando de vinos y resulta que ella consigue tratos difíciles." Se rió entre dientes. "No es propio de ti llegar a un acuerdo tan bueno con un proveedor. Creo que necesitamos revisar el contrato del club."

Elodie gimió por dentro. "Es una oferta por tiempo limitado y tú ya tienes el mejor contrato para el club." Su tono sonó brusco. Se preguntó por qué se estaba justificando ante ambas mujeres, que estaban hombro con hombro y le dedicaban una gran sonrisa.

Había llegado a un trato con Mylene sobre un contrato de suministro de un año con un acuerdo para garantizar los precios para los años siguientes, solo mientras Mylene siguiera trabajando para la empresa. Si Mylene la dejaba, el contrato finalizaría. No era tanto un favor como un regalo por los momentos que habían compartido, y tal vez perdido. Vio a Kaye por el rabillo del ojo y se preguntó de qué estarían hablando ella y Helena tan animadamente.

"Y es una oferta por la que estoy profundamente agradecida. Mi presupuesto me habría obligado a contratar una bodega menor, así que gracias de nuevo."

Elodie le sostuvo la mirada. Parecía que ya se había tomado unas cuantas copas de champán. Sus labios carnosos se curvaron en una amplia sonrisa y revelaron unos dientes blancos perfectamente alineados, y su risa, que venía de lo más profundo, expresaba afecto. Estaba deslumbrante y alguien se la llevaría esta noche si ella quería. Una cosa de la que estaba segura Elodie era que no quedaba nada sin resolver entre ellas, no desde su punto de vista.

"¿Te ha dicho Elodie que ha aceptado dirigir el club?" preguntó Yvette.

A Elodie se le tensaron los hombros y le bajó por los brazos. Yvette debió haberle contado a Mylene sobre el Salón Azul. ¿Por qué no? Parte de su función era introducir mujeres con dinero y status en el club, especialmente cuando esas mujeres eran atractivas y estaban buscando sexo. Afortunadamente, Mylene regresaría pronto a Londres, así que la situación duraría poco tiempo. Sin Kaye, si se encontraban alguna vez en el Salón Azul, Elodie se sentiría tentada de disfrutar del placer de la compañía de Mylene. ¿Por qué no lo iba a hacer, una vez que se hubiera restablecido su status quo? Entonces, ¿por qué sentía como si estuviera siendo infiel? Un escalofrío le recorrió la espalda, aunque no sabía por qué. Se dio la vuelta. Kaye había regresado.

"Estoy segura de que Elodie es siempre la anfitriona perfecta," dijo Mylene. Elodie se giró y le sonrió. Mylene no hizo

ningún esfuerzo por disimular que estaba admirando su cuerpo. Le dio un beso en la mejilla. "Ha estado bien verte de nuevo," dijo. Retrocedió un paso y se volvió hacia Yvette. "Qué evento tan fabuloso, gracias por invitarme."

Yvette tomó un sorbo de su copa. "Vamos. Te presentaré a la baronesa."

"Sí, te veo luego," dijo, mientras las dos mujeres se alejaban. Kaye sonrió a Elodie desde el otro lado de la sala. Elodie se frotó la mejilla donde le hormigueaba el breve contacto y deseó que la noche terminara pronto. Se dirigió hacia la mesa del buffet.

"Hola, extraña."

Elodie se volvió hacia la voz desconocida y forzó una sonrisa a la mujer de piel oscura que conocía del Salón Azul. El calor le picó la piel. "Hola."

"No te he visto en mucho tiempo."

Elodie luchó contra el deseo de evadir la mirada de la mujer. Se le aceleró el pulso y una gota de sudor le bajó por la columna. "Es una época del año de mucho trabajo."

La sonrisa de la mujer era de un blanco brillante contra su piel de ébano mientras miraba a Elodie de arriba a abajo. "Ah, sí. La cosecha. Mi nombre es Patrice, en caso de que quieras saberlo."

"Elodie."

"Sí, lo sé. Marchand. Los viñedos. Disfruté mucho de nuestro breve encuentro."

"¿Eres nueva en el club?" Elodie no la había visto en ningún evento anterior. Tampoco la había visto antes de su encuentro en el Salón Azul pero, por la forma en que la miraba, tuvo la fuerte impresión de que sería una nueva habitual. Esa idea se le atoró en la garganta y sintió un calambre en el pecho.

"El club no era una opción para mí antes. Hace poco que estoy soltera y me lo estoy pasando bien." Patrice se pasó la lengua ligeramente por sus labios carnosos de color rojo oscuro.

Elodie se aclaró la garganta. "Bueno, es un placer verte de nuevo." Se giró para mirar la comida que había sobre la mesa, aunque no tenía hambre. "¿Vas a comer?"

"Hmm, bueno, depende. ¿Qué se ofrece?"

Las persianas se cerraron en la mente de Elodie mientras observaba la selección de comida sobre la mesa. Patrice era una mujer preciosa, eso no había cambiado mucho desde que habían tenido sexo. La que había cambiado era Elodie. Respiró hondo y miró por la habitación. Kaye le volvió a sonreír. El calor le subió en llamas desde el estómago. ¿Se había dado cuenta de que Patrice estaba insinuándose? ¿Y qué importaba? Kaye se marcharía por la mañana y ella era libre de relacionarse con quien quisiera. Solo había un problema. No quería tener sexo con nadie que no fuera Kaye. Eso no era nuevo. La presión en su pecho era fuerte.

"La comida tiene una pinta excelente." Elodie se aclaró la garganta y volvió a mirar por la sala, observando a las otras mujeres. "Aparte de eso, no sé qué más ofrecen." Sin coger nada para comer, le dedicó una sonrisa tensa. "Si me disculpas." Se giró y se alejó, sintiendo el calor de su mirada en la espalda hasta que salió de la habitación.

Al final de la velada, y mientras ella y Kaye volvían al coche, Elodie respiró profundamente el aire fresco, haciendo que sus pulmones se expandieran. La sensación del inminente final que le atormentaba el estómago no cambió. Había hablado con Kaye solo dos veces en las últimas cuatro horas. La mayor parte de la noche la había pasado enfrascada en conversaciones tranquilas sobre oportunidades de inversión, del suministro y la distribución de vinos y del club. Había tenido que esforzarse mucho para aparentar que le apasionaba el tema y evitar dar respuestas cortantes. "¿Has disfrutado de la velada?" preguntó.

"Ha sido maravilloso." Kaye sonrió, entrelazó su brazo con el de Elodie y se apoyó en ella. "Gracias. Nunca he estado en algo parecido. Ahora sé cómo es un banquete de la realeza."

Elodie sonrió. La tensión que se había apoderado de ella desde el mismo momento en que habían entrado en la residencia de la baronesa se hizo más ligera. "¿No ha sido demasiado?"

Kaye le apretó el brazo. "No. Ha sido refrescante poder hablar sobre diseño con personas que realmente pueden permitirse pagar por lo que quieren."

Elodie se rió y eso la relajó. "Sí, supongo que sí."

"Sé que tienen un presupuesto, pero la mayoría de los clientes con los que he trabajado aspiran a algo que su cuenta bancaria no puede soportar. Así que el diseño a menudo consiste en encontrar un compromiso. Sería increíble trabajar con alguien cuyo presupuesto no sea un factor importante, dentro de lo razonable, por supuesto."

Elodie abrió la puerta del pasajero para que Kaye entrara antes de dirigirse a su lado y entrar. Encendió el motor, salió lentamente del largo camino de entrada y las condujo de regreso a la barca. La charla de Kaye sobre la noche se desvaneció cuando los pensamientos de Elodie estaban dirigidos a un último intento por convencerla para que se quedara un poco más.

"¿Estarías interesada en ayudarme a arreglar el castillo y el spa?" Sonaba tan desesperada como se sentía y el silencio de Kaye hizo que se le hiciera un nudo en el estómago. "Disculpa. No debería haberte preguntado, sabiendo que te vas mañana. Eso no ha sido justo por mi parte."

Kaye permaneció en silencio y frunció el ceño por un momento. "Podría tomar algunas medidas en el spa a primera hora de la mañana."

Una calidez comenzó a formarse en el interior de Elodie.

"Y luego mandarte algunas ideas cuando llegue a casa, podrías contratar a alguien local para que haga el trabajo. Puedo consultar con ellos o gestionar el proyecto si quieres."

Se le formó un dolor en el pecho al oír esas palabras. *Merde*. "Lo que prefieras." Aparcó el Land Rover y acompañó a Kaye hasta la barca. La noche, llena de estrellas y una brisa fresca y agradable, tenía todo el potencial para ser romántica. Sonrió para eclipsar su corazón triste y apesadumbrado y acortó su paso. "Te echaré de menos," dijo.

Kaye apretó su brazo. "Yo también te echaré de menos."

Llegaron al Papillion demasiado rápido y cuando Kaye se volvió hacia ella y le sostuvo la mirada, la tristeza la consumió.

"Gracias por enseñarme tanto." Kaye se mordió el labio y miró hacia otro lado. Se aclaró la garganta y volvió a mirarla. "Este viaje ha sido perfecto." Presionó sus labios contra los de Elodie.

Elodie saboreó la sensación pero mantuvo sus ojos fijos en Kaye. Ella la miraba con los ojos entrecerrados.

"Tengo que dejarte ir," susurró Kaye.

El significado más profundo de esas palabras no necesitaba aclaración. Kaye no se refería a que no pasaran la noche juntas, estaba hablando de algo más grande y deprimente. Kaye no se iba a quedar para medir el spa. Kaye era más fuerte que Elodie y estaba decidida a seguir adelante. Elodie no estaba preparada para dejarla ir y, sin embargo, no podía cambiar el curso de los acontecimientos. Kaye había dejado clara su postura. Asintió. "Buenas noches, Kaye." Se giró rápidamente, incapaz de ver las lágrimas que caían de los ojos de Kaye y se deslizaban por sus mejillas. Aceleró el paso por el camino, luchando contra su propia visión borrosa. La tensión que sentía le impedía moverse y su mente no estaba dispuesta a procesar las últimas palabras de Kaye. Se sentó en el coche y dejó que brotaran las lágrimas.

# 24.

"¿Cómo te fue la velada?"

Kaye dejó de apoyarse en la barandilla, miró fijamente el brillo del agua y se volvió hacia Françoise. "Todo fue encantador."

Françoise frunció el sueño. "Ese es un vestido muy especial."

Kaye bajó la cabeza y miró hacia otro lado. "Gracias." Necesitaba devolverle el vestido a Elodie. Le habría gustado llevarlo a la tintorería antes de irse, pero no había tiempo para hacerlo. Elodie lo entendería. Su incomodidad no tenía nada que ver con la suave sensación de la seda del vestido contra su piel y que le recordaba el tierno contacto de Elodie. La leve irritación procedía de lo injusta que era la vida. Enamorarse de una mujer que no estaba disponible emocionalmente no había sido la decisión más inteligente. Quizás si no hubiera sido por su experiencia con Sylvie, habría intentando construir un futuro con Elodie. Habría sido lo suficientemente valiente como para arriesgarse.

"¿Te apetece tomar algo? ¿Té de hierbas? Tengo oporto y ron."

"El té de hierbas estaría bien, gracias."

"Ven, entra. Pondré el agua a hervir."

Kaye entró en el Papillion y se cambió el vestido que llevaba puesto por su vestido favorito. Dobló el vestido de seda con delicadeza, trazó el intrincado patrón del escote con la yema del dedo y lo volvió a colocar con cuidado en la caja. Tragó saliva cuando el recuerdo de su llegada al viñedo en bicicleta le recordó a

su vez la primera vez que Elodie la besó en la mejilla. La suavidad y la calidez de su piel habían sido como un despertar. El calor llenó su corazón dolorido. Contuvo las lágrimas y salió de la barca. Cuando entró al Kanab, Françoise sirvió el té.

"¿Por qué estás tan triste esta noche?"

Se le deslizó una lágrima por la mejilla. "Me voy mañana."

Françoise frunció el ceño. "Entonces deberías estar contenta, sin duda, ¿no? ¿No ha sido una buena visita?"

"Es complicado."

"Ah, oui. El amor, n'est-ce pas?" Françoise le dio una taza de té y la llevó a la terraza de nuevo.

"¿Cómo lo has sabido?" Kaye se apoyó contra la barandilla y tomó un sorbo de té.

"¿Que el amor es complicado? Por supuesto." Françoise se encogió de hombros. "¿Cómo no va a serlo? Mundos diferentes que chocan, impulsados por fuerzas tan poderosas que nuestra mente no puede entenderlas, y todo lo que aprendimos sobre cómo vivir y sobrevivir entra en guerra con nuestro corazón. Se vuelve imposible saber el futuro con absoluta certeza, así que nos protegemos del dolor inevitable que predecimos. Cuando no confiamos en el amor, detenemos su crecimiento antes de que tenga tiempo de florecer. Es una profecía de auto cumplimiento. Atraemos aquello que más tememos."

Kaye se secó las lágrimas de la mejilla. "¿Crees que algunas personas están tan estancadas que nunca podrán cambiar?"

"No."

Kaye se volvió hacia Françoise. No esperaba que dijera que no y algo en la seguridad de su tono hizo que una luz de esperanza brillara por un momento fugaz.

"Pero una persona tiene que creer que puede cambiar, de lo contrario, no variará su comportamiento para generar ese cambio."

¿Podía cambiar Elodie? Según admitió ella misma, no creía que uno pudiera crear su futuro y Elodie tenía mucho dolor interior. Su pasado había sido muy cruel y ella vivía en él, incapaz de dejarlo ir. "No sé si el cambio es posible."

"Ella te ama."

Kaye se la quedó mirando fijamente, reprimiendo el impulso de retarla, sabiendo que tenía razón. Françoise había observado cómo actuaba Elodie con ella cuando coincidieron en el santuario y la razón por la que Françoise se había ido tan de repente había sido para darles tiempo juntas, estaba segura. "Lo sé. Pero eso no es suficiente, ¿verdad?"

La oscuridad se sentía aún más en el silencio.

"El amor es todo lo que tenemos. Es lo que nos conecta a todo. Solo a través de nuestra capacidad de amar sabemos cómo ser amables unos con otros." Françoise levantó la vista hacia las estrellas.

*Sylvie no era amable.* "A algunas personas les gusta controlar y hacer daño a sus seres queridos, ¿no?"

"Algunas personas proyectan su dolor en los demás, aunque los amen."

Kaye negó con la cabeza. "¿Cuál es la diferencia?"

Françoise le dirigió una sonrisa amable. "La conciencia."

Kaye tomó un sorbo de té. Elodie hablaba mucho sobre el conocimiento universal, el hecho de que todo lo que alguna vez existió estaba almacenado en el campo de energía universal. Para Kaye resultaba un concepto tan descabellado como el del universo mismo. "No entiendo."

"Cualquier cosa que nos haya ocurrido en nuestras vidas, tenemos la capacidad de hacerle lo mismo a los demás. Si no puedes concebir algo, no puedes saberlo. Si no imaginas que el mundo es redondo, nunca lo explorarás por miedo a caerte al final. Por eso, si recibimos rechazo, también podemos rechazar a los demás. Sin conciencia, ese proceso no se puede detener."

Las palabras daban vueltas en la mente de Kaye en una espiral cada vez más confusa e irritante y le creaba aún más confusión. Creyó que había captado algo sobre la capacidad de diseñar su propio camino y crear sus propios resultados. Ahora, sin embargo, dudaba seriamente de haber entendido algo de sus conversaciones con Françoise. Quería argumentar algo en contra de lo que acababa de decir, pero no tenía una propuesta alternativa. "Entonces, ¿porque alguien me hizo daño yo tengo que hacer daño a otros?" Negó con la cabeza. No podía ser verdad.

"Tú tienes la capacidad de infligir en los demás lo que tú misma has experimentado. Si te vuelves consciente de tu poder, puedes detenerte antes de actuar y hacer daño a esa persona."

"¿Y ser el felpudo en que me convertí en mi matrimonio?"

"No, definitivamente no un felpudo. Eso sería una interpretación equivocada de las leyes del universo. Cuando ves con claridad, ya no permites que otros te hagan daño, porque puedes ver que esos comportamientos van a suceder y puedes alejarte. Si no eres consciente, estás ciega ante la forma en que te tratan e incluso si otros te lo dicen, solo lo niegas."

Kaye sintió un peso de plomo sobre ella, como si todo su mundo se estuviera desmoronando y siendo consumido por la tierra y ella fuera incapaz de detenerlo. "Entonces, ¿así es como creamos nuestro futuro? Ver esas cosas en nosotros mismos y que no habíamos sido capaces de ver antes. Y entonces podemos optar por comportarnos de manera diferente."

"Sí. Es difícil. La emoción es más fuerte que la razón. Orientamos nuestro comportamiento hacia las sensaciones agradables y que nos dan placer y hacia lo familiar. Aunque nos conformemos con lo que sabemos, aunque nos resulte incómodo cuando tememos el cambio." Se apoyó en la barandilla y volvió a mirar las estrellas.

Parecía que Françoise no tenía ninguna preocupación en el mundo, como si entendiera este juego de la vida y cómo jugarlo. "¿Como evitar el amor?"

"Anhelamos la conexión. Pero aprendemos a evitarla, a alejarla, debido al dolor que asociamos con la pérdida del amor. Desconectamos para evitar el dolor."

Kaye pensó en cómo Courtney solo había tenido aventuras de una noche sin sentido o amistades con beneficios casuales. Nunca había buscado una relación importante desde que la conocía. Las palabras de Françoise empezaban a tener sentido. "Entonces, al elegir personas que no están disponibles, bien porque están con alguien o porque están distantes emocionalmente, ¿podemos evitar el rechazo? ¿Es como si pudiéramos tener la sensación de que nos aman pero a una distancia segura?"

"Sí. Muy parecido."

Kaye pensó en cómo Elodie vivía según las normas del club, una vida independiente y evitando comprometerse con nadie. Elodie se sumergía en su trabajo y podía desempeñar el papel de la anfitriona perfecta. Había hecho que Kaye se sintiera especial y, sin embargo, si Kaye quería algo más, Elodie no sería capaz de dárselo. Ella entendía las raíces, las razones del por qué, el abandono y el hecho de que le quitaran a sus seres queridos. Debió ser devastador para Elodie cuando era niña. Y ahora, había creado un estilo de vida que satisfacía bastante bien sus necesidades. Le dolía el corazón por el viaje que Elodie había emprendido. No podía esperar que estuviera dispuesta o incluso fuera capaz de renunciar a todo lo que había creado para apostar por el amor con una extraña. Kaye no

podía prometer un para siempre más de lo que podía hacer Elodie. La diferencia entre ellas era que Kaye podía afrontar la decepción de perder el amor mejor que Elodie. "Entonces, obligar a alguien a cambiar…"

"No puedes forzar el cambio. El cambio hay que desearlo por encima de todo lo que existe. En ese momento no hay miedo. A veces, acontecimientos traumáticos o experiencias cercanas a la muerte desencadenan ese cambio. La mayoría de las veces cometemos muchos errores a lo largo del viaje antes de despertarnos. Y a veces, nunca nos despertamos, porque la oscuridad interior está más concentrada que el mundo gris en el que vivimos."

Kaye miró fijamente a Françoise, procesando las palabras lentamente, con el corazón acelerado. Tal vez no podría obligar a Elodie a cambiar, pero no podía irse sin compartir con ella la sabiduría que acababa de aprender. Y no quería ser ella quien abandonara a Elodie. Después de todo, había sido ella quien había decidido irse. Nunca le había preguntado si estaba dispuesta a cambiar. Elodie le había dicho que lo intentaría, intentaría algo de lo que ni siquiera habían hablado, porque Kaye no había dejado que se explicara. Kaye debería darle la oportunidad de hablar y explicarse. Ahora estaba luchando contra un clavo ardiendo para mantener vivo lo que tenían, pero no tenía nada que perder que no hubiera perdido ya al decidir marcharse. "Gracias. Me tengo que ir."

Françoise sonrió. "Buena suerte."

Kaye pedaleó tan fuerte y tan rápido como pudo, con la caja del vestido colocada de mala manera sobre la cesta delante de la bicicleta. No tenía ni idea de lo que le iba a decir a Elodie, solo sabía que le dolía el corazón solo de pensar que no la volvería a ver. Tenía que preguntarle si podían encontrar una manera de estar juntas. Malditos pedales por no girar lo suficientemente rápido. Empujaba más fuerte, resoplaba más fuerte. El aire fresco hacía poco para aliviar el calor que la consumía. Al girar en el camino que llevaba al

viñedo, su corazón latía con fuerza. Al acercarse al granero, el pulso se le fue a la garganta.

Reconoció el coche fuera del granero. Sintió la presión en su cabeza que provocó un zumbido en sus oídos y reflejaba el ruido sordo de los latidos de su corazón. Avanzó con la bicicleta hasta donde podía ver la entreplanta. Mylene sostenía a Elodie en sus brazos. Mylene le apartó el pelo de la cara a Elodie, le tomó la mejilla y la miró durante un rato largo. Mylene se inclinó para besar a Elodie…

Kaye se giró, dejó caer la caja fuera de la puerta y pedaleó tan fuerte como pudo hasta llegar a la barca. Las lágrimas todavía caían por sus mejillas mientras yacía en la cama y miraba hacia arriba, abrazando a Winston con fuerza contra su pecho. Se iría directamente a casa. Era hora de crear un futuro nuevo y olvidar que Elodie existió alguna vez.

# 25.

"Estuvimos juntos cuarenta y nueve años."

*Toda una vida.* Elodie suspiró. Ya fuera por el funeral o simplemente por el paso del tiempo, cada día extrañaba a Kaye más que nunca. Tal vez era una perogrullada decir que, justo en los momentos de dolor, era cuando te venían a la mente las personas a las que te habías sentido más cercana.

La tumba en el cementerio del que acababan de regresar, desatendida, cubierta de maleza y sin amor, era una señal de la relación que Elodie había tenido con su madre y que había arruinado todo lo que habría hecho que su vida hubiera sido completa. Su confianza, su mente y su corazón. Excepto que ella *había* amado a su madre, más de lo que se atrevía a admitir. Ella había sido la persona a la que había admirado, a la que había tratado de demostrar su valía y de quien había ansiado reconocimiento. A veces, incluso un abrazo habría marcado toda la diferencia para Elodie y, aunque nunca entendería por qué su madre no podía demostrarle ese afecto, la había perdonado. Había caminado lentamente junto a la tumba con Yvette a su lado. Le había dirigido una breve mirada al grabado en la piedra erosionada, consumida por la culpa de haber permitido que su dolor se hubiera interpuesto en el camino de su madre para hacer lo correcto. Se había prometido ocuparse de la tumba más tarde. Su atención se había centrado en el nombre que aún resonaba en el dolor de su corazón por el amor que había anhelado cuando bajaron el ataúd de Jean. Una punzada de culpa le recordó que nunca había visitado el cementerio desde el funeral de su madre. Y otra punzada le recordó que ni siquiera lo había pensado dos veces.

Yvette suspiró y dejó la fotografía de Jean junto al jarrón de flores sobre la mesa. "¿Por qué eligió el mes más frío del año para morirse?"

La conversación era banal, una sola voz intentando encontrar humor en los momentos más amargos. No era el mes más frío. El invierno acababa de empezar. Enero y febrero serían mucho más fríos. Y, sin embargo, Elodie también había sentido un pellizco en el aire, ese tipo de frío que hacía más fuerte la sensación de vulnerabilidad.

"Este año hace más frío." Dio una respuesta igualmente banal como apoyo al dolor de una amiga que buscaba desesperadamente algo tangible a lo que aferrarse.

La mano enguantada de Yvette seguía temblando, a pesar de que ya llevaban un buen rato dentro del gran salón de la residencia que había sido su hogar tantos años como había estado casada. Elodie no la había visitado aquí a menudo y nunca había visto la gran entrada, pero incluso las otras habitaciones eran austeras, todas de líneas rectas y colores apagados, carentes de calidez y comodidad. Las pisadas aquí dentro sonaban más fuertes sobre las baldosas de piedra y las voces resonaban en la cámara poco amueblada. Le recordaba a una iglesia, desagradable y poco acogedora, como si vivir en una estética rígida e incómoda pudiera dar una dispensa especial a los ricos, arrepentidos de sus privilegios en la vida cuando se encontraran a las puertas del cielo. La habitación no tenía la huella de Yvette, al menos no la Yvette que Elodie conocía. Era como si hubiera vivido como una sombra en su propia casa. Tal vez por eso se sentía atraída por el club, el spa y la vida que había creado fuera de su matrimonio. Elodie le pasó el brazo por el hombro y la acercó más. "Ha sido una ceremonia preciosa. Se habría sentido orgulloso."

El sol había estado carente de calor, apenas asomaba por encima de las casas y la escarcha de las primeras horas del día no había desaparecido a la sombra de la iglesia.

Yvette no respondió durante un momento largo. "Nunca le gustaron las ceremonias." Había cierto remordimiento en su tono. Suspiró, se volvió hacia Elodie y como si saliera de un trance, la miró fijamente con los ojos entrecerrados. "¿Cómo estás tú, querida?"

"Estoy bien."

"¿Ha terminado la cosecha?"

"Sí."

Yvette asintió. "Eso es bueno. Así que ya no tienes excusa para esto."

"¿Para qué?"

Yvette movió la cabeza. "Te he conocido durante la mayor parte de tu vida y, en muchos aspectos, he sido como una madre… Bueno, probablemente no el mejor modelo a seguir, pero sí sé que solo tenemos una oportunidad en la vida y si nunca nos arriesgamos en el amor, quizás nos arrepentiremos toda la vida."

Elodie cogió dos copas de champán de la bandeja del camarero cuando éste pasó por su lado y le dio una a Yvette. "No sé a qué te refieres." Tomó un sorbo de su bebida pero le costó tragar. Saludó a un invitado con una sonrisa y asintió simplemente para evitar el interrogatorio de Yvette.

Yvette terminó su champán, cogió otra copa de la bandeja y tomó un gran trago. "Es probable que no te guste lo que tengo que decirte, pero en momentos como este es importante decir la verdad."

La garganta de Elodie ardía.

"Te has alejado de todas las personas que te han amado y cuidado, incluyéndome a mí algunas veces, desde que puedo acordarme. Hablé con Mylene."

Elodie puso los ojos en blanco y los cerró brevemente. "Mylene ocurrió hace mucho tiempo. No puedo recrear el pasado. Ahora somos personas diferentes."

"Y la amabas."

"Sí."

"Pero nunca fuiste tras ella. Nunca pensaste en ella dos veces después de que la sacaran del colegio."

"Eso no es justo. Me rompió el corazón y pensé en ella incluso en la universidad."

"No, *ella* no te rompió el corazón. Sus abuelos fueron los responsables de que ella dejara el colegio, no ella. Ella no tenía voz en todo eso e intentó contactar contigo."

"Yo no sabía eso entonces."

"Lo sé, pero eso es más de lo que tú hiciste por ella."

Una objeción le vino a la mente pero murió antes de llegar a la boca. "No sabía por dónde empezar. Creí que me había abandonado. Yo era una niña."

"Pero no te había abandonado, ¿verdad?"

Elodie apretó los dientes. "No."

"Y Kaye tampoco."

Elodie se sobresaltó y negó con la cabeza. "Esto no tiene nada que ver con Kaye."

"Excepto que estás enamorada de ella y la estás dejando marchar. Estás repitiendo la historia."

Elodie negó con la cabeza. "No es así."

Yvette se puso la mano en la cadera. "Bueno, entonces dime, ¿cómo es? Dime que no la amas y que no piensas en ella."

Elodie abrió la boca y la volvió a cerrar. Intentó tragar saliva y el dolor en la garganta se hizo más fuerte. "No tengo nada que ofrecerle."

Yvette suspiró. Levantó la mano, le apartó el flequillo de los ojos y apoyó la mano sobre su hombro. "Cariño, tienes para darle el regalo más importante de todos."

"¿Que es…?"

"Amor."

Elodie cerró los ojos. El escozor se convirtió en un mordisco y se le formaron lágrimas en las comisuras de los ojos. Un temblor en su interior se apoderó de ella y supo que estaba a punto de derrumbarse. Abrió los ojos y retrocedió un paso, mirando hacia el techo alto para contener esa sensación. La mirada de Yvette contenía tanto amor que su corazón quería agarrarlo. La tristeza le dolía en el pecho. "Tengo mucho miedo."

Yvette respiró hondo otra vez y sus labios formaron una sonrisa mientras soltaba aire por la nariz. "Por supuesto. El amor es el sentimiento más aterrador de todos cuando pensamos que vamos a perderlo. Pasé años convenciéndome de que no lo amaba." Señaló la foto de Jean. "Y ahora el corazón me dice lo equivocada que estaba. Él era mi roca, y ahora esa roca se ha desmoronado nuevamente en la tierra." Una lágrima se deslizó por su mejilla mientras sonreía. "A veces, no sabemos lo que tenemos hasta que se va. Pero solo hay un tipo de pérdida que dura toda la vida. Es eso." Cogió la foto de Jean y la acunó sobre su pecho. "*Tú* aún tienes una oportunidad."

La mano de Elodie temblaba. Su corazón se aceleró. "No confío en mí." Las palabras sonaron artificiales, a pesar de que todavía controlaban con fuerza su mente.

"Tonterías. Confía en ti misma. Nada dura para siempre, querida. Nada. Ni tú ni yo. Nada. Pero dejar ir a alguien a quien amas por temor a que no dure, tiene que ser el razonamiento más

estúpido que he oído jamás. Al amor hay que darle la oportunidad para que florezca y crezca. El amor viene en muchas formas, se transforma y, con el tiempo, se convierte en algo que nunca imaginaste que podría ser. Y entonces sabes que nunca podrías sentir lo mismo por nadie más. Esas palabras que dices, viniendo de alguien con un cerebro tan brillante, son criminales."

Elodie miró fijamente la copa que tenía en su mano mientras en su cabeza se labraba una batalla. ¿Qué podría haber hecho para convencer a Kaye de que se quedara? ¿Cómo podrían haber construido una vida juntas cuando ella temía que, con el tiempo, haría que Kaye se alejara? No podía hacerle eso, no después de todo por lo que había pasado.

"Cuando me casé, fue la experiencia más aterradora y estimulante de mi vida. Y, desde entonces, nada se ha parecido a eso en lo más mínimo. Y aunque Jean haya logrado su último hurra, no hay maravillas en el mundo que puedan competir con una declaración de amor. Por eso las bodas son un sacramento, un compromiso delante de Dios."

"Yo no creo en Dios."

"Lo sé. No estoy hablando literalmente. Necesitas desafiar a esas malditas creencias falsas que te han llevado a tener una vida cómoda, cuando podrías tener una excepcional."

"Eso no es justo."

"Te dije que no te iba a gustar lo que tenía que decirte. Pero es la verdad." Yvette se encogió de hombros. "Tu madre no tuvo que trabajar para conseguir nada. Heredó su riqueza de sus padres y no tenía tu brillantez y perspicacia para los negocios. Necesitaba sentirse amada y fue traicionada por el hombre al que entregó su corazón. Nunca volvió a enamorarse o a estar con nadie después de que él la abandonara y ahora tú estás repitiendo sus errores. Fue triste y un desperdicio de una vida hermosa, pero renunció a su futuro y recurrió al alcohol y al juego para ocultar su dolor. Tú no

eres como ella, Elodie. Trabajas duro, tienes una mente fuerte y un corazón muy grande, con mucho amor para dar. Tienes tanto que dar. Te he observado, cariño. El club es divertido para gente como yo, como tu madre, pero tú te mereces mucho más que eso, y cuando tengas una oportunidad, debes aprovecharla y agarrarla con las dos manos."

Elodie tenía un leve sabor a hierro en la boca por estar mordiéndose el interior del labio. Su mandíbula, dura y apretada como el acero, se negaba a ceder ante esas palabras, pero la emoción la inundaba. Se tragó las lágrimas y dejó la copa sobre la mesa. "Tengo que irme." Se giró y dio un paso hacia la puerta.

"Elodie."

Se volvió hacia Yvette, que parecía borrosa. Parpadeó y se pasó el dorso de la mano por los ojos.

"Tienes que saber que tu madre te amaba. Ella era quien era, pero nunca puedes dudar de su amor. La vi contigo cuando eras un bebé. Habría matado por protegerte. Sí, ella quería un hijo, pero eso era porque creía que necesitaba un hombre para dirigir el negocio. Ella no era fuerte como tú. No sabía que llegarías a ser más que cualquier hombre. Estaría orgullosa de ti si pudiera verte ahora."

"Podría haberse dado cuenta de todo eso mientras yo me esforzaba en mis estudios para demostrarle mi valía."

Yvette negó con la cabeza. "Fue demasiado tarde para ella. Después de que tu padre se fuera, algo dentro de ella murió. Cambió en su mente, y los médicos no pudieron ayudarla. Tu abuela lo intentó durante un tiempo, pero fue en vano. Ese estilo de vida se convirtió en la vida de tu madre y no supo cambiar."

Elodie sintió que se le encogía el corazón, el dolor se filtraba por cada célula de su cuerpo. Había amado a su abuela profundamente cuando era niña y su muerte había sido mucho más difícil de soportar que la de su madre. "Necesito dejar el club por un tiempo," dijo.

Yvette asintió. “Lo sé. Encontraré a alguien para que lo dirija.”

Elodie asintió. “Gracias.” Se acercó a Yvette y la abrazó. “Lo siento,” dijo, y cuando se apartó, una lágrima se deslizó por la mejilla de Yvette.

“Todos cometemos errores, Elodie. Algunos de ellos son recuperables. Cuando te llega algo precioso, debes aferrarte con todas tus fuerzas. Un día desaparecerá, pero no seas tú quien lo empuje y lo aleje antes de que esté listo para irse.” Miró la foto de Jean.

Elodie se volvió. “Tengo que irme,” dijo y salió del gran salón.

Fue a la tumba de su madre, limpió el terreno helado lo mejor que pudo y colocó un jarrón de lilas secas y campanillas al pie de la lápida. Traería flores frescas en primavera y la lavaría. Se sentó y habló con su madre hasta bien entrada la noche y reflexionó sobre las preguntas que nunca le había hecho. Quizás las respuestas vinieron de la conciencia universal mientras observaba fijamente la creciente oscuridad, o quizás había sabido la verdad en algún momento de su vida anterior. Su madre la *había* amado, pero no había sabido cómo demostrarlo. El frío helado detuvo las lágrimas y, cuando salió del cementerio, apenas podía sentir sus dedos congelados si no hubiera sido por el suave calor que se había instalado en su corazón.

Bebió un sorbo de té de menta mientras miraba por la ventana del granero, las estrellas claras y brillantes con sutiles titileos. Si pudiera ver las vides ahora, estarían estériles, hibernando, recuperándose y preparándose para la próxima cosecha. La naturaleza con su calma, sin pensamiento ni miedo, reaccionando a las condiciones presentes. No hacía preguntas, ni dudaba o predeterminaba un futuro basado en su pasado.

Había tenido la intención de volver a la barca la noche de la cena de la baronesa para pedirle a Kaye que se quedara. Pero se

topó con la caja con el vestido fuera de su puerta cuando Mylene se fue. Había cambiado de opinión y se había encerrado, pensando que Kaye se había expresado alto y claro. Al día siguiente, al ver el sitio donde había estado amarrado el Papillion vacío, se le congelaron las venas. El Kanab también se había ido. No había frecuentado el spa en las semanas siguientes.

Esta Navidad volvería a estar sola. Solo que este año nunca se había sentido más sola. "¿Crees que puedes crear tu futuro?" le había preguntado Kaye. Una cosa estaba clara, si Elodie no lo intentaba, si no hablaba con Kaye, entonces ya había determinado su futuro. Eso significaba más de lo mismo, una existencia desapegada, cogiendo lo que necesitaba y devolviendo el favor, pero sin el sentimiento profundo de sentirse una sola persona con otro ser humano. Y ella había sido bendecida con una muestra de ese sentimiento con Kaye.

Kaye la había alterado, como una reacción química que no podía deshacerse, y Elodie no podría calmarse hasta que le hubiera dado una oportunidad al amor.

Se terminó el té y se alejó de la ventana. Sería mejor haberlo intentado y fracasado que no haberlo intentado nunca.

# 26.

Kaye pagó por los dos vasos de vino caliente y le dio uno a Helena.

"Oh, huele bien." Helena cogió su vaso humeante y tomó un sorbo.

Avanzaron lentamente por la calle de adoquines cubierta de nieve. El aroma del alcohol con especias se mezclaba con el algodón de azúcar de la máquina que tejía suaves bolas de azúcar azul y rosa. Y mientras deambulaban, el olor a cerdo asado y salsa de manzana llegaba desde el puesto de asados, donde había una cola calle abajo. Alrededor de la plaza del pueblo, los altavoces cantaban *All I want for Christmas is you* por segunda vez, compitiendo con los chillidos de niños emocionados y los estruendos de las risas de los adultos.

"Es como un cuento de hadas." Dijo Kaye y tomó un sorbo de su vino. La carnicería detrás del puesto de asado de cerdos arrojaba luces de colores a la calle. La tienda de verduras de al lado competía con sus guirnaldas doradas y plateadas envolviendo elegantemente las bandejas de madera de chirivías y coles. Las luces blancas que se encendían y apagaban en el árbol de Navidad que se alzaba orgullosamente al final de la calle brillaban en la nieve y el carrusel cercano a él provocaba un tintineo desafinado que era casi más irritante que la canción.

"¿Es así todos los años?"

"Sí. No sería Navidad sin la feria."

Nunca había presenciado una risa tan alegre y un ritmo tan lento en Nochebuena en Londres. Sí, Londres contaba con magníficos despliegues de luces que unían las bulliciosas calles, puestos que vendían castañas asadas, regalos hechos de plástico o porcelana y árboles de Navidad que adornaban las principales plazas de la ciudad. Pero aquí, la gente se conocía como vecinos, incluso aunque sus casas estuvieran muy separadas, y, lo más importante, se paraban y charlaban como si tuvieran todo el tiempo del mundo. Había puestos de manualidades instalados para que los niños se entretuvieran mientras los adultos examinaban los puestos de regalos cercanos o desafiaban sus habilidades en uno de los muchos juegos allí instalados.

Kaye todavía no se había adaptado a los acentos más fuertes, pero una sonrisa ayudaba mucho y a la gente que había conocido hasta ahora no le importaba repetir lo que decían para ayudarla a entender. Ya se había familiarizado con algunas de la expresiones de Helena como "estoy bastante arrugada", que quería decir que le faltaba el aire y "todos somos hijos del deportista Tamson", que significaba que todos éramos hijos de Dios y todos iguales. Pasar tiempo con Helena había sido, y seguiría siendo, una educación que provocaba una sonrisa tal que sus mejillas se estiraban hasta que le dolían.

"Felicity." Helena saludó a una mujer corpulenta de casi la mitad de su altura y que parecía como si estuviera a punto de comerse un sándwich de cerdo asado y sonrió.

"Te dejo aquí cotorreando mientras doy un paseo por aquí," dijo Kaye. Se rió entre dientes al usar el término local para charlar y saludó a Felicity mientras se acercaba. "Hasta luego."

"Sí, te veo de camino a casa."

Dejó a Helena charlando con la mujer de mejillas sonrosadas y caminó por la calle hasta que un puesto de regalos llamó su atención. Abundaban los adornos de tartán en una gran variedad de patrones y combinaciones de colores. Bufandas y calentadores de

cuello, corbatas y calcetines para dormir, ositos de peluche y corazones, y algo que parecía un zorro muerto que resultó ser un vestido hecho con vacas de las tierras altas. Tenían joyas de plata, alfileres antiguos de ciervo y cardo para las faldas escocesas y un broche antiguo de vaca de las tierras altas. Esto último le resultó extraño, la falta de ojos y los cuernos afilados le daban una sensación espeluznante a la bestia.

Pasó al siguiente puesto y cogió un cuenco pequeño de plata. Pasó el dedo por las dos asas planas a cada lado del cuenco, que no era muy hondo, admirando el fino detalle de su diseño.

"Eso es un quaich, una copa, muchacha. Solo lo encontrarás en Escocia."

"Es preciosa."

"Sí que lo es. ¿Estás buscando un regalo especial?"

Kaye negó con la cabeza. No sabía por qué estaba buscando regalos. Había comprado un suéter para Courtney y un par de tijeras para podar para Helena. Ya había enviado un paquete a casa para su familia. Acarició el quaich que tenía en la mano, que era del tamaño de de una taza de té pequeña. La baratija quedaría bien en el tocador de su salón.

"Me llevaré dos, por favor."

El hombre corpulento mostraba una sonrisa alegre mientras envolvía las dos copas en papel de regalo. "Algún tipo afortunado va a tener una gran Navidad," dijo. Se las entregó y le guiñó un ojo, luego se frotó las manos y sopló en ellas. "Es una verdadera noche de Navidad."

"Sí, es maravilloso." Una sensación cálida le recorrió el cuerpo y desafió al escalofrío de sus mejillas.

"Así es, muchacha. Nada que un traguito no caliente. Asegúrate de participar en la rifa. Las ganancias se destinan a

nuestra escuela local."

Kaye no necesitaba alcohol para calentarse, aunque la idea de compartir una bebida con Elodie y disfrutar juntas de este hermoso lugar se le había cruzado por la mente. Había echado de menos verla en las semanas posteriores a su regreso al Reino Unido. Echaba de menos sus conversaciones y el ambiente de Sancerre. Pero Elodie le había dado esta oportunidad y eso valía más que cualquier cosa que nadie le hubiera regalado jamás. Le encantaba su casa aquí, era más de lo que nunca había imaginado. En un entorno arquitectónicamente rico, se encontró asentada en un lugar del mundo excepcionalmente hermoso, con vecinos maravillosamente amables y comprensivos a quienes consideraba sus amigos.

"Ahora iré para allá," dijo, y se dirigió al stand con el panda de peluche gigante expuesto para que todos lo vieran.

"Pon nombre al panda para ganarlo," dijo la chica de detrás del stand. Tenía el pelo rojo que le llegaba hasta la cintura y las mejillas sonrosadas a juego. "Una libra por tirada."

"¿Y cuánto es la rifa?" preguntó Kaye, mirando la mesa con regalos etiquetados, ninguno de los cuales quería ganar en particular. Era una donación para una buena causa.

"Una libra por tirada," dijo la chica y su sonrisa reveló los espacios donde alguna vez estuvieron sus paletas de leche.

Kaye se inclinó hacia ella. "En ese caso, tendré que ponerle el nombre y comprar nueve tickets para la rifa."

"Eso son diez libras," dijo la niña tendiendo la mano.

Kaye buscó el billete en el bolso y se lo dio.

"¿Qué nombre?"

"Dios, no lo sé. ¿Qué opinas?"

"No puedo decirlo." La niña negó con la cabeza, parecía como si estuviera bajo juramento, y sonrió.

"Bueno, empecemos con Po."

"Ya está puesto."

"Ah, vale. Entonces, Yang."

"Ya está también. Y también Ying, Bambú, Regaliz, Fideos, Ébano, Bob…"

"Bob. Ah, vale." Kaye observó los grandes ojos redondos del panda y su pelo negro y blanco. Era de la misma altura que la chica y tenía una leve sonrisa donde las costuras se cortaban en un arco hacia arriba. "Creo que es una chica, así que la voy a llamar Millie."

"¡Ese es mi nombre!"

Kaye extendió la palma de su mano. "Bueno, entonces es un nombre perfecto."

La niña soltó una risita y escribió el nombre en un trozo de papel. "¿Cómo te llamas y cuál es tu número?"

Kaye se lo dijo. "¿Te gustaría elegir nueve tickets para mí?"

Millie metió la mano en el tambor pequeño giratorio lleno hasta el borde de tickets. Sacó uno y lo abrió, luego un segundo.

"¿Has tenido suerte?"

"No, tiene que terminar en cinco o en cero." Sacó dos nuevos tickets y luego otros dos, y mientras los desdoblaba, negaba con la cabeza.

"Quedan cuatro más." Kaye miró a su alrededor y notó el escalofrío que sentía cuando estaba de pie quieta por un rato.

Millie sacó otros dos tickets. "Sí. Quinientos sesenta."

Un estallido de emoción sorprendió a Kaye. Miró por los regalos que había en el stand.

"Toma." Millie se acercó detrás de la mesa, cogió una botella de vino tinto y se la dio a Kaye.

"Gracias." Kaye miró fugazmente la botella y reconoció la etiqueta al instante. El corazón le dio un vuelco. *El vino de Elodie.*

"Este es bueno. Lady Babberage lo recibe directamente de Francia."

Kaye tragó saliva. "Sí, parece un vino muy bueno." Podía sentir el sabor del vino en la lengua, junto con el recuerdo de su primera vez con Elodie dentro de la cava. La sensación de Elodie tocándola le quitó el aliento por un momento y, mientras se recuperaba, un escalofrío se deslizó por su espalda.

Millie sacó otros dos tickets y negó con la cabeza. "Eso es todo."

"Gracias." En un estado de aturdimiento, pasó por un puesto que vendía adornos navideños y compró una corona pequeña hecha a mano para la puerta de entrada, una decoración para la mesa y dos velas aromáticas con especias navideñas y luego regresó a su casa. Tenía regalos para envolver y pasteles y rollos de salchicha para cocinar antes de que llegaran Courtney y Helena para la cena de Nochebuena.

El calor del fuego de carbón le picó las mejillas cuando entró en la casa. El hollín parecía añadir un ligero sabor a tierra, que mezclado con el dulce aroma a pino del árbol de Navidad y con el olor del jamón que había asado antes, le daban un toque hogareño al lugar. Luces y sombras que venían del árbol danzaban sobre el suelo de madera maciza. Cerró las cortinas, colocó la corona en la puerta de la cocina estilo granero que daba a la sala de estar y colocó las velas en el hogar. Decoró la mesa con piñas y ramitas secas en el centro, detrás de la rama de acebo que había cortado del arbusto del jardín. Parecía perfecto y, sin embargo, seguía sintiendo

dolor en el corazón. Sostuvo la botella en sus manos y miró fijamente la etiqueta, deseando no haber hecho nunca la maldita rifa. Podría haber hecho simplemente una donación, no haber comprado los tickets y así salvarse del recuerdo. Definitivamente era un buen año, pero le faltaba un ingrediente fundamental. Elodie.

Miró su teléfono, tentada de llamar a Elodie para desearle una feliz Navidad, pero ¿qué más podía decirle? Que la extrañaba desesperadamente. Que deseaba que las cosas hubieran sido diferentes entre ellas. Tal vez la llamaría más tarde, después de haber tomado una copa y cuando pudiera sentarse y relajarse. Se guardó el teléfono en el bolsillo y se dirigió a la cocina.

Después de poner la tetera, extrajo los ingredientes que necesitaba para hacer los rollitos de salchicha. La tetera hirvió y decidió que no quería una bebida caliente. Algo más fuerte adormecería la sensación de vacío, aliviaría la soledad. Hizo un granizado, añadió una cereza marrasquino y tomó un sorbo. Después de que la limonada dejara de hacerle cosquillas en la nariz, el dulce y pegajoso ponche de huevo le trajo recuerdos de las navidades con su familia cuando era adolescente. Sonrió al recordar la vez que su hermano menor se había quedado atascado en la chimenea, demostrando así que Papá Noel no podía existir. Eso no había impedido que la magia de la víspera de Navidad transmitiera un aura de excitada anticipación para la mañana siguiente. Por supuesto, ahora era diferente. Este año solo serían Courtney, Helena y ella y la ilusión de Papá Noel hacía tiempo que se había roto.

Regresar de Sancerre y volver a ver a sus hermanos, a su madre y a su hermana había sido como volver a casa después de haber perdido la batalla pero ganado la guerra, un reencuentro dulce pero amargado por lo que había dejado atrás en Francia. Deseó haber podido despedirse de Françoise, pero a la mañana siguiente del evento de la baronesa, el Kanab ya se había ido. Cogió la nota que Françoise le había escrito y leyó las palabras que siempre permanecerían con ella.

*El amor es constante e infinito. Nadie puede arrebatártelo. Es tuyo para darlo, voluntaria o involuntariamente, con o sin reciprocidad. Encontrarás el amor en los detalles más pequeños, en la forma en que haces algo y en los tonos que aportan color a tu vida. Si miras con suficiente atención, verás amor en las sombras y en los momentos más oscuros. El amor siempre vencerá al miedo y la fe se vuelve más fuerte cuando la guía el amor. Lleva amor a tus esfuerzos y confía en que encontrarás el amor que buscas. Françoise.*

Esperaba que las palabras fueran ciertas. Encendió la radio y la euforia y el brío del DJ hizo que la apagara rápidamente. Seleccionó su álbum navideño favorito en su teléfono y cerró los ojos para disfrutar del Ave María, sorprendida al descubrir que se le enmudecieron con los primeros compases de la música.

Se secó los ojos y centró su atención en cocinar. Echó la carne de salchicha en un plato, añadió pimienta, tomillo y ajo y la trituró hasta obtener una masa pegajosa. Extendió la masa, colocó la carne encima, la envolvió para formar un rollo largo de salchicha y la cortó en rozos más pequeños, cortando la parte superior con un cuchillo afilado. Quince minutos y estarían maravillosamente cocinados y esponjosos e hinchados, como empezaba a sentir sus ojos. Cogió un trozo de papel de cocina y se sonó la nariz. Había llorado por Elodie más que por nadie, pero nunca la había echado tanto de menos como ahora. Se había mantenido ocupada, preocupada primero por la compra de la casa y luego por instalarse durante los últimos diez días. Sonó *All I want for Christmas is you* y, aunque eran tonos suaves y melodiosos, lo apagó.

Fue a coger su vaso cuando llamaron a la puerta principal. Respiró hondo y gritó "Pasa." Su teléfono la avisó de un mensaje. Un mensaje de Courtney que le decía que los aeropuertos estaban cerrados por la nieve y que no iba a llegar. "Maldita sea." Estaba deseando pasar algún tiempo con Courtney, ahora que habían arreglado de alguna manera su amistad. Courtney había aceptado no interferir en la vida de Kaye a menos que ella le pidiera su

opinión y había compartido con ella lo que había aprendido de Françoise. Courtney había quedado fascinada por esas teorías y, tras adaptarse a su nuevo trabajo y a volver a estar soltera, tenía la intención de hacer algunos cambios en su vida. Quizá Courtney podría venir a Escocia para las celebraciones de Año Nuevo. A Courtney le encantaría Hogmanay, que según los informes, era tremendamente divertido, y tenía el presentimiento de que a sus nuevos amigos también les gustaría Courtney. Le envió un mensaje para preguntárselo. La confirmación no tardó en llegar.

Mientras su atención estaba dirigida al teléfono, le llegaba el vago sonido de movimiento por la sala de estar. Comenzó a enviar un mensaje de nuevo. "Pasa, Helena. ¿Qué quieres beber?" Escribió una respuesta, se guardó el teléfono en el bolsillo y cogió un vaso del armario para servirle a Helena su bebida favorita, whisky. Se volvió hacia la puerta de la cocina, jadeó y el vaso se le resbaló de la mano. Lo agarró con fuerza y evitó que cayera al suelo. El corazón le latía con fuerza detrás de las costillas. "¿Elodie?"

Sus ojos verde esmeralda brillaban, sus dientes castañeaban un poco y tenía los hombros un poco curvados, como protegiéndose del frío.

Kaye apenas podía respirar. "¿Qué haces con ese panda?"

# 27.

Elodie se rió entre dientes. Era un sonido ahogado que le nacía en el pecho por la tensión que impedía que sus pulmones se ensancharan. En el tren de París a Londres, sus emociones habían oscilado entre las de un niño consumido por la emoción de la magia de la Nochebuena y la anticipación nerviosa de un adulto consumido por el peso de la incertidumbre y el fracaso. Nunca había dudado tanto de sí misma. Nunca nada había significado tanto para ella. Había sentido cada minuto del viaje e incluso cuando el tren Eurostar llegaba lentamente a St. Pancras, había considerado que la mejor opción era olvidarse de esta estúpida búsqueda y tomar el siguiente tren disponible directamente de regreso a París. ¿Por qué iba a querer Kaye estar con ella ahora? Quizás había perdido su oportunidad. El riesgo que iba a tomar su corazón de que Kaye hubiera superado lo que habían compartido juntas, o peor aún, hubiera encontrado a alguien a quien amar, parecía más peligroso para su vida que el desafío de escalar la cara este del Everest sin un equipo de apoyo.

Había estado fuera durante veinte minutos reuniendo el valor necesario para acercarse a la casa. Había estado a punto de alejarse porque la voz en su cabeza no dejaba de recordarle que no era lo suficientemente buena. Era difícil no prestarle atención, después de tantos años creyéndolo. Si Helena no hubiera aparecido, le hubiera dado el panda y le hubiera pedido que le presentara excusas a Kaye por saltarse la copa que habían organizado para la noche, fácilmente podría estar en un tren de vuelta. La sonrisa pícara de Helena y el empujón a su espalda, le habían dado el ímpetu que necesitaba. Nunca se había sentido más petrificada que cuando llamó a la puerta y esperó lo que le pareció toda una vida.  No habían sido más que

segundos y se sintió emocionalmente agotada cuando entró a la casa. Y entonces vio a Kaye en la cocina, de espaldas a ella, y el corazón se le detuvo por un instante. Ahora, tronaba contra sus costillas y se sentía enferma de miedo.

"Lo ganaste. Helena me pidió que te lo diera. Me pidió que te dijera que se iba directamente a casa y que mañana hablaría contigo para el almuerzo de Navidad." Este era el momento que más había temido. Los primeros segundos, cuando la perspectiva de que Kaye la rechazara estaba en su punto más alto. Si Kaye le diera la oportunidad de hablar y explicarse, la oportunidad de preguntarle qué quería. Si pudiera captar un destello en su expresión, eso le daría cierta esperanza. Lo peor que podría ocurrir con su visita sería que quedarían como buenas amigas. Era mejor que nada, aunque ella quería mucho más que eso. El calor del fuego hormigueó donde el frío se había filtrado.

Kaye dejó el vaso a un lado con mano temblorosa. "¿Qué?" sacudió la harina del vestido.

Estaba apetitosa y maravillosamente como en casa, y no como la versión prácticamente impecable de ella que había visto con mayor frecuencia en Sancerre. Aunque el vestido, de rojo intenso como una flor de pascua bajo las salpicaduras de harina, estaba bien planchado y se pegaba deliciosamente a sus curvas. Elodie le tendió el peluche grande. "Winston se va a poner celoso, ¿sabes?"

Kaye tomó el panda y lo apretó contra su pecho.

Elodie evitó la mirada de Kaye, que la miraba de manera inquietante. No había sonreído aún y parecía recelosa, lo cual era comprensible. Elodie había cometido el mayor error de su vida dejándola marchar y ahora tendría que demostrar su valía para que Kaye la creyera. ¿Cómo demonios iba a hacerlo? Sonrió. Estaba tensa, pero al menos vio un atisbo de sonrisa como respuesta. Fue suficiente para que respirara con un poco más de facilidad. "Hace frío aquí," dijo.

Kaye apretó el panda y lo besó en la cabeza, como si buscara confort. "¿Has venido hasta aquí para decirme eso?"

Elodie ladeó la cabeza y se rió entre dientes. Ya no sonaba tan agobiada y sintió que la presión disminuía. "Y para desearte una feliz Navidad, por supuesto."

"Podrías haberme mandado una tarjeta."

Esas palabras dolieron. Apretó los labios y se balanceó con los pies en un silencio ligeramente incómodo, mirando por la cocina pero sin ver. Ni siquiera había pensado en enviarle una tarjeta, aunque tal vez debería haberlo hecho. Tal vez debería haber levantado el teléfono y ver cómo estaban las cosas primero, pero no había tenido el valor de hacerlo. Aparecer sin previo aviso había sido un plan deliberado. Había entrado en acción para lograr su sueño y forjarse un nuevo futuro, uno con el que esperaba que Kaye estuviera de acuerdo. "Algunas cosas hay que decirlas cara a cara."

Kaye bajó la cabeza y apoyó la barbilla en la cabeza del panda. "Lo siento, he sido un poco brusca."

"Estás enfadada conmigo."

Kaye se aclaró la garganta y miró hacia el horno, todavía apretando el panda con fuerza. "No…Estoy enfadada conmigo misma."

Elodie sintió una punzada familiar y luchó contra ella. "Tenéis mucha nieve aquí. Tuve suerte de conseguir un tren para salir de Londres."

"Courtney se quedó atrapada allí esta noche. Estará aquí dentro de un par de días, una vez que se haya despejado la nieve en Londres."

Su rostro parecía contrariado, aunque su tono era suave. Sus ojos oscilaban inquietos entre Elodie y el horno. Dejó el panda sin

ceremonias en la silla junto a la mesa pequeña de la cocina y se cruzó de brazos.

"Eso estará bien." Los hombros de Elodie se relajaron con alivio al saber que Courtney no aparecería pronto. Esto ya era bastante difícil y habría sido aún más incómodo con Courtney presente. Pero era un riesgo que había tenido que correr para poder decirle a Kaye lo que necesitaba decirle.

"Tengo muchas ganas de verla."

Elodie arrastró los pies y el calor le subió a las mejillas cuando la voz en la cabeza se burló de ella diciendo que no había sido invitada a cenar con Kaye. "Estás horneando."

"Rollos de salchicha. Estarán listos en un minuto." Kaye descruzó los brazos y se pasó los dedos por el pelo.

Parecía preocupada por algo. "No quería estropear la sorpresa." Era la mejor versión de la verdad que pudo improvisar. ¿Por qué era tan difícil decir lo que quería decir?

Kaye se la quedó mirando, aparentemente poco convencida. "Hmm."

Era ahora o nunca. Tenía que ser honesta y pronunciar las palabras antes de que Kaye le mostrara la puerta. El pecho le oprimía, el estómago se le revolvió. Tragó saliva y respiró hondo. "No quería arriesgarme a que no quisieras verme."

Kaye sonrió levemente y un flujo de electricidad le atravesó el cuerpo. En reacción a esas vibraciones, sus manos temblaban en los bolsillos. Podía incluso sentir un temblor en sus labios al cerrarlos. Se pasó la lengua por los labios secos. La sonrisa de Kaye se hizo más grande y Elodie soltó un suspiro.

"Es una sorpresa agradable. Yo solo estaba…"

Elodie dio un paso hacia Kaye. Todas las palabras que quería decir pasaron por su mente. No sabía por dónde empezar. Lo que

había sentido en los últimos dos meses sin Kaye no era fácil de explicar. Había sido como un caparazón de lo que era antes. Nada le llamaba la atención y ni siquiera la idea de ir al club la había sacado de su estado depresivo. Mylene había vuelto a Londres poco después de Kaye y, aunque había sido catártico hablar con ella, Elodie no había sentido ningún deseo de intentar reavivar su amor. No había deseado estar con nadie. Su autodefinida vida perfecta había resultado ser falsa y habían brotado sus defectos más profundos. No podía volver a esa vida sabiendo que algo mejor era posible, si Kaye aceptaba estar a su lado y dormir en su cama. "No podía dejar de pensar en ti."

Kaye frunció el ceño. "¿Eso es lo que necesitas decirme cara a cara?"

"No, tenía que verte para…"

"Desearme una feliz Navidad, ya lo dijiste."

Elodie apenas podía tragar saliva. Vio el polvo de la harina en la mejilla izquierda de Kaye que cubría sus pecas, levantó la mano y se la limpió. "Amo tus pecas," dijo, mirándola a los ojos. La palabra amor sonó suave y cálida. La sonrisa de Kaye era amable y dulce. El corazón de Elodie se aceleró y el frío que la había adormecido el cuerpo ahora despertaba con hormigueos.

"Deja que te coja el abrigo."

Elodie se lo quitó y se lo dio. Cuando Kaye lo agarró, Elodie lo sostuvo un poco más y sonrió. "Estás preciosa."

Kaye le sostuvo la mirada durante mucho tiempo, respiró hondo y movió la cabeza. "¿Tienes idea de lo que me haces?" le preguntó con voz quebrada. Cogió el abrigo y lo colocó en el perchero de la entrada.

Elodie cerró los ojos e inhaló profundamente al percibir el perfume de Kaye. El alivio le ardió detrás de los ojos y rápidamente se le llenaron de lágrimas. Se las secó antes de que Kaye regresara.

Sí, esperaba hacerle a Kaye lo que Kaye le hacía a ella. "¿Te gusta la casa?" preguntó cuando Kaye regresó a la cocina.

Kaye sacó los rollitos de salchicha del horno. "Sí, es más de lo que hubiera deseado y la gente aquí es encantadora. ¿Te apetece algo de beber?"

Elodie dio un paso hacia Kaye y le puso la mano en la parte baja de la espalda. Kaye tembló y susurró algo que Elodie no escuchó, cerrando los ojos por un instante. Elodie miró los rollitos de salchicha. "Huelen muy bien. Me encantaría una copa de vino, si tienes." El corazón le latía como si intentara escaparse de sus costillas mientras sostenía la mirada de Kaye y sentía su cercanía. Estaba tan irresistiblemente cerca que quería besarla. Pero Kaye se movió y la calidez se disipó demasiado rápido. El deseo de besarla era más fuerte que nunca y tenía la certeza de que si esta vez daba el primer paso, Kaye no pondría ninguna objeción.

Kaye miró fugazmente hacia la sala de estar. "¿Tinto o blanco?"

A Elodie no le importaba ninguna bebida en particular. Ya estaba emocionada con el hecho de que no la hubiera enviado de vuelta al hostal que había reservado para su estancia o de regreso a Francia. Vio los restos de la granizada en el vaso de Kaye. "En realidad, tomaré lo mismo que tú." La observó mientras preparaba la bebida. Kaye todavía parecía algo tensa y la voz en su cabeza le gritaba que pusiera las cartas sobre la mesa. "Te he echado de menos," dijo.

Kaye se paralizó. "¿Y qué pasa con Mylene?"

Si eso era lo único que le preocupaba, podía arreglarlo. Le tomó la mano y se la apretó con fuerza. Por supuesto, Kaye estaría angustiada por el lugar que Mylene ocupaba en la vida de Elodie. Elodie había estado demasiado absorta en sí misma como para ahuyentar las dudas y las preocupaciones de Kaye antes de que se fuera de Sancerre. "Mylene siempre será una amiga, pero nada más

que eso.” Kaye apartó la mano y desvió la mirada. No parecía convencida. Le preparó la bebida a Elodie y se puso a colocar los rollos de salchichas sobre una rejilla. Se detuvo antes de terminar y respiró hondo. “Os vi juntas, la noche antes de irme…cuando dejé el vestido delante de tu puerta. Estabais…juntas.”

El corazón empezó a latirle con fuerza cuando el miedo se apoderó de ella. Negó con la cabeza. “Nunca te he mentido, Kaye. Nunca lo haría. Vino después de la fiesta para despedirse. Ella es mi pasado. Ella no es mi futuro. Te lo prometo.”

“¿Y el club? ¿Y las otras mujeres?” Su mano temblorosa sacudió el trozó de metal. Lo apoyó a un lado.

“Ya no soy parte del club. Kaye, mírame.” Elodie se acercó y le levantó la barbilla para forzar el contacto de sus ojos. “No he tenido sexo con nadie desde que tú y yo estuvimos juntas. Fui al club una vez, al principio de tu visita, pero no quise tener sexo con nadie. Cuando estuvimos juntas en el Salón Azul, sentí un gran alivio al saber que tú tampoco querías estar con nadie. Y no he tenido sexo desde que te fuiste.” Sonrió y esperó que Kaye pudiera sentir el amor que tenía en su corazón. “Me enamoré de ti y, aunque estemos separadas, eso no va a cambiar. Te alejé por miedo y las dos perdimos algo precioso. Quiero estar contigo, Kaye, solo contigo. No hago promesas que no vaya a cumplir. Nunca he querido estar con nadie antes. Tú eres la que mi corazón ha elegido y tengo que escucharlo.”

Los labios de Kaye se habían abierto ligeramente, pero permaneció en silencio, mirándola fijamente, como si estuviera procesando la proposición más desafiante que jamás le habían hecho.

Los dedos de Elodie temblaban mientras limpiaba una lágrima de la mejilla. El ardor en el estómago y el pecho, junto con la anticipación a un posible rechazo, seguían ahí mientras esperaba que Kaye reconociera que quería lo mismo. “Quiero estar contigo,” dijo de nuevo, en voz baja, suplicante. “Podemos resolver los

detalles. Lo dejaría todo si fuera necesario para convencerte de lo que siento."

Kaye parpadeó. Sus ojos brillaban por la humedad de las lágrimas. "No quiero que renuncies a todo por mí."

Elodie apretó los labios mientras asentía. Apartó los mechos sueltos del rostro sonrojado. "Yo…"

"Te abandoné," dijo Kaye moviendo la cabeza.

Elodie le besó en la nariz. "No, mi amor, yo me abandoné hace mucho tiempo. Y se lo reproché a mi madre, cuando, en realidad, ella estaba luchando con su propia vida. Ella lo hizo lo mejor que pudo y ahora lo acepto. La amaba y, sin embargo, la odié durante demasiado tiempo y, al hacerlo, casi destruí mi propia vida. Conocerte lo cambió todo para mí." Cerró los ojos. El calor de Kaye le atravesó el cuerpo y el susurro del beso que tocó su mejilla fue demasiado breve. "Te amo más que a la vida," susurró y, cuando abrió los ojos, la sonrisa de Kaye volvió a conquistarle el corazón.

"Estoy enamorada de ti," dijo Kaye. "Y yo también quiero estar contigo…más que nada. No voy a dejarte ir a ningún sitio esta noche, ni mañana ni al siguiente, si te parece bien." Pasó la yema de sus dedos por la línea de la mandíbula de Elodie.

Un atisbo de sonrisa apareció en el rostro de Elodie. Acercó a Kaye y la besó con ternura. Con sus brazos rodeando su cintura, el parpadeo que vio en los ojos de Kaye y el suspiro que salió de su boca, hizo que su pecho se hinchara de alivio. "Reservé un hostal, por si me echabas."

Kaye negó con la cabeza. "Ni por casualidad."

La sonrisa de Elodie se desvaneció por la intensidad que sentía en su corazón. Kaye estaba más preciosa que nunca. "Me alegro. No quiero estar en ningún otro lugar, nunca, a menos que estés conmigo." *Siempre te amaré*. Las palabras flotaron en su

mente y su corazón latió con fuerza durante un largo rato antes de que las pronunciara, sabiendo sin lugar a dudas que eran la verdad.

# SOBRE EMMA NICHOLS

Emma Nichols vive en Córcega con su pareja y sus dos hijos. Sirvió durante 12 años en el ejército británico, estudió Psicología y publicó varios libros de no ficción con otro nombre, antes de sumergirse en el mundo de la ficción lésbica.

# PUEDES CONTACTAR CON EMMA A TRAVÉS DE SU PÁGINA WEB:

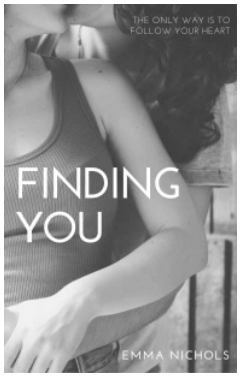
**www.emmanicholsauthor.com**

Y, por favor, deja una reseña si has disfrutado este libro.

Las reseñas ayudan mucho a los autores independientes para que su trabajo se haga más visible.

Gracias.

# ENLACES A LOS LIBROS DE EMMA NICHOLS

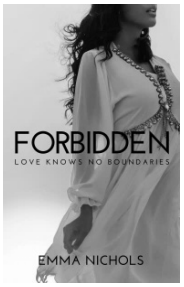


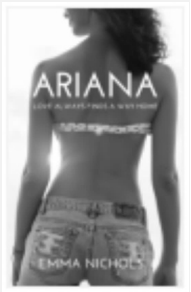





Visita **getbook.at/TheVincentiSeries** para descubrir la Serie Vincenti:

Finding You, Remember Us and The Hangover.










Visita **getbook.at/ForbiddenBook** para empezar a leer **Forbidden**.

Visita **getbook.at/Ariana** para profundizar en el romance lésbico más vendido del verano, Ariana.

Visita **viewbook.at/Madeleine** para transportarte a la Francia posterior a la Segunda Guerra Mundial y a un romance lésbico eterno.

Visita **getbook.at/thisisme** para ver la historia de amor lésbica de mi novela literaria.




Visita **getbook.at/SummerFate, viewbook.at/BlindFaith** y **getbook.at/christmasbizarre** para disfrutar de las novelas de comedia romántica lésbica de Duckton-by-Dale.

¡Gracias por leer y apoyar mi trabajo!